

UN THRILLER MEDITERRÁNEO

**PABLO
POVEDA**

EL **MISTERIO**
DE LA
MÁSCARA
DE
PORCELANA

SERIE DE
MISTERIO
LEOPOLDO
BONAVISTA

El Misterio de la Máscara de Porcelana

Pablo Poveda

Copyright

Copyright © 2024 por Pablo Poveda

Portada: Getcovers

Corrección: Ana Vacarasu

Imprint: Independently published

Pablo Poveda Books

Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Tabla de Contenido

[Título](#)

[Derechos de Autor](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[45](#)

[46](#)

[47](#)

[¿Te ha gustado?](#)

[Sobre el autor](#)

[Libros](#)

1

Lunes, 2 de mayo de 2022.

Madrid, España.

A menudo, se confunde la tristeza con la misericordia, pero la tristeza es uno de los sentimientos más dolorosos que se pueden experimentar. Casi tanto como la soledad más infinita. Y nada resulta más triste que pasar toda una vida intentando ser otra persona y morir sin haberlo conseguido.

Era un lunes sofocante en Madrid, uno de esos días que anunciaban el final de la primavera y el comienzo de un verano particularmente asfixiante. Esa mañana, Leopoldo actualizaba constantemente la ventana del navegador de su ordenador portátil, desde el escritorio de su modesto apartamento en Chamberí. En la pantalla se mostraba la página web de su último proyecto, un pódcast de entrevistas donde invitaba a personajes ilustres, aunque en declive, para hablar de arte y de la vida de los ricos del país. De fondo, en la televisión, proyectaban una vez más «Ciudadano Kane» de Orson Welles, un clásico del cine en blanco y negro, una de sus películas favoritas. Y lo era no solamente porque representaba la tiranía de alguien que había empezado de la nada y se había convertido en el mandamás, sino también porque el final hablaba del motivo que arrastraba a la gente a hacer lo que hacía.

Y en este caso, como siempre, se remontaba a la niñez.

Esa mañana, sus pensamientos estaban puestos en el trabajo. Pulsaba incansablemente la tecla de actualización, esperando que las reproducciones del último episodio aumentaran, pero el ansiado incremento no se producía.

—Un pódcast, eso es lo que necesitas para relanzar tu carrera —expresó en alto, sumido en un pozo de decepción frente al ordenador—. Hoy en día, todo el mundo tiene uno, Leopoldo. Tú también deberías tenerlo.

Así lo hizo, aunque tal vez llamarlo «Grandes Esperanzas» no fue la elección más acertada. Después de todo, ¿quién leía a Dickens en la era moderna?, se decía, pensando que lo mismo le había preguntado su editora.

Suspiró profundamente y negó con la cabeza, solo, antes de tomar un sorbo de una taza de café ya frío que estaba junto a su equipo. A él le fascinaba la idea, pero no entendía por qué no atraía público. Su contenido era de calidad: narraba las extravagancias de la alta sociedad y la vida lujosa, tanto en el pasado como en el presente, todo visto con los ojos de un observador externo. Desafortunadamente, en su opinión, Internet se había saturado de contenido trivial, lleno de chismes y vídeos de jóvenes bailando absurdamente en busca de atención. Tras el baile, seguían trucos de magia, pruebas de ropa de grandes almacenes o el lanzamiento de un cubo de agua helada sobre la cabeza. Todos buscaban atención a cambio de distraer al prójimo. El propósito era entretener sin profundizar y para alguien como él, esa era una de las peores plagas que azotaban su entorno.

Apagó la televisión cuando la película llegó a su fin. Después, encendió el estéreo y la trompeta de Chet Baker comenzó a sonar con «No Problem» en el tocadiscos, pero ni la animada melodía del músico conseguía aplacar su ansiedad. Había pasado tiempo desde aquel reportaje en la provincia de Alicante y, de manera previsible, su carrera solo había ido en picado. El mercado editorial no atravesaba su mejor momento y la revista Hedonista, el magazine para el que trabajaba, no era una excepción. En los últimos meses, la redacción se había visto mermada por recortes de personal y falta de presupuesto. Leopoldo, siendo autónomo y sin ataduras de exclusividad con Beatriz, su jefa, se mantenía a flote, aunque ambos sabían que no tenía otro lugar donde escribir. Rozando la mitad de los treinta, las canas comenzaban a invadir su cabello, que se caía con preocupante frecuencia. Su prolongado período de soltería empezaba a extenderse más de lo previsto y la falta de estabilidad sentimental no hacía más que acelerar el menguante saldo de su cuenta bancaria. Su último desacierto había sido una relación de corto plazo con una actriz de series de televisión: Silvana Garmendia. Se habían conocido en uno de los últimos eventos sociales a los que Leopoldo había sido invitado, y un amigo en común los presentó. Desde el principio, dejando a un lado la atracción, la unión fue puramente por interés mutuo: ella buscaba abrir otras vías profesionales y él quería llenar el vacío sentimental de su vida, con un poco de acción. Por desgracia, a pesar de convencerse de que, sin emoción, es más fácil mantener una relación, pronto comenzaron a llegar los problemas. Silvana necesitaba más de lo que él podía darle y Leopoldo era incapaz de sostener el tren de vida que la actriz demandaba.

Ahora que estaba de nuevo en la casilla de salida, necesitaba hallar un gran reportaje, una idea que lo rescatara del abismo. De lo contrario, pronto tendría que pedir ayuda económica a sus padres, abandonar su piso de Fernando el Católico y renunciar a la vida hedonista que hacía tiempo que no podía aguantar.

Se levantó y se asomó al balcón para inhalar el aire fresco de la mañana. En broma, pensó que saltar desde allí tampoco resolvería sus problemas, pues no era lo suficientemente alto para

desaparecer.

Justo entonces, sonó su teléfono móvil.

Caminó hacia el escritorio, miró la pantalla sin reconocer el número y reflexionó que podría ser algo importante. Respondió al teléfono, refrescando la página del pódcast una vez más en un gesto casi compulsivo.

—¿Sí? —preguntó, llevándose una mano al cabello mientras sostenía el teléfono.

—Leopoldo, soy Cristina —se oyó del otro lado.

—¿Cristina? —inquirió, frunciendo el ceño.

—La recepcionista de la revista donde trabajas.

—¡Ah, Cristina! —exclamó, aliviado, por no haberla confundido con su último ligue, cuyo nombre no recordaba—. ¿Qué tal estás, Cristina?

—Bien —respondió ella con un tono que denotaba poco interés en charlar, a pesar de ser una de las pocas que le regalaban sonrisas sinceras—. Ha llegado una carta para ti.

—¿Una multa?

Se produjo un breve silencio.

—¿Por qué sería una multa? ¿Desde cuándo envían multas a la redacción?

—Es una historia larga. No importa. ¿Quién la envía?

—El sobre es dorado y viene de un tal Ricardo Velázquez. Está dirigido a tu programa de radio... Parece que ha querido captar tu atención. Ah, y Beatriz quiere verte en su oficina. Laurent está furioso porque nunca te ve por aquí. Lleva días intentando contactarte.

Al escuchar ese nombre, Leopoldo sintió un escalofrío. Visualizó brevemente a la persona mencionada, pero pensó que debía ser un error. Lo de su jefa y lo de Laurent eran habituales. Desde que se había vuelto autónomo, el jefe de redacción ya no tenía poder sobre él.

—¿Puedes repetir el nombre?

—¿Otra vez? Bueno, si te hace feliz... Su nombre es Ricardo Velázquez.

Escuchar el nombre dos veces confirmó la noticia. Su corazón se aceleró, y una alegría inmensa lo invadió.

«¿Cómo es posible que Ricardo Velázquez sepa de mi existencia?».

Comenzó a sudar y el teléfono se le resbaló de las manos.

—¿Sigues ahí, Leopoldo?

—Escucha, Cristina. Guarda esa carta en un lugar seguro y no le digas a nadie que la he recibido. Estaré allí en una hora. ¿De acuerdo?

—Por supuesto.

—Prométemelo.

—No te prometeré nada, Leopoldo. La dejaré en tu bandeja y actuaré como si esta conversación nunca hubiera ocurrido.

—Eso está bien. Gracias, llegarás lejos.

—Ya. ¿Y quién es este hombre?

—¿Cómo te gusta el café, Cristina?

—¡Oh! Eres increíble... Tengo que colgar, Laurent está entrando a la oficina.

—No le digas nada sobre mí.

—Ya sabes que siempre te cubro las espaldas.

Tras colgar, Leopoldo suspiró aliviado, aunque su corazón aún latía con intensidad. No podía creer que Ricardo Velázquez, uno de los coleccionistas de arte más renombrados de Madrid y de toda España, le hubiera enviado una carta como admirador de su pódcast. Era algo extraordinario. Personas como Velázquez raramente abandonaban sus círculos elitistas. Pero Velázquez era diferente. Su historia era todo un enigma. Reconocido como uno de los coleccionistas más acaudalados y talentosos del país, su vida era la de un hombre que había comenzado desde cero, sin apoyos ni recursos, invirtiendo en lo que consideraba arte, hasta convertirse en alguien que parecía tener el toque de Midas. Aquello en lo que ponía el ojo, lo convertía en un éxito. Todos los artistas querían acercarse a él porque sabían que su obra se revalorizaría. Pero no era oro todo lo que brillaba a su alrededor. Velázquez también era famoso por su extravagancia, su escaso contacto con la prensa y por vivir en un antiguo palacio en la sierra, de difícil acceso, acompañado solo por su perro. El mercader arrastraba una leyenda difundida por las malas lenguas de la prensa, en la que se le acusaba de realizar malas prácticas en los negocios y de ser un auténtico revanchista con sus enemigos. Por si fuera poco, también se le etiquetaba de masón, alquimista, además de organizar fiestas privadas en las que se practicaban ritos del medievo. Como guinda al pastel, existía el rumor de que, en su palacete privado, poseía algunas obras prohibidas, rescatadas de subastas ilegales o de expediciones arqueológicas. Piezas con gran importancia para la Historia, pero también con grandes misterios esotéricos a su alrededor. Fuera verdad o no aquello, Leopoldo sentía una gran atracción por la extraña figura de aquel hombre.

«Lo sabía, ¡lo sabía! ¡Sabía que no era una pérdida de tiempo! ¡Te lo dije, Laurent!» — exclamó eufórico, mirando al techo. Pero su euforia se desvaneció rápidamente. No podía cantar victoria hasta saber de qué se trataba, aunque no había razón para no estar contento. Después de todo, lo importante era ganar dinero para poder gastarlo. Esa era su única filosofía de vida.

Reflexionando, se acercó al ordenador y actualizó la página del pódcast, que permanecía igual. Pero eso ya no le importaba. Tenía un as en la manga llamado Ricardo Velázquez, un invitado de lujo que actuaría como miel para las moscas del ciberespacio. El coleccionista sabía quién era él y lo había contactado, poniéndolo en su radar, y eso ya lo situaba en una gran ventaja respecto a sus competidores. El siguiente paso sería invitarlo al programa. La participación impulsaría las visitas y atraería publicidad de pago. Como en el cuento de la

lechera, Leopoldo empezó a montarse castillos de naipes en la cabeza. Una sensación de alivio lo invadió. Después de todo, los años de artículos, de crónicas sociales, de noches en vela escuchando confesiones de cantantes y estrellas del pop nacional, habían dado sus frutos. Finalmente, parecía que sus problemas estaban cerca de solucionarse.

2

Salió a la calle, disfrutando del cielo despejado y con melodías de saxofón resonando en su mente. De repente, el agobiante calor de Madrid pasó a un segundo plano; la ciudad ya no era ese asfalto del que ansiaba escapar. Una espléndida sonrisa adornaba su rostro, sin intención de desaparecer. Al salir del metro, en Alonso Martínez, caminaba alegre, con las manos en los bolsillos de sus pantalones chinos, evocando a un cantante de los años 50 de gran elegancia. Al lado de Elvis, él hubiera parecido un simple imitador. Antes de llegar al número 12 de la calle Génova, compró en la pastelería Mallorca dos cafés para llevar y una caja de manolitos, esos mini cruasanes típicos de Madrid. Pero cuando quiso pagar, su tarjeta fue rechazada.

La banda sonora imaginaria que sonaba en su cabeza se detuvo abruptamente.

—Debe de ser un error —dijo, tragando saliva con dificultad—. Probemos de nuevo, por favor.

Intentó pagar por segunda vez, pero el proceso fue nuevamente denegado. Un sudor frío le recorrió la espalda. La música y la diversión se esfumaron, pero se prometió que este contratiempo no arruinaría su día. Después de todo, ¿para qué había leído tantos libros de autoayuda recientemente? Buscó dinero en sus bolsillos y encontró un billete azul de veinte euros en su billetera. Era el último y no sabía por cuánto tiempo más. Dudó antes de pagar, pero finalmente se dejó llevar por el destino.

Al salir, con la caja de cruasanes y los cafés en mano, comprendió que esas monedas podrían ser su último recurso si la fortuna no cambiaba pronto. La alegre melodía de saxofón en su cabeza dio paso a una pieza de jazz triste y sombría. Entró al edificio, subió las escaleras y abrió con cuidado la puerta de la oficina. Al asomar la cabeza, vio a Cristina con su pelo corto y liso y esos dientes largos tan característicos.

—¿No te cansas de hacer el ridículo?

—Nunca —respondió sonriendo y entró completamente. Dejó la bolsa en la recepción y sacó los cafés humeantes y la caja de manolitos—. Traje algo dulce para alguien dulce como tú —

dijo, ofreciéndole lo que había comprado. Conocía bien los gustos de la secretaria y vio cómo sus ojos brillaban de ilusión—. Espero que no te los comas todos de una vez.

Ella le lanzó una mirada coqueta.

—Ya te dije que no hago promesas. ¿Siempre eres tan cursi con todas las mujeres?

—Solo contigo, Cristina. Nadie más en este mundo saca de mí esta horrible faceta...

—Definitivamente, eres único —respondió ella, juguetona y agradecida, levantándose de su silla y acercándose a una estantería. Tomó el sobre dorado del que le había hablado y se lo entregó—. Gracias por el detalle.

—No cambies, a menos que te suban el sueldo. —Le guiñó un ojo y dio un sorbo a su café. Luego, observó detenidamente el sobre, apreciando la caligrafía del coleccionista de arte, quien había firmado la carta personalmente—. Veamos de qué se trata...

—¿Quién es ese hombre y por qué es tan importante como para que vengas a la oficina?

—En unos momentos lo sabrás —contestó Leopoldo, sosteniendo el sobre como si fuera un tesoro. En cierto modo, aquella carta era lo más valioso que había tenido entre manos en meses. Podía cambiar su día, su vida, su carrera, o no significar nada en absoluto.

Al abrir la solapa, encontró una pequeña nota y una cartulina de cartón rugoso en color crema. Extrajo la cartulina, que parecía ser una invitación a un evento. «Fiesta de disfraces», anunciaba el encabezado en serigrafía dorada. La tarjeta estaba firmada con una uve mayúscula, sin más.

—No entiendo nada.

—Lee el contenido —sugirió Cristina.

Leopoldo desplegó la nota y comenzó a leer:

«Estimado Leopoldo Bonavista. Soy un gran admirador de su programa. Me encantó el episodio sobre Giacomo Casanova y su paso por Madrid. Sin duda, uno de mis favoritos. Me gustaría hablar en persona sobre algunos aspectos que quizás pasó por alto. Su programa es interesante y divertido, y espero con ansias el próximo episodio. La razón de mi carta es invitarle a mi fiesta anual de disfraces, en mi propiedad en la montaña de Mirasierra. No será un evento público, pero contará con un grupo cercano de amigos que seguramente ya conozca. Sería un honor para mí y creo que será muy divertido para usted, dada la singularidad de los invitados. Por favor, confirme su asistencia. El único requisito es que no venga solo. Su oyente y admirador, Ricardo Velázquez».

Antes de que Leopoldo pudiera expresar su emoción, la figura de Laurent Robles apareció en el pasillo.

—Oh, no... —murmuró al ver al imponente Laurent.

—¡Bonavista! —gritó Laurent con su voz ronca—. ¿Por qué no respondes a mis llamadas?

—¡Laurent, *mon amic*! —exclamó Leopoldo, sorprendido, guardando el sobre en su chaqueta

—. *Comment allez-vous? Je vais très bien.*

—¡Deja de hacer el tonto! Sabes que no hablo francés.

—Ajá. Lo siento, Laurent. Debe ser el calor. ¿Beatriz no te dijo que cambié de número?

—Es la primera noticia que tengo. Pero sigue con tus tonterías y te arrancaré la cabeza.

—Vamos, no hay necesidad de eso. ¿En qué puedo ayudarte?

—¿Ayudarme? —Laurent parecía sorprendido y miró a Cristina—. ¿Has oído eso?

—No, ¿qué?

—El teclado de este tipo. ¡No hace ruido!

—No exageres, Laurent...

—Tu escritorio está más polvoriento que tu cuenta corriente. ¿Por qué no te sientas y trabajas un poco?

—Recuerda que ahora soy autónomo. Ya no eres mi jefe y no tengo que rendirte cuentas.

—Fui yo quien te despidió, ¿no te acuerdas?

—No, fue una decisión mutua, por el bien de todos.

—Cristina, ¿qué hago con este imbécil? —Laurent parecía al borde de la exasperación.

Ella se encogió de hombros, masticando tranquilamente. Leopoldo siempre disfrutaba estas disputas con Laurent, especialmente desde que dejó de ser su subordinado. Por fortuna, una cuarta persona apareció, ajena a la tensión.

—¡Vaya, Leopoldo! Por fin apareces... —dijo Beatriz Paredes, jefa de la revista Hedonista, y la única persona a la que Leopoldo verdaderamente respetaba—. ¿Qué te trae por aquí? ¿Te has perdido?

—Hola, Beatriz. Solo venía a ver cómo estabas. Ya no contestas a mis llamadas...

—¡Ay, disculpa! He estado muy ocupada. Laurent, déjame a mí. A mi despacho, Leopoldo.

Laurent se quedó perplejo y mordiendo su rabia mientras Leopoldo pasaba a su lado con una sonrisa triunfante. Cristina no podía contener su risa ante la situación.

—*C'est la vie, mon ami* —murmuró Leopoldo burlonamente y siguió a Beatriz a su despacho. La mujer era aún atractiva y en forma.

Una vez dentro, Leopoldo se sentó en una butaca frente al desordenado escritorio de Beatriz.

—¿Cómo estás, jefa?

Ella se quitó las gafas y suspiró.

—Legalmente, ya no soy tu jefa.

—Siempre lo serás en el fondo de mi corazón.

—Deja las tonterías, Leopoldo. ¿A qué vienes? Si es por dinero, no insistas.

—¿Cómo van las cosas?

—Mal. Eso lo resume todo.

—Entiendo.

—¿Y el pódcast? No veo progreso.

—Las cosas toman su tiempo.

—Llevas seis meses así.

—Lo sé —reconoció, bajando la mirada para evitar la confrontación.

—¿Estás escribiendo?

—Algo.

—No te he visto en otros medios. Los artículos que te encargo no te dan para vivir.

—Bueno...

—¿De qué vives entonces, Leopoldo?

—Ya tengo una madre, Beatriz. ¿Estás bien?

Ella cerró los ojos y exhaló profundamente.

—Lo siento. Es el estrés de la oficina. Los recortes me están afectando más de lo que imaginaba. No quiero perderte.

—¿Por qué habría de ocurrir eso? Por encima del trabajo, está...

La mirada penetrante de Beatriz se fijó en él, marcando un cambio hacia una conversación más seria.

—Conozco cómo suelen ir estas cosas. La gente deja de trabajar, busca otras alternativas y nunca vuelve a escribir.

—Pero yo no voy a ser uno de esos casos.

—Eso es lo que todos dicen, hasta que ocurre y ya no hay vuelta atrás.

—Entiendo...

—¿Estás saliendo con alguien?

—No.

—No quiero sonar dura, pero me preocupo por ti, eso es todo. Lo de esa actriz... Sé que fue un duro golpe.

Leopoldo sabía que era verdad; Beatriz realmente se preocupaba por él, incluso más de lo que él mismo lo hacía. De hecho, ella era una pieza importante en su vida. Lo había ayudado en numerosas ocasiones y su relación, a lo largo de más de una década, había atravesado todas las fases de una buena amistad. No quería defraudarla.

—Estoy bien. Creo que tengo algo que podría cambiar esta situación.

—Siempre dices tener algo, pero nunca concretas nada.

—Esta vez es diferente.

—Espero que no estés faroleando, Leopoldo. Estoy demasiado cansada para más juegos y necesitamos revitalizar la revista como sea...

—Conozco a mucha gente. Estoy seguro de que los accionistas pueden...

—Si terminamos el año con pérdidas, Hedonista podría desaparecer para siempre.

Leopoldo reflexionó sobre sus palabras. Todo lo que tenía era un farol, una oportunidad que debía verificar. Si lograba llevar a Ricardo Velázquez a su programa, podría ser un gran impulso. Solo tenía que acudir a la fiesta, convencer al coleccionista y ofrecerle algo irresistible. En el peor de los casos, podría encontrar otros invitados interesantes para su pódcast.

—¿Conoces a Ricardo Velázquez? —preguntó de repente.

Beatriz lo miró como si le hablara de un personaje de ficción.

—¿A qué viene esa pregunta?

—Podría tenerlo en el programa.

—No estoy para bromas, Leopoldo. Velázquez es un tipo muy difícil, en todos los ámbitos.

—Hablo en serio, por una vez...

Ella suspiró y desvió la mirada.

—¿Tú? ¿El que lleva meses sin escribir un artículo decente?

—Aún soy valorado, por una parte de nuestros lectores.

—Leopoldo, escúchame bien. Ricardo Velázquez no da entrevistas.

—Tal vez no ha encontrado a alguien que esté a su altura. Ya sabes cómo es el periodismo...

—Entiendo —dijo Beatriz con un tono que dejaba entrever su escepticismo—. Mira, Leopoldo, me encantaría pasar la mañana charlando contigo, pero tengo mucho trabajo. Si no te importa...

—Está bien, jefa —le respondió esbozando una sonrisa, aunque se sentía desolado por dentro. Por primera vez, era evidente que Beatriz Paredes enfrentaba dificultades serias, problemas que iban más allá de su propia situación. Se despidió de ella y salió de la oficina, sumido en sus pensamientos. Justo entonces, su teléfono vibró con un mensaje de texto. Al leerlo, su expresión cambió de sorpresa a confusión.

«Hola, Leopoldo, ¿qué tal? Estaré en Madrid unos días. ¿Nos tomamos un café? Besos, Marta».

Guardó el teléfono y se dirigió hacia la recepción, donde Cristina aún disfrutaba de su desayuno.

—¿Cómo ha ido? —preguntó ella, curiosa—. Pareces preocupado.

Leopoldo la miró, optando por no entrar en detalles.

—Hemos superado momentos difíciles antes, Cristina. Supongo que solo es cuestión de encontrar una solución.

3

Miércoles, 4 de mayo de 2022.

Madrid, España.

Hacía seis años que no veía a Marta y se sentía nervioso. Era consciente de que las personas cambian con el tiempo, tanto en su interior como en su aspecto, y él no era una excepción. Aunque envejecer no tiene nada de malo si se acepta con dignidad, Leopoldo luchaba a veces contra esa realidad. Rechazar u oponerse a las deidades de la vida, era uno de los primeros errores que llevaban a las personas a tomar las peores decisiones de su futuro. Observaba a su alrededor una ciudad vibrante de juventud, donde la gente buscaba afanosamente mantener esa esencia perdida, como el creador de perfumes en busca de una nueva esencia en la novela de Patrick Süskind. Crisis de los treinta, de los cuarenta, de los cincuenta. Un deportivo, una moto de gran cilindrada, una chupa de cuero, un negocio de cerveza artesanal; correr una maratón, estudiar los vinos, mostrar interés por la aparente sofisticación de las cosas... A partir de cierta edad, cualquier cosa se justificaba con una crisis, ya fuera un divorcio, un coche descapotable, una pareja veinticinco años más joven o unos buenos implantes de silicona y bótox. Se preguntaba cuál sería su crisis personal, más allá de la profesional, y si acaso no había logrado verla por estar siempre inmerso en ella.

Sentado en la terraza del Café Comercial, en la glorieta de Bilbao, reflexionaba sobre estas cuestiones mientras esperaba su café *espresso*. El sol de la tarde era intenso, y con sus gafas Wayfarer puestas, mantenía la mirada fija en las escaleras del metro de Bilbao, esperando reconocer a Marta entre la multitud.

—Su café —dijo el camarero, depositando la taza en la mesa de mármol blanco.

—Gracias —respondió Leopoldo, distraído, centrado en su objetivo, hasta que sintió unas manos sobre sus hombros. Se sobresaltó y se giró.

—¿Leopoldo? —preguntó una voz femenina.

Se puso de pie y se ajustó las gafas. A través de los cristales verdes, vio su silueta a contraluz.

—¿Marta? —dijo, aunque no tenía dudas de que era ella. Un torbellino de emociones le recorrió el estómago—. ¡Marta!

Había pasado demasiado tiempo como para actuar con total naturalidad, sobre todo, con alguien con quien había dejado algunos asuntos pendientes. Por fortuna, Marta tomó la iniciativa y se abrazaron con cierta timidez. Después de tanto tiempo, Leopoldo reconoció su perfume y, por un momento, se sintió como en casa, junto al mar.

—Leopoldo... —dijo Marta, sonriendo. Leopoldo la observó en el silencio que siguió al reencuentro, notando que el tiempo había sido más benévolo con ella que con él. Llevaba unas gafas de sol parecidas a las suyas, una camiseta de rayas al estilo marinero y vaqueros claros. Su pelo oscuro estaba libre de canas, a diferencia del suyo. Aunque las arrugas incipientes en su rostro eran visibles, no las ocultaba, algo que Leopoldo, defensor de la belleza natural, apreciaba.

—Siéntate, por favor —indicó, acercándole una silla. Al sentarse, Leopoldo observó que sus manos estaban libres de anillos. Se preguntaba por qué Marta le había contactado después de tanto tiempo. El camarero se acercó rápidamente y Marta pidió una cerveza, a pesar de ser las once de la mañana.

—Que sean dos, por favor —dijo él, uniéndose a su elección matutina.

—Seis años después... —comentó Marta, una vez que el camarero se alejó—. Pareces el mismo de siempre. ¿Eres acaso Dorian Gray?

Leopoldo se rio. Marta nunca había sido de halagar. Durante esos seis años, había perdido el contacto con ella después del famoso reportaje de la familia Fonseca. Mientras Marta se quedó en Elche, él había aprovechado la fama para vivir intensamente en Madrid, aunque esa fama era tan efímera como el saldo actual de su cuenta bancaria.

—Ya me gustaría, pero he aceptado al hombre del espejo.

—Vaya, Leopoldo Bonavista admitiendo el paso del tiempo... —bromeó ella—. Pero te veo bien, eso es lo importante.

—Más bien, castigado.

—¿Estás siendo melodramático? Eso es decepcionante...

—En cambio, tú sí que tienes un aspecto estupendo. Parece que te ha ido bien.

—Sí... —Marta suspiró, alertando a Leopoldo—. Han sido años tranquilos, junto al mar, pero tuve una boda fallida.

—Lo siento... o no. No sé bien qué decir en estos casos. No me he visto en esa situación.

El camarero llegó con las cervezas y las dejó en la mesa. Esperaron a que se alejara para seguir hablando, mientras la gente pasaba a su alrededor, casi como parte del decorado.

—En la mayoría de los casos, es mejor no decir nada.

—Entonces retiro lo dicho.

—No, está bien. Mejor así, sinceramente.

—¿Puedo preguntar qué pasó?

Marta arqueó una ceja, mirándolo con seriedad.

—Lo sorprendí siendo infiel.

—Vaya, eso es complicado...

—Sí...

—¿Con otra?

—No, con otro hombre.

—Eso debe ser duro.

—Al final, da igual con quién. Quizás el problema sea yo, que no encuentro a mi media naranja... o que me fijo en quien no debo.

—Lamento decirte, Marta, que ni tú eres Cenicienta, ni el mundo está lleno de príncipes. La gente está muy confundida en los tiempos que vivimos.

—¿Hablas por experiencia? ¿Te has cansado de las veinteañeras?

Ese comentario lo golpeó directo en su orgullo, pero permitió que Marta se expresara libremente.

—Mi vida es más una película de Shrek. Divertida, pero sigue siendo una tragicomedia.

—¿No te han roto el corazón últimamente?

—Nada reseñable.

Marta, sin intención de profundizar en el tema, levantó su copa.

—Por este reencuentro —dijo, y sus miradas se cruzaron, creando una chispa en el aire. Bebieron.

—¿Qué te trae a Madrid? —preguntó Leopoldo, intrigado.

—Trabajo. Un encargo para una revista literaria. No es gran cosa, pero el pago es bueno. No estoy para rechazar oportunidades, ni el sector en su mejor momento.

—El sector, simplemente, no está.

—Exacto.

—¿Vienes sola?

Ella inclinó la cabeza, anticipando su curiosidad.

—Vaya, directo al grano. ¿Desde cuándo te importa eso, Bonavista?

—Desde que te veo de nuevo después de seis años.

—Dos no hablan si uno no quiere.

—Touché.

—Me quedo hasta el domingo en un hotel cercano. Trabajaré hoy y mañana.

—Interesante... —Leopoldo pensó en las dos invitaciones de Ricardo Velázquez. Dudó en invitarla, pero no tenía muchas más opciones. Si no era Marta, tendría que ser Cristina, la secretaria.

«Ni hablar», se dijo.

—¿En qué piensas? Te noto más callado de lo habitual.

—La edad resta energía. ¿Qué haces el fin de semana?

Ella suspiró.

—Ya te lo he dicho. Sigues teniendo esa memoria de pez...

—Tengo dos invitaciones para una fiesta de disfraces.

La expresión de Marta cambió, incluso detrás de las gafas de sol.

—¿Qué? ¡No, ni lo pienses! —Rio, bebiendo su cerveza—. Odio tus fiestas, especialmente las de disfraces. ¿No tienes a nadie más para llevar?

—Te lo ofrezco a ti.

—Encuentra a alguna de tus citas de Tinder —dijo Marta, evidenciando su desinterés—. Parece mentira que no me conozcas.

—En seis años, la gente cambia de opinión... y de gustos.

—Yo no, Leopoldo. Y sabes bien que detesto esos ambientes llenos de famosos...

Leopoldo se mantuvo firme, sabiendo que Marta solo estaba jugando a parecer difícil.

—Me ha invitado Ricardo Velázquez, el coleccionista de arte. Será en la sierra, y estoy seguro de que no será una fiesta común.

—¿Ricardo Velázquez? ¿De verdad? —Marta casi se atragantó con la cerveza—. Estás de broma.

—Te aseguro que será inolvidable.

—No lo sé, Leopoldo. He leído sobre Velázquez y las fiestas privadas que hace. ¿Sigues con esa actriz?

—No sé de quién me hablas...

—Suele ir gente importante. Solamente digo eso.

—¿Qué hay de nosotros?

—Sigues siendo igual de terco que siempre. ¿Por qué insistes? Además, no tengo qué ponerme.

—Yo me encargo de eso. Dámelo por hecho.

—Aun así, no me convences del todo.

—Piénsalo, ¿vale?

—Lo pensaré... —respondió ella, reflexiva, luego, con curiosidad, preguntó—: ¿Pero dónde conseguiremos disfraces?

La sonrisa de Leopoldo se extendió y la miró por encima de sus gafas, como si fuera un actor de cine clásico.

Había encontrado a su acompañante ideal y además, sabía dónde podrían alquilar los disfraces.

A veces, la vida te sorprende con algo tan simple como un mensaje de texto. Por un instante, Leopoldo sintió que la fortuna le sonreía de nuevo.

4

Viernes, 13 de mayo de 2022.

Madrid, España.

Leopoldo no se había percatado de la fecha de la fiesta hasta que esta se aproximó. Se pasó el día siguiente buscando más información sobre los invitados a la fiesta. No poseía una lista, pero sí la hemeroteca digital que quedaba siempre como un residuo en Internet. La emoción aumentaba cuando las noticias hablaban de algunos nombres como el de Isabel Mendoza, famosa actriz española, expareja del coleccionista y conocida por sus películas, o el de Carlos Rivero, un joven artista en auge, apadrinado por el mercader, que estaba irrumpiendo en las esferas más altas del mercado. Sin duda, sería un evento interesante, pensó, con una sonrisa infantil.

Aunque no se consideraba supersticioso, tampoco le gustaba desafiar demasiado a la suerte. Su vida ya era un caos incontrolable. Sin embargo, la idea de celebrar algo un viernes 13 no le auguraba nada bueno, aunque esa creencia fuera más propia de la cultura anglosajona que de la católica. «Al menos no es martes», se dijo a sí mismo frente al espejo, ataviado con un esmoquin negro y una capa de terciopelo del mismo color, de interior rojo y cuello alzado, con la que esperaba ser reconocido. «El vampiro de la noche, ¿a quién le vas a chupar la sangre, Leo?», se preguntó entre risas. Prescindió del maquillaje, pues su tez pálida ya era suficiente sin necesidad de aplicar polvo blanco. Su versión de Drácula distaba mucho de la que la gente de su edificio pudiera imaginar, pero Bonavista tenía un sentido del ridículo muy agudo cuando se trataba de pretender ser alguien que no era.

«Puedes reír o lamentarte, Leopoldo, pero este es uno de esos instantes en los que solo tú eres consciente del ridículo que haces».

El alquiler de los disfraces había sido toda una odisea.

Con el fin de sorprenderla, consultó a Beatriz, quien, a pesar de su dureza, siempre estaba allí para evitar que metiera la pata en estos casos. La jefa lo envió a Maty, una antigua y renombrada tienda de disfraces del centro de Madrid, superviviente de la Segunda Guerra Mundial, la Dictadura, los altibajos de la Transición y un periodo democrático de cambiantes modas y

opiniones. Allí, el periodista tomó conciencia del paso del tiempo en las paredes del vasto almacén situado tras la calle Preciados. Rodeado de columnas redondas, muebles de época y un suelo de azulejos y baldosas hidráulicas que evocaban tiempos remotos, concluyó su aventura pidiendo consejo a una de las encargadas de la tienda, confiando más en su criterio que en el propio.

Como sorpresa, y sabiendo que Marta se alojaba en el Hotel Sardinero de la plaza de Santa Bárbara, solicitó que le enviaran allí el disfraz. Así, no habría forma de que ella se echara atrás. La alicantina no había mostrado mucho interés en los días posteriores a su encuentro en el Café Comercial. Leopoldo prefería pensar que estaba ocupada, aunque era consciente de que el pasado aún pesaba. Por su parte, no estaba seguro de que ella aceptaría su invitación, pero lleno de esperanza, debía intentarlo, con todas las consecuencias. A esas alturas de la semana, era su única opción. Si Marta no acudía, él no podría ir a la fiesta.

En ese instante, detenido frente al espejo y observando su reflejo, Leopoldo se preguntaba cómo luciría Marta y si se habría arrepentido al ver aquel conjunto de cabaret que le había enviado. Sus ojos se desviaron hacia el teléfono, aguardando algún indicio que disipara sus dudas.

La esperada señal llegó en forma de notificación. Al desbloquear la pantalla, halló un mensaje en la aplicación de mensajería.

Marta:

Estoy casi lista. ¿Por qué elegiste esto? Por cierto, todavía no me has dicho dónde es la fiesta.

Al leer el mensaje en voz alta, Leopoldo sintió un profundo alivio. El plan seguía adelante y eso ya era un triunfo para él.

Leopoldo:

Envíame una foto. Aún no he visto tu disfraz.

Marta:

¿En serio? Ni hablar, no quiero que esa foto acabe en manos equivocadas...

Leopoldo:

Te prometo que nadie se siente más ridículo que yo. Iré a buscarte en una hora.

Apagó la pantalla, guardó el móvil en el bolsillo de su pantalón y tomó la dentadura postiza con colmillos. En ese momento, pensó que aún podía sentirse más ridículo de lo que ya se sentía.

Lleno de curiosidad, Leopoldo aguardaba a que el elegante Mercedes negro lo recogiese en la puerta de su domicilio antes de dirigirse al hotel de Marta. Consciente del carácter especial del

evento, consideró que la velada debía comenzar con un toque de espectacularidad. El chófer lo saludó al pie de su edificio, mostrándose sorprendido al verlo ataviado de vampiro.

—¿Va a una fiesta de disfraces? —quiso saber el conductor al verlo subir al vehículo.

—¿Disfraces? Para nada —respondió Leopoldo, sumiendo al chófer en la confusión mientras este le lanzaba una mirada interrogante a través del retrovisor. La verdad era que Leopoldo no sabía muy bien qué esperar de la noche. El lugar del evento se ubicaba en Miraflores de la Sierra, un pintoresco pueblo norteño entre montañas, a unos cincuenta kilómetros de Madrid. Intrigado por la localización, había investigado en Internet y descubierto un antiguo palacete restaurado, propiedad del enigmático Velázquez, situado en una villa que en su día hospedó a Ramón y Cajal. Leopoldo supuso que alguien del calibre de un coleccionista de arte podría permitirse tal mansión, valorada seguramente en un par de millones de euros, una suma astronómica para el periodista.

Descendiendo por la calle de Santa Engracia, el coche se detuvo para recoger a Marta. Al salir del hotel, el periodista tardó unos segundos en reconocerla debido a la peluca rubia que lucía. Iba vestida al estilo charleston de los años veinte: una banda con pluma en la cabeza, guantes de terciopelo, un ligero vestido negro y medias transparentes que realzaban sus elegantes piernas. Llevaba además un collar de plumas a juego con el vestido. Leopoldo, impresionado, se alegró de que Marta luciese tan espléndida, compensando su propio atuendo.

—Es ella —indicó al chófer y bajó del coche para recibirla. La expresión de Marta al verlo fue elocuente.

Afortunadamente, la noche no era fría, pero la brisa hacía aconsejable llevar una chaqueta. Marta, abrazándose para mitigar el fresco, caminó con elegancia hacia el coche.

—Estás espléndida —la elogió Leopoldo.

—Y tú... das un poco de miedo. ¿De qué vas, de tuno? —bromeó ella.

Leopoldo negó con la cabeza, sonriendo ante la complicidad que compartían, y se quitó la capa para cubrirle la espalda descubierta.

—Me la devuelves al llegar, ¿de acuerdo?

—¿Y si me niego? —respondió ella en tono juguetón.

—Entonces, te clavaré los colmillos hasta sacarte toda la sangre.

—¡Vaya! Empiezas fuerte... Pues me aseguraré de que haya ajo en el cóctel. Con un poco de suerte, no te acercarás a mí en toda la noche —le replicó ella con humor, entrando en el vehículo.

Leopoldo rodeó el coche para sentarse al otro lado. En su interior, bullía una sensación vivaz que había olvidado con el paso del tiempo. Era como si de repente volviera a tener veinte años.

—¿Así que es una fiesta de disfraces? —preguntó el conductor, aún confundido, al verlos juntos.

—¿Disfraces? —repitió Marta, dirigiendo una mirada cómplice a Leopoldo—. ¿Qué

disfraces?

Los tres compartieron una risa mientras la berlina se dirigía hacia el palacete en la sierra. A medida que el Mercedes negro se alejaba de las luces de Madrid, Leopoldo se sumergía en sus reflexiones. La anticipación por lo que encontrarían en la fiesta, el misterio que rodeaba la invitación y la incertidumbre sobre su relación con Marta se entrelazaban en su mente. Pero una pregunta latía con insistente curiosidad: ¿qué rostros se ocultarían tras las puertas del antiguo palacete de Miraflores de la Sierra?

La noche, envuelta en sombras y susurros, prometía mucho más que una simple celebración. Representaba el umbral hacia un mundo desconocido, un laberinto de posibilidades en el que cada paso podía desvelar una verdad oculta o sumergirlos aún más en el enigma. Y en el corazón de ese laberinto, Leopoldo intuía que algo extraordinario los aguardaba, algo capaz de cambiarlo todo.

5

Para llegar a la mansión, Leopoldo y Marta ascendieron por la sinuosa carretera que se abría paso entre la Sierra de Guadarrama. Efectivamente, como se rumoreaba en los foros de chismes y sensacionalismo social, la propiedad estaba situada lejos de la civilización. Conforme se acercaban, la impresionante fachada del palacete se desveló ante ellos: una construcción de piedra berroqueña con detalles en granito, reliquia de una era aristocrática. El cielo, iluminado por relámpagos lejanos que se aproximaban desde el norte, añadía un matiz dramático al escenario, aunque los rayos parecían inofensivos. Al descender del coche, quedaron envueltos por la magnitud del edificio que parecía pertenecer a otro tiempo, fusionando la elegancia clásica con toques modernistas. El palacete, erigido a principios del siglo XX y renovado en los años 90, conservaba un aire de grandeza antigua.

La entrada principal se erigía en el portal hacia un mundo de lujo y esplendor.

—¿Están seguros de que es aquí? —preguntó el conductor, observando el silencio de la carretera y la nube gris que cubría el cielo. Aparte de la iluminación que se filtraba desde detrás del muro que cercaba la propiedad, todo era montaña y oscuridad.

Un trueno resonó en la distancia.

Leopoldo fingió no haberlo escuchado, aunque sintió un cosquilleo en la parte trasera de la cintura. Los truenos le hacían despertar los fantasmas del pasado.

—Así lo indica la invitación —confirmó Leopoldo, mostrándole al chófer la tarjeta dorada.

—Parece que sí —concedió este, entregándole una tarjeta con su número—. Les dejo mi contacto por si necesitan regresar. Esto pinta feo y podría desatarse una tormenta... aunque quizás no llegue a la sierra. No suelo trabajar para particulares, pero no me gustaría que les pasara algo y sentirme responsable.

—Se lo agradecemos —añadió Marta al despedirse del conductor. Tras la partida del Mercedes, dirigió una mirada interrogante a Leopoldo, notando el frío que empezaba a hacerse incómodo en la altura.

—No te preocupes, es aquí —aseguró él, dirigiéndose hacia la entrada de la finca, donde una puerta de hierro se abría a un patio de piedra. Pulsó el timbre y esperó.

—¿Sí? —respondió una voz desde el portero automático.

—Venimos a la fiesta de señor Velázquez. Soy Leopoldo Bonavista —se identificó.

La comunicación se cortó sin respuesta, dejando a Leopoldo expectante hasta que escuchó pasos aproximándose. La puerta se abrió y un guardia de seguridad, de tez oscura, alto y corpulento, vestido discretamente, pero con elegancia, se acercó para revisar su invitación.

—¡Buenas noches! —saludó Leopoldo.

El guardia, con una mirada seria y un acento que parecía del Caribe, les pidió ver la invitación.

Leopoldo le entregó la tarjeta dorada y el individuo la examinó. Luego, solicitó los documentos de identificación.

—Dudo que alguien se desplace hasta aquí para hacerse pasar por mí...

El hombre, sin mostrar un ápice de simpatía, les devolvió los carnés y suspiró levemente.

—¿Y su disfraz? —interrogó a Leopoldo.

Él arqueó una ceja.

—¿No me reconoce? Soy Drácula.

—¿Y la capa?

—Hace frío aquí arriba —contestó Marta.

El hombre rodó los ojos y decidió no indagar más.

—¡Bienvenidos a la fiesta del señor Velázquez! —anunció, abriendo la puerta y colocándose a un lado para dejarles paso—. Por favor, entren. Pronto serán recibidos.

—¡Gracias!

Leopoldo y Marta intercambiaron una mirada de expectación y cruzaron el umbral del palacete. La puerta se cerró con un sonido contundente y el guardia les indicó que siguieran las baldosas de piedra hacia la mansión. La oscuridad reinaba, apenas rota por la luz que emanaba del interior del palacete.

Sonó un segundo trueno. En esta ocasión, no logró disimular.

—¿Estás bien? —le preguntó Marta—. Te noto un poco tenso.

—Sí. Será el frío. —La excusa le serviría hasta que llegaran al interior del palacio. Entonces, no tendría problema. Por desgracia, Leopoldo no había superado el episodio de acoso escolar en el colegio. Un capítulo breve, pero que había dejado secuelas desde que, en secundaria, lo encerraran en el oscuro armario de un vestuario, en plena tormenta. La broma le salió cara y, por algún casual, relacionaba los espacios estrechos en penumbra y los truenos con aquel doloroso episodio. Pero la vida es así, pensaba, pues había otros con peor fortuna que la suya y todas las

personas tenían alguna historia oscura que contar. Esa noche, no iba a aguarle la fiesta a su acompañante.

A medida que avanzaban, Leopoldo pensaba que aquel sería un lugar idóneo para vivir eternamente. El bullicio del interior se intensificaba con risas, música y conversaciones entremezcladas. Marta, pegada a su brazo, sorteaba con destreza las baldosas para no dañar sus tacones. Por su parte, el periodista aguardaba con expectación el encuentro con Velázquez para comprender su interés por él.

A lo lejos, divisaron un punto de luz anaranjado, entre la oscuridad y los árboles, semejante a un cigarrillo encendido y la silueta de alguien fumando. A escasos metros de la entrada, escucharon pasos entre los setos.

—¿Qué es eso que se mueve? —preguntó Leopoldo, alarmado.

El guardia no mostró sorpresa.

—Es Dago, el perro —explicó, señalando hacia la oscuridad, donde brillaban unos ojos cristalinos—. Es inofensivo, ¿verdad, Dago?

La pareja se detuvo y un imponente pastor alemán se les acercó. Leopoldo estimó que el animal pesaría unos cincuenta kilos y que tendría una fuerza formidable.

—¡Dago, siéntate! —ordenó el guardia. El perro no obedeció y ladeó la cabeza.

—Veo que está bien amaestrado.

—Es el guardián de la casa —respondió el grandullón y les mostró un silbato que colgaba de su cuello—. Únicamente responde a su amo, el señor Velázquez, y a este silbato.

—Un perro listo.

Detrás del can apareció un hombre delgado, vestido de arlequín, con un sombrero bicorne, un antifaz y un traje repleto de rombos de colores.

—¡Bienvenidos! —exclamó con voz aguda, gesticulando exageradamente. Aunque Leopoldo no lo conocía, sabía que no era el anfitrión—. Soy Diego Torres, asistente y asesor personal de don Ricardo... ¿Qué hace ese chucho aquí, Mauro?

—Recibir a los invitados.

El perro ladró.

—Ya...

—Yo no lo llamaría así, Diego. Es un perro inteligente.

El animal ladró otra vez.

—Es un perro, Mauro. ¿Entendido? No entiende lo que decimos. No es humano.

—Claro...

Primero, saludó a Marta con un apretón de manos y después a Leopoldo, cuyo contacto le pareció tan insustancial como sostener un pez muerto.

—Agradecemos la invitación a la fiesta.

—¡Oh, no me den las gracias a mí! Mi tarea fue simplemente enviar las invitaciones, ¡ja, ja, ja! —La pareja intercambió una mirada cómplice al escuchar su estridente risa—. Adelante, han llegado justo a tiempo para el cóctel de bienvenida.

—¿Se encuentra aquí el señor Velázquez?

—¡Por supuesto! Pero don Ricardo está ocupadísimo recibiendo a los invitados. No se preocupen, se acercará a ustedes. La noche es joven... —afirmó y se dirigió al portero—. ¿Mauro? Avísame si llega..., ya sabes a quién me refiero.

—Sí, señor Torres.

Tras atravesar la entrada, el asistente se alejó y el portero permaneció afuera. En silencio, siguieron sus pasos, aunque pronto les perdió de vista.

—¿No te parece un tipo peculiar? —comentó Leopoldo, reajustándose la capa de vampiro. Marta extrajo un delicado antifaz de su bolso y se lo puso.

—Diría que es solo un adelanto de lo que nos espera esta noche.

—Entonces será emocionante.

El vestíbulo los recibió con suelos de mármol y baldosas hidráulicas, brillando bajo las lámparas colgantes. A través de los altos ventanales, contrastaba la oscuridad exterior. Las paredes, adornadas con azulejos sevillanos, contaban historias de arte y detalle.

Marta, con su glamuroso vestido de charleston, y Leopoldo, de Drácula, recorrían el palacete envueltos en una atmósfera donde historia y presente se fusionaban. Sonaba jazz de fondo para amenizar la velada y ellos se adentraban en una noche que prometía ser memorable, una fiesta de secretos y descubrimientos en cada esquina del histórico edificio. Al entrar en el gran salón decorado con una imponente chimenea, vieron un grupo de personas disfrazadas alrededor de ella. Marta, instintivamente, se aferró al brazo de Leopoldo.

—Mira, esa es...

Leopoldo observó a la mujer a la que Marta señalaba. Estaba vestida de Caperucita Roja provocativa, con una blusa que dejaba entrever su escote, una minifalda y medias azules resaltando sus largas piernas. Su rostro era famoso en la pantalla y no pasaba desapercibida. No le sorprendió verla en una fiesta de celebridades, pero le resultó curioso cómo incluso en círculos exclusivos, el deseo de llamar la atención persistía.

—Isabel Mendoza. —La reconoció de verla en las noticias que había leído sobre ella durante el día anterior.

—Esto es lo más cerca que estaré de Hollywood —comentó Marta, emocionada.

—No le des tanta importancia. Es humana, como todos, con sus vanidades, de carne, hueso e implantes.

—¿Alguna vez disfrutas el lado positivo de las cosas?

—Solo en las fotos y cuando salgo en ellas —respondió él y ambos rieron. En ese momento,

un camarero disfrazado de marinero se acercó llevando una bandeja de bebidas.

—¿Cava, señores?

Leopoldo cogió dos copas de espumoso y le entregó una a Marta. Brindaron en silencio, sin mencionar un motivo específico. Entonces, un hombre disfrazado de momia, con ojos y boca al descubierto, se acercó a ellos con una copa en mano.

—¡Salud! —dijo, como forma de presentarse—. ¿Drácula y una vedette? Vaya, qué mezcla más curiosa.

—¿Y una momia puede opinar al respecto? —le contestó el periodista con sorna.

—Buena observación. Fernando Alcázar. Espero no interrumpir...

—Para nada. Soy Leopoldo y ella es Marta.

—¿Amigos de Ricardo? No me suenan vuestras caras.

—No exactamente.

—¿Sois de por aquí?

La pareja se miró.

—Ella es de Alicante.

—Y tú eres de una parte de Madrid de la que te avergüenzas, ¿eh?

Aquel tipo era especialista en generar horribles primeras impresiones.

—Para nada. Vivo en Chamberí. ¿Debería sentirme mal?

—En absoluto. Es que en La Moraleja nos conocemos todos.

—Pero esto no es La Moraleja. Es normal que no nos conozcas.

—Ya veo. Al menos aprecio la sinceridad.

—Por lo que intuyo, tú eres amigo del anfitrión.

La momia se aclaró la garganta.

—Más que amigo, soy el único que lo conoce desde hace años y siempre asisto a sus fiestas.

—Deberían otorgarte una medalla por ello.

—De hecho, sí. Aunque muchos se jactan de ser sus amigos y van por ahí alardeando de ello.

—Bueno, ahora conoces a dos que no lo hacen... todavía.

—Ya. ¿Cómo os ganáis la vida?

—Somos periodistas.

—¡Ah! —exclamó el hombre—. Vaya... No me gustan los periodistas.

—Todavía estás a tiempo de buscar otra compañía.

—No, está bien. Esta noche me he propuesto ser amable con todos, sin excepciones. Seré un chico bueno.

—¿Por qué esa actitud hacia la prensa? —preguntó Marta.

—Digamos que no me han tratado muy bien. Hay una invitada que se dedica al oficio también.

—¿Cómo se llama?

—Pronto la conoceréis. Lo suyo es difamar e inventar, como buena periodista.

—¿Y a qué te dedicas? Si no es mucho preguntar. Ya sabes, cosas del oficio.

—Soy coleccionista de arte, como Ricardo.

—¿Eso es una profesión? —le preguntó Marta.

—¿Veis a lo que me refiero? —El tipo dio un respingo antes de continuar—. No, bonita. Es más bien una habilidad especial, un don divino que no todo el mundo recibe. Hay que saber aprovecharlo, claro. Si sabes hacerlo bien, puedes amasar una fortuna.

—¿Y si no?

—Entonces te toca ver cómo otros triunfan, aunque no tengan tu visión, ni el gusto... —dijo con un tono amargo, sugiriendo que él pertenecía al grupo de los menos afortunados—. También soy veterinario. Al final, lo importante es vivir, ¿no? Mirad a Ricardo, siempre ha optado por lo comercial... ¿Qué os parece eso de allí?

Señaló un busto de hierro dorado envuelto en tela sintética, expuesto sobre una columna de mármol. Marta miró primero al hombre y luego a la obra, pero Leopoldo se distrajo con una figura que había reconocido.

—Mierda... —murmuró en voz alta.

—Sí, estoy de acuerdo —comentó el hombre—. Pero esa «mierda» está valorada en unos trescientos mil euros. De hecho, yo descubrí a ese artista...

Marta se acercó a Leopoldo.

—¿Qué sucede? —le susurró al oído.

—Necesito ir al baño. Será solamente un momento.

—¿Me vas a dejar con este pedante?

—Creí que te interesaba.

—Es una momia. No ha elegido el disfraz por casualidad.

—Volveré en un minuto.

Leopoldo se apartó de la pareja y atravesó el salón en dirección a la otra esquina, donde había reconocido a una mujer. En su camino, pasó por una biblioteca repleta de libros antiguos y una galería acristalada con vistas al jardín. No tenía claro por qué Sofía Román, la periodista más intrusiva de la prensa del corazón estaba en esa fiesta, pero sabía que su presencia nunca era una buena señal.

—¡Bonavista! —exclamó Sofía, acompañada de un hombre—. ¿Qué haces aquí?

—Vaya, Sofía... ¿La Dama de Elche?

—¿Qué? —preguntó, ofendida—. Soy la princesa Leia, de Star Wars.

—Ah... ¿No nos vas a presentar?

Junto a ella estaba Carlos Rivera, el artista emergente que había captado la atención de la

crítica en los últimos años. Leopoldo había leído sobre él y lo había visto antes en persona, aunque no recordaba dónde, y se dijo que, probablemente, habrían coincidido en algún evento social. Rivera poseía un atractivo moderado y mantenía un perfil bajo en entrevistas, lo que ayudaba a que el valor de sus obras se mantuviera estable, un aspecto crucial para los inversores. No obstante, esa noche, para Leopoldo, Rivera era una versión deslucida y poco inspirada del Joker de Batman, con un maquillaje que lo hacía parecer más payaso de broma que villano.

—Y tú, ¿cómo conoces a Ricardo? ¿Sois amigos? —le preguntó el artista.

—En realidad, no lo conozco, pero...

—Está aquí buscando una exclusiva —interrumpió Sofía—. Antes no se le veía en estos eventos, pero mira cómo cambian las cosas... Leopoldo ya no es el periodista de moda, ni está en la pomada, pero así es este negocio, ¿no?

—Exactamente. ¿Desde cuándo hablas así?

—Hablar, ¿cómo?

—Pomada...

—¿Hace cuánto que no sales de casa, guapo?

—Ten cuidado, Ana. Los del museo arqueológico te buscan...

—Ya te he dicho que soy la princesa Leia.

—Podrías pasar por cualquier cosa menos esa... —murmuró, provocando la risa de Rivera, aunque Sofía no lo oyó.

—¿Quién no viene a estas fiestas por algún motivo? —reflexionó la mujer, con la copa cerca de los labios—. No me entusiasma lo que hace Ricardo, sin embargo...

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

—Si eres inteligente, no rechazas una invitación de alguien como él.

—De un amigo.

—Exacto.

—Las fiestas siempre son entretenidas —apuntó el artista.

—Me sorprende que el Joker lo diga con esa falta de pasión. Él suele ser el alma de la fiesta.

Rivera sonrió y Leopoldo se percató de que estaba siendo demasiado duro con ellos. Había adoptado cierta arrogancia debido a la ostentación de egos que solía encontrar en estos eventos.

—Lo que quiero decir es que estos lugares son ideales para hacer contactos... Además, Ricardo sabe cómo hacernos disfrutar.

Leopoldo se dio cuenta del interés comercial que los tres compartían al buscar la influencia del anfitrión. Aunque a ninguno le entusiasmara estar allí, no dejarían pasar la oportunidad. Después de todo, él estaba haciendo lo mismo.

Apenas consciente de que la conversación no llevaría a nada productivo, Leopoldo se excusó prometiendo volver más tarde y se alejó para buscar el baño. El palacete era inmenso, un laberinto que desafiaba su ya limitado sentido de la orientación. Caminó a través de un largo pasillo adornado con pinturas de autores que no reconocía, hasta que se cruzó con alguien disfrazado de Sherlock Holmes. Al menos eso dedujo. Se intercambiaron un breve saludo silencioso, sin más interacción. En realidad, Leopoldo ya se sentía fatigado de socializar con desconocidos y la noche apenas acababa de comenzar.

Escuchó el bullicio proveniente de las cocinas y continuó su camino. A su derecha, unas escaleras tapizadas con una alfombra marrón ascendían a la planta superior. Mientras subía, captó voces provenientes de arriba, aunque no lograba descifrar lo que decían. Al llegar al segundo piso, siguió por un pasillo que bordeaba la barandilla, guiándose por las voces hasta una puerta cerrada. Al acercar su oído, escuchó gemidos apasionados, primero de una mujer y luego de un hombre.

Sonriendo ligeramente ante la evidencia de que alguien estaba disfrutando de la fiesta de una manera más íntima y pasional, se dirigió al baño contiguo y cerró la puerta tras él. El espacioso cuarto de baño estaba equipado con un lavabo y una bañera antigua. Se lavó la cara para refrescarse, notando que los gemidos del otro lado habían cesado. «Eso ha sido más breve de lo esperado», pensó, algo intrigado, riendo de la situación. Se acercó a la pared, donde podía oír voces amortiguadas, pero pronto reinó el silencio y la puerta de la habitación se abrió. Movidito por la curiosidad, se agachó y miró por el resquicio de la puerta del baño. Primero vio a una joven disfrazada de Campanilla de Peter Pan, apresurándose escaleras abajo tras ajustarse los leotardos. Segundos después, salió el hombre vestido de arlequín.

«Vaya. Y yo que creía que...», reflexionó Leopoldo, reconociendo al asistente del anfitrión. Rápidamente, echó el cerrojo al baño justo cuando el arlequín se acercaba.

—¡Ocupado! —exclamó, disfrazando su voz para evitar ser reconocido.

El sonido de la manivela cesó. El articulista permaneció quieto unos instantes, antes de volver a mirar por la cerradura, pero el pasillo ya estaba vacío.

6

Leopoldo salió del baño y echó un vistazo al reloj, dándose cuenta de que había dejado a Marta sola con el peculiar personaje por demasiado tiempo. Por suerte, Marta era una persona que sabía cómo desenvolverse en esos ambientes, aunque no fuesen sus preferidos. Se encaminó hacia las escaleras, pero una luz en el interior de una sala abierta captó su atención. La curiosidad lo llevó hasta la gran puerta que daba paso a un salón repleto de obras de arte. En el centro, iluminada por varios focos y protegida por una vitrina de cristal, había una máscara de porcelana veneciana que capturó completamente su interés.

«No deberías estar aquí», se dijo, a pesar de que no tenía intenciones de marcharse. Con un ligero vistazo, Leopoldo supo que aquella debía de ser una de las salas privadas del coleccionista, de las que tanto había oído hablar. Además, era probable que aquellas obras que colgaban o se apilaban, apoyadas en la pared, formaran parte de la controvertida colección del marchante.

Mientras observaba la máscara, una sombra se proyectó en el salón, creciendo en tamaño. Leopoldo se sobresaltó al escuchar una voz masculina y grave.

—¿Quién es usted? ¿Cómo ha logrado entrar aquí?

Al girarse, se encontró frente a Joaquín Velázquez, el anfitrión del evento, vestido de Napoleón o de lo que parecía un soldado del ejército del emperador.

—¿Piensa responder? ¿O prefiere que llame a la policía?

—No, no haga eso —contestó Leopoldo, finalmente

—Tranquilo, no lo iba a hacer. No parece peligroso.

El periodista, nervioso, se presentó como Leopoldo Bonavista y le explicó que había recibido una invitación para la fiesta, creyendo que Velázquez era admirador de su pódcast. Sin embargo, Velázquez negó conocerlo o escuchar la radio, e incluso ignoró su mano extendida.

Confundido, Leopoldo sacó la tarjeta dorada que había recibido. El marchante, asombrado, la observó y arqueó las cejas.

—Es suya, ¿cierto? Esa es su firma, no lo puede negar.

El coleccionista examinó la tarjeta y luego miró a Leopoldo con una mezcla de sorpresa y desconcierto. La atmósfera en la sala se cargó de una tensión palpable mientras Leopoldo esperaba una respuesta, preguntándose cómo había acabado en esa situación y qué significaría la tarjeta dorada para Velázquez.

Al preguntarle aquello, él levantó la mirada y se dirigió a su interlocutor:

—La V representa la victoria, por ende, a los privilegiados que tenemos el don de poseerla... —le respondió y después dio un respingo—. Lo único cierto es que no puede estar aquí. ¿Es acaso consciente de lo que tiene detrás?

Leopoldo guardó la tarjeta e intuyó que se refería a la vitrina:

—La máscara...

—No es una máscara cualquiera, señor...

—Bonavista.

Los dos hombres quedaron suspendidos en un cruce de miradas. Por un lado, el letraherido dudaba qué pensar: si Velázquez le estaba tomando el pelo o sufría un episodio de pérdida de memoria. Sabía que era un tipo extraño y excéntrico, pero dudaba de si estaba ejecutando un papel en ese momento. Sea como fuere, la situación no hacía más que incomodarlo, sin saber cómo actuar ante él. Después de todo, él era Ricardo Velázquez, sin duda alguna, pero debía agradecerle si quería lograr esa entrevista.

—Estoy bromeando con usted, señor Bonavista —dijo finalmente, acompañando sus palabras con una mueca—. Sé de sobra quién es y por qué le he invitado. Eso, sí... Debo reconocer que le imaginaba más alto, la verdad.

—¡Uf! Menudo alivio —respondió, sintiendo cómo la presión en su estómago se disipaba—. Por un momento...

—Lo sé, lo sé. Quería tomarle el pulso.

—Pues ha conseguido acelerar mis latidos.

—Nunca baje la guardia —dijo y dio un respingo—. Me alegra que haya venido y espero que esté disfrutando. No obstante, quería aprovechar su presencia aquí para hacer un pequeño apunte sobre el programa de Casanova.

Leopoldo se alegró de que recordara el pódcast, pensando que eso ayudaría a presentar su propuesta.

—Tiene una casa muy bonita.

—Es un palacete. Lástima que vaya todo a terminar en manos de la caridad. ¿Va a escuchar lo que tengo que decir o no?

—Sí, claro. Por supuesto, soy todo oídos...

—En su programa, no mencionó algo que fue clave en la vida del seductor. Un elemento que, de no haberlo poseído, la historia o leyenda que conocemos de él no existiría.

—¿A qué se refiere?

—A eso que tiene delante... Es una pieza de colección, una parte de la historia de la humanidad —explicó, acercándose para verla de cerca. Aunque no entendía a qué se refería, Leopoldo decidió seguirle el juego—. ¿Le interesa la Historia?

—Prefiero el jazz, la verdad... Aunque veo el canal Historia de vez en cuando...

El hombre suspiró, decepcionado.

—Está bien, lo plantearé de otro modo. ¿Conoce el carnaval veneciano?

—Por supuesto.

—Sabrá que Casanova vivió en Madrid durante el reinado de Carlos III, a mediados del siglo XVIII, aproximadamente...

—Algo había oído, sí... De hecho, lo mencioné en el programa...

Pero Velázquez seguía absorto en su relato.

—Se hospedó en habitaciones del casco histórico, en la calle de la Cruz, luego en la calle de Alcalá, incluso en la cárcel del Retiro. Estaba fascinado por la sociedad madrileña de entonces, por sus costumbres, el lenguaje de la seducción de los españoles, especialmente de las mujeres, buscando comprender sus claves, ese fandango de dama recatada y discreta, pero a la vez sutil...

—Es muy interesante lo que dice, y no quiero ser grosero, pero...

—¡Espere! No he terminado —le interrumpió, tomándolo del hombro para acercarlo a la máscara—. La leyenda popular cuenta que Casanova era un seductor, un don Juan de su época, con un poder especial para convencer, no solo a las mujeres, sino también a la Corte entera... Dicen que poseía un poder místico heredado, un secreto que se llevó a la tumba...

—Creo que me he perdido.

—Cuando Casanova fue arrestado por acostarse con la esposa de una importante figura de la Corte, lo encontraron en una taberna de la calle del Desengaño, llevando esa máscara —dijo, señalando la figura frente a ellos—. Era lo único que pudo salvar y, misteriosamente, gracias a ella y a la ayuda de personas influyentes, fue liberado. Se llevó la máscara a su hospicio, en la calle de Alcalá, y después de eso, su paso por Madrid se convirtió en un misterio.

—¿Pero, encontraron la máscara?

—No —carraspeó y dio un respingo—. Ahora, sin embargo, está delante de usted.

Leopoldo no lograba comprender la importancia del objeto expuesto ante él, aunque pensaba que debería estar en un museo, si la historia fuese cierta.

—Me está diciendo que esta es la máscara original que...

—Sí, la misma que Casanova utilizó en aquellos años. Dicen que tiene un poder especial al ponérsela.

—¿Lo ha comprobado?

Ricardo Velázquez se rio.

—Su valor en el mercado es mucho más que una leyenda —dijo con desdén—. Vale más que este palacete... Si supieran que la tengo, probablemente ya estaría muerto.

Leopoldo no sabía cómo responder.

—¿Por qué me lo cuenta?

—Porque no verá nada igual en su vida. Fíjese bien... —contestó y Leopoldo se acercó a ella, cuando notó un brillo de colores—. ¿Lo aprecia?

—¿Es como...?

—Purpurina. Lo sé, es extraño, pero es natural. Es un efecto óptico que produce al contacto con la luz.

Leopoldo se quedó observando la belleza de la pieza durante unos segundos y apreció una pequeña grieta en el ojo derecho de la máscara. En un acto inconsciente, acercó la mano a la vitrina de cristal, hasta que notó un sensor rojo sobre su mano y se distanció.

—Yo que usted, no lo haría.

—Disculpe.

—Hay veinticuatro sensores que captan cualquier intento de acercamiento. Si alguien intentara mover, aunque fuera un centímetro de la vitrina, se dispararía el sistema de alarma y le aseguro que no le gustaría saber lo que ocurre después.

—Entiendo. No tengo intenciones de tocarla.

—¿Planea matarme?

La pregunta creó un momento de tensión. Leopoldo no esperaba esa teatralidad, aunque no le sorprendió dada la vanidad de Velázquez.

—No, vine a...

—Ya lo sé. ¿Cree que soy tonto?

—No, señor.

—Participaré en su programa, que es lo que ha venido a pedirme, ¿verdad?

—Yo no pretendía ser tan directo.

—La vida es corta y los que dudan, suelen arrepentirse más tarde... pero antes necesita ayudarme en algo delicado.

—¿Ayuda? ¿A alguien como usted?

—No es broma, hablo en serio.

—Como quiera. Le escucho.

—Esta noche, uno de los invitados intentará matarme.

Leopoldo pensó que se debía a una confusión.

—¿Podría repetir?

—Tantas veces como necesite. Uno de mis «aliados», de mis amigos, de mis invitados... me traicionará, como Judas Iscariote.

—¿Y opina que lo hará aquí, en su casa?

—Lo intentará, estoy seguro.

—¿Por qué alguien de sus invitados haría algo tan atroz?

—Por esto —dijo, mirando de nuevo a la máscara—. Pero no lo permitiré, no mientras viva.

—Ajá. —Leopoldo observó la máscara, preguntándose si era otro juego mental del coleccionista. Sabía de su extravagancia, muy comentada en redes, pero nunca creyó que fuese real o, al menos, tan directa, suponiendo que eran rumores de sus enemigos.

—Entenderá que no confesarán ante mí. Sería absurdo, ¿verdad?

—¿Qué le hace pensar que lo harán conmigo? No visto una sotana, sino una capa de vampiro.

—Leí su trabajo y todo lo que ha hecho en estos últimos años.

—Soy un columnista, no un periodista de investigación. Lo de aquella familia, solo fue un trabajo de verano... Sin embargo, he leído algunas novelas de Simenon, si eso le ayuda. No sé, señor Velázquez, me cuesta encontrar una manera para ayudarle.

—Estoy convencido de que su perspicacia le permitirá descubrir a la persona sin escrúpulos que intenta robarme.

—Un momento —dijo, frunciendo el ceño—. He entendido que pretenden asesinarlo. ¿En qué quedamos?

—En ningún momento he mencionado tal cosa, aunque, ahora que lo dice... no le falta razón. Una cosa conduce a la otra. Estamos hablando de un crimen pasional, ¿sí?

—¿Puedo hacerle una pregunta, señor Velázquez?

—Adelante.

—¿Esto es un juego? Tengo entendido que le gustan los acertijos.

—No.

—En su invitación, aseguró que me divertiría.

—Y así será. ¿Existe mayor diversión que la de resolver una traición y quedar bien con su anfitrión? ¡Venga, Bonavista! No todo van a ser líos de faldas y copas de champán francés, ¿eh?

—No sé, Velázquez.

El coleccionista se acercó a él y le introdujo un billete de cien euros en el bolsillo delantero de la chaqueta.

—Esto es un adelanto.

—¿Qué hace?

—Le daré el resto cuando termine su trabajo.

—No voy a aceptarlo...

Lamentablemente, no pudieron continuar la conversación debido a unos pasos que se acercaban por las escaleras, interrumpiendo el encuentro. Leopoldo se quedó con ganas de saber

más, cuando Velázquez lo invitó a abandonar la sala. En ese momento, apareció en la puerta un guardia de seguridad.

—Mauro, ¿qué ocurre?

El corpulento esbirro parecía agitado.

—Está abajo esperándole, señor. El encuentro ya está organizado.

—Gracias —respondió, cerrando la puerta de la sala—. Le pido que regrese al salón y no hable con nadie de lo que le he comentado. Debo prepararme.

—¿Puede decirme quién ha llegado? —preguntó Bonavista, pero Velázquez ya caminaba hacia otra estancia—. ¡Señor Velázquez! ¿Cuándo podría participar en mi programa?

La puerta se cerró con un golpe, dejándolo sin respuesta.

7

Se quedó un rato esperando a que Velázquez reapareciera, pero luego entendió que no lo haría. Al parecer, el anfitrión tenía planes más importantes que seguir su enigmática conversación. «Vaya excéntrico», pensó, reflexionando sobre sus palabras y la conspiración en torno a su máscara. Sacó el billete de cien y lo observó detenidamente, concluyendo que estaría borracho o bajo los efectos de alguna sustancia desinhibidora. De lo contrario, ¿por qué haría algo así? Intrigado por la respuesta, finalmente se dijo: «Cosas de ricos, supongo», y guardó el billete antes de regresar al salón. Descendió por las escaleras y se dirigió al piso principal, deseoso de encontrar a Marta y aún desconcertado por la reacción errática de Velázquez. Para entonces, ya se servía el cóctel, el camarero ofrecía canapés variados y el bullicio aumentaba por el efecto del alcohol. Leopoldo cogió una copa de vino blanco y se abrió paso entre la multitud hasta dar con Marta, quien conversaba con el hombre disfrazado de Sherlock Holmes.

—Lo siento, había cola en el baño —se excusó, encogiéndose de hombros, consciente que tenía la misma credulidad que un niño travieso.

—Ya era hora —le reprochó ella, visiblemente molesta—. Mira, Leopoldo, este es el detective Javier Sánchez.

—¿Detective? —le preguntó, poniendo atención a una nariz prominente de la que colgaban unas gafas de pasta negra que le hacían los ojos enormes.

—Solo por unas horas.

—¿Nos hemos visto antes?

—No que yo sepa.

—Creo que sí.

—¿Por qué te mentaría?

—De acuerdo... —suspiró Leopoldo—. Empecemos de nuevo. Leopoldo Bonavista.

—¿También periodista?

—En mis ratos libres.

—Javier Sánchez, crítico de arte.

—¿Crítico? ¡Uf!

—¿Uf?

—Uf.

Javier suspiró, relajando la tensión, y cambió de tema.

—Tu amiga y yo debatíamos sobre el futuro del arte en una sociedad en decadencia...

—Pensé que aprovechabas para ligar con ella en mi ausencia.

—Lo he intentado, pero me ha dejado claro que no está interesada.

—En ti.

—En los dos.

—¿Y sigues aquí?

—Elemental, querido —contestó, sacando una pipa de juguete—. Las personas cambian de opinión.

—Ya veo... Eso mismo le decía a Marta antes de venir —dijo, mirando a su amiga—. Eres muy crítico. ¿Alguna vez contigo mismo?

—¿Dónde te habías metido? —preguntó ella.

—Es una historia larga y extraña...

—Cuéntanosla. Debe ser interesante —intervino el crítico, pero Leopoldo se distrajo al ver a Caperucita Roja, acompañada del asesor de Velázquez, el mismo que había estado coqueteando con una joven. La actriz, ahora de frente, lucía unos años más de lo esperado, cercana a los cincuenta, y llevaba un llamativo maquillaje con labios carmín. Aunque intentaba pasar inadvertida, su atractivo y la atención que le brindaba el asesor de Velázquez la hacían destacar.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó Javier, intentando reconocerla—. Su rostro me resulta de lo más familiar...

—Vaya... Si no la reconoces, confirmaré que vives en otro mundo —replicó Marta—. ¿No ves la televisión?

—Elemental, querida. Prefiero mi mundo interior a este planeta.

—Es una actriz de cine —afirmó Bonavista, suspirando profundamente—. Probablemente la más famosa de España.

—Por favor, no es una actriz cualquiera. Es Isabel Mendoza, la primera española en Hollywood, la musa de Pere Almudéjar... Si no me equivoco, Velázquez y ella tuvieron un romance.

—Lo siento, pero hace tiempo que no voy al cine... —comentó Leopoldo, observando de reojo al amigo de Velázquez, que parecía incómodo con la presencia de la mujer. Luego echó un vistazo al salón y notó algunas miradas suspicaces.

El asesor llevó a la actriz por el otro lado del salón hacia un pasillo que parecía llevar a otra antesala. Leopoldo intuyó que se dirigían a las mismas escaleras por donde él había subido antes.

—Si me disculpan... —dijo el crítico señalando su copa—, voy a por otra bebida.

El hombre se alejó y Marta soltó un suspiro de alivio.

—¿Por qué me has dejado con él?

—Pensé que te había dejado con la momia.

—Parece que este disfraz los atrae como moscas.

—¿Has visto su reacción?

—Pensé que no volverías. La próxima vez avísame si vas a tardar tanto.

—Por cierto, ¿qué sabes de Casanova?

—¿Qué?

—Nada, olvídalo... —dijo, mirándola directamente, mientras reflexionaba sobre su intento fallido de entrevistar al coleccionista—. He estado con Ricardo Velázquez. Es un tipo de lo más peculiar.

—¡Ah! Muy bien, muy bonito. ¿Cuándo?

—Antes.

—Mientras yo aguantaba a ese pesado.

—En el fondo, no era muy diferente. Velázquez está algo trastornado... Le gusta escucharse demasiado.

—No me extraña, con tanto dinero...

—Hablo en serio, Marta.

—Imagino que tienes tus razones para decir eso.

Le habría gustado contarle la conversación, pero no encontraba el motivo adecuado. Al fin y al cabo, Velázquez era de esas personas que buscaban impactar a los demás, ya fuera por miedo o curiosidad.

—A estas alturas, lo mejor es beber. Algo me dice que no nos invitarán a muchas más fiestas como esta.

—La verdad, no me importaría... —dijo, acercándose al camarero para tomar la última copa de vino de la bandeja. Justo en ese momento, una mano más rápida se adelantó y tomó la bebida. Sorprendida y molesta, Marta se enfrentó a la persona que le había quitado la copa, mirándola con enojo—. ¡Eh! Esa era mi copa.

Cuando Leopoldo se giró para ver qué pasaba, se encontró con la joven disfrazada de Campanilla, que sostenía la copa de vino y parpadeaba sus pestañas cubiertas de purpurina.

—No se preocupe, señora, enseguida traigo más —dijo el camarero.

—No es eso. Era mi copa.

—¿Acaso tiene su nombre, «señora»? —respondió la joven con desafío—, porque no lo veo por ninguna parte.

—¿Pero quién te has creído, niñata? Ni siquiera deberías estar bebiendo.

—Tú... —indicó Leopoldo, intrigado, señalándola. La joven lo miró—. Creo que te he visto antes.

—Yo... —respondió ella, sonriendo—. ¿Quién eres? No pareces encajar aquí.

—Yo soy la fiesta... Drácula, encantado.

—Ya me había dado cuenta.

—¿Y tú...?

—Campanilla... y también la sobrina del anfitrión —contestó, marcando su superioridad—. ¿Se están divirtiendo en la fiesta de mi tío? Hace falta más alcohol, ¿verdad?

—Sujétame o le sacaré los ojos —le susurró Marta con tono serio a Leopoldo.

—¿De verdad harías algo así?

—No me tientes.

A Leopoldo le resultó divertido el comentario, pero Marta lo reprendió con un codazo en las costillas. La joven de la copa de vino desapareció entre la multitud.

—Eres increíble... Podrías terminar en problemas por coquetear con una menor.

—Vamos, Marta. Admite que ha sido una situación curiosa.

—No, no lo ha sido.

—¿Estás celosa? —preguntó con una sonrisa.

—¿De la situación? No me hagas reír.

—A eso hemos venido, mujer.

—Eres el mismo idiota de siempre —dijo, incapaz de contener la risa—. Estoy sedienta, que es muy diferente.

—Además, no deberías preocuparte por ella... —comentó él mientras observaba al asesor, cuya mirada amenazante se dirigía hacia la joven—. Parece que ya hay alguien encargado de vigilarla.

De repente, un grito agudo y desgarrador resonó en alguna parte de la casa. Era un grito de mujer, cargado de dolor y de miedo.

Un silencio absoluto se apoderó del salón y todos los invitados se miraron desconcertados, buscando una explicación. La música se detuvo y un murmullo inquieto comenzó a crecer entre la multitud. Luego, un segundo grito, aún más potente, se escuchó desde el exterior. El perro comenzó a ladrar a causa de los chillidos. La gente se precipitó hacia el patio y Leopoldo y Marta se unieron a la multitud. Desde el amplio balcón de la segunda planta, una mujer vestida de plateado gritaba ahora con desesperación.

8

La posible coincidencia parecía una premonición cuando las nubes que cubrían el cielo comenzaron a descargar lluvia justo después del angustioso grito de la mujer. Primero, un relámpago iluminó el cielo, seguido por un trueno que asustó a los más temerosos. El pastor alemán que custodiaba la finca ladró con fuerza, respondiendo a los estruendos. La lluvia, que comenzó como un ligero orvallo, pronto se transformó en un aguacero que obligó a los invitados a buscar refugio en el interior del palacete.

Curiosos por lo sucedido y acobardados por el repentino temporal, los invitados se agolparon en el interior. Leopoldo, con la mirada puesta en el asesor de Velázquez, decidió seguirlo y se dirigió hacia las escaleras, con Marta siguiendo sus pasos. En el camino se cruzaron con Sofía Román, la periodista del corazón. Las miradas que intercambiaron no necesitaban palabras; había una noticia exclusiva en el aire.

Al llegar arriba, el frío de la sierra entró por el balcón abierto golpeándolos. Una voz femenina exclamó desde la sala donde Leopoldo había estado antes. Un relámpago iluminó el lugar, seguido por un trueno retumbante.

Lo que vieron los dejó helados: Ricardo Velázquez se hallaba inerte en el suelo, vestido de gendarme francés, con los brazos extendidos y el rostro pálido. Junto a él, una copa y una mancha oscura en la moqueta. Isabel Mendoza estaba al lado del hombre, desesperada y sin saber cómo reanimarlo. Los invitados observaban la escena en estado de shock, pero nadie parecía percibir un detalle que llamaba la atención de Leopoldo.

—Así que era cierto... —murmuró, impactado por la situación y despertando la curiosidad de Marta, quien estaba igualmente consternada.

—¿Qué dices?

—Velázquez tenía razón.

—Leo, explícate...

—Su premonición... Dios Santo, era cierto.

—¿A qué premonición te refieres?

Leopoldo miró hacia la máscara que aún se encontraba bajo la vitrina, igual que la primera vez que la vio. Confundido, se preguntaba si realmente alguien había matado a Velázquez sin obtener nada a cambio. Se acercó a observar la pieza de cerca, intentando comprender la razón de su muerte.

—¿Qué hacéis ahí parados? ¿Sois idiotas? ¡Que alguien llame a una ambulancia! —gritaba Isabel Mendoza, desesperada—. ¡Por Dios, Ricardo!

En ese momento, el asistente de Velázquez entró en la sala, acompañado del imponente guardia de seguridad.

—¡Oh, no... señor! —exclamó el asistente, consternado, y vaciló antes de agacharse junto al cuerpo. Parecía paralizado al ver de cerca a Velázquez, como si un ataque de pánico lo hubiera atrapado—. ¡Virgen Santa!

—¿Estás bien? —preguntó la sobrina a su asistente, preocupada.

El hombre negó con la cabeza.

—¿Qué ha pasado aquí? —quiso saber la momia.

—¿Qué ha pasado? —repitió la actriz, con los ojos enrojecidos por la rabia—. ¿Dónde estabais, inútiles?

—¡El señor estaba contigo!

—¡No! ¡Lo he encontrado así! —exclamó ella, intentando golpear al asistente, pero el guardia intervino, separándolos—. ¡Tú tienes la culpa!

—¿De qué hablas? —preguntó Sofía Román, ansiosa por una exclusiva.

—¿Está... está muerto? —le preguntó Marta a Leopoldo, incrédula.

—Me temo que sí. Lo peor es que...

De repente, la joven Campanilla irrumpió en la sala, empujando a los presentes, y se abalanzó sobre el cuerpo agarrotado del coleccionista.

—¡No, tío Ricardo! —gritó, confundida y angustiada, volviéndose hacia el asistente—. ¡Diego, haz algo!

Diego Torres intentó reaccionar, pero estaba visiblemente afectado. Buscó el teléfono fijo, pero no funcionaba; luego intentó con su móvil, no obstante, tampoco había señal.

—No hay nada que podamos hacer... no hay cobertura.

—¿Ni siquiera lo vas a intentar? —le reprochó ella, al borde de las lágrimas—. ¡Eres un torpe!

—Lamento decirte que es demasiado tarde. Tu tío ha muerto —dijo Fernando Alcázar, el viejo amigo de Velázquez, creando un silencio sepulcral en la sala.

La sobrina lo miró con furia, como si él fuera el responsable de la tragedia.

—Mantengamos la calma —sugirió el asistente—. Mejor esperamos a la policía.

—¿Policía? —preguntó Leopoldo—. ¿Cómo esperáis que nos encuentren aquí, si ni siquiera

funciona el teléfono?...

Todos se volvieron hacia Bonavista, que parecía haber abierto la caja de Pandora. El asistente, con el ceño fruncido, se aproximó a él con seriedad, a pesar del atuendo de bufón que vestía.

—¿Se le ocurre algo mejor, señor periodista? ¡Ah! Disculpe, que a usted le pagan por verter su opinión. Y ni eso...

—Solo estaba pensando en voz alta.

—Ricardo Velázquez ha fallecido —afirmó la actriz—. Esa es la realidad.

—Sean maduros, ¿de acuerdo? —suplicó el asistente, revisando su estado—. Antes de que pierdan la sensatez, que ya escasea por aquí, aceptemos que no ha sido culpa de nadie. Todo apunta a una muerte natural.

—Nadie saldrá de aquí hasta que comprendamos lo ocurrido —añadió el guarda.

—Yo os diré lo que ha ocurrido —intervino Fernando Alcázar, sosteniendo una copa de vino—. Ricardo ha sufrido un infarto.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? Solo lo has tocado —indagó la actriz.

—Soy veterinario. Esto es básico en medicina.

—Ricardo no es un animal.

—¿Tomaba alguna medicación?

—No, que yo sepa —contestó la sobrina.

—¿Padecía alguna cardiopatía?

—No —confirmó el asistente—. El señor estaba en forma.

—¿Colesterol? ¿Hipertensión? ¿Problemas de erección?

—No lo sabemos.

—No —dijo la actriz y todos la miraron—. ¿Por qué me miráis así? Estoy aportando información.

—Entonces ha sido un fallo cardiovascular. Una pena, pero no hay nada que hacer. La vida es cruel cuando quiere.

—No está mal, para ser una momia ebria...

—¿Te crees muy astuto? —replicó Alcázar, acercándose—. ¿Eres médico acaso? Yo intento ayudar, no como tú.

—Si no va a aportar nada, Bonavista, mejor cállese —terció el asistente.

De repente, todas las miradas acusadoras se posaron en él. Leopoldo comprendió rápidamente lo que ocurría. El virus del miedo ya había infectado las mentes temerosas de todos los invitados. Al fin y al cabo, Marta y él eran quienes menos tenían que perder allí. En el fondo, la única forma de aplacar el temor era esa, encontrando un culpable. Ninguno de los presentes

resistiría mucho tiempo con la idea de que pudiera haber un asesino entre ellos, aunque no fuese cierta.

En ese instante, Carlos Rivera, el artista emergente, intervino para evitar el caos.

—Dejadle en paz. Solo estáis soltando obviedades... Bonavista tiene razón en lo que dice —afirmó, buscando calmar los ánimos. Luego miró hacia afuera—. Necesitamos ayuda y no nos encontrarán porque nadie sabe que estamos aquí, así que debemos mantener la calma y esperar a que regrese la señal... Por tanto, tranquilicémonos. La verdad es que no podremos ir muy lejos con esta tormenta.

—¿Perdona? —preguntó la sobrina, señalando al difunto.

—Recuerda que es Ricardo Velázquez quien ha fallecido —recordó la actriz, con el maquillaje corrido—. Solo con mencionar su nombre, podrías hacer que un helicóptero llegara aquí.

—Eso sería estupendo, pero no hay forma de que el piloto nos lea el pensamiento. Ricardo Velázquez podía ser muchas cosas, pero...

—¡Mi tío, exactamente! Así que te agradecería que no hablaras de él como si ya no estuviera... —le recriminó la joven.

—La única certeza hasta este momento es que el señor Velázquez ha fallecido aquí, en su sala privada, a la que nadie, excepto él, tiene acceso y permiso para entrar... —indicó el asistente, observándolos a cada uno de ellos y después se giró hacia la actriz—. Por tanto, Isabel, tú has sido la última que lo ha visto aquí con vida.

—¿Qué? No, perdona...

—De no ser así, ¿cómo has llegado al balcón? —le preguntó la sobrina del fallecido.

—No vayáis por ahí...

Las miradas acusadoras cambiaron de dirección y se posaron en ella.

—¿Qué es lo que ha sucedido?

—Cuando he subido, la puerta estaba abierta y él se encontraba en el suelo...

—Seguro.

—¿Por qué nadie me cree? ¿Para qué iba a gritar?

—Si mientes, lo demostraremos —respondió la sobrina.

—¿Cómo osas llamarme embustera, niñata consentida?

—No sería la primera vez que mientes...

Marta miró de reojo a Leopoldo, que se mostraba concentrado en la interacción de los presentes y en el cruce de balonazos verbales que se lanzaban. A sus ojos, todo parecía una obra de teatro para encubrir lo que realmente importaba. Ahora que tenía más información sobre aquella sala, no tenía la menor duda de que la persona que había entrado allí sabía lo que había dentro.

—Lo que está claro es que no podemos dejarlo ahí, sin más.

—Al menos, no por mucho tiempo... —dijo la momia—. Os lo digo en serio, sé de lo que hablo.

—¿Cómo puedes ser tan frívolo? —le increpó la famosa actriz—. Ni siquiera guardas un poco de respeto por tu amigo...

—Bravo, bravísimo... ¡Venga! No me hagas reír, Isabel. Ni tú, ni el resto. Todos sabemos por qué Ricardo nos invitaba a sus fiestas cada año...

—Eres deleznable, Fernando —le respondió la sobrina.

—No digo que no lo vaya a echar de menos. Solo digo que nadie estaba aquí por iniciativa propia. Y eso que no me he perdido ninguna fiesta.

Un murmullo uniforme comenzó a crecer en la sala.

—Lo mejor será que cambiemos al señor de lugar... —opinó el asistente, reduciendo el ruido de la conversación—. Creo que podríamos trasladarlo a otra habitación más íntima, como su dormitorio.

—¿Algún voluntario? —preguntó Alcázar y no recibió respuesta—. Lo imaginaba.

—Yo me ofrezco —dijo Bonavista, generando la discrepancia de los demás—. ¿Algún problema?

El asesor miró a los demás y se encogió de hombros.

—No veo el motivo.

—Ni yo un exceso de voluntarios.

—Os ayudaré —dijo Alcázar—. Los demás, id pensando cómo pasaremos la noche...

Leopoldo le guiñó un ojo a Marta, dándole a entender que todo estaba bajo control, aunque no era cierto. La repentina muerte de Velázquez lo había cogido desprevenido. De hecho, no había creído sus palabras hasta ese momento, cuando ya era tarde, y un sentimiento de culpa empezó a surgir en él. Si se hubiera quedado más tiempo a la espera, frente a la puerta de la sala, tal vez hubiera entendido qué había sucedido o, mucho mejor, habría logrado salvarlo. Pero no era así y la verdad era que ahora cargaba de sus piernas para llevarlo al dormitorio que había al otro lado. Lo que desconocía Leopoldo era que la noche no había hecho más que comenzar.

9

Todo lo que podía ir mal, terminó yendo mal. ¿En qué momento pensó que acabaría arrastrando el cadáver de uno de los personajes a los que más admiraba? En ninguno, se dijo a sí mismo. Situaciones como esa nunca formaban parte de su imaginario, ni siquiera del de los fetichistas más sádicos. Sin embargo, allí estaba él, levantando por los pies a Ricardo Velázquez, que pesaba lo suyo. Entre los presentes, lo arrastraron en silencio hasta la cama del dormitorio contiguo a la sala privada del coleccionista. Después le quitaron el abrigo y la chaqueta y dejaron sus prendas sobre el cabezal de un sillón. Aquella era otra de las estancias del palacete, que, pese a ser un dormitorio, tenía más amplitud que el apartamento de Leopoldo. Este observó las expresiones de los otros tres tipos, reflejo del disgusto y la pena muda, típicas de los funerales, aunque con la diferencia de que en estos últimos no es necesario ver el rostro del difunto. Pálido y con su indumentaria napoleónica, Ricardo no daba señales de volver a la vida, y lo cierto era que ninguno de los cuatro lo esperaba. Tan pronto como lo depositaron sobre la enorme cama matrimonial, se apartaron con la intención de no tocarlo más. Ricardo Velázquez descansaba para siempre, con los ojos cerrados, una mano sobre la otra y los pies bien colocados. Leopoldo echó un último vistazo a la habitación, decorada con muebles antiguos y grandes cuadros que, seguramente, tendrían un valor incalculable en el mercado. Junto a la ventana, descubrió un escritorio de madera con una lámpara de médico, de color verde, y una silla acolchada. Sobre el escritorio, un ordenador portátil de aluminio y la correspondencia de alguien que vivía alejado de la civilización, en otro tiempo, en otro mundo. Reconoció el contorno de varios portarretratos, pero no alcanzaba a distinguir las personas en las fotografías. Con la luz de la lámpara apagada, la única claridad provenía de la ventana, iluminada por los relámpagos de la tormenta al otro lado del cristal.

—Es una tragedia —comentó Diego Torres, observándolo desde el umbral de la puerta. Para entonces, el resto de los invitados ya había vuelto al salón.

—Cuando la muerte llega, nadie la espera —comentó el artista—. Supongo que existen peores formas de despedirse.

—Ninguna es oportuna —añadió el portero, haciendo un gesto para sacarlos de la habitación—. Dejémoslo descansar.

—¿Qué haremos con él? —preguntó Leopoldo, ante la pasividad de los demás—. No podemos dejarlo así...

El asistente arqueó una ceja y lo miró con desconcierto.

—¿Se le ocurre algo mejor que dejarlo descansar en su habitación? Si prefiere, podemos abandonarlo a la vista de todos, para traumatizarnos más, como si no tuviéramos suficiente.

—Una noche inolvidable, sin duda.

—No sea cínico, por favor.

—Mientras tanto, este es el mejor lugar para que el señor aguarde hasta que se lo lleven —opinó el guarda, apoyando al asistente—. Cuando mejore el tiempo, los servicios de emergencia se encargarán de él.

—¿Podemos largarnos ya? —preguntó Carlos Rivera, visiblemente incómodo—. Me pone los pelos de punta estar aquí, frente a él...

—Descuida, dudo que salte sobre ti —comentó Alcázar.

—¡Oh! Dios...

El asistente cerró las puertas que conectaban ambas estancias y regresaron a la sala privada donde habían encontrado al anfitrión. En la moqueta, se destacaba una mancha oscura de vino derramado. Al lado, la copa de cristal de la que había bebido Velázquez. Los demás se dirigieron hacia la salida, pero Leopoldo se detuvo unos instantes, contemplando la escena. Nunca había oído hablar de alguien que muriera por beber una copa de vino, lo que incrementaba sus sospechas. Al quedarse rezagado, examinó detenidamente la sala, prácticamente igual que cuando la había visto por primera vez, salvo por la mancha en la moqueta. Le sorprendió que, a pesar de la conmoción, todo pareciera inalterado. Recordó a la mujer gritando desde la terraza. Ella había afirmado encontrarlo ya sin vida. Pisó el suelo y notó un vacío debajo, deduciendo que una caída fuerte habría sido perceptible, provocando un temblor en el piso y llamando la atención de los presentes. «Qué extraño...», juzgó, considerando que la moqueta pudo haber amortiguado el impacto. Luego, su mirada se posó en la máscara de porcelana dentro de la vitrina de cristal, recordando las historias que había escuchado sobre ella, pero rápidamente desechó esa idea, como a una simple habladuría. Leopoldo no creía en lo sobrenatural, ni en los cuentos de vendedores. Y si bien Ricardo Velázquez era conocido por su habilidad para cerrar negocios, incluso a costa de su propia integridad, eso no explicaba su muerte. Cuando el asistente notó que el periodista no los seguía, se giró para ver dónde estaba.

—¿Qué está haciendo ahí? ¿Por qué no avanza?

Leopoldo, sumido en sus pensamientos, consideró brevemente la posibilidad de que Velázquez hubiera sido envenenado. Era un comienzo, se dijo. Aunque le parecía una idea

descabellada, no podía descartarla del todo, especialmente influenciado por las últimas palabras del anfitrión antes de morir. ¿Y si había sido un acto infligido?, se preguntó. En el mundo de las grandes fortunas, como bien sabía, todo era posible. Sin embargo, Leopoldo no había acudido allí para involucrarse en asuntos que no le concernían. Era consciente de que, en el entorno de personas que manejaban grandes sumas de dinero, como Velázquez, los problemas eran una constante y la muerte del hombre, sin duda, generaría gran revuelo en la prensa. Lo último que necesitaba era verse atrapado en un conflicto legal con alguien que contaría con una defensa tan sólida como la del Real Madrid.

—¿Eh? —fue su respuesta distraída.

—¿Está bien? —insistió el asistente, mientras los otros dos se volvían hacia él con miradas inquisitivas. En ese instante, el periodista comprendió que su interés por la muerte de Velázquez no sería bien visto en ese grupo, lo que incrementó su sensación de desconfianza—. Vamos, se hace tarde y sería mejor buscar ayuda.

Al salir de la sala privada, Diego Torres extrajo una llave antigua y alargada del bolsillo de su traje de arlequín. Era del tamaño de su dedo índice y parecía tener más años que los cuatro hombres juntos. La introdujo en la cerradura, dando dos vueltas al cerrojo, para asegurarse de que nadie más entrara allí. Tras esto, la guardó de nuevo a la vista de todos.

—Así me aseguro de que nadie vuelva a husmear donde no debe —murmuró, con un tono apesadumbrado, bajo la atenta mirada de los otros hombres. Luego, carraspeó y los miró a los ojos. A pesar de no ser tan altos ni fornidos como Mauro, el arlequín parecía diminuto comparado con ellos—. Bien, señores, tenemos que hacer algo. Nos dividiremos para buscar ayuda. Unos irán al pueblo más cercano y otros se encargarán de preparar víveres.

—El pueblo más cercano está a varios kilómetros —replicó Bonavista, poniendo en duda el plan—. Con esta tormenta...

—¿A qué esperamos? —insistió Mauro—. Aquí no logramos nada. Podríamos enloquecer si seguimos encerrados y mirándonos las caras.

—En eso te doy la razón —espetó Alcázar—. Aquí hay rostros muy difíciles de observar durante un buen rato. Podría tener pesadillas.

—La gente necesita mantenerse ocupada —apuntó el asistente.

—Ocupados, siempre ocupados... El sistema nos quiere así para evitar que pensemos... Absortos en pantallas y tareas, como hormigas diligentes, como zombis... Así no surgen ideas creativas —se quejó el artista.

—No es momento para discursos reivindicativos, ¿no cree? —replicó otro.

—Yo solo expreso lo que siento.

—Y yo digo que debemos buscar ayuda —intervino Mauro, con autoridad, acallando al artista.

—Vale, guardaré mis consideraciones para más tarde. ¿Pero cómo esperáis caminar a alguna parte con este temporal? —cuestionó el artista.

—Mauro era el chófer del señor Velázquez por algo —comentó el asistente, mirando con complicidad al corpulento hombre—. Hay un vehículo en el garaje.

—Eso es un alivio, después de todo lo ocurrido —dijo Leopoldo, intentando aportar algo de optimismo—. Si tenemos suerte, llegaremos a la comisaría más cercana para saber qué hacer. Allí encontraremos la ayuda que buscamos.

Los otros se miraron en silencio, como si la propuesta no coincidiera con sus planes.

—Lo discutiremos en el camino. Lo claro es que necesitamos ayuda —dijo el asesor—. Yo me quedaré aquí con los demás. Seguramente necesitarán mi asistencia. Alguien debe poner orden antes de que el caos reine en la casa... Los nervios están a flor de piel.

—Así que dan por hecho que nosotros iremos al pueblo... —murmuró Rivera a Bonavista, pero su comentario no pasó inadvertido.

—Después de todo lo que el señor Velázquez ha hecho por usted en vida, esperaba su colaboración —le reprochó el otro.

—Por supuesto. Estoy dispuesto a lo que sea necesario.

—¿Bonavista?

La presión del grupo lo forzó a aceptar, a pesar de su reticencia. Algo le decía que el viaje con esos dos no sería agradable, sin contar la tormenta. Pero parecía no tener otra opción.

—Sí, claro. Contad conmigo.

10

La fiesta parecía haber terminado para todos, pero sobre todo para el anfitrión. Ahora el acogedor palacete se había convertido en una extraña casa del terror. A nadie le agradaba la idea de habitar alrededor de un cadáver, aunque estuviera encerrado en su habitación, ni tampoco bajo la sospecha de que alguien hubiera asesinado al señor Velázquez, sospecha que solo Bonavista albergaba en su mente. Tras unos minutos de desconcierto y discordia grupal, la presencia de Mauro, el guardia de la propiedad, ayudó a que el grupo de invitados tomara en serio las indicaciones de Diego Torres. A pesar de todo, debían actuar como el grupo de personas prudentes que eran, o que pretendían ser, y organizarse del mejor modo posible para encontrar auxilio y superar aquel mal trago. Así, lo primero que harían sería buscar una manera de salir de allí. La tormenta seguía siendo fuerte y la propiedad se encontraba en lo alto de un paraje montañoso, incomunicada del pueblo más cercano. La primera idea surgió del crítico literario, que se ofreció a salir de la mansión y caminar en la oscuridad hasta encontrar señal telefónica. Enseguida, Carlos Rivera se ofreció a acompañarlo, y a ellos se unieron Mauro y Leopoldo.

—Está bien, vosotros iréis ahí fuera y nosotros nos encargaremos de preparar el lugar para pasar la noche.

—¿Qué, pasar la noche aquí? —preguntó la sobrina—. Ni hablar. Más vale que os deis prisa. Una vez que encontréis un teléfono, llamad al hospital más cercano y aseguraos de que un taxi vuelva con vosotros. Mañana tengo un vuelo a Nueva York y debo regresar a Madrid.

—La juventud, siempre creyéndose el centro del mundo... —comentó Sánchez, sujetando su pipa de plástico—. ¿Cómo vas a subir a un avión, si todavía desconocemos lo que nos espera más allá del jardín?

—Lo que te espera, por mucho que lo sienta, es un resfriado —comentó Sofía Román, la periodista—. Es lo último que puede pasarte ahí fuera.

—Nadie tiene por qué sentirse obligado a hacer nada que...

—¿Hay comida? —preguntó Alcázar, rebajando la tensión. Su disfraz de momia comenzaba a deshacerse—. Empiezo a tener hambre... y sueño, mucho sueño. ¿Alguien quiere compartir

cama?

El bufón se rascó la cabeza, agobiado por la situación.

—Hablaré con el servicio para que preparen la comida...

—¿Sopa fría?

—Muy gracioso.

Marta se acercó a Leopoldo, que no parecía muy convencido del plan que habían ideado.

—¿Estás bien?

—Estoy mejor que él —dijo, refiriéndose a Velázquez—, que ya es bastante.

—No seas cruel.

—Esto es muy extraño, Marta. He estado en su habitación. No termino de creerme del todo que haya sido un accidente.

—Ah, ¿no? Jamás lo hubiese pensado.

—Él me informó de que esto pasaría.

Marta le dio una palmada en la espalda, intentando calmarlo. Entendía que se sintiera culpable, pero no debía asumir más responsabilidad de la necesaria.

—Olvídate de esa conversación. Eran las palabras de un hombre que vivía en su torre de marfil...

—No, no. Reconozco cuando alguien dice la verdad y tenía motivos para hacerlo. Ahora soy yo quien empieza a creer en sus razones.

—Como, ¿por ejemplo?

—Sabía que uno de ellos lo traicionaría para robarle la máscara.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? La máscara sigue ahí.

—¿Es la original?

—No lo sé, Leopoldo. Pero parecía que seguía en su sitio.

—Yo tampoco lo sé, y te digo lo que sospecho, y es que tengo la sensación de que hay gato encerrado en esta casa.

—Los únicos que estamos encerrados somos nosotros... y con un cadáver. Al menos, da menos guerra que toda esta gente.

—Ahora sabes lo que es un ambiente de famosos... Escucha, quiero salir de dudas y asegurarme de que lo sea. Tampoco tenemos mucho que hacer. De lo contrario, tendré que darle la razón a ese idiota.

Ella suspiró, recordando la cabezonería del articulista.

—Tú preocúpate por sacarme de este lugar cuanto antes. Esta gente empieza a inquietarme.

—Y a mí, pero debemos llevarnos bien con ellos.

—¿En serio?

—Al menos, mantener las apariencias. No te estoy pidiendo que hagas amigos, pero estate

atenta e intenta descubrir lo que puedas mientras estoy fuera... Cualquier detalle puede ser de utilidad. Además, sería conveniente que te acercaras a Torres, el asistente de Velázquez.

Ella frunció el ceño y lo miró intrigada.

—¿No estarás pensando en utilizarme?

—¿Yo? No, por favor. Qué cosas dices... —contestó con un tono irónico—. Lo último que me pasa por la cabeza es aprovecharme de ti...

—Te odio.

—Él guarda la llave que abre la puerta de la sala privada de Velázquez. Si la conseguimos, podremos averiguar qué ha pasado ahí dentro.

—Sé por dónde vas. ¿Estás loco? Si me descubren, me quemarán como a una bruja.

—No seas exagerada. Ni que fuera la primera vez que haces algo así.

—No pienso robar.

—No te digo que robes. Se llama pedir prestado.

—Ahora te detesto todavía más.

—No lo pierdas de vista y aprovecha la ocasión cuando la tengas —le susurró, regalándole una sonrisa.

Luego salió del salón y se unió al grupo que esperaba en la entrada del palacete.

—Esto es para ti —le dijo Mauro, pegándole una linterna al cuerpo y entregándole un paraguas—. No los extravíes porque no tenemos más.

—Si me pierdo yo, tampoco hay más...

El caribeño lo miró confundido, como si hubiera dicho algo sin sentido.

—¿Estamos listos? —preguntó el artista, comprobando la linterna—. Pensaba que íbamos en coche...

La lluvia y el frío acechaban. La tormenta daba la impresión de que duraría bastante. Con los paraguas abiertos, los cuatro avanzaron por el camino de la entrada de la finca, hasta llegar a la enorme puerta de hierro. Allí, el resplandor terminaba y la cuesta asfaltada se convertía en una pendiente oscura y resbaladiza.

—¿Qué se supone que vamos a buscar? —preguntó Leopoldo, intrigado y fastidiado por el mal tiempo—. ¿Caracoles?

—Tu sentido del humor, Bonavista... —le respondió Rivera.

—Para empezar, un atisbo de señal telefónica, pero parece imposible —respondió el improvisado Sherlock Holmes, apuntando con la linterna hacia la bajada de la cuesta, al otro lado de la verja—. Mirad, creo que deberíamos tomar esa ruta. Por ahí se llega al pueblo de Miraflores.

—¿No pensarás que vayamos caminando? —preguntó Carlos Rivera.

—El señor tiene el coche en el garaje y hay que llegar hasta él —indicó Mauro—. Bueno,

tenía...

—Suenan raro hablar de él en pasado...

—¿Funciona? —preguntó Sánchez—. Al coche, me refiero. No a lo de hablar en pasado...

—Ya lo creo que funciona, aunque debemos conducir con cuidado.

—No te preocupes, Bonavista —respondió el artista—. Yo me encargaré de llevarlos.

Los relámpagos iluminaban el cielo, seguidos del estruendo que los acompañaba. El agua caía con fuerza sobre los paraguas que los protegían. Regresaron a la casa en la oscuridad, siguiendo al guarda, que los llevó hacia las cocheras. Por el camino, Leopoldo observó la parte trasera del palacete y una puerta desnivelada que parecía ser la sala de lavandería o la vivienda del servicio. Mauro abrió una pesada puerta de hierro y encendió la luz de un garaje que parecía haber sido una bodega. El aroma a vino y a madera aún era perceptible. Delante de ellos apareció un antiguo Mercedes 230 descapotable, de los años ochenta, pintado de un rojo brillante, como si acabara de salir de fábrica.

—Vaya, un clásico —dijo Leopoldo, sonriendo al verlo—. Al menos, tenía gusto para los coches.

—¿Nos podemos fiar de ese cacharro? —puso en duda el crítico—. Parece que Ricardo no había cambiado de coche en los últimos treinta años...

—Una máquina alemana nunca falla —aseguró Mauro, después de subir al vehículo y esperando a que el resto hiciera lo mismo. El artista se acomodó en el asiento del copiloto y los otros dos se ubicaron detrás—. Y yo tampoco fallo. ¿Os quedáis más tranquilos?

—Pensaba que iba a conducir yo, pero bueno...

—No.

—En serio, ¿qué más da? Puedo hacerlo.

—Yo también puedo —afirmó el caribeño, arrancando el motor del vehículo. Lentamente, salieron de la cochera mientras el agua golpeaba con fuerza el cristal y la lona que los protegía. Los movimientos bruscos al volante aumentaban la tensión en el interior del coche, donde todos permanecían en silencio. La puerta de la finca se abrió automáticamente y el Mercedes salió a la carretera. Los faros iluminaban una parte de la vía, pero el resto quedaba sumido en la penumbra.

—Conduce con precaución, amigo.

—Descuida —respondió el conductor, riéndose y sin mostrar miedo alguno—. Se nota que nunca habéis manejado en La Habana.

Poco a poco, el vehículo se adentró en la carretera, descendiendo por la cuesta y sumergiéndose en la oscuridad de la montaña, donde la visibilidad era casi nula.

11

La escasa luz que emanaba del palacete se desvaneció en cuanto se distanciaron por la carretera. Los cuatro hombres viajaban sumidos en un silencio reflexivo, concentrados en el camino, inquietos por lo que descubrirían al llegar al pueblo, aunque sin albergar esperanzas de éxito. El temporal convertía la conducción en una tarea para expertos, pero Mauro manejaba con una confianza que lo señalaba como el más indicado para estar al volante.

—Menudo fin de semana tan movidito, ¿eh? —opinó el crítico literario, colocándose la pipa entre los labios—. Vaya, vaya... Y pensar que casi me quedo en casa, en pijama... Bueno, al menos tendré una historia para mis hijos.

—¿Tienes hijos? —preguntó el artista.

El crítico lo observó a través del espejo retrovisor y se acomodó en su asiento.

—¿Eh? No, pero cuando los tenga.

—Nunca es tarde —comentó Leopoldo.

—Exacto, nunca es tarde.

—Quería decir, para perder la esperanza...

—¿Creéis que fue acertado dejarlos en la casa?

El artista intercambió una mirada con Leopoldo, evidenciando su cansancio por los comentarios del crítico.

—Necesitamos hallar la forma de volver a casa. Eso es todo. Así que, centrémonos, por favor.

—Y de avisar a la policía —añadió el conductor, sumiendo el automóvil en un tenso silencio. Luego levantó la mirada de la carretera y dirigió una rápida ojeada a Leopoldo—. Nadie debe salir de la finca hasta esclarecer lo sucedido.

—Considero que ya está bastante claro —afirmó el artista—. Al menos eso nos ha hecho ver Fernando.

—¿Alcázar?

—¿No confías en él?

Javier Sánchez lo miró de reojo y se inclinó hacia él.

—¿Debería?

—No lo sé. No lo conozco lo suficiente para juzgar. ¿Sugieres que la muerte de nuestro anfitrión no ha sido natural?

—Perdona, eso lo has insinuado tú. No distorsiones mis palabras.

—Realmente, nadie sabe cómo ha fallecido. La única testigo, supuestamente, lo ha encontrado ya sin vida, así que no podemos probar su versión.

—Interesante observación, Drácula.

—No estoy acusando a nadie, ni aludiendo que haya sido un homicidio.

—Parece que le das muchas vueltas a esa posibilidad.

—Entonces, ¿consideramos la hipótesis de que alguien ha intentado asesinar a Ricardo? —escarbó, buscando provocación en sus respuestas—. Señores, eso lo cambiaría todo.

—Yo solo digo que la policía nos orientará.

—¿Qué opinas, Bonavista? —preguntó Sherlock, asomando la cabeza entre los asientos—. Tú que pareces tan involucrado en convertir esto en una novela negra...

—Yo prefiero los reportajes de intrigas palaciegas e infidelidades de futbolistas y modelos. Los robos y crímenes me resultan peligrosos...

—¿Por qué?

—Las pasiones hacen estragos.

—Entiendo. ¿Y tú, Joker? —Sherlock miró a Rivera, más concentrado en la carretera que en la conversación—. ¿Qué estimas al respecto?

—Ya lo he dicho. Prefiero no pensarlo, aunque no veo motivo para que alguno de nosotros matara a Ricardo...

En ese instante, un bache en la carretera hizo que el coche saltara y Javier Sánchez chocara con el techo.

—¡Demonios!

—Lo siento, no lo vi... —se disculpó Mauro, realizando un giro.

—Ten cuidado, amigo —le reprochó el otro, sujetándose la pipa—. Te lo he dicho antes. Esto es un Mercedes, no un coche de los de ahora, con más botones que un mando de la televisión. Además, vas demasiado rápido...

—Lo está haciendo bien —contradijo el artista.

Leopoldo trataba de distinguir algo a través de la ventanilla de su asiento, pero resultaba imposible debido a la intensidad de la lluvia.

—¿Estamos seguros de que este es el camino correcto? —preguntó, dubitativo—. Parece que vamos hacia ninguna parte...

De repente, otro bache les hizo saltar de nuevo. Inesperadamente, los faros iluminaron un

enorme tronco caído en medio de la carretera.

—¡Cuidado! —exclamó el crítico, señalando hacia el árbol. Mauro frenó con fuerza, pero el agua impidió un frenazo efectivo—. ¡Maldición, agarraos!

El coche impactó frontalmente contra el árbol, el frontal se deformó como si fuera de papel y el sonido metálico del choque resonó, mientras los cristales de los faros se rompían en mil pedazos. El airbag de Mauro se desplegó y los cinturones de seguridad traseros mitigaron el impacto, aunque Javier Sánchez no tuvo la misma suerte.

12

Desorientado, Leopoldo parpadeaba con dificultad, luchando contra un fuerte dolor de cabeza y la opresión en el torso causada por el cinturón. Lo primero que vio, fue el frontal humeante del vehículo. Afortunadamente, podía mover los brazos y las piernas. A su lado, el artista parecía haber corrido la misma suerte. Pronto se percató de que el cinturón les había salvado la vida, al menos a la mayoría de los pasajeros.

—Oh, no... —murmuró al ver la gorra del detective inglés en el suelo y el cuerpo de Javier Sánchez encogido contra el salpicadero—. ¿Javier?

De repente, Mauro, atrapado por el airbag, le sacudió para comprobar su estado.

—¿Amigo? —su voz denotaba nerviosismo—. ¡Amigo, responde!

—¡Deja de moverlo! —exclamó Leopoldo, al ver su torso manchado de sangre—. ¡Dios, mío! ¡Está sangrando!

—¡Oh, no...! No reacciona... —la voz del conductor era grave—. ¡Maldita sea!

—Es mejor que no lo agites —aconsejó el artista.

—¡Amigo, por favor, responde!

Los oscuros ojos del guarda se posaron en el artista.

—No puede estar pasándome esto.

El ambiente dentro del coche se tensó y todos sintieron la necesidad de salir.

—Dale unos minutos —Leopoldo rezaba por una reacción, pero Javier no daba señales.

—Tal vez sea solo una conmoción —sugirió el artista, preocupado.

—No lo creo...

—Mierda...

—No puede estar pasando... —murmuró Mauro, al borde del colapso emocional.

—No debería, ni a ti, ni a ninguno de nosotros... —dijo Leopoldo con desaliento—. Pero la realidad es otra... ¿En qué momento...? ¡Joder! Lo que nos faltaba...

—¡No! —exclamó Mauro, sacudiendo de nuevo a Sánchez, que seguía inmóvil. El periodista percibió su miedo por el futuro—. ¡No, maldita sea!

—¡Basta ya! Mantengamos la calma —instó Leopoldo.

El semblante de Mauro se había transformado, el pánico se había apoderado de él.

—No podéis decir nada. Tiene que quedar entre nosotros.

—Has perdido el juicio... ¿Qué demonios te pasa?

—El impacto te ha afectado —señaló el artista—. ¿No lo ves? ¡Necesita asistencia médica!

—Ha sido un accidente.

—Por supuesto que lo ha sido. Nadie te lo va a discutir. Ese maldito árbol seguramente cayó por la tormenta.

—No podemos ir a la policía. Tengo un plan mejor —dijo Mauro con tono decidido.

—Ya teníamos un plan, amigo —le recordó el artista.

—Eso no suena nada esperanzador... —añadió Leopoldo, agobiado.

—Sacaremos el cuerpo de Javier y lo arrojaremos por la montaña. Luego regresaremos a la casa y diremos que se perdió en la oscuridad —propuso Mauro.

—¡Bravo, Mauro! Un plan sin fisuras —respondió el artista, cargado de ironía—. ¿Y qué haremos cuando lo encuentren? ¿Cómo explicaremos a la Guardia Civil nuestras huellas? Porque las encontrarán. Para otras cosas tal vez no, pero en esto, seguro que tenemos mala suerte.

—¡Basta! —intervino Leopoldo, buscando calmar los ánimos—. Pensemos con claridad. Es una persona y sigue viva, aunque tiene una hemorragia preocupante. No podemos abandonarla aquí, con este temporal. Todavía tengo principios y algo de compasión.

—Si los tres mantenemos la misma versión, la policía creerá que fue un siniestro accidente —sugirió el guarda, convencido—. No harán demasiadas preguntas.

—Lo siento, pero eso es descabellado y muy cobarde. No voy a participar en esa mentira. Acabarán descubriendo la verdad...

—Escucha, Mauro, no ha sido culpa tuya —intentó tranquilizarlo Leopoldo. El cubano se mostraba cada vez más tenso y atrapado, y Leopoldo temía una reacción defensiva, dada su superioridad física.

—Decid lo que queráis, pero debemos llegar al pueblo —insistió el artista, desabrochándose el cinturón—. Explicaremos lo ocurrido y lo entenderán. Tranquilo, amigo, que no te pasará nada.

—No vamos a ir al pueblo —afirmó Mauro, visiblemente nervioso y desesperado—. Vamos a regresar a la casa y punto.

Carlos Rivera, sin embargo, no parecía dispuesto a ceder.

—Escucha, tío. Tú haz lo que consideres, pero yo saldré de este coche, ¿de acuerdo? ¡Estoy hartos!

Antes de que pudiera terminar y tratar de calmarlo con una palmada, el vigilante sacó un arma de su cintura y apuntó a Carlos Rivera. Leopoldo no sabía mucho de pistolas, no obstante,

era evidente que el calibre de esa arma era suficiente para silenciar al artista... y a cualquiera que intentara contradecirlo.

13

La presencia del arma alteró por completo la atmósfera en el coche.

—¡Eh, eh, eh! —exclamó Rivera, elevando las manos en señal de calma. Leopoldo se replegó hacia el rincón del asiento—. Calma, amigo... No hay necesidad de esto.

—Ni de cometer una locura —agregó Leopoldo—. Creo que ya hemos tenido suficientes problemas por hoy, ¿no crees?

—Me estáis forzando a hacer esto —dijo Mauro, claramente angustiado.

—No vamos a ir a la policía —afirmó Mauro, amenazándolos con el arma, su mirada severa y su sonrisa fría como el marfil mostraban su determinación.

—Claro que no... —respondió el artista, resignado a no alcanzar el pueblo más cercano—. Eso ya nos ha quedado claro. Entonces, ¿cuál es tu plan?

—¿Plan? Espero que no tengas más planes... —dijo Leopoldo, preocupado.

—Dejad de hablar y sacadlo del coche —ordenó Mauro.

—¿Por qué no dejarlo en el coche? Al menos no moriría de frío —sugirió Leopoldo.

—No he pedido tu opinión —replicó Mauro con desdén—. El coche es del señor Velázquez y yo tengo las llaves. El perito del seguro descubrirá la verdad. No has sido muy astuto con esa idea.

—Lo he intentado como he podido...

Leopoldo observó por la ventanilla. El temporal persistía y la lluvia seguía cayendo sobre la carretera. Salieron del vehículo y se enfrentaron cara a cara.

—Eres un cobarde —le recriminó Bonavista, con las gafas empañadas de lluvia.

—¿Perdona? He sido yo quien se ha enfrentado a él. Ahora intento salvarnos. De nada —respondió Rivera.

—Solo te importas tú. Eso me ha quedado claro.

—¡Eh! —intervino Mauro, acercándose con una linterna—. Menos hablar y más actuar. No quiero retrasarme ni enfermarme. Con cuidado, ¿entendido?

—Sí —dijo el artista—. Quién iba a decir que terminaría la noche cargando cuerpos...

—No tiene gracia —replicó Leopoldo.

Juntos sacaron con precaución el cuerpo de Javier Sánchez. Leopoldo aún no podía creer lo que estaban haciendo. Sánchez no estaba muerto, pero era probable que tardara en recuperarse, si es que lo hacía. Prefirieron no tocarlo por el torso, para evitar mancharse de la sangre que empapaba toda la ropa. La noche había dado un vuelco tan drástico, que Leopoldo empezaba a lamentar su insistencia en conseguir una entrevista para el pódcast.

—Dejadlo aquí, bajo este árbol —indicó Mauro, alejándose de la carretera. El cuerpo de Sánchez era pesado como el plomo. Tanto Bonavista como Rivera estaban empapados, pero ninguno quería desafiar al chofer de Velázquez. En silencio, tomaron a Sánchez de los brazos y lo arrastraron hasta el árbol señalado por Mauro.

—¿Y ahora qué? —preguntó el artista—. Esto parece aún más sospechoso.

—No soy un asesino, ¿entendido? Ni una mala persona —la voz de Mauro estaba impregnada de culpa.

—Aquí nadie ha dicho lo contrario... —intervino Leopoldo, intentando calmar la situación.

—Hasta que se demuestre lo contrario, claro —añadió el artista.

—¡Caminad hacia la cuesta! —ordenó Mauro.

—Bocazas...

—¿Qué has dicho?

—Nada.

—¡Vamos! —dijo Mauro, instándolos a avanzar sin mirar atrás.

Los dos obedecieron y comenzaron a caminar. Poco después, escucharon algo rodar entre las hojas hasta desaparecer. Aunque no podían ver nada más allá del haz de sus linternas, entendieron lo que acababa de ocurrir. Luego, los pasos de Mauro se acercaron por detrás.

—Volveremos a la casa y diremos que se hartó del coche y decidió caminar solo hasta que lo perdimos —explicó Mauro con una voz extrañamente tranquila—. Después, hablaremos del accidente. Nadie sospechará.

—Con los nervios a flor de piel y un cadáver en la casa, ¿de verdad crees que van a creer que se fue por su cuenta en medio de la tormenta? —cuestionó Leopoldo.

—¿Se te ocurre algo mejor? —replicó Mauro en tono desafiante.

—No, especialmente mientras me apuntas con esa pistola, pero no quiero ser cómplice de esto.

—Pues ya lo eres, escritor.

—Querrás decir que ya lo somos —corrigió el artista.

—¿Crees que nos vas a mantener callados toda la noche? Será complicado —afirmó Leopoldo.

—Habla por ti —dijo el artista—. En cuanto amaine la tormenta, me alejaré lo más posible.

—Escuchad, nadie es cómplice de nada, ¿vale? Ha sido un accidente —intentó justificarse Mauro, con tristeza—. Nada de esto habría pasado si se hubiera puesto el cinturón...

—Eso no justifica tus actos, ni los nuestros —replicó Leopoldo.

—Debo cuidar de mí y de mi familia. No soy un asesino y no puedo ir a la cárcel por esto. ¿No lo entendéis? Ahora que el señor Velázquez ha muerto, ¿quién contrataría a un criminal? Torres no se preocupará por mí...

Los otros dos intercambiaron miradas, poco convencidos por su explicación. Leopoldo comprendía la desesperación de Mauro, pero también se daba cuenta de lo que estaba dispuesto a hacer para salvar su carrera. Le costaría actuar con normalidad, pero tendría que intentarlo, al menos hasta que la policía llegara a la casa. Aun así, quedaban cuestiones por resolver: la muerte de Ricardo Velázquez seguía siendo un enigma, al igual que el posible móvil de esta.

Después de una ardua caminata cuesta arriba, siguiendo las órdenes de Mauro, alcanzaron la entrada de la finca. Contrariamente a sus expectativas, la tormenta no había aflojado, sino que la lluvia había recrudecido. Leopoldo se resignó a la idea de pasar allí toda la noche. Mauro abrió la puerta, dejándolos pasar, con una última mirada. Agradecieron el gesto con un asentimiento, mientras él ocultaba el arma en la cintura de su pantalón.

—Tenemos que salir de aquí cuanto antes... —susurró el artista a Leopoldo al pasar junto a él—. ¿Quién nos asegura que no perderá el control?

—Te aseguro que ya lo ha perdido. ¿Qué sugieres?

—No estoy seguro. Necesitamos pensar en cómo librarnos de él, pero tenemos que estar unidos.

—Entendido.

—Podemos buscar apoyo entre los demás, pero debemos ser cautelosos... Si él tiene un arma, es probable que Ricardo tuviera otra en alguna parte de la casa.

—No está mal planteado.

—Busquémosla. Después, ya se nos ocurrirá algo. Mientras tanto, actúa con naturalidad.

El artista se adelantó, alejándose de ellos. Leopoldo caminaba unos metros por delante de Mauro, quien lo seguía como si fuera su sombra. Al acercarse a la puerta del palacete, notó varias siluetas en el interior. De pronto, Mauro lo agarró del hombro con fuerza y le dijo con voz grave:

—No me fío de él.

—El ambiente está muy tenso.

—No te hagas el héroe. Nadie debe salir lastimado.

—¿Por qué habría de salir alguien herido? No pienses tan mal de nosotros...

—Sé lo que planea, pero recuerda que tengo ojos en todas partes. Este lugar está vigilado por cámaras. No me provoquéis, ni me obliguéis a hacer una tontería, porque entonces las cosas se pondrán muy feas...

—¿Así es como pretendes ganarte mi confianza? —bromeó Leopoldo, aunque Mauro no encontró gracia en ello—. Deberías asistir a un curso de negociación...

—Mantened la boca cerrada y todo irá bien. Cuando termine la tormenta, volveremos al pueblo por ayuda. Después, cada uno a su casa y olvidaremos lo que ha sucedido esta noche.

Aunque no era el plan ideal, era el único que parecía ofrecer alguna garantía de seguridad para Bonavista. Mauro le dio una palmada firme en el hombro, mirándolo con una intensidad casi hipnótica como advertencia, y luego abrió la gran puerta del palacete para dejarlo pasar.

14

La situación de Leopoldo había experimentado un cambio radical, girando ciento ochenta grados. Lo que en un principio parecía una conspiración orquestada por el coleccionista, ahora se manifestaba como una cruda realidad. No solo percibía el homicidio de Velázquez más posible que antes, sino que, además, un nuevo actor se había sumado a esta pesadilla. Con Mauro, angustiado por su futuro y agobiado por la culpa de haber dejado atrás a aquel hombre, huir de la mansión se convertía en una compleja partida de ajedrez digna de maestros. Lo más angustiante era que no atisbaba el momento en el que la luna lograría abrirse paso entre las nubes y la casualidad propiciaría la llegada de ayuda. Así, a pesar de las adversidades, Leopoldo sabía que debía reflexionar. Algo en su interior le susurraba que descubrir al responsable de la situación les brindaría la clave para escapar del laberinto en el que se hallaban.

Desafortunadamente, el ambiente en el interior del palacete no mostraba signos de mejora. Durante la ausencia de Leopoldo y compañía, nadie dentro de la propiedad se había esforzado lo más mínimo por restablecer el orden. Fernando Alcázar, coleccionista y amigo de Velázquez, reposaba plácidamente en uno de los sofás Chesterfield. Isabel Mendoza, la reconocida actriz, fingía un llanto inconsolable por razones que, Leopoldo sospechaba, poco tenían que ver con la muerte de Ricardo. Observaba estas escenas mientras hojeaba un álbum de fotografías personales del coleccionista. En otro rincón, Lucía Vargas, la sobrina del difunto, discutía con el asistente en un ala del salón, ajena al dolor, a la tormenta y a la expectativa de los demás. Al entrar los tres individuos en la sala, todos interrumpieron sus actividades, aunque ninguno de ellos estaba preparado para escuchar las noticias.

—¿Cuándo vamos a salir de aquí? —quiso saber Sofía Román, con su característica voz aguda—. Tengo un gato al que alimentar...

Rivera se infló como un pavo, inspirando profundamente. La lluvia había corrido su maquillaje de bufón, dejando su rostro con aspecto de mimo con resaca.

Marta, que estaba sentada en un sillón, preguntó, al ver a Leopoldo:

—¿Por qué estáis tan mojados? ¿No sabéis usar un paraguas?

Antes de que este pudiera responder, Mauro apareció a su lado, recordándole con una mirada el pacto que ambos compartían.

—Ha habido un pequeño contratiempo... —comenzó, mordisqueándose la lengua y rascándose la barbilla. Sus ojos buscaban cómo evitar la mirada del corpulento hombre. Por desgracia, nadie sospechaba que él estaba armado—. El coche se ha estropeado.

—¿Qué?

Mauro carraspeó.

—Nos hemos topado con un árbol caído en medio de la carretera —intervino Leopoldo, evitando que la situación empeorase—. El motor no funciona y hemos tenido que dejar allí el vehículo. Me temo que deberemos pasar la noche aquí.

—¿Cómo? ¡De eso nada! —exclamó la periodista—. ¿Y mi gato?

—Sobrevivirá, Sofía... —se lamentó el artista, dirigiéndose al mueble bar para servirse un whisky. Luego se fijó en Alcázar, quien dormitaba plácidamente en el sofá—. ¿Todo bien, Alcázar? No te veo muy preocupado.

—Tocado y hundido —respondió desde su posición—. ¿Dónde está ese bocazas de Sherlock?

La pregunta era inevitable, pensó Bonavista. Personajes tan charlatanes como Sánchez no pasaban desapercibidos. Al escuchar su nombre, al artista se le resbaló el vaso de las manos.

—¿Javier? —preguntaron Leopoldo y Rivera al unísono. Mauro los observaba, silencioso, desde la retaguardia y con los brazos cruzados. La presión sobre su torso pronunciaba la marca del pectoral.

—Sí, Sherlock Holmes...

—¡Ah! —respondieron a la vez, armándose de valor.

—Lo hemos perdido —dijo el artista.

—¿Perdido?

—Se ha ido, vaya —contestó Leopoldo—. Así, sin más. Le ha dado un arrebató.

—Se ha hartado de nosotros.

La respuesta no convenció a los otros, que empezaron a sospechar de ellos.

—Es decir, se ha ido y lo hemos perdido —rectificó el artista—. Ha dicho que no aguantaba más y ha preferido tomar una ruta... alternativa.

—Eso es. Se ha largado, sin más. A saber, lo que tenía en la cabeza, pero ya somos mayorcitos para hacer de hermanos mayores.

—Es un tipo muy peculiar.

Lo estaban intentando, pero la explicación no parecía ser suficiente.

—Ahí fuera está cayendo una tormenta muy violenta. ¿Habéis dejado que se marchara, sin presionarlo para que regresara a la casa? —ahondó la actriz—. ¿Qué se os pasa por la cabeza a

vosotros dos?

—Tres. Éramos tres. Bueno, cuatro, pero tres, al final.

—¿Por qué no has ido tú, simpática? —replicó el artista y, finalmente, le dio un largo trago al whisky—. Descuida. Igual que ha ido, vendrá. No sé a qué viene tanta preocupación. Estoy seguro de que no tardará mucho en aparecer...

Leopoldo se encontraba a unos metros detrás del Rivera. A medida que pasaban los segundos, este parecía sentirse más cómodo, sin embargo, el periodista no podía obviar la presencia de Mauro, ni tampoco la mirada inquisidora de Marta, que no pasaba por alto lo extraña que la situación se había vuelto y el modo en el que se estaban comportando ellos dos. En ese momento, le hubiese gustado confesarle la verdad, pero no podía hablar en alto mientras estuviera vigilado por el guardia.

—No hay comunicación en toda la montaña. Debe de ser un problema del receptor de señal que, seguramente, funciona con ondas... La tormenta parece que durará hasta mañana y estar ahí fuera es peligroso —comentó Mauro, abriéndose paso en la conversación—. Tendremos que esperar a que las nubes se alejen y cese la ventisca.

—Tienes razón, Mauro —dijo el asistente del fallecido—. Lo mejor será que nos hagamos la idea de que tendremos que pasar la noche aquí.

—¿En serio? —preguntó la actriz—. Esto no puede estar ocurriendo... Debe de existir una solución.

—Pues sí que se te han cortado las lágrimas de cocodrilo rápidamente... —le reprochó la sobrina.

—¿Qué pasa con mi gato?

—¿Y con la cena? —Alcázar asomó la cabeza para señalar la mesa del comedor.

Las preguntas personales se dispararon, formando un murmullo ininteligible y confuso. Con los nervios de todos a flor de piel, el interior del salón parecía una olla a punto de estallar. Y vaya si lo hizo. De pronto, Isabel Mendoza se levantó de su asiento, agarró una copa de cristal y la lanzó contra el suelo, provocando un estallido inesperado y rompiendo la nube de ruido que se había formado a su alrededor.

El silencio se adueñó de la estancia; todos los presentes dirigieron su mirada hacia el origen del estruendo y vieron a la mujer, con las venas del cuello marcadas por la tensión y el dedo acusador en alto.

—¿Cómo podéis ser tan egoístas? —exclamó con voz alta, mirándolos con desprecio—. ¡Os recuerdo que Ricardo está ahí arriba! ¡Parece que no os importa que haya fallecido!

Acto seguido, se giró y desapareció por una de las grandes puertas que daban acceso a los pasillos internos.

—¡Isabel, espera! —gritó Diego Torres y salió tras ella.

Leopoldo observó cómo la reacción de la joven amante, movida por los celos, transformaba su rostro.

—¡Será cerdo! —exclamó ella, corriendo detrás de ellos.

—Estupendo... —comentó Sofía Román, acercándose al mueble bar donde estaba el artista—. Seguro que de aquí saco el reportaje de mi vida...

—Eso si logramos salir de esta casa... algún día —respondió el artista.

—No seas necio. Me dan mal rollo las historias de fantasmas... ¿Me sirves uno a mí también? Quiero emborracharme hasta olvidar todo esto.

—Que sean dos —añadió Marta, dirigiéndose hacia ellos.

—Claro... ¿Algo más? —preguntó con sorna el artista, mirando al portero y a Leopoldo—. ¿Dónde está la cena? Estoy hambriento... Por primera vez, me solidarizo con la momia...

Leopoldo se giró y no vio al guardia, que parecía haberse esfumado por un momento. Sin embargo, era consciente de que seguiría escuchándolos desde algún lugar.

Se cuestionó por qué había reaccionado de ese modo la actriz y qué motivos tendría para estar tan nerviosa. Les gustara o no, no había motivo para preocuparse. Ricardo Velázquez no se alejaría mucho esa noche. Lamentablemente, no era el único en esa situación.

Iba a ser una noche larga para todos, pensó el periodista mientras buscaba una manera de despistar al grandullón. Marta se aproximó a él, aprovechando que los demás se habían dispersado por un momento. La noche no hacía más que volverse rara, sobre todo, para Leopoldo, que empezaba a sospechar que los hubieran encerrado a propósito. ¿Qué clase de ricachón se permite vivir sin conexión telefónica? ¿En qué cabeza cabe tener un solo vehículo?, se preguntaba, olvidándose de que sólo planteaba cuestiones de adinerados. Poco a poco, los nervios se apoderaban de él, sin darse cuenta, como también le ocurría al resto, y la histeria se generalizaría antes de poder evitarla. Miró a su alrededor, nervioso, viendo sombras donde no las había. «Deja de pensar en ese tipo...», se dijo, buscando la calma en su interior, pero era un ejercicio complicado. Si no tenía suficiente con la muerte de Velázquez, ahora debía hacer frente a la presencia de Mauro, que aparecía y desaparecía como una bruma, temeroso de que a alguno de los dos cómplices se les fuese la lengua.

—¿Podría hablar contigo en privado? —le propuso Marta.

—Por supuesto, ¿tenemos algo mejor que hacer? —respondió él, escurriendo la capa de Drácula que estaba empapada de agua—. ¿Qué sucede?

Ella lo tomó del brazo y lo condujo hacia la biblioteca, situada junto al salón, donde no serían oídos. La biblioteca era todo un museo de obras antiguas, ediciones imposibles de encontrar y libros incunables que estaban al alcance de cualquiera, sin ninguna clase de protección. A simple vista y calculando por lo bajo, Leopoldo contó varias decenas de miles de euros en una sola balda, sin plantearse la legalidad de alguno de los manuscritos, que deberían pertenecer a una biblioteca estatal. Lo más curioso de todo era que no había ni una fotografía sobre los estantes, ni un recuerdo familiar en el que aparezca el coleccionista con amigos o familiares. En esa casa no había rastro de él, como tampoco de su pasado. No obstante, sí que había lugar para el perro, ese pastor alemán que parecía tener más fuerza que un luchador de sumo. El animal era el único que aparecía en fotografías y en cuadros al óleo que estaban repartidos por la casa. Marta parecía intranquila y extremadamente precavida a la hora de hablar. A lo lejos, observaban a Rivera

bebiendo con la periodista. Frente a ellos, la figura de Alcázar, vestido de momia, dormitaba en el sofá.

—Esto es para ti —le dijo y le introdujo con rapidez la mano en el bolsillo del traje.

Leopoldo notó cómo sus dedos dejaban caer una llave de hierro. Sus ojos se abrieron por la sorpresa—. Y cierra el pico.

—¿Es lo que creo que es?

—¿Estás sordo? No querrás que nos pillen...

—Eres la mejor, ¿te lo han dicho alguna vez? ¿Cómo la has conseguido?

—Te he dicho que no hables, por favor... Es una larga historia —comentó, precavida—. Algo me ha hecho cambiar de opinión.

—Parece que es la noche en la que todo el mundo cambia.

—¿A qué viene eso?

—Nada, nada. Sigue...

—Tenías razón, Leopoldo...

—¿Acaso alguna vez me equivoco? —dijo, sonriendo, antes de tomar su vaso, para dar un sorbo al whisky y apaciguar así los nervios. Sintió cómo quemaba su garganta y luego un latigazo en el estómago lo hizo parpadear exageradamente.

—Me refiero al caso de Ricardo Velázquez.

—¿Ahora es un caso? Espera, no nos precipitemos. Todavía no he confirmado nada.

—¿Hay alguien en esta fiesta que muestre un poco de respeto por la persona que ha fallecido? No estoy insinuando nada, ya me entiendes, aunque los invitados parecen guardar motivos de sobra para alegrarse. De verdad, Leo, para tener amigos así, es mejor no tenerlos...

—Intrigante, Marta —comentó Leopoldo, que se rascó el mentón y fingió que llevaba una pipa como la de Sherlock.

—No es nada gracioso y, por favor, no hables como ese raro de Sánchez, y menos ahora que se lo ha tragado la tierra.

—O la lluvia.

—¿Qué?

—Nada, olvídalo —dijo él, adoptando un tono más serio y eludiendo la mención del hombre—. ¿Qué te ha hecho cambiar de parecer? Hacía tiempo que no te veía tan nerviosa.

—Hacía mucho tiempo que no me veías, así en general —dijo, intentando camuflar sus sentimientos—. ¿Tanto se me nota?

—Más que una cantante de cabaret, pareces una pariente de la familia Addams...

—Eres todo un encanto.

—¿Me vas a contar qué ocurre?

—Mientras estabas fuera, me he informado sobre lo que hacen en estas fiestas.

—Pensaba que lo sabías. Te dije que acudíamos a una fiesta de disfraces...

—Sí, pero no me contaste que era la última.

—Ajá. Yo tampoco lo sabía. ¿Qué más has descubierto?

—Ricardo Velázquez tenía intenciones donar todo su patrimonio a la caridad.

—Vaya. Eso sí que es sorprendente.

—Creí que también lo sabías.

—No, no me lo dijo. Al contrario, parecía muy apegado a sus posesiones... —reflexionó él y tomó un segundo para vigilar a los otros—. Ahora que lo mencionas, quizá quisiera redimirse... Supongo que es algo habitual en esta clase de círculos tóxicos. Uno tiene tanto dinero, que piensa que su entorno solo quiere aprovecharse de él.

—¿Redimirse? No estoy tan segura de eso. Lo que sí sé es que no era muy noble con sus amistades más cercanas. Más bien, las trataba fatal.

—Son personajes peculiares. No me digas que no.

Marta suspiró y dio un sorbo a su vaso, buscando el coraje necesario para hablar de ello.

—La fiesta de disfraces era una excusa del coleccionista para reunir a quienes supuestamente eran sus mejores amigos y anunciarles la noticia que les iba a dar esta noche. De lo contrario, no habrían venido.

—Es un acto altruista, aunque seguro que pretendía librarse de algunos impuestos, ya sabes... No le busques trascendencia. Además, ¿qué les importa a ellos? Después de todo, era su dinero y su carrera.

—¿No lo sabes?

Leopoldo la miró entornando los ojos, intentando averiguar la respuesta en su rostro.

—No, pero algo me dice que tú, sí. Así que habla.

—Debía dinero a todos ellos.

—¿Qué? Eso es absurdo.

—No, es cierto. No le quedaba nada. Estaba totalmente arruinado. Sin un duro.

—¡Venga, ya!

—Sabía que no te lo ibas a creer, pero el mundo funciona así.

—¿Y todo esto? —cuestionó, señalando a los libros y a las obras que había por todos los rincones—. Detrás de mi cabeza hay más valor que lo que he llegado a ahorrar en toda mi vida. De hecho, me sale un sarpullido al ver esos libros ahí, sin orden alguno.

—Que no, Leopoldo, que nada de esto le pertenecía. Está embargado, nada es de él. Ricardo estaba a punto de quedarse sin hogar y esta es la única gente que le ha ayudado a llevar un tren de vida que no podía mantener.

«Vaya. Esa historia me resulta familiar».

—¿Y las obras de arte?

—Propiedad de los bancos.

—No entiendo nada. ¿Qué les pasa a todos? ¿Qué hacen aquí?

—Tienen motivos para estar molestos, ¿no te parece?

—Sí, pero debe haber una razón para su presencia aquí. ¿Qué hay que celebrar? Nadie puede fingir tanto tiempo. Además, su muerte es toda una tragedia... y actúan como si nada sucediera.

—Se llama estado de choque. Nadie está preparado para asimilar la muerte de golpe.

—¿Dónde has leído eso?

—No seas cínico, por favor.

—Marta, no te dejes engañar. Si debía tanto dinero y no tenía familia, alguien heredará toda la deuda.

—Así es —dijo y los dos pensaron en Lucía Vargas—. ¿Crees que esa chica está al corriente de las cuentas de su tío?

—No lo sé, pero seguro que sí lo está su querido.

—¿El arlequín? Menuda tragedia.

—Bueno, había algo que Ricardo aún poseía y no quería vender.

—¿Te refieres a la máscara? Quizás ahí esté la clave y la solución a la deuda. Pero, de ser así, ¿por qué no la ha vendido para pagar lo que debía?

Un brillo se posó en la mirada de Leopoldo.

—Piensa mal y acertarás.

—¿Crees que era robada?

—No he dicho tal cosa.

—Pero lo piensas.

—Pienso que se nos está subiendo el vino a la cabeza... —dijo, dando un suspiro antes de continuar—. Velázquez me habló de ella durante nuestro encuentro y me contó la historia que había detrás. No obstante, no me creo ni la mitad. No es más que una pieza de colección antigua. Dudo que pueda cubrir todo lo que él debía...

—No, hay algo más en ella —dijo Marta, tomando otro trago. Leopoldo le retiró el vaso antes de que sus palabras empezaran a enturbiarse—. Ellos lo han comentado. Se rumorea que la máscara posee un poder singular... Quien la tenga, puede influir, seducir y manipular a voluntad la realidad de otros.

—¿De verdad, Marta? A eso me refiero. ¿Tú también? Jamás habría pensado que creerías en esas cosas...

—No lo hago, Leopoldo, pero ellos sí. No me subestimes ni me tomes por ingenua.

—¿Entonces?

—Es evidente que les atrae su valor, más allá de cualquier enigma que guarde, pero debes reconocer que es intrigante. Esa es la razón de su presencia aquí —explicó, haciendo una pausa

para mirar a su alrededor, asegurándose de que seguían solos, y luego bajó la voz—. ¿No te parece peculiar que sea su única posesión a su nombre, custodiada en su sala privada y que nadie haya dicho nada al respecto?

—Bajo esa perspectiva, tu apunte cobra sentido. Saben que la única oportunidad de obtenerla es acudiendo a la casa y acercándose a él discretamente y en privado. Por eso la máscara está protegida bajo una vitrina. De lo contrario, Mauro no les permitiría el acceso. Pero, de ahí a...

—Ahora eres tú quien está hablando de un posible robo.

—La máscara sigue ahí, Marta.

—Exacto —afirmó ella con una sonrisa—. Eso es lo que pienso.

Sin embargo, Leopoldo recordó su paso por la sala y lo difícil que resultaba robar aquella pieza, sin hacer saltar las alarmas de la casa. Desgraciadamente, no tenía tiempo para explicarle los detalles a su amiga.

—Vaya. Bien jugado, Marta.

—Se dice que los niños y los borrachos nunca mienten... —respondió, guiñando un ojo y señalando hacia la momia.

—Has hecho tus pesquisas, ¿eh? Ya veo que no has perdido el tiempo. Estoy seguro de que le has gustado.

—No lo suficiente.

—Pero tú tampoco crees que la muerte de Velásquez haya sido natural, ¿verdad?

—Solo sé que deseo ir a casa, Leopoldo. Tengo frío y me siento absurda con este disfraz. Me asusta que esta gente comience a tirarse los tiestos a la cabeza...

—Todo a su tiempo, Marta. Estoy convencido de que no tardarán en hacerlo.

—¿También de que alguien haya provocado su muerte?

Leopoldo la miró de reojo. Marta jugaba al toma y daca, a darle una de cal y una de arena. Cuando parecía que desestimaba la hipótesis del homicidio, contraatacaba con una pregunta más; cuando se mostraba desinteresada por el asunto y pedía regresar a la ciudad, sobresalía con más cuestiones. Por suerte o por desgracia, llevaba el periodismo metido en la sangre.

—¿Crees que ha muerto a causa de ella?

—¿Otra vez con el tema? No quiero suponer antes de hora.

—Entonces, ¿por qué estabas tan raro hace un minuto? ¿Crees que no lo he notado? Si no, tenías que ver cómo ha actuado el otro...

—¿Has cenado lengua esta noche? —comentó él con un suspiro preocupado. Marta cruzó los brazos y no pareció sentarle bien el comentario. Con tal de arreglarlo, le tocó la peluca e intentó cambiar la conversación—. El rubio te sienta bien. Deberías planteártelo.

—Habla. ¿Qué lleváis entre manos tú y ese artista, Leo?

Los ojos de él se fueron al vaso que ella sostenía, que estaba a punto de derramarse en su

disfraz.

—Verás, Marta. Será mejor que dejes esto...

—Me estás poniendo nerviosa. —El vaso de whisky se movía de un lado a otro en la mano de la periodista, que daba sorbos para contener los nervios. Leopoldo lo retiró de su vista y lo dejó en una balda.

—Beber no te ayudará a relajarte... Te lo digo por experiencia.

—¿Qué ha pasado afuera?

Leopoldo dirigió su mirada hacia una pequeña cámara de seguridad en el techo.

—Nada. Debemos esperar.

—¿A qué?

«A que encuentre agallas para contártelo».

—Ya lo has oído, a que afloje la tormenta...

Marta se acercó a él y se pegó a su cuerpo. En ese instante, Leopoldo sintió un cosquilleo en el estómago.

—Leopoldo, cuéntamelo de una vez, por favor te lo pido. No quiero pasar la noche aquí con todos ellos. Siento que no es una buena idea.

—En eso estamos de acuerdo, pero no puedo...

Antes de que ella consiguiera responder, una presencia inesperada los sorprendió.

—¡Tú! —exclamó la joven voz de Lucía Vargas, apuntándolo con una varita mágica de goma. Se separaron al instante y, detrás de la joven aparecieron el asistente de Velázquez y su expareja—. ¿Leopoldo Bonavista?

Él se hizo el sueco y miró a ambos lados.

—Depende de quién lo pregunte...

Con desparpajo, ella lo tomó del brazo y lo arrastró hacia el pasillo.

—Te lo devuelvo en un minuto —le dijo a Marta, que se quedó intrigada por lo que sucedería a continuación.

Acto seguido, Diego Torres se acercó a Leopoldo y lo empujó suavemente hacia el pasillo.

—Un momento, ¿a dónde me lleváis? —preguntó Leopoldo, mientras era guiado hacia las cocinas—. ¡Estaba hablando con ella de un tema importante!

—Tendrá que esperar. Acompáñenos, por favor... —le indicó el asistente mientras lo empujaba por el pasillo—. Debemos hablar de un asunto serio.

16

A Leopoldo no le gustaron esas palabras y temió que hubieran descubierto la verdad sobre Javier Sánchez. Al llegar al final del pasillo, entraron en una habitación amplia donde Lucía cerró la puerta con cerrojo. Colocaron una silla en el centro y Leopoldo fue empujado hasta sentarse. La situación lo desconcertaba y la actitud de la pareja solamente lograba ponerlo más nervioso.

—¿Qué queréis de mí? —inquirió Leopoldo—. Juro que estaba coaccionado...

Lucía agarró un afilado cuchillo de cocina, levantando la hoja. Leopoldo cerró los ojos, presagiando un final nefasto.

—Haré lo necesario para conocer la verdad, así que habla —exigió Lucía—. ¿Coaccionado por quién?

—Lucía, ¿qué haces? —preguntó Leopoldo.

—¡Tú, calla! —respondió ella.

—¿Es esto una broma? —indagó el periodista—. Llevo muy mal el humor.

—¿Quién te ha coaccionado? —insistió Lucía—. ¿Por qué?

—¿Coaccionar? ¡Uf! Me he liado con las palabras. Habrá sido el whisky...

—¡Mientes! —exclamó ella, histérica—. Diego, cachéalo.

—¡Eh, eh! Espera, no tan rápida... ¿Qué buscas?

Por un momento, temió que el asistente de Velázquez descubriera que llevaba encima su llave.

—¿Qué haces aquí y de qué conocías a mi tío?

—¡Ah! Empieza por ahí... —respondió, recuperando el aliento—. Soy un admirador suyo. Por favor, aparta ese cuchillo.

—Dinos, qué buscas aquí...

—Os lo he dicho. No busco nada. En todo caso, pasar un buen rato, como todos, ¿no? Algo me dice que no va a ser así...

—Te equivocas con él, Lucía —intervino el asesor—. Es la primera vez que visita este lugar.

—Sí, tiene razón. Y seguramente la última.

—¡Tú, cierra el pico! —le ordenó ella—. ¿Te debía dinero a ti también?

—No, que yo sepa. ¿O sí?

—¿Entonces? ¡Habla! Sabemos que estuviste con él antes de que muriera.

—¿De dónde has sacado eso?

Lucía mostró la invitación que Leopoldo había dado a su tío.

Este tomó aire y la miró fijamente:

—Vale, tienes razón. Es mía y eso tiene una explicación.

—¿Dónde está la llave de su sala? Tú la has robado.

—¿La llave? —preguntó con una voz de mentira que no podía evitar—. ¿Qué llave? Él es quien ha cerrado la puerta delante de nosotros.

—Tiene razón, Lucía. Ha sido mi error.

—Más vale que empieces...

—¿No vas a hacer nada? —le preguntó el periodista al asistente.

—Lucía, de verdad, que él no ha sido... —respondió el asistente, negando con la cabeza—. ¡No hagas algo de lo que te arrepientas más tarde!

—¡Cállate, Diego! Sé reconocer a un mentiroso con mirarlo a los ojos.

—Siempre hay un margen de error. De verdad, chica. Aleja eso de mí, soy alérgico al aluminio...

—¿Qué querías de mi tío? ¡Habla de una maldita vez!

—A ver, espera... Solo quería que participara en mi pódcast. Soy periodista y admiraba al señor Velázquez, pero solo buscaba una entrevista para mi programa, que está decayendo, al igual que mi carrera... —se explayó más de lo debido, intentando hacerla cambiar de opinión—. Debes creerme. Puedes buscarme en Google, si quieres, pero aparta ese cuchillo, te lo suplico.

—Lucía, escúchame...

—Mirad, de verdad que lo siento. Siento que hayáis perdido lo que sea que buscáis, pero yo no lo tengo... Ignoraba que esto sería un problema y también que Ricardo os debía dinero a todos los presentes. —Leopoldo seguía hablando y había perdido el control de sus pensamientos—. En fin, lo confieso, soy un patán, un interesado y una sanguijuela, pero es que estoy acabado y Velázquez parecía tan interesado en mi programa... ¡Por Dios! Soy patético, de verdad. Francamente, vine por interés propio...

Las palabras del periodista desconcertaron a la joven y al asesor. Lloriqueaba sin soltar lágrima, pero el truco parecía haber surtido efecto.

—Espera un segundo. ¿Mi tío debía dinero a más gente? —preguntó Lucía, cambiando de lenguaje corporal.

Leopoldo se dio cuenta de que hablar de más le había servido, por una vez, de algo.

—Vaya. No he debido decir eso.

—Responde.

—Eso dicen los rumores... —pero Lucía insistió con el cuchillo—. De verdad, no lo sé... ¿Puedes apartar eso de mi cara? Cada vez que hablo, lo tengo más cerca. Me estás poniendo nervioso, chica...

—¡Lucía, baja eso! Él no está implicado —intervino el señor Torres—. ¿Por qué no me escuchas? Debo de haber perdido la llave en alguna parte de la casa, cuando el señor Bonavista estaba fuera, en el coche.

—Hazle caso al arlequín, Lucía... Parece que sabe de lo que habla.

—Mi tío era una buena persona y todos quieren aprovecharse de él.

«Eso te incluye a ti, querida».

En ese momento, Leopoldo vio cómo Torres la miraba con recelo. A pesar del idilio, supuso que el enamoramiento disminuía o se intensificaba según el momento. Entendió que había muchas cosas por resolver entre esos dos.

Ella movió rápidamente la hoja, cortando el hilo de la capa, luego se alejó.

—Más te vale que sea así... —dijo, dejando el cuchillo en el mueble. Leopoldo observó los tres rostros expectantes—. De lo contrario, lo vas a pagar.

—¡Uf! —exclamó, aliviado.

—Y quítate esa capa... Podrías resfriarte si sigues llevándola.

Amenazado por la hoja de un cuchillo y acusado por algo que desconocía, se dijo con ironía, que la noche no hacía más que progresar. Mientras observaba la peculiar pareja, reflexionaba sobre lo dispar de su relación. La joven sobrina de Velázquez y el asistente de aspecto enjuto y voz aguda, eran un enigma en sí mismos. Quizás la atracción residía en esa diferencia, en lo inesperado. Sin embargo, sus preocupaciones actuales iban más allá de las dinámicas de pareja. Miró a los dos, que lo examinaban atentamente.

—Siento que hayas perdido la llave, pero no puedo ayudaros con eso —dijo el periodista, recuperando el aliento—. No me acuséis por algo que no he hecho.

—Mis disculpas, señor Bonavista... Todo es tan extraño esta noche, que perdemos los nervios con facilidad.

—Lo entiendo, pero también es probable que la haya extraviado en esta enorme mansión.

—O que se la hayan robado —agregó ella.

—¿Quién tendría interés en quitártela?

—Todos —aclaró la chica, enfadada—. Ahora que has mencionado el dinero, cualquiera está bajo sospecha. Incluso tú.

—¿Yo? Pensaba que ya no lo estaba.

—Bueno, no lo estás, de momento.

—Eso me alivia.

—Pero, puede que más tarde lo estés.

—Bien. Eso me pasa por hablar. No volveré a tomar alcohol en las fiestas.

—Ahora que lo pienso, creo haber leído algo sobre ti —dijo la joven, fijando su mirada en él.

—Vaya, eso sí que es insólito —contestó Leopoldo, aún sentado en la silla—. ¿En alguna de mis columnas?

—¿Qué? No, nada de eso. ¿No saliste con una actriz de televisión? Tu historia me resulta cercana...

—Ah, sí... Pasemos página, ¿vale?

—Volviendo a lo que ha dicho —intervino el asistente—, señor Bonavista, ¿de dónde ha obtenido esa información sobre don Ricardo?

—Soy periodista —respondió Leopoldo, con una sonrisa algo forzada, como si eso lo explicara todo—. Y no soy el único que hay en esta fiesta.

—No te pases de listo, ¿eh?

—Entonces tenemos un problema serio —dijo el otro, mirando a la muchacha.

—Yo diría que más de uno... —apostilló Leopoldo.

—Ahora entiendo por qué esa víbora actúa de esa manera —comentó la joven con desdén, reflexionando en voz alta—. Quizá sea ella quien te haya quitado la llave, Diego. Viene a por lo que le corresponde y tú caes fácilmente en sus juegos de seducción.

—Cálmate, ¿quieres? Estás sobreactuando como una persona celosa. No me gusta que hables así de los invitados. Además, nadie ha entrado en la sala. Simplemente, no tenemos la llave. La encontraremos, Lucía.

—¿Perdona? Eso no lo sabes porque no lo puedes comprobar. ¿Cómo puedes ser tan torpe y perder algo tan valioso?

—Baja el tono, por favor.

—No eres mi padre. Esta es la casa de mi tío, así que no me digas cómo debo hablar.

—Aunque podría serlo —apuntó Bonavista, interviniendo en la discusión—. ¿Con «víbora» te refieres a Isabel?

—¿Hay alguien más en esta vivienda que pudiera llevar mejor ese adjetivo? Lo dudo.

—Dame unos minutos y te lo confirmaré...

—Lo que me preocupa es que mi tío le debiera dinero. No me entra en la cabeza. ¿Desde cuándo? Ella es una aprovechada. Pensaba que era al revés.

El asistente desvió la mirada y Leopoldo notó su incomodidad. Ese hombre ocultaba más de lo que mostraba.

—¿Lo sabías, Diego? ¿Estabas al corriente de la situación?

—No soy un entrometido en la vida de los demás.

—No te hagas el digno y contesta.

—Mi conocimiento sobre las relaciones de don Ricardo y su situación económica llega a cierto límite.

—¿Y el resto? —preguntó Leopoldo, echando un capote al arlequín. Con un poco de suerte, lo convertiría en su aliado por unas horas—. Supongo que están aquí por la misma razón.

—Si alguien puede dañar a mi tío, es esa mujer.

—Parece que lo tienes claro. Pero fue tu tío quien los invitó a todos.

—Señor Bonavista, mejor ocúpese de sus asuntos.

—Ahora mismo, este es el único asunto del que me ocupo. Si te soy sincero, los míos no son

tan interesantes.

—No quiero ser ordinario, pero...

—Pero, ¿qué?

—Pero nada —zanjó el asistente, sin éxito.

—¿Consideráis la posibilidad de un envenenamiento?

—¿Qué? No sea mezquino... Ya ha oído a Alcázar.

—Alcázar puede decir misa.

—A ver, estas cosas, pasan, y más cuando hay dinero y deudas de por medio —argumentó el periodista—. En serio, no quiero molestar a nadie. Yo solo hago preguntas incómodas. Me gusta teorizar.

—No hace falta que lo jure.

—¿A mi tío? —se mofó ella—. ¡Ja! Habría que ser muy astuto para lograr algo así...

—No lo dudo.

—Además, ¿qué podrían hacer los demás? —continuó ella, absorta en sus pensamientos—. Alcázar es un fracasado, siempre buscando aprovecharse de él como una garrapata, pero sin éxito, claro está. Intenta alardear de esto y de lo otro, cree tener un estatus que no posee y lo único que hace es hablar más de la cuenta y quedar en evidencia.

—No le irá tan mal si vive en La Moraleja, ¿no?

Ella sonrió con socarronería.

—Dice que vive en La Moraleja, pero la verdad es que reside en Alcobendas desde hace muchos años. Lo siento, pero no es lo mismo. Por desgracia, mi tío lo consideraba un hermano, aun así, Caín y Abel también fueron familia, ¿verdad?

—Hilas muy fino, por lo que veo.

—¿Y la periodista? Lo único que tenía con mi tío era un intercambio de favores. Él le daba exclusivas y ella aplastaba a sus enemigos, no hay más... La muy estúpida creía que les unía una amistad. Si está aquí, es porque no tiene mejores planes que darle de comer a los gatos.

—Nunca te han caído bien sus amistades, ¿me equivoco?

—¿Crees que alguien se iba a acercar a mi tío por su amistad sincera? No me hagas reír. Todos buscaban algo: un favor, dinero, apoyo... Lo sé porque lo he visto desde pequeña. El mundo de la fama está podrido y, cuando ya no eres conocido, todos te dan la espalda. Yo era la única que lo amaba sin segundas intenciones.

«Qué casualidad, ¿eh?».

—En ese caso, supongo que Velázquez sabía bien con quién se juntaba. Vaya con el coleccionista... —concluyó Leopoldo, sumergido en sus propias reflexiones sobre la compleja red de relaciones que rodeaba al difunto.

Escuchaba atentamente y analizaba cada palabra y gesto de sus interlocutores.

—¿Por qué le sorprende? —preguntó el asistente—. En los círculos de la alta sociedad, las celebridades y los periodistas se utilizan mutuamente para ganar notoriedad, vender exclusivas o sabotear a sus rivales. Pero es normal que no lo entienda, cuando no posee tal estatus.

—Soy consciente de ello —respondió Leopoldo—. Eso me hace pensar que el señor Velázquez no era precisamente un santo.

—Yo no lo describiría así, de esa manera —replicó el asistente—. Es importante cubrirse las espaldas.

—Mi tío solo buscaba proteger su legado.

—¿Un legado lleno de deudas? —cuestionó—. Esa es la parte en la que entras tú.

La chica le hizo un ademán con el cuchillo para que no se excediera.

—Está bien, está bien... Puestos a juzgar, hablemos del artista —sugirió Leopoldo, calmando los ánimos—. ¿Qué pasa con él? ¿También le debía dinero? Tengo entendido que Velázquez poseía algunas de sus obras y que, juntos habían amasado una fortuna.

—Es atractivo —comentó ella con una sonrisa maliciosa—, pero es un capullo.

El asesor, aparentemente celoso, carraspeó.

—Es un artista en ascenso, pinta y esculpe... Lo tiene todo. Gracias a la influencia de don Ricardo, sus obras adquirieron valor de la noche a la mañana, aunque eso podría cambiar ahora...

—Todo puede cambiar de la noche a la mañana, por lo que veo... Me pregunto si mañana habré cambiado yo también.

—No me ha entendido. Velázquez fue su mecenas, lo catapultó a la fama. Carlos Rivera es famoso gracias a él. Si cae el padrino, ese tipo no tiene donde ir.

—¿Cómo era su relación?

—Era una conexión de negocios exitosa; ambos estaban ganando mucho dinero.

—Pero hubo desacuerdos entre ellos —interrumpió la chica—. Al parecer, Carlos no estaba contento con la alta comisión que mi tío retenía.

—Estamos hablando de cantidades considerables... —murmuró Leopoldo.

—Decenas de miles de euros por cada venta —confirmó el asesor.

—¡Uf! Pues sí.

—¡Tonterías! Si había alguna deuda pendiente, era de carácter personal, y eso es algo que nunca podrá saldarse —aclaró ella, con cierta amargura.

—Ya es un poco tarde para eso... —comentó Leopoldo, ganándose una mirada de reprobación del asesor. Por un instante, se planteó mencionar a Sánchez, pero sintió la punzante mirada de Mauro y prefirió guardarse la pregunta.

—No sea conspiranoico —replicó el asesor—. El señor Velázquez organizaba esta fiesta cada año con los mismos invitados. Ellos son sus amigos más próximos y la amistad era algo que

don Ricardo consideraba intocable. Para él, estaba por encima de cualquier problema, aunque fuera económico. Todos tenemos derecho a pasar por una mala racha. La vida es así.

—No lo sé, Diego. ¿Hace cuánto que no le pagaba?

—Se buscará un problema si continúa siendo inoportuno.

—Ese problema ha conseguido que tenga a una joven rubia apuntándome con un cuchillo.

¿No es suficiente?

—Eres un gracioso. —La chica le sonrió y eso le sirvió a Leopoldo como una señal de que no le haría daño.

—En un contexto normal, según lo que me habéis contado, toda esta gente se reuniría con Velázquez en un juzgado y no en su casa. ¿Qué concepto de fiesta tenéis aquí?

—En el fondo, tiene razón, Diego.

—A no ser que...

—No se precipite.

—Termina la frase, Bonavista —le insistió la chica, atenta a sus palabras.

—No le hagas caso, Lucía. Lo que va a decir, es un despropósito.

—Usted era su asistente y yo soy un simple observador aquí...

—Eso es evidente —dijo el otro, con un tono ligeramente despectivo—, por eso le pido que se calle, antes de que tenga que arrepentirse.

—Quizás esté divagando más de la cuenta, que también puede ser —admitió Leopoldo—, pero me cuesta obviar las deudas de Ricardo y su repentina muerte.

—Lo sabía. Estaba convencido de que volvería a sacar esa asquerosa teoría con tal de confundirla y llenarle la cabeza de porquería.

—¿Por qué no puede ser cierto?

—¡Porque no! —exclamó el asistente, sorprendiendo a ambos—. No es veraz.

—Pero es verosímil.

—¡Ahí lo tienes, Lucía! Es lo que busca, confundirte.

—Hagamos un paréntesis —comentó, al ver que estaba enfureciendo al hombre—. Debo reconocer que el hambre y la situación me tienen desorientado... De todos modos, no hay de qué preocuparse, ¿verdad? Supongo que Velázquez dejó todo claro en su testamento.

La mención del testamento causó una tos nerviosa en el asistente.

—Sí, claro —contestó ella, con una distancia que no pasó desapercibida para el periodista—. Pero eso no es de tu incumbencia.

«Vaya, ahora reculas».

El asistente resopló aliviado.

—Por supuesto que no. ¿Puedo irme ya?

De repente, alguien intentó abrir la puerta de la cocina desde fuera. Los tres dirigieron su

atención hacia la entrada.

—De momento, será mejor que dejemos esto aquí y nos separemos —sugirió el asesor, señalando la otra puerta que daba al pasillo—. Una última cosa, Bonavista.

—¿Sí?

—Guárdese sus opiniones al respecto, ¿me ha oído? Estoy convencido de que no quiere más situaciones desagradables.

—Estás en lo cierto, Diego.

—Somos muchos y es mejor que tengamos la fiesta en paz.

—Por supuesto.

Leopoldo salió por la otra puerta, cavilando sobre las amenazas del asistente. Lamentablemente, aquella era una fiesta y, como todo el mundo sabe, a las fiestas, la tranquilidad solo las convierte en un aburrimiento... o en un velatorio.

La inesperada llegada del servicio del palacete resultó ser su salvación. Leopoldo abandonó la cocina y se deshizo de la pareja, intentando escabullirse por el pasillo sin ser visto por el personal. La verdad era que no les había revelado todo lo que pensaba acerca de la muerte de Velázquez, o al menos, lo que sospechaba de ella. Pero, siendo justos, tampoco ellos lo habían hecho. Por más insólito que pareciera, no dudaba ni un ápice de que alguno de los presentes hubiera decidido terminar con la vida de Ricardo Velázquez. ¿El motivo? Había muchas razones aún por desvelar. Tras escuchar a esos dos, se formó una idea superficial y aproximada de cómo era el coleccionista de arte en su vida privada. No le sorprendió descubrir que fuera un desalmado y un manipulador cruel. Después de todo, era lo común en esos círculos, por lo que asumió que Velázquez había construido su fortuna a base de trabajo y astucia. «La bondad y el dinero nunca van de la mano, por eso los perdedores nunca escriben las grandes historias», reflexionó mientras se alejaba de la cocina por uno de los pasillos laberínticos que llevaban a las escaleras. No obstante, no descartaba que alguien presente hubiera tomado la decisión de acabar con la vida del coleccionista. «Sé que es una contradicción, ¿pero no es esa la forma más antigua de venganza?», pensó para sí. Ahora tenía la oportunidad de cavilar con claridad, partiendo de una hipótesis, sin interferencias.

Respiró profundamente y planeó su siguiente paso. Las cámaras seguían siendo testigos de cada movimiento, y se preguntó dónde estaría la sala de vigilancia y si podría desactivar todo ese sistema. Tarde o temprano, se dijo que debía hacerlo, pero necesitaba la ayuda de Marta para distraer al grandullón.

Con el tiempo en contra, su cometido era el de inspeccionar la sala privada de Velázquez, antes de que el arlequín se diera cuenta de que la llave no estaba en ninguna parte de la casa y comenzara de nuevo a sospechar de él. Confiaba en que tardaría en darse cuenta. Su reloj marcaba las diez y media de la noche y era probable que en el salón empezaran a echarlo de menos si se demoraba. Aprovechó un descuido para acceder solo, con la esperanza de que el resto estuviera distraído, para examinar de cerca el lugar del suceso. Pensó que así podría

esclarecer sus teorías. De camino a las escaleras, percibió una figura que se aproximaba. Leopoldo se apartó al lado del pasillo, aunque fuese inútil, pero el joven se detuvo frente a él, sin saber qué decir.

—Tú... —le espetó, recordándolo de antes.

Era el mozo del servicio con el que se había topado antes del hallazgo del anfitrión muerto en su habitación. Al principio lo confundió con un invitado más, pero ahora, tras conocer a todos los invitados, comprendía que formaba parte del servicio de la casa.

—¿Se ha extraviado, señor Bonavista?

—No. ¿Cómo sabes mi nombre? —preguntó con tono inquisitivo. Lo observó detenidamente. Era bastante más joven que él, moreno, delgado, de estatura media y no demasiado espabilado—. Trabajas para la casa, ¿cierto?

—Exactamente. Me llamo Álvaro... Nos enseñan a dirigirnos a los invitados por su nombre.

—¡Vaya! —exclamó, algo sorprendido, con una sutil sonrisa—. Es un buen detalle por parte del anfitrión.

Las palabras sonaron un tanto forzadas.

—¿Puedo ayudarle en algo? El señor Torres ha indicado que sirvamos la cena en el comedor junto al salón. Luego, acondicionaremos las habitaciones.

—¿Habitaciones? Así que pernoctaremos aquí...

De repente, el cielo se iluminó a través de la ventana, bañando el pasillo con su resplandor, seguido de un trueno estruendoso.

—Tengo entendido que sí, salvo que haya cambios...

—No, está bien. No creo que los haya. ¿Te importa si te hago una pregunta?

—Por supuesto. —Su rostro mostraba una serenidad notable, como si no temiera ser interrogado.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí?

El joven pareció buscar en su memoria.

—Un par de años, más o menos.

—Entonces, no es tu primer evento con el señor Velázquez.

—No, pero normalmente trabajo de lunes a viernes. Lo de este año es excepcional.

—En estos dos años, ¿has notado algo extraño entre Ricardo Velázquez y algún invitado? Ya sabes, alguna disputa, una conversación subida de tono, un drama...

El muchacho inclinó la cabeza, mostrándose reticente.

—Creo que no debería hablar de lo que he visto o no. Prefiero conservar mi empleo.

—Vamos, Álvaro... Velázquez ya no está. ¿Piensas que eso afectará tu situación?

—Soy un empleado responsable. No quiero problemas, señor Bonavista.

Leopoldo metió la mano en el bolsillo del pantalón y extrajo su cartera. Solo le quedaba el

dinero que le sobró de la visita a la pastelería, varios días atrás. Al enseñarle el último billete, Álvaro lo observó, levantando una ceja. Parecía poco, pero era mejor que nada.

—¿Es en serio?

—O no. Muy bien, como prefieras...

—Estoy aquí para servir, no para difamar a los invitados, aunque admito que algunos habrían hecho mejor quedándose en sus casas.

—Eso me parece más razonable.

—No los conoce bien. Desconfíe de las apariencias. En especial de ese coleccionista...

—¿Hablas de Alcázar?

—Sí, el disfrazado de momia. Pierde el control cuando bebe demasiado. Esta noche no será diferente, se lo aseguro.

—No temo a los ebrios, solo me causan cierta repulsión.

—Le sugiero que no se acerque a él en ese estado. Era amigo íntimo de la casa y el señor Velázquez toleraba cualquier excentricidad suya, siempre que se calmara...

—Si no te importa ser más explícito... Aquí todos parecen hablar en términos abstractos.

—Bueno, rompe cosas y puede llegar a agredir a quien le contradiga. Es el típico sabelotodo. Hace unas semanas, el señor Velázquez y él tuvieron un altercado en la sala privada.

—¿Fuiste testigo de ello?

—Parcialmente. Les serví coñac por petición de don Ricardo y luego me retiré. La discusión aún no había comenzado, pero ese hombre ya elevaba la voz y gesticulaba de manera extraña.

—¿Y luego?

—Como comprenderá, es la sala privada de don Ricardo y el servicio no tiene permitido entrar, a menos que se nos llame. Son las normas.

—Entiendo. ¿Trabaja alguien más contigo?

—No. Antes trabajaba Enrique, un hombre mayor, pero don Ricardo lo despidió, así que me quedé solo. En la cocina está Rosa.

—¿Qué ocurrió después de la discusión?

—Afortunadamente, el señor Torres estaba al tanto de la reunión y Mauro intervino a tiempo para controlarlo. Ese tipo estuvo a punto de dañar una de las piezas más preciadas de la casa.

—¿Te refieres a la máscara de porcelana?

El joven se encogió de hombros. Leopoldo no supo si era porque no quería hablar o porque no tenía la información.

—No sé mucho de arte, lo siento. Me estoy demorando. Recuerde que aún tengo deberes aquí.

—Claro, agradezco que hayas compartido esto conmigo.

—¿Compartido qué? —preguntó, como si la conversación no hubiera tenido lugar. Su mirada

lo decía todo.

—Nada.

—¿Algo más, señor Bonavista?

—No, todo está bien.

—Entonces, nos veremos en el salón —dijo el joven, dirigiéndose hacia la cocina. Leopoldo se quedó pensativo sobre lo que había escuchado, considerando si Fernando Alcázar estuviera implicado en la muerte de Velázquez. La momia emergía como el principal sospechoso en un posible homicidio: era uno de los amigos íntimos del coleccionista, lo conocía desde hace más tiempo que los demás, se sentía traicionado por las maquinaciones y la fortuna de Velázquez y, posiblemente, tenía una deuda con él. Pero lo decisivo era que conocía la casa y había estado allí hace unas semanas, en la sala privada, bebiendo con él. «Definitivamente, tiene las papeletas para ser el principal sospechoso», pensó, anotando mentalmente los detalles del relato para reflexionar sobre ellos más tarde. Asegurándose de que nadie lo observaba, subió las escaleras y se dirigió a la puerta del despacho privado de Ricardo Velázquez. Comprobó ambos lados antes de entrar, sacó la llave del bolsillo del pantalón y abrió la puerta.

Al hacerlo, un escalofrío le recorrió la espalda y pronto se extendió por todo su cuerpo.

La sala estaba intacta, la máscara en la vitrina y la moqueta con la mancha de vino derramado sobre ella. Un intenso aroma de alcanfor y un aroma dulce lo impactaron al entrar. Dirigió su mirada hacia las puertas que conectaban con el dormitorio contiguo y supuso que, en unas horas, el olor del cadáver sería más intenso en la sala, aunque todavía, por extraño que pareciera, no resultaba perceptible. Aunque intentaba no pensar en la presencia física del difunto al otro lado de la puerta, la sola idea le causaba una sensación incómoda.

Con cautela, cerró la puerta y examinó las esquinas superiores de la amplia habitación. «No hay cámaras», constató, deduciendo que este podía ser uno de los pocos sitios, por no decir el único, donde nadie podía ver lo que sucedía. Eso hacía la sala aún más intrigante, posiblemente, el lugar donde Velázquez escondía sus secretos, lejos de la vista del servicio y de sus empleados.

Se acercó a la zona donde habían encontrado el cuerpo y a la vitrina que albergaba la máscara. Aunque solo habían pasado unas horas desde su última conversación sobre esa obra de arte, le parecía que había sucedido días antes, en un pasado distante. Imaginó la discusión entre Alcázar y Velázquez, intensa y acalorada, y se preguntó qué habría hecho el coleccionista para enfurecer tanto a su amigo.

«Alcázar puede buscarle las cosquillas a cualquiera».

Sin querer enredar más de lo necesario, Leopoldo dio un vistazo general a la habitación, buscando indicios que le ayudaran a esclarecer lo sucedido. Se inclinó para oler el líquido derramado sobre la moqueta y concluyó que no era vino, como se había sugerido inicialmente. «Debe ser algún tipo de coñac...», pensó, tratando de identificar el aroma. Recordó entonces que los camareros solo habían servido vino durante la recepción y la conversación que había tenido con ese muchacho.

«¿Coñac?», se cuestionó en silencio, rememorando los detalles del interrogatorio.

Su mirada se desplazó hacia la copa caída en el suelo y luego buscó un mueble bar donde el coleccionista pudiera guardar sus bebidas más exclusivas. Para Bonavista, estaba claro que Velázquez había bebido allí mismo, en compañía de alguien con quien se sentía lo

suficientemente cómodo y seguro como para reunirse a solas, lejos de miradas indiscretas. Y ese alguien había escondido su copa. En efecto, no tardó en encontrar el mueble donde Velázquez guardaba su arsenal de bebidas predilectas. Examinó la botella de coñac y leyó la etiqueta.

—Luis XIII, nada mal para un sibarita —murmuró, pensando que la botella valdría lo suyo. Él no era un entendido de destilados, pero con leer la etiqueta, podía hacerse una idea de su valor. Ahora que sabía que Ricardo había bebido con otro adepto al coñac, debía reconstruir los hechos.

Lo primero que le vino a la cabeza, fue el envenenamiento como móvil principal.

«Las cámaras habrían captado el momento de la llegada, a menos que entrara desde la otra habitación», reflexionó, imaginando los pasos que habría dado el asesino. Sin embargo, matar a Ricardo Velázquez no era una decisión tomada a la ligera, sino un riesgo muy grande. Básicamente, llevarse mal con él no era razón suficiente.

«¿Algún secreto que debía mantenerse oculto?», caviló, recordando lo que la sobrina de Velázquez le había comentado sobre su tío. Si era cierto que la víctima tenía secretos sobre cada invitado, entonces, quien tuviera más que perder y menos que arriesgar podría ser el culpable.

A su parecer, cualquiera podía ser el sospechoso, y se dio cuenta de que también podrían desconfiar de él, si compartía sus conjeturas. «Si Velázquez planeaba desenmascarar a su traidor, quizás este se adelantó», estimó, mientras examinaba la habitación en busca de pistas. «Si hubiera sido un crimen por dinero, el asesino no habría esperado a una noche como esta».

Sobre un escritorio encontró una pequeña agenda con tapas negras, del tamaño de una tarjeta de crédito. Al abrirla, vio que contenía anotaciones de Velázquez, pareciendo más un diario de tareas que una bitácora personal. La ojeó por encima, buscando las últimas fechas. En ellas había anotados algunos números de teléfono y una cita con el anaplastólogo, aunque no había escrito el motivo de la visita. Buscó el nombre de su última reunión personal y dio con el nombre de Isabel Mendoza, meses atrás. Finalmente, sin demasiado interés, pasó las páginas hasta que encontró lo que parecía una lista de la compra. Entre los elementos, había bolsas de plástico para almacenar sangre, un detalle que llamó su atención.

«Prefiero no sacar conclusiones precipitadas», consideró y dejó la libreta a un lado, pensando que las emplearía para alguna de sus provocaciones.

Antes de salir, se detuvo frente a la máscara de porcelana. Aunque deseaba entender qué la hacía tan especial, a primera vista, solo parecía un trozo de loza brillante. Un relámpago iluminó la habitación, asustándolo y revelando un detalle desconcertante en la máscara: la grieta que había notado bajo el ojo derecho había desaparecido y el material se había convertido en un pedazo de cerámica mate y sin brillo. Recordó las palabras del anfitrión sobre la cualidad mágica de la porcelana, que brillaba como si tuviera purpurina. Aquel detalle lo llevó a pensar en el robo como móvil del crimen. «¿Pero cómo?», se cuestionó. «¿Cómo han eludido los sensores y dado

el cambiao?». Las preguntas se amontonaban en su cabeza, confundiéndolo aún más. «¿Ha sido antes o después de la muerte del anfitrión?». Ahora, solo necesitaba mantenerse discreto y encontrar la forma de acceder a la sala de vigilancia para revisar las grabaciones.

Inquieto por su hallazgo, retrocedió y, sin querer, abrió la puerta del dormitorio donde descansaba el cadáver. Para más inri, lo que vio lo dejó perplejo:

—No, no puede ser... —exclamó, incrédulo—. Debo de estar alucinando.

La ventana del amplio cuarto estaba abierta y el cuerpo de Ricardo Velázquez había desaparecido de la cama.

20

Leopoldo no podía creerlo. La habitación estaba desierta, pese a la señalada arruga en la cama donde habían depositado el cadáver de Velázquez. Lógicamente, alguien debía haberlo sacado de allí.

«Es imposible que se haya marchado por su propia voluntad», se repetía, intentando convencerse de lo que había presenciado horas atrás. Fue él mismo quien había arrastrado al ricachón hasta esa cama, tirando de sus pies.

Trataba de conservar la calma, antes de perder los estribos. Leopoldo no creía en fantasmas, ni en muertos vivientes, o eso pensaba, porque prefería no considerar que tal realidad pudiera existir. De manera apresurada, inspeccionó la habitación en busca del interruptor. Al encontrarlo en la pared, encendió las luces del amplio cuarto, para examinar minuciosamente la escena. Un ligero traqueteo captó su atención hacia la ventana. Por alguna razón, la ventana estaba abierta y en esos momentos se golpeaba rítmicamente contra el marco. «Qué extraño...», se dijo al aproximarse para cerrarla. El marco de la ventana era viejo, de madera que estaba mal protegida en los márgenes, permitiendo la entrada del aire fresco y húmedo del exterior, producto de la tormenta. Optó por no tocar nada, evitando dejar sus huellas en la habitación. Lo último que deseaba era que los demás descubrieran que había pasado por allí. Al lado de la ventana se encontraba el escritorio del coleccionista, sobre el cual reposaba un ordenador MacBook de aluminio, varios cuadernos de anillas y algunos bolígrafos. Revisó los cuadernos superficialmente, pero no halló nada relevante. Luego intentó activar el portátil, pero el inicio de sesión requería una contraseña privada.

Echó un vistazo a su alrededor, observando los títulos de los libros en los estantes. Por último, se fijó en el cuadro que había en la pared, una pintura al óleo de Velázquez y su mascota, como muchas de las que había por la casa. Leopoldo supuso que el autor de estas se habría hecho de oro.

—Esto es una pérdida de tiempo... —pensó en voz alta, sin tener ni idea de cuál sería la clave. Fue entonces cuando su mirada se posó en el cuadro.

«Es absurdo...», se dijo y escribió el nombre de Dago en el ordenador, pero la contraseña fue rechazada por insuficiencia de caracteres.

«Ya lo sabía», murmuró, decepcionado; aun así, consciente de que alguien como Velázquez no sería tan ingenuo como para proteger sus documentos con una clave tan obvia. «Quizá es lo que cualquiera diría al intentar meterse en su cabeza», se dijo y comenzó a cuestionar por qué no había imágenes de la sobrina ni de ningún familiar. La realidad era que solo existían muestras de afecto hacia el perro.

«Intrigante y desconcertante a la vez», reflexionó, observando nuevamente la fotografía sobre el escritorio.

«La gente que tiene perros piensa que ha hallado al amigo ideal, pero en realidad, solo han encontrado a un ser que los sigue a todas partes, a cambio de comida y cariño... Al menos, los perros no se quejan si les das de comer siempre lo mismo».

Suspiró profundamente y tecleó el nombre del perro en el ordenador. Al notar que faltaban tres caracteres, decidió probar suerte añadiendo los tres primeros números del teclado.

—Dago123... —susurró, leyendo en voz baja—. Esto es ridículo. Nadie puede ser tan descuidado como para proteger su ordenador así.

Presionó la tecla de entrada sin esperar que funcionara, pero para su sorpresa, la pantalla se desbloqueó.

Justo después, un crujido procedente del otro lado de la puerta de la habitación lo alarmó. Se agazapó con rapidez, ocultándose tras el escritorio, aunque luego se dio cuenta de que el ruido había sido solo el chirrido de la madera. Debía apresurarse. Cada segundo allí incrementaba las conjeturas de los otros invitados. Miró la pantalla del ordenador, buscando alguna ventana abierta, consciente de que cada clic podría quedar registrado en el historial del sistema. El navegador estaba abierto en una pestaña del correo electrónico. Dudó si usar o no el ratón táctil, consciente de que dejaría huellas, pero la curiosidad pudo con él. Con prudencia, movió el dedo índice hacia la pestaña, que al abrirse reveló la bandeja de entrada. En ese instante, otro sonido, más cercano y proveniente del pasillo, lo puso en alerta.

«Se supone que todos están abajo», pensó, sintiendo cómo su corazón se aceleraba. Nervioso, echó un vistazo a los últimos correos recibidos hasta toparse con dos remitidos por Alcázar, sin asunto. En ellos, se le exigía una respuesta.

«¿Qué tramas, Ricardo? He ido a tu casa y no me atiendes, ni respondes a las llamadas. ¿Qué tengo que hacer para que me devuelvas lo que me debes? Eres un canalla y un caradura. Te hago un favor y me lo devuelves así. Ya verás. Quien siembra vientos, recoge tempestades... pero, esta vez, de verdad. Haz lo que te dé la gana, pero te juro que me lo pagarás», leyó mentalmente, reflexionando. Era claro que Alcázar había estado evasivo con todos los invitados

durante la noche. Además, era uno de los pocos que no se había ofrecido a ir a buscar ayuda. Esto le dio mucho en qué pensar al periodista.

Por otro lado, según sus propias palabras, Alcázar había asistido a todas las fiestas organizadas por el coleccionista, lo que lo convertía en uno de los pocos, junto a Mauro y Diego Torres, que conocían bien los secretos de aquel palacete y tenían plena confianza para moverse con soltura. Al menos, hasta que leyó el correo que le había enviado.

Además, Alcázar contaba con un historial dudoso que lo convertía en un sospechoso potencial. Sentía envidia de Velázquez, había fracasado como coleccionista de arte, se encontraba en bancarrota y, leyendo entre líneas, Leopoldo dedujo que él había sido el auténtico descubridor de la máscara de porcelana, pero Ricardo Velázquez se la había apropiado.

La hipótesis de que Velázquez lo hubiera asesinado empezó a cobrar fuerza en su mente, aunque aún era precipitado emitir un juicio.

«La venganza entre amigos por dinero es como buscar una aguja en un pajar, pero en este caso, el pajar es el propio amigo y la aguja, tu propia moralidad».

Tomó aire y prosiguió escudriñando la bandeja de entrada.

Otro nombre que aparecía era el de Sofía Román, la conocida periodista del mundo del corazón. El email parecía ser la continuación de una extensa cadena de mensajes, pero Leopoldo carecía de tiempo para leerla en su totalidad.

«Esto me inquieta mucho, Ricardo. Me pones en una posición complicada y sabes que estoy dispuesta a lo que sea... sin embargo, en un momento crítico, no querría verme obligada a revelar la verdad».

Leopoldo se sorprendió ante el mensaje y se preguntó a qué se referiría. Un intenso relámpago iluminó el escritorio y un trueno lo sobresaltó. Se estaba helando de frío allí arriba y no podía permanecer más tiempo en esa sala. Decidido a irse, cerró el portátil y se dirigió a la puerta de salida, cuando algo llamó su atención.

«Diablos. ¿Dónde está el abrigo?», se preguntó, observando que había desaparecido de la estancia. No era un error, pensó. Recordaba claramente haber visto el abrigo de soldado francés sobre el baúl de la habitación. Pero ahora, ni el abrigo ni el cadáver estaban a la vista.

—Esto no puede estar sucediendo. Tiene que haber algo más, Leopoldo. —Negó con la cabeza, como si con ello pudiera desvanecer la realidad, buscando una explicación razonable. La opción más plausible era que el personal de servicio hubiera tomado el abrigo para limpiar la mancha de líquido que tenía. O, quizás, Velázquez lo había tomado antes de irse. Sus ojos se fijaron en el cuadro del pastor alemán. Entonces su mente comenzó a imaginar a Ricardo Velázquez transformándose en hombre lobo.

«¡Vamos, no seas infantil!».

Al contemplar la idea, un escalofrío atravesó su cuerpo.

21

Desconcertado, el periodista se encontró en un pasillo distinto al que había tomado para acceder a la sala privada de Velázquez. El corredor conducía a unas escaleras secundarias, similares a las que había subido antes, que descendían al primer piso. Su sentido de orientación no era el mejor, y había empeorado desde que los teléfonos móviles incorporaron la geolocalización. «No puedes ser tan despistado», se reprendió a sí mismo, intentando ubicarse en aquel enmarañado edificio. Bajó los escalones, con el cuidado de pasar desapercibido y llegó a otro extenso pasillo, adornado con cuadros, lámparas y una alfombra. Al final, vislumbró lo que parecía ser la cocina, cuando identificó la figura del joven que iba y venía con bebidas y aperitivos durante la fiesta. Se acercó con sigilo, pasando inadvertido a los ojos del camarero y captó un zumbido proveniente del interior de uno de los cuartos que había a su derecha. Se detuvo a escuchar aquel sonido extraño, que parecía proceder de una sala de máquinas. La puerta estaba entreabierta, así que no dudó en entrar, cuando, de repente, el joven dirigió su mirada hacia el final del corredor, casi descubriéndolo. El olor a detergente y suavizante le resultó reconfortante en la lavandería, donde el ruido de las lavadoras en centrifugado aseguraba su privacidad. Cruzó la espaciosa sala y encontró una puerta al otro lado, la cual parecía estar cerrada herméticamente, probablemente bloqueada a causa de la tormenta. Esperó unos segundos, aguardando a que el empleado se alejara y en ese momento sus ojos se posaron en una prenda en un cesto.

«Debe ser una coincidencia...», pensó, al ver el abrigo de Velázquez escondido bajo pilas de sábanas y mantas. Extrajo la ropa de cama y examinó el abrigo más de cerca. Sin duda, era el mismo, reconocible por la mancha de líquido en el pecho. La olió y reconoció el aroma del coñac. Su expresión cambió al no comprender cómo había llegado hasta allí y quién tendría interés en ocultarlo. Entonces vio un segundo objeto en el suelo: una bola de papel arrugada. Dejó el abrigo en el cesto de ropa sucia y se agachó para recoger el papel y desplegarlo. Al ver su contenido, reconoció la tipografía de un recibo de tintorería. La dirección era de Alcobendas. Reflexionó un momento y recordó lo que Lucía Vargas había mencionado sobre él.

«Dice que vive en La Moraleja para impresionar, pero en realidad es de Alcobendas».

Leopoldo era consciente de que no debía apresurarse a sacar conclusiones, ni juzgar a ese hombre bajo la influencia de la joven. Todavía quedaba mucho por descifrar acerca de lo sucedido con Velázquez y el paradero del cadáver, si es que realmente había fallecido. Era cuestión de tiempo antes de que alguien notara su ausencia y empezaran las interrogantes, las emociones afloraran y surgieran respuestas. Sin embargo, no podía ignorar las innumerables hipótesis que bullían en su mente, desde la posibilidad de que Alcázar estuviera implicado en el supuesto envenenamiento y el robo de la máscara, hasta una explicación razonable, que aún no alcanzaba a comprender. ¿Qué estaba pasando esa noche en la mansión de Velázquez?, se preguntaba, cada vez más intrigado.

Todo eso era de lo más preocupante.

Por un lado, el robo de la máscara parecía un hecho indiscutible. Aunque no era un experto en arte, tenía la información suficiente para reconocer esa obra y estaba convencido de que se trataba de un hurto. ¿Actuaría Alcázar en solitario o tendría cómplices?, se cuestionaba sin llegar a una conclusión. Pero había más. La desaparición de Velázquez era, cuando menos, extraña y poco convencional. La teoría de su muerte empezaba a perder peso y Leopoldo contemplaba la posibilidad de que todo hubiera sido una bufonada, una puesta en escena. ¿Sería posible una colaboración entre amigos?, dudaba, mareado por tanta elucubración. En ese caso, ¿dónde estaría el coleccionista? Reflexionar sobre ello resultaba abrumador. Estaba mentalmente exhausto, saturado por la cadena de acontecimientos. Además, si compartía sus pensamientos con los demás invitados, probablemente no le creerían. Todos habían presenciado lo mismo, o incluso menos, y cada uno había elaborado sus propias teorías. Por un momento, pensó que sus hipótesis eran precipitadas, basadas más en su percepción personal que en hechos concretos. Era un error común, visto a menudo en series policíacas donde los detectives fallan al juzgar sin pruebas. La única evidencia tangible que tenía era el recibo, cuyo origen y significado aún desconocía, pero intuía que había una historia detrás.

Miró la hora en su reloj, guardó el recibo como un posible indicio y se dirigió de vuelta a la cena.

Aunque era prematuro establecer un juicio, sabía que debía permanecer atento y callado, observando las reacciones de los demás, para desentrañar el misterio de lo que ocurría en esa velada. Probablemente, a esas alturas, ya habrían notado su ausencia.

Un presunto ladrón y un posible asesino deambulaban por el lujoso palacete, siempre y cuando la muerte de Velázquez fuera real.

Atrapados por las circunstancias, ninguno podía huir muy lejos.

Tras descubrir la falsificación de la máscara, la misteriosa desaparición del coleccionista y el sorprendente hallazgo de su abrigo en la lavandería, Leopoldo salió de la habitación, con un presentimiento alarmante. Ahora, sospechaba de un posible móvil, tal como Ricardo Velázquez había mencionado poco antes de su, digamos, «evaporación». ¿Pero por qué a él?, se cuestionaba, intentando desentrañar por qué había sido escogido para esa misión. «¿Sería parte de algún juego?», reflexionó, desencantado y cansado de las intrigas palaciegas que parecían entretener a los ricos azorados de la vida. A pesar de ello, no dejaba de maravillarse ante los tapices y la decoración del interior de los pasillos, tan distantes de su alcance como de su imaginación. Cuanto más tiempo pasaba allí, el lugar dejaba de ser un idílico retiro en la montaña, para convertirse en un escenario sombrío, digno de una película de Kubrick. Se sentía como en uno de esos juegos de mesa de su juventud, donde se debía resolver un asesinato, con ingenio y algo de azar. Lo peor era que nunca había sido bueno descubriendo al mentiroso, aunque esta vez empezaba a tener una ligera ventaja sobre los demás.

«Todos tratando de descubrir al culpable, mientras se ocultan tras sus propias máscaras de hipocresía y secretos sombríos».

Al llegar al pasillo, se topó con el joven mozo del servicio.

—Señor Bonavista, estamos sirviendo la cena.

—Por supuesto.

—¿De dónde viene?

—¿Es parte de tu trabajo interrogar a los invitados?

—Disculpe, no quise ser descortés.

—Solo curioso, ¿verdad?

—Sí.

Leopoldo asintió, percibiendo la falsedad en su mirada. ¿Estaría él también implicado en el juego de Velázquez o en el robo de Alcázar?

—Estaba estirando las piernas. Hay espacio de sobra aquí y llevamos horas encerrados en ese salón.

—Comprendo.

—¿Por qué cenamos tan tarde?

—El señor Torres lo ha solicitado así —explicó, encogiéndose de hombros—. Los demás ya están sentados a la mesa.

—¿Qué se sirve de cena?

—Un menú variado, el que el señor Velázquez había elegido...

—¿Con o sin sorpresa?

—¿Cómo dice?

Leopoldo soltó una risa nerviosa.

—¿Desea algo especial para beber? Se está sirviendo vino, pero quizás prefiera otra cosa.

—¿Insinúas que soy quisquilloso?

—De ninguna manera. Las excentricidades son habituales y la casa dispone de una bodega extensa y selecta.

La espontaneidad con la que el joven Álvaro hablaba de la cena y la prontitud con la que Torres había organizado la reunión en el comedor llamaron la atención de Leopoldo. Parecía como si hubiesen dejado de lado el verdadero motivo de su estancia allí y la razón por la que se habían visto obligados a permanecer en el palacete. No le cabía duda de que estarían dando paso al segundo acto de la función: aparentar normalidad hasta que llegara la histeria y se sacaran los ojos mutuamente.

—¿Señor? —inquirió Álvaro, sacándolo de sus pensamientos.

—Disculpa, estaba decidiendo —respondió Leopoldo, tratando de mostrarse sereno mientras volvía a la realidad—. Tomaré coñac, si es posible. ¿Luis XIII?

—Buena elección —aceptó Álvaro con un asentimiento.

—Gracias, Álvaro. Haré que el señor Torres te recompense adecuadamente —dijo Leopoldo, intentando ganarse la confianza del joven.

Álvaro selló sus labios y continuó su camino hacia las cocinas. Leopoldo atravesó el pasillo, consciente de que Mauro, el vigilante de seguridad, estaría en algún lugar, posiblemente observándolo desde una sala de control cerrada. Aún no era el momento de buscarla, pero estaba decidido a encontrar esa sala y estaba seguro de que Torres tendría la clave. Las grabaciones de seguridad podrían ser cruciales para entender qué estaba sucediendo en aquel laberinto de habitaciones. Sin embargo, acceder a ellas no sería tarea fácil.

Al llegar al salón principal, el ambiente había cambiado significativamente desde el cóctel de

bienvenida organizado por Ricardo Velázquez. En ese momento, los invitados estaban sentados alrededor de una mesa aristocrática, adornada con platos y sillas ricamente ornamentadas.

—Lamento el retraso, me perdí en los pasillos —se excusó Leopoldo, apareciendo en el comedor.

Observó los cartelitos con los nombres de los comensales. Diego Torres, el asesor, estaba sentado en un extremo, acompañado de la sobrina del difunto y la ex actriz de cine. Carlos Rivera, el actor, ocupaba un lugar entre la actriz y Marta, quien estaba en el sitio asignado a Leopoldo. Frente a ellos, al lado de la sobrina de Velázquez, se sentaba Sofía Román, flanqueada por Fernando Alcázar, el presunto ladrón, quien parecía haberse recuperado algo de su embriaguez. Al otro extremo de la mesa, la silla de Velázquez permanecía vacía.

«Peculiar disposición», pensó Leopoldo, notando la ausencia de Javier Sánchez, el crítico de arte, y la especial distribución de los asientos.

—Supongo que este es mi sitio—comentó al tomar asiento junto a Alcázar.

—Por favor, siéntese —le invitó uno de los comensales.

—¿Qué celebramos?

—La vida —respondió Alcázar, intentando parecer amable.

—Difícil tomar en serio tus palabras con ese disfraz —le susurró Bonavista—. ¿Dónde lo has alquilado?

—¿Qué te importa? —refutó con desdén.

En ese instante, Lucía Vargas se puso de pie y, con un golpe de su cubierto contra la copa de vino, reclamó la atención de todos.

—Sé que esto es surrealista y que cada uno intenta escapar de la realidad hasta que podamos irnos... —comenzó, conteniendo su emoción. Sus palabras, impregnadas de sentimiento generaron una efímera unión entre los presentes—, pero...

—Es más que surrealista —intervino la actriz.

—Dadaísta —acotó Alcázar, aunque su broma no provocó risas—. Perdón, olvidé que estoy rodeado de ignorantes.

«¡Insolente! Encima se atreve a hacer bromas».

—Seamos humanos y conservemos la prudencia. Nadie esperaba que esto sucediera, ni una tormenta tan feroz allá fuera.

—Hasta parece planeado, chica...

—Mi tío nunca habría querido vernos así por su causa.

—¡Ja! —Sofía Román no contuvo su comentario—. Tu tío debe estar riéndose de nosotros, esté donde esté...

Leopoldo observó a la mujer, sin entender el trasfondo de sus palabras.

—¿Qué te pasa, chismosa? —la confrontó la actriz—. Todos sabemos por qué estás aquí:

para criticar y hablar mal de los demás. Eso es lo que haces.

—¿Perdona? ¿Y tú, querida? ¿Cuándo fue tu último rodaje? ¡Ah, sí! Con aquel productor italiano, mientras Ricardo se deshacía en lágrimas en los eventos, preguntándonos por ti...

—¡Eres una víbora! —exclamó, golpeando la mesa. Isabel Mendoza apretó con rabia un tenedor, pero Torres la contuvo.

—¿Qué dices? ¡Yo solo duermo con mi gato! Los famosos... dais pena.

—Nunca me agradaste, ni a Ricardo. Aún no entiendo por qué te invitó. Eres como una mosca que...

Las miradas acusatorias se centraron en la periodista del corazón, pero Alcázar intervino:

—¿Quién está triste aquí? Dejad en paz a Ricardo. Seguro que nos observa desde arriba —afirmó, alzando su copa y mirando al techo—. ¿Verdad, Ricardito? Cualquiera lo diría.

—¿Y tú? —le preguntó la muchacha, con desprecio—. ¿Quién te crees para burlarte de esa manera?

—Un respeto, niña.

—¿Acaso eres creyente?

—Lo soy, desde que me he visto encerrado aquí con vosotros. Ahora creo en Dios y en el milagro de salir de una pieza de este sitio...

Leopoldo analizaba la mezcla de reacciones, que añadían confusión a la escena. Las rencillas personales, los comentarios ácidos y las indirectas estaban siempre presentes en casos como ese. Aquella cena era apenas el preludio de una larga noche de desencuentros y secretos. Le era difícil discernir entre lo verdadero y lo falso.

—¡Silencio, por favor! Don Ricardo ha fallecido —exclamó el asistente—. ¡No es motivo de cachondeo! ¡Un poco de respeto!

—Deberías sentir vergüenza... —añadió la joven—. Bueno, deberíais sentir vergüenza todos.

—¿Ahora resulta que soy el villano? ¿En qué quedamos? —preguntó Alcázar, elevando su copa—. Qué más da lo que creáis o lo que sintáis... Bebamos para celebrar, bebamos para olvidar, pero, en definitiva, bebamos...

—¿Por qué eres el único de la mesa al que no le importa nada? —indagó el columnista, con suspicacia.

Alcázar posó su copa en el mantel y lo miró con desconfianza. Bonavista se aventuraba en aguas turbias.

—Empiezas a ser un incordio, ¿lo sabes? Por casualidad, ¿tienes algún problema? —preguntó, intentando controlar una creciente agresividad, aunque el periodista no respondió—. Porque, si no es así, te pediría que le hablaras a la pared, si no quieres buscarte un jaleo innecesario.

—Cuando no quiere contestar, se pone arisco —comentó Lucía.

—Tú tampoco estás en posición de hablar, niña... —soltó la actriz.

—¿Deberíamos esperar a Javier? —intervino Marta, añadiendo tensión—. Hace un buen rato que habéis llegado y sigue sin dar señales de vida.

—¿Quién es Javier? —preguntó Alcázar, interesado—. ¿El narigudo?

Todos aguardaban una respuesta.

—Es un crítico de arte. Estaba aquí hace un rato.

—Si era crítico, mejor que no esté. Sobran opiniones en esta mesa.

—Sherlock Holmes, ¿me equivoco? —precisó el asistente con seriedad—. A estas alturas, seguramente habrá encontrado un lugar más adecuado donde estar. No lo esperaremos.

La momia lanzó una mirada furtiva a Marta.

—De cualquier manera, su cena ya se habría enfriado... —murmuró, levantándose para acompañar a su sobrina y alzando su copa—. Venga, brindemos. Sería bello que cada uno expresara unas palabras en honor a nuestro amigo Ricardo.

Leopoldo observó a Marta, quien permanecía en silencio igual que él. Ninguno comprendía completamente la situación, sin embargo, sin necesidad de verbalizarla, percibían que cada invitado desempeñaba un papel. Antes de que pudiera hablar con ella, alguien tomó la iniciativa:

—¿Por qué no empiezas tú, chica del cabaret? —preguntó Lucía Vargas, dirigiéndose a Marta, desde el otro extremo de la mesa—. Estás muy callada.

Marta se sintió acorralada por el grupo.

—¿De qué conocías a Ricardo? —preguntó la actriz, aguardando una respuesta.

—¿Eras una de sus alumnas?

—No. En realidad, yo...

—¿Amante? Seguro que eres actriz. Tienes toda la pinta... A mi tío le gustaba ligar con actrices más jóvenes que él.

El comentario le sentó a Isabel Mendoza como una patada en el hígado, pero tuvo la decencia de mostrar indiferencia.

Leopoldo se levantó y tomó partido.

—Marta es mi amiga y me acompaña esta noche —explicó con seguridad, oxigenando el ambiente—. Yo tampoco conocía a Ricardo personalmente, pero él me invitó y aquí estamos los dos. La nota requería venir acompañado. ¿Y vosotros? ¿Dónde están vuestras parejas? Ah, claro, permitidme adivinar...

—¡Oh, no! No empieces con tus rollos, Bonalisto... —le respondió Alcázar, restándole importancia a sus palabras.

La mirada de Leopoldo se clavó primero en la joven y el asesor del coleccionista, y luego en la actriz y el artista emergente. Le sorprendió haberse enfrentado a ellos de esa manera. Su corazón latía a mil y su cuerpo temblaba, pero había conseguido contener a las fieras que les

acechaban. Su acusación implícita los indujo a cambiar de tema, sin embargo, Sofía Román no se perdía ni un detalle de lo que ocurría.

El joven del servicio irrumpió en el salón portando una bandeja con varias bebidas. Al percatarse Leopoldo de la copa de coñac, idéntica a la que había hallado junto al cadáver de Velázquez, examinó atentamente las expresiones de los comensales, centrándose especialmente en Alcázar.

—Aquí tiene su coñac, señor —anunció el muchacho, sirviéndolo. La elección no pareció sorprender a nadie, lo que llevó a Leopoldo a recurrir a su plan de emergencia. Justo cuando iba a echar agua con gas en el coñac, el asesor se puso de pie para disuadirlo.

—No debería hacer eso, señor Bonavista.

—Déjalo, Torres. Es un sibarita.

Una mueca sutil se dibujó en los labios del periodista, intrigado por la reacción del asesor, mientras que Alcázar permanecía indiferente.

—Me gusta más suave —se justificó.

—Por respeto al señor Velázquez, no malgastaría un Luis XIII de dos mil euros de esa forma... Era su favorito.

La forma en que el asesor se refirió al coñac y a cómo iba a consumirlo despertó las sospechas. El periodista comenzó a dudar si se había equivocado, si la trama era más compleja de lo que pensaba. ¿Quién realmente había estado con Velázquez? Caviló sobre ello, dejando la botella de agua sin mezclar con el coñac y aceptando el comentario como un consejo.

«¿Habría sido él quien, conocedor del coñac favorito de Velázquez, lo envenenó?», se preguntaba. «Demonios, esto se complica».

En su mente surgía la posibilidad de que los motivos personales del asistente incluyeran un romance secreto con la sobrina, un posible maltrato por parte del patrón y un conocimiento exhaustivo de su vida. Diego Torres, por otro lado, parecía el arquetipo del arlequín, dispuesto a complacer y entretener a los demás, una característica potencialmente peligrosa y que Leopoldo reconocía bien. No obstante, ¿cómo encajaba el recibo hallado en la lavandería, que apuntaba a Alcázar? Aunque la conexión parecía obvia, seguía siendo un enigma para él.

Todos en esa mesa, excepto su acompañante, parecían haber vivido experiencias similares.

—En ese caso, reservaré el coñac para el postre... y optaré por una copa de vino tinto.

La cena transcurría en el amplio y lujosamente decorado salón principal, con una tensión palpable que todos pretendían ignorar. Las paredes engalanadas con tapices que relataban escenas históricas reflejaban el brillo de los candelabros de bronce, adaptados ya para luz eléctrica, suspendidos del alto techo. Este último estaba ornamentado con frescos de temática mitológica y celestial. Grandes ventanales enmarcados por pesadas cortinas de terciopelo carmesí ofrecían vistas a los jardines, sutilmente iluminados bajo el resplandor de los relámpagos. El suelo, un elaborado mosaico de mármol, resonaba con el eco de animadas conversaciones.

En el centro del salón se extendía una larga mesa de caoba tallada, cubierta con un mantel de lino fino y adornada con platos de porcelana delicada y cristalería reluciente. Cada asiento, una obra de arte en sí mismo, tapizado en terciopelo y bordado con hilos dorados, ofrecía un cómodo refugio a los invitados. La cena, una exquisita selección de manjares, se presentaba como una muestra de alta cocina: desde foie gras y ostras frescas hasta jamón de Guijuelo, una variada selección de quesos curados, milhojas de caviar, ensalada de salazones y un tentador pastel de carne. Los platos circulaban en un baile culinario, donde cada bocado era un nuevo descubrimiento de sabores y texturas. Para Leopoldo, bastaba con observar a los comensales, para percibir la tensión en sus rostros y el anhelo de abandonar el lugar.

Aunque el ambiente parecía superficialmente armonioso, se percibía una tensión subyacente. Leopoldo y Marta, disfrazados de Drácula y vedette, observaban la escena, disfrutando no solo del festín, sino también analizando cada gesto y palabra, en especial de Carlos Rivera, disfrazado del villano de Batman, cuyo nerviosismo era notorio. Leopoldo sospechaba que se debía a lo sucedido en el coche y su sospecha se confirmó cuando el nombre de Javier Sánchez surgió en varias ocasiones durante la cena.

—Habláis tanto de él, que parece que se haya muerto —comentó la actriz con sarcasmo.

En ese instante, la tensión se intensificó, volviéndose más evidente. El derrame accidental de vino sobre el vestido de Isabel Mendoza, disfrazada de Caperucita Roja, marcó el clímax de la

velada, sumergiendo el salón en un silencio incómodo y cargado de significado.

—Oh, ¡cuánto lo lamento! —exclamó Rivera, con una voz temblorosa que revelaba más que mera vergüenza—. Soy un torpe con las manos...

—Cualquiera lo diría, con el precio que tienen tus obras —replicó la periodista del corazón. Isabel, con una sonrisa forzada, se levantó rápidamente.

—No te preocupes, Carlos. Iré al baño a limpiarme un poco.

En aquel momento, un estruendo de trueno sacudió el palacete y la luz tembló.

—Espero que Ricardo haya instalado un pararrayos... —comentó la actriz, paralizada por el estruendo.

—Ves demasiadas películas... —replicó Alcázar, con cierto desdén.

—Más de las que ha hecho —atajó la periodista.

—¿Os creéis divertidos? Porque no tiene ninguna gracia.

—Tranquilos, no es nada grave. Solo ha sido una bajada de tensión —intervino el asistente, tratando de calmar los ánimos—. Probablemente, no vaya a más.

—Es por este lugar, que está maldito —afirmó Sofía Román con su voz aguda—. Se lo advertí a Ricardo cuando lo compró. Ahora, su fantasma habita entre nosotros.

—¡Estupendo! —exclamó Alcázar—. Ha comenzado la sesión para decir gilipolleces...

—¡No hablo en broma! ¿Por qué pensáis que Ramón y Cajal se marchó de aquí?

—Porque lo más parecido a un ser humano eran los osos de las montañas —respondió Alcázar, irónico—. Ricardo no creía en fantasmas, y yo tampoco... Por eso no se ha reencarnado en nadie, ni en nada. Bastante teníamos con él.

—¡Eh, cuidado! —exclamó la sobrina del difunto—. Recuerda que estás en su casa.

—¿Estás segura de eso, guapa?

—Para alguien que no cree en fantasmas, has pasado la vida actuando como uno tras sus pasos, interesado por las antigüedades que coleccionaba.

—Es un asunto delicado, Sofía. No me tires de la lengua si no quieres terminar la noche llorando.

—Entonces lo haré yo —dijo la actriz, tomando la palabra—. ¿Piensas que no conozco la historia?

—¿Qué historia? —preguntó la sobrina, interesada—. Porque, puestos a hablar de historias, tú tienes unas cuantas que contar.

—Los actores... siempre diciendo estupideces no tienen un guion escrito...

Leopoldo se inclinó hacia Marta.

—Hay algo que tengo que contarte, pero ahora no es el momento.

—Tienes mucho que contarme, Leopoldo... Llevas entrando y saliendo un buen rato, sin saber a dónde vas, ni por qué. Sácame de aquí, te lo pido por favor, antes de que comiencen a

tirarse de los pelos.

Ella le pedía un poco de compañía, pero nadie podía hacer otra cosa que permanecer allí.

—Ricardo Velázquez ha desaparecido.

—¿Qué? —exclamó ella, sobresaltándose en su silla, moviendo los cubiertos y captando la atención de los demás—. No digas tonterías.

Afortunadamente, el silencio le dio a la actriz la oportunidad de liderar el tema principal.

—¡Tienes un descaro increíble! ¿Has olvidado todo el dinero que Ricardo te prestó para tu galería? ¿Y tu fracaso? Eres patético, Fernando.

A pesar de la tensión palpable y el estómago apretado, Alcázar mantenía una dignidad magistral.

—Las momias no opinan, pero deberías preguntarte por qué Ricardo me hacía esos favores. ¿Remordimiento? Ninguno. Nunca quise su dinero sucio.

—Otra vez con esa patraña de la máscara de porcelana... —comentó la periodista—. Intentaste vender una exclusiva a Telecinco para lucrarte a su costa... y te salió el tiro por la culata.

—Perdona, pero tú lo impediste, como su leal protectora. ¿Cuánto te pagó por ello, Sofía? Estaba claro que era él o yo. Y no pensaba darte una parte.

—Nunca has sabido hacer negocios.

—¿Habláis de la máscara que hay en su salón? —quiso saber Diego Torres.

—Sí... —confirmó la actriz—. Otra de las excentricidades de Ricardo.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Leopoldo, percibiendo el creciente interés por el objeto—. Según él, era una pieza cargada de leyenda e historia.

—Eso le decía a todo el mundo.

—¿Y tú qué sabrás, listillo? —le preguntó Alcázar, lanzándole una mirada enemistada.

—Realicé un programa especial sobre Casanova en mi pódcast —improvisó—. Nunca imaginé que...

—Esa máscara está maldita, embrujada —interrumpió Sofía Román—. ¡Posee poderes! Por eso el fantasma de Ricardo nos observa...

—¡Ay, Dios! Deja de beber, mujer.

—¿Qué tipo de poderes? —preguntó el artista con más interés—. Hasta donde yo sé, lo único que tiene es historia.

—Tonterías... —despreció Alcázar, con la actitud propia de un esnob del arte—. No son más que rumores para inflar su valor en el mercado. Ricardo era especialista en hacer eso, ¿verdad, Rivera? Ya entiendes a qué me refiero... Esa máscara no es más que un objeto de museo, si es que merece estar en uno. ¿Todo lo antiguo tiene valor histórico? No lo creo. A menudo, es una farsa.

—Tú sabes, al igual que yo, que ese fragmento de cerámica otorga un poder auténtico a quien lo posee.

—Para empezar, no es cerámica.

—¡Es porcelana! —apuntaron Leopoldo y Carlos Rivero al unísono.

El periodista dirigió su mirada al artista, quien lo observó, sorprendido.

—Un diez a repartir. Bravo por los eruditos —ironizó Alcázar—. ¿Algo más? Preferiría cambiar de tema. Estoy cansado de hablar siempre de lo mismo.

—Sobre todo cuando te gustaría ser quien tiene la máscara —le contestó la actriz.

—¿Cómo puedes ser tan despreciable? Me asombra que mi tío te invitara a su fiesta —replicó la sobrina—. Si por mí fuera, hace años que te habría denegado la entrada.

Él se encogió de hombros.

—A mí me sorprende que haya gente en esta mesa a la que Ricardo prometió no volver a dirigir la palabra.

Tras el comentario, todos se miraron, preguntándose a quién aludía.

Un segundo trueno retumbó contra los cristales del salón, sumiéndolo en la oscuridad.

Las luces se apagaron, dejando a los invitados en una penumbra apenas rota por los destellos de la tormenta.

—¡Dios mío! Esto era lo que nos faltaba... —se lamentó el asistente.

—Maldita tormenta —murmuró alguien en la oscuridad.

Aprovechando el caos, Fernando Alcázar dejó los cubiertos sobre la mesa y se puso en pie.

—¿Quién se ha levantado? —preguntó la periodista, nerviosa—. ¿Eres tú, Ricardo? ¿Eres su fantasma?

—Bueno, se acabó el espectáculo... —dijo Alcázar, con un tono de aburrimiento—. Si me disculpáis, iré a buscar los fusibles... y así podré estar en paz con todos vosotros. No tardaré.

Leopoldo vio la oportunidad para un encuentro privado. Entonces se levantó rápidamente.

—Te acompaño, Fernando. En esta oscuridad, dos pares de ojos son mejor que uno.

—No es necesario. Conozco bien este lugar.

—¿Y si aparece el fantasma de Ricardo? —preguntó Sofía Román, asustada—. Deja que Leopoldo vaya contigo.

—Le diré que lo esperan para cenar. No me fastidies...

—Está oscuro y es peligroso.

—¿A qué viene tanto interés? —le preguntó con voz seria.

—Sería una pena que tropezaras y cayeras por las escaleras. Nada más. Solo quiero ayudar.

El tipo se quedó en silencio por unos segundos.

—¿Vas a empujarme?

—¿Estás de broma? Es lo último que haría.

—¿Morderme?

—No estoy tan desesperado.

—Vaya, una pena. En ese caso, como gustes. Pero no te pases de listillo, ¿entendido?

A oscuras, Marta tocó a Leopoldo en el brazo, asustada, pero él le devolvió una caricia en el rostro que supo a algo más, y le prometió que todo estaría bien. Juntos, Leopoldo y Fernando Alcázar se adentraron en los oscuros pasillos del palacete, guiándose únicamente por los esporádicos relámpagos que iluminaban a través de las ventanas.

Leopoldo seguía los pasos de Alcázar, que se mostraba seguro por el interior de la vivienda. Había tomado la decisión de seguirlo, un poco a la ligera, y ahora comenzaba a arrepentirse de haberlo hecho. Por el contrario, el coleccionista no se mostraba nervioso ni alterado por su presencia. Con respiraciones profundas, avanzaba sin mirar atrás, ni esperar al periodista. Mientras recorrían los sombríos pasillos, apenas iluminados por esporádicos relámpagos, Leopoldo decidió indagar sobre las tensiones entre los invitados, para confundir a su acompañante.

—Me parece muy fuerte que aún sucedan estas cosas... Este apagón es inoportuno, y más en una casa como esta. ¿No te parece, Fernando? —comenzó Leopoldo, tratando de sonar casual—. Alguien, como Ricardo, debería estar preparado para estos imprevistos... ¡Que estamos en el siglo XXI!

Fernando, avanzando con cautela, respondió con tono grave.

—Maldita sea, ¿quieres dejar de quejarte? No me obligues a taparte la boca con un calcetín.

—Perdona, no me estoy quejando. Lo que no entiendo es por qué...

—Porque sí. En esta casa, Leopoldo, pocas cosas son casualidad. Ricardo siempre ha sabido... manipular situaciones.

—¿Manipular? ¿De qué manera? —preguntó Leopoldo, intrigado. En su cabeza cobraba fuerza la desaparición de Velázquez.

—Verás, como te habrás dado cuenta, no todos vienen aquí por gusto, aunque ninguno quiere perderselo, claro. Ha sido así siempre y lo ha seguido siendo hasta hoy... Hay que arrimarse al sol que más calienta... y algunos tienen asuntos pendientes con Ricardo.

—Tal vez ya no los tengáis.

—¿Hablas por mí o por ti?

—Hablo, en general.

Alcázar dio un suspiro.

—Ricardo era un coleccionista hábil. Sabía dónde había que poner el dinero y, por desgracia, también otras cosas...

—Tus compañeros no piensan lo mismo.

—Pues, menos mal... Lo que pasa en este país es que, cuando alguien muere, entonces es un santo. Ricardo era un buen tipo, pero tenía sus cosas y solo pensaba en el negocio. No siempre jugaba limpio.

Leopoldo asintió en la oscuridad.

—Así fue él contigo.

Alcázar se detuvo y dio un respingo. En la oscuridad, la superioridad física era notable a ojos del periodista. Había algo extraño en él bajo las sombras.

—¿Qué carajo te han contado? ¿Crees que soy al único al que estafó? No, perdona...

—Te han acusado de cosas muy graves, Fernando. Es normal que estés tan molesto.

—No me han acusado de nada —rectificó—. ¿Tienen pruebas que demuestren lo que dicen? No lo creo. Ni una. Son todos habladurías, con tal de recoger un poco de dinero. Ahora que ya no está, me muero por saber qué ingenió para no devolver ni un céntimo. Esa sí que será una noticia...

—Te refieres al dinero que os debía...

Alcázar resopló. Parecía hartarse de las preguntas incómodas del escritor.

—¿De dónde has sacado eso?

—Son rumores.

—Rumores, ¿eh? —Un trueno interrumpió la conversación durante unos segundos—. Ten cuidado con lo que dices. No todo el mundo tiene la misma santa paciencia que yo...

—¿Y Carlos Rivera? Tengo entendido que tenía acuerdos con Velázquez.

Fernando se detuvo, sopesando sus palabras.

—Carlos... es un artista con talento, pero su última exposición fue un desastre. Se dice que Ricardo influyó en algunos críticos para que la criticaran negativamente.

—¿Y tú te lo crees?

—Sí.

—¿Por qué haría algo así? Es una manera muy rápida de perder dinero.

El hombre se rio, como si Leopoldo hubiera dicho una estupidez.

—Al contrario. De ese modo, disminuye la demanda de la obra, abarata el precio de la cotización y Ricardo le compra al autor el resto de las obras, a precio de saldo. No es el primero al que se lo hacía. ¿Cómo crees que obtuvo esta fortuna?

—Vaya... Es un poco ruin por su parte.

—No me fastidies. Por suerte, no todos somos así.

—Ya. Los hay peores.

—De todos modos, ¿quién es el ruin aquí? Si, al menos, Carlos fuera un artista de verdad, y no un juguete de las redes sociales...

—Dalí decía que, lo importante es que hablen...

—Sé de sobra lo que decía ese pintor y me importa un rábano.

—¿Cuál es tu problema? Parece que nadie te cae bien...

—Mi problema es que aún me queda algo de dignidad y de ética. El problema de ellos fue que se llevaban bien, hasta que Ricardo lo chantajeó y eso los llevó a una ruptura. Hay rumores de que Carlos quería vengarse de él.

—¿Disputas por celos, dinero o algo más personal?

—En este mundo, todo está conectado.

Leopoldo reflexionó sobre estas palabras y el accidente de coche.

Fernando reanudó la marcha.

Un nuevo trueno estremeció las ventanas, interrumpiendo el diálogo. Leopoldo comprendía que cada información obtenida era un paso más hacia el esclarecimiento de las verdaderas relaciones y rivalidades en el palacete de Velázquez. Lo que parecía una reunión de amigos, era evidente que se había convertido en un purgatorio. No obstante, aún tenía una carta que jugar y era la del recibo que había encontrado junto al abrigo. Tan solo necesitaba encontrar la ocasión adecuada para decírselo, sin poner en peligro su integridad.

Mientras continuaban su camino por los oscuros pasillos, no pudo evitar darse cuenta de la familiaridad con la que este se movía por la casa. Cada paso parecía medido, cada giro en el laberinto de corredores parecía premeditado. Aquello le hizo pensar en los correos electrónicos, en la amistad que los unía y en la posibilidad de que hubiera sido él quien había entrado en la sala privada del coleccionista. Tenía tantas preguntas que hacerle, que le costaba mantenerse callado. Era evidente que Alcázar conocía el palacete como la palma de su mano, pero no era suficiente como para acusarlo por algo tan grave.

—Fernando, tú conocías bien a Ricardo, ¿verdad? —le preguntó Leopoldo, tanteando el terreno.

—Sí, ya te lo he dicho antes. Fuimos amigos durante muchos años —respondió el otro con un tono nostálgico—. Algo que parece molestar en esta fiesta.

—Ellos tienen una opinión distorsionada de ti.

—Que opinen lo que quieran.

—¿Qué causó vuestra ruptura?

—¿Ruptura?

—De la amistad, quiero decir.

Antes de que Fernando pudiera responder, un grito distante, procedente de los pisos superiores, cortó la conversación. Era un sonido agudo y breve, que se apagó tan rápido como

había empezado, dejando tras de sí un eco que resonaba en los pasillos.

Leopoldo y Fernando se detuvieron en seco, mirándose el uno al otro en la oscuridad. El grito había sido suficiente para alterar la atmósfera ya tensa del palacete.

—Qué cojones...

—¿Qué habrá sido eso? —murmuró Leopoldo, la adrenalina comenzando a fluir por sus venas.

—No lo sé, pero deberíamos averiguarlo —respondió el otro, su voz reflejando una mezcla de preocupación y curiosidad—. Parecía un animal. ¿Hay jabalís por esta zona?

—Tú deberías saberlo.

—Quizá haya sido un oso.

—¿Entrando por la ventana? ¡Venga, hombre! Más bien, parecía el grito de una persona.

—¿Un hombre lobo, tal vez?

—No digas tonterías.

—Cierto —dijo y se rio—. Olvidaba que estabas aquí para eso... En fin, veamos qué es.

Con urgencia, los dos hombres se apresuraron hacia la escalera que conducía a los pisos superiores, decididos a descubrir el origen del grito. Mientras ascendían, Leopoldo no podía dejar de pensar en cómo decirle lo que sabía. La oportunidad se perdía y no quería dejarla pasar, pues no tendría otro momento de privacidad como ese.

—Espera, Fernando.

El tipo se detuvo cuando llegaron al final de la escalera. Desde allí arriba, bajo el resplandor de los relámpagos de la tormenta, se podía observar el agujero oscuro que formaba el patio de la primera planta. A ojos de Leopoldo, era lo más parecido al foso de un castillo.

—¿Qué coño quieres ahora? —le preguntó, harto de sus cuestiones—. Estoy cansado de hablar. ¿Es que no se te duerme la lengua?

—He descubierto algo que te podría interesar.

—¿Interesar? ¿De ti? No lo creo.

—Yo considero que sí. Es sobre ti.

—Sobre mí, ¿eh? —preguntó, intrigado—. Espero que no sea otro de tus trucos.

Leopoldo se aclaró la garganta y llenó los pulmones antes de hablar. No era el mejor escenario para contarle aquello, pero hay momentos en la vida que no se eligen, sino que estos eligen a las personas.

—Sé lo que ha pasado con Ricardo y sé por qué estás aquí.

—¿De qué hablas, memo?

—¿Crees que nadie te iba a descubrir? Era una cuestión de atar cabos...

—Me estás hartando con tanto misterio, idiota.

Leopoldo podía sentir la respiración entrecortada de aquel hombre, que se hinchaba como

una bestia.

—He encontrado el recibo en la lavandería.

Alcázar guardó silencio unos segundos y se acercó a Leopoldo, que estaba pegado a la barandilla de la escalera.

—¿Qué recibo? ¿De qué hablas?

—Sé que estuviste aquí, hace unas semanas... —dijo, con la voz temblorosa al ver que aquel tipo se le acercaba más de lo permitido—. Ricardo no te recibió...

De repente, las manos de Alcázar lo agarraron con firmeza de los hombros, como las de una momia que cobraba vida. Leopoldo intentó deshacerse de ellas, pues podía ver el tropiezo que había cometido y anticipar su final, imaginándose de camino al vacío. Intentó agacharse, pero era inútil. Alcázar lo levantó a pulso del suelo, empujándolo contra la barandilla.

—¡Déjame! ¡Por favor!

—¡Me tienes hartos! —le espetó, echándole el amargo aliento del vino—. Eres un pesado, un preguntón y un metomentodo. ¿Qué tengo que hacer para que te calles de una vez?

—¡Por favor! ¡No cometas ninguna estupidez! ¡Me voy a caer!

—¡Dime algo que no sepa! ¡Así lograré que te calles para siempre!

—Sé que has sido tú y todos lo sabrán muy pronto.

—¿Saber el qué, Bonalisto? —le preguntó, sediento, dándole una última oportunidad, antes de lanzarlo al vacío—. ¡Habla, cagón!

—Tú has matado a Ricardo Velázquez y has escondido su cadáver. ¡Tengo la prueba de ello!

Al escuchar sus palabras, Alcázar sonrió en la oscuridad y apretó los puños con firmeza.

—Grita todo lo que quieras, pardillo... No te pueden oír desde aquí.

—Lo sabrán, tarde o temprano, descubrirán que has sido tú. Marta se encargará de ello.

—Por favor, no me hagas reír más. Deberías ver el ridículo que estás haciendo. Es una lástima que nadie te pueda escuchar...

Las manos del hombre lo levantaron del suelo. Leopoldo cometió el error de confesar y ahora pagaría por ello. Por última vez, miró una vez más hacia atrás y sintió un vértigo que lo mareó, al observar el oscuro final que le esperaba abajo.

25

Sin que ninguno lo esperara, una figura alta y corpulenta emergió de la oscuridad, sobresaltando a la pareja. Las manos de Alcázar lo soltaron, dejando su cuerpo en el suelo. La luz de la linterna los iluminó. Las miradas se dirigieron hacia lo oscuro y, por un instante, la tensión se incrementó, hasta que se dieron cuenta de que era Mauro, el guardia de seguridad.

—¡Dios mío! Casi me da un infarto —exclamó Leopoldo, recuperándose del sobresalto—. ¡Socorro!

Mauro los miró con desconcierto.

—¿Qué pasa aquí?

—¡Ha intentado matarme!

—No le hagas caso. Ni siquiera le he golpeado.

—Quería lanzarme al vacío...

—Quería asustarte para que te callaras. ¿Entendido? Eres como un disco rayado.

Mauro, con su imponente estatura destacaba en la penumbra del pasillo. A pesar de la breve conmoción inicial, su presencia ahora proporcionaba una sensación de seguridad en Leopoldo.

—¿Por qué estáis aquí?

—El rey de Roma, por la puerta, asoma... ¿Dónde estás cuando se te necesita? —preguntó Fernando con cierta molestia en su voz.

—Estaba en mi caseta, como es habitual —respondió Mauro con voz firme.

—¿Has oído eso?

—¿El qué?

Leopoldo, aunque dudaba de su presencia, decidió no confrontarlo. Sabía que el guardia llevaba un arma y consideró prudente ganarse su confianza en lugar de provocar otro conflicto innecesario.

—Hemos oído un grito desde los pisos superiores —explicó Leopoldo—. Parecía el de una persona.

—Lo sé, pero yo no he oído ningún grito.

—Escucha, olvídate de esto. Es probable que haya sido cualquier animal salvaje. Necesitamos luz, ¿entiendes?

Mauro asintió con seriedad y se ofreció a guiarlos hasta el cuadro de fusibles, sugiriendo que quizás podría solucionar el problema del apagón. Leopoldo se colocó tras el guarda, que era su único modo de mantenerse a salvo, después de que Alcázar intentara tirarlo al vacío. «Actúa como si nada hubiera sucedido, pero no confíes en él. Miente cada vez que habla». A partir de entonces, pensó que debía mantenerse alejado de ese tipo.

Al llegar al cuadro de fusibles, Mauro examinó la instalación con habilidad, pero pronto se hizo evidente que el problema era más complicado. Los fusibles parecían estar en buen estado, lo que indicaba que el fallo provenía de la red eléctrica general del palacete.

—Parece que no es algo que podamos arreglar aquí —dijo el guarda, frunciendo el ceño—. Es probable que se haya ido en toda la zona.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? —preguntó Fernando, mirando a Leopoldo y Mauro alternativamente—. ¿Cenar con velas?

—¿En serio? ¿Alguien tiene ganas de cenar esta noche?

—¿Qué? El apetito es lo último que se pierde. Además, si no cenamos, la comida se echará a perder.

Leopoldo reflexionó un momento. Alcázar regresaba al papel desinteresado que había estado tomando toda la noche, ocultando la otra cara que le había mostrado minutos antes.

—Antes de regresar, deberíamos comprobar el ruido que hemos oído. Sería mejor que nos aseguráramos de que no ha sido nada —sugirió finalmente—. No podemos permitirnos otra sorpresa.

—No hay nadie más en la casa. Te lo aseguro.

—Y yo estoy seguro de lo que he oído, y eso parecía el bramido desgarrador de una persona —insistió Leopoldo.

—A lo mejor ha sido un fantasma.

—Aquí no hay fantasmas.

—Tal vez, ahora sí.

Mauro le hizo un gesto para que callara. No era el lugar más adecuado para las bromas.

—¿Tú también lo has oído? —le preguntó el guarda.

—Yo oigo muchas cosas...

Mauro y Leopoldo se miraron, pero ninguno quería la confrontación. De pronto, la luz regresó en varios fogonazos y sintieron una ovación que procedía de la parte inferior de la casa.

—Vaya. Se obró el milagro... —comentó Alcázar con hastío.

—Eso parece. En ese caso, hemos terminado aquí —dijo Mauro, empujándolos hacia la salida—. Será mejor que regresemos.

—Pero...

El guarda le hizo un gesto de silencio, levantando el índice y el pulgar de su mano, para después hacerle una señal, como si fuera una pistola. Leopoldo enmudeció y dio media vuelta. Lo que fuera aquel grito, Mauro tampoco quería que se supiera.

El guardia se alejó de ellos en cuanto regresaron a la planta baja, caminando con serenidad por uno de los corredores que conducían a los laterales del palacete. En su mente, Leopoldo intentaba trazar un esquema de las habitaciones de la casa. Pensaba que, si Mauro estaba en su caseta, probablemente supervisaría desde allí las cámaras de seguridad, siempre y cuando no les hubiera mentido. «Ándate con ojo, porque él también lo sabe», reflexionó al recordar cómo lo había mirado antes de partir. Lamentablemente, no podía solicitarle que le mostrara las grabaciones del sistema de seguridad. Si lo hacía, el guardia se negaría y descubriría sus intenciones. Para Leopoldo, era crucial actuar con anticipación, por lo que empezó a idear un plan para distraerlo.

—¡Eh! Bonalisto.

—Mantente alejado de mí.

—Escucha —dijo Alcázar, antes de marcharse—. Ni una palabra de lo ocurrido, ¿de acuerdo?

—¿Es en serio?

—Totalmente. ¿Qué te pasa? Es preferible que las cosas sigan como están. Que quede entre nosotros.

—Me pides que actúe como si nada hubiese ocurrido. Lo tuyo es de psiquiatra.

—¿Cuál es tu problema?

—Casi me arrojas al vacío, Alcázar.

—No me hagas reír, Bonavista, pareces un niño malcriado. Solo quería asustarte para que te callaras. Debes reconocer que eres más pesado que un festival escolar navideño.

—Se nota que no tienes hijos.

—Ni tú sentido del humor.

—Estabas a punto de empujarme.

—¿No escuchas lo que te digo?

—¿Ahora el sordo soy yo? Apártate.

Pero Alcázar le impedía el paso.

—Creo que hemos comenzado con el pie equivocado.

—No, estás confundido. Sé por qué estás aquí y voy a contarlo. No te tengo ningún miedo.

—Ah, ¿sí?

Leopoldo buscó el recibo en el bolsillo de su pantalón, pero no lo hallaba.

—Maldición...

—¿Has perdido algo? ¿Tu dignidad, quizás?

—¡No! Te aseguro que lo tenía.

—Qué conveniente... ¿El qué?

—El recibo de la tienda de Alcobendas. ¿Vas a negar que era tuyo? Sé que alquilaste el disfraz allí y que aprovechaste la oportunidad para visitar a Ricardo, pero no te permitió el paso.

Alcázar suspiró. Luchaba por contener sus emociones y no sabía cómo acallar al periodista.

—¿Alguien te ha dicho que hablas demasiado? Si al menos fuera algo coherente...

—No me confundirás. Sé lo que he visto y lo que he descubierto. Estoy convencido de mis pensamientos. Lamento aguarle el plan, pero no te vas a librar de esta.

—No seas tan atrevido y escúchame. Eso tiene una explicación...

—No me vengas ahora con cuentos. Ya no soy un niño para estos juegos. Todos van a saber quién eres realmente.

—Como quieras, pero déjame decirte algo.

—¿Qué?

—Eres un hazmerreír, Bonavista.

Las palabras ofendieron al periodista, que respondió apartándolo de su camino.

—¿Algo más?

—Lo siento. Alguien tenía que decírtelo.

Regresaron al comedor del salón, donde el resto parecía haber continuado sin ellos. Todos se mostraban inquietos por lo que había ocurrido fuera del recinto. Marta dirigió una mirada a Leopoldo cuando este se sentó a su lado, notando él que Isabel Mendoza había abandonado la reunión.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Rivera, evidenciando su interés por la verdad—. Ha sido un ir y venir constante.

—Más o menos... —intervino Alcázar, mostrando una desconcertante naturalidad—. El apagón ha sido general y no ha afectado a los fusibles de la casa. En cierto modo, es una buena noticia. ¿Dónde se ha metido la estrella de la televisión?

—Está fumando en el porche —informó la joven Lucía—. Las celebridades se sienten exentas de formalismos.

—Que se tome su tiempo. La noche se prevé larga... —respondió Alcázar, sentándose a cenar. Tras beber un sorbo, miró a Leopoldo—. Algunos la encontrarán más larga que otros.

—Y todavía falta el plato principal... —agregó la periodista.

—¿Hay opción de elegir?

—Dadas las circunstancias, todos optaremos por el mismo menú... —explicó Diego Torres, intentando mantener la calma en la mesa—. En cuanto a esta noche, he pensado en la distribución de las habitaciones. No tiene sentido aplazarlo más.

—¿Por qué no esperamos al postre? —sugirió Alcázar—. Si no es mucho pedir, prefiero cenar tranquilo.

—¿Hay alguna intolerancia que debamos considerar?

—A las personas, pero dudo que eso se incluya en el menú... —bromeó la joven—. ¿Es necesario esperar a que ella vuelva? Siendo la invitada y su expareja, debería mostrar más respeto hacia mi tío...

—Tu tío hace rato que dejó de estar... —dijo Alcázar.

—A propósito de eso... —intentó intervenir Bonavista, queriendo hablar sobre la desaparición de Velázquez, pero fue ignorado.

—Cuando alguien intente ofenderte, responde con educación —aconsejó Torres.

—¡Exacto! —exclamó Alcázar, acallando al arlequín, quien comprendió su táctica—. Lástima que esa actitud no te sirva de mucho en la vida.

—Eres demasiado blando, Diego.

—Escuchen...

—En eso estoy de acuerdo, chica... —murmuró el artista, sonriéndole con complicidad.

—Quiero decir algo —insistió Leopoldo, aunque en vano. Marta negó con la cabeza discretamente y le tocó el brazo, indicándole que guardara sus comentarios, pues parecía un esfuerzo inútil. Mientras debatían sobre la asignación de habitaciones y el comienzo de la cena, Leopoldo se inclinó hacia la periodista para hablar en privado, pese a que Sofía Román trataba de participar en ambas conversaciones.

—Van a lo suyo...

—Necesito que me ayudes con algo... —le susurró al oído, oliendo de nuevo el aroma de su cabello—. Es crucial. He descubierto algo que lo cambia todo.

—Vaya, parece que no soy la única.

—¿No?

—Cuéntame, ¿tú también has llegado a la misma conclusión que yo?

Ella frunció el ceño, visiblemente confundida.

—No sé qué piensas, pero dudo que estemos de acuerdo.

—¿No te parece raro que Sánchez no haya vuelto?

Leopoldo reflexionó un momento, buscando la respuesta más adecuada.

—No.

—Creo que lo han asesinado, Leo.

—¿Qué?

—¿Por qué nadie se preocupa por él?

—No digas disparates, por favor —respondió, nervioso—. Seguro que se ha desorientado.

Aparecerá... Es un hombre con recursos.

—Quiero irme de aquí, de verdad. Estos individuos merecerían estar en un manicomio.

—Cuéntame algo que no sepa, Marta... Pero tienes razón y no eres la única que desea marcharse. Sospecho que hay alguien más ansioso por irse que nosotros...

—¿A qué te refieres?

Antes de que Leopoldo pudiera revelarle su descubrimiento, Diego Torres intervino.

—Señor Bonavista, ¿por qué no comparte con todos los presentes esa conversación tan interesante? —preguntó en voz alta, atrayendo todas las miradas hacia ellos. Leopoldo se sintió presionado por la expectativa de los demás. Era consciente que el arlequín lo hacía a propósito—. Parece que esté conspirando contra nosotros... En una noche tan desafortunada, es vital permanecer unidos.

—No era esa mi intención, Torres... —dijo, alejándose un poco de Marta—. Le estaba diciendo a Marta que la señora Mendoza se está demorando mucho. Podría ir a comprobar que esté bien... para que no se extravíe.

—Muy oportuno —comentó la joven—. Eres todo un galán.

—Una consideración admirable, pero Isabel sabe cómo regresar...

—¿Era eso de lo que hablaba, señorita? —le preguntó el hombre a la periodista y esta asintió con la cabeza. Al no disponer de teléfonos y sin poder hablar en privado con Marta, Leopoldo ideó una forma de comunicarse con ella. Mientras la mano derecha de Velázquez seguía discutiendo el reparto de habitaciones, sacó su pluma estilográfica y escribió un mensaje en una servilleta.

«Encuéntrame en cinco minutos en la lavandería», garabateó, dobló la servilleta y se la entregó disimuladamente.

—Lo siento, pero no puedo permanecer sentado aquí dudando —declaró, levantándose—. Como veis, tampoco soy perfecto y me cuesta cenar sabiendo que falta alguien... La cortesía, ante todo, como decía mi madre. Es uno de esos defectos que no logro superar.

—Claro que sí... —dijo la joven—. A saber, lo que quiere ahora este...

—Bonavisto y no visto —comentó Alcázar, sin perderlo de vista.

—Volveré enseguida. —Leopoldo se levantó y se dirigió hacia la salida, bajo las miradas inquisitivas de los demás, que comenzaban a murmurar sobre sus intenciones. Necesitaba el apoyo de Isabel Mendoza, quien se había mostrado contraria a Alcázar a lo largo de la noche. Ella sabía algo que podía desmontar al coleccionista y Leopoldo tenía que contar con su apoyo. Era vital que se apresurara, que esa mujer le diera las pruebas que le faltaban y demostrara lo que Alcázar había hecho o, mejor dicho, estaba haciendo, antes de que la situación se volviera en su contra y Alcázar los convenciera para que lo viesen como un impostor.

La mirada cómplice de Marta confirmó a Leopoldo que había leído su mensaje. Se dirigió hacia la cristalera que daba al jardín. La tormenta había amainado, pero seguía lloviendo con intensidad. Al abrir la puerta, una ráfaga fría le hizo presentir el riesgo de un resfriado si permanecía mucho tiempo expuesto. Bajo una cornisa que la resguardaba de la lluvia, la actriz fumaba, temblando de frío, con la ansiedad propia de quien padece la abstinencia de nicotina y el estrés. Leopoldo, viendo la luz roja de su cigarrillo entre las sombras, se aproximó con precaución, consciente de que Isabel podía estar más alterada de lo habitual, como todos en la casa, deseosos de salir sin haber procesado aún lo que sucedía. La tensa situación y la sospechosa muerte de Velázquez los volvía impredecibles. La mente, en su esfuerzo por sobrevivir, se adapta a cualquier circunstancia, trivializando y normalizando para evitar pensar en la realidad.

—Creíamos que te había pasado algo... —comentó Leopoldo, con las manos en los bolsillos—. Aquí la gente desaparece sin avisar...

Ella lo miró con desdén y, tras dar una calada, exhaló el humo hacia el cielo.

—Podría decir lo mismo de ti.

—Era una broma. Pensé que te despedías de Ricardo.

Ella desvió la mirada.

—No, por favor... No quiero recordarlo así.

—¿No piensas darle un último adiós? —preguntó Leopoldo, intentando incitarla a que lo hiciera, para que alguien más descubriera la desaparición. Ella no captó sus intenciones.

—Quizá seas buen escritor, pero no sabes mentir. A nadie ahí dentro le importo, como tampoco le importaba Ricardo.

—A mí sí me importas.

—Claro, a ti sí. ¿Por qué has venido, Leonardo?

Bonavista carraspeó.

—Es Leopoldo —replicó, sabiendo que ella lo había llamado así adrede—. ¿Estás bien? Mejor entremos. No queremos coger un resfriado.

—¿En serio me lo preguntas?

—Sí. ¿Qué demonios os pasa a todos? ¿Os ha sentado mal el espumoso?

—¿Que... qué no nos pasa? Alucino contigo.

—Lamento lo de Ricardo, pero es difícil asimilarlo... —comentó, extrañado por la falta de reacción ante su desaparición—. Pero, debes reconocer, que aquí ocurren cosas muy raras y todos os comportáis de un modo muy extraño.

—¿Has pensado por qué?

—No. Creía que era una fiesta.

—Pues es una pesadilla —replicó ella, con desgana—. En realidad, estoy aquí por él, pero ahora me arrepiento. Solamente espero que acabe pronto y podamos regresar a la ciudad.

—Eso queremos todos.

—¿Ya has terminado?

Ella asintió con una mueca y soltó otra calada. Leopoldo, mientras tanto, reflexionaba sobre la urgencia de regresar para encontrarse con Marta. Aquel intercambio, aunque revelador, también había sido una estratagema para alejarse de la mesa sin levantar sospechas.

—Tienes razón, lamento haberte importunado —se disculpó, deseoso de volver al palacete.

—¡Leopoldo, espera! —la actriz lo detuvo agarrándolo del brazo—. Lo siento...

—No te preocupes. Todos tenemos derecho a desorientarnos en situaciones así. La situación lo justifica.

—¡Es que Ricardo está allí! —exclamó, señalando hacia el balcón de donde había gritado horas antes. Leopoldo no sabía cómo decirle que estaba equivocada—. Soy actriz y trato de ocultarlo, pero esto me supera. Te lo digo de corazón.

Leopoldo siguió su gesto, luego la miró directamente. Por mucho que ella se esforzara, le costaba creerla.

—¿Qué hacías en esa sala? ¿Has presenciado lo ocurrido?

—¿Qué? —respondió ella, sorprendida—. No sé a qué te refieres. ¡Yo he encontrado el cadáver!

—Sí, eso es evidente —dijo Leopoldo, pensativo—. Pero hay algo que no encaja, Isabel... Esa sala es privada, solo el dueño tiene la llave. Sin embargo, tú estabas allí.

—Eso no es del todo cierto. Ricardo me invitó y la puerta estaba abierta. Además, él no era el único que tenía llave.

—Entonces, ¿Diego también tiene acceso?

—No lo sé. No es mi casa, pero puedes preguntarle directamente a él.

—No obstante, viviste aquí un tiempo, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces, deberías saber quién tiene acceso y quién no.

—Yo no lo tenía, ¿vale? Odiaba este lugar, tan alejado de todo... Ricardo se estaba aislando de la realidad.

—¿Qué sucedió entre vosotros?

—¿Por qué sigues escarbando?

—Creo que había algo más que una simple infidelidad.

—¡Cómo te atreves!

—Disculpa, me he expresado mal. Quería decir que tu motivo era más profundo.

—No lo estás mejorando.

—A veces actuamos impulsados por el dolor o el resentimiento... Eso quería decir, creo. Sus palabras, sin embargo, no aliviaron la tensión.

—Lo nuestro se acabó hace tiempo, pero nos teníamos cariño, protección —explicó ella, más calmada—. Las relaciones no son un cuento de hadas. Ricardo había cambiado mucho. Sus cambios de humor, incluso de personalidad...

—¿Consumía drogas?

—¡Claro! ¿Quién no, en este ambiente tan corrupto?

—Yo, no...

Ella lo miró con desdén y exhaló el humo.

—Se comportaba de manera extraña... Se disfrazaba mucho. Al principio pensé que era por las fiestas, pero luego vi que era impredecible. Creo que los problemas lo superaban y no podía manejar la presión mediática. Necesitaba reinventarse, ser otra versión de sí mismo, cambiar de rostro. Supongo que estaba pasando una crisis.

—¿De qué clase? ¿Se compró una motocicleta o un yate?

—No. Tomaba decisiones equivocadas y desconfiaba de su entorno.

—¿Decisiones económicas?

—Él siempre estuvo ahí para ellos, pero cuando los necesitó, le dieron la espalda.

—Especialmente Alcázar, ¿no es cierto?

—Ese tipo... Es extraño y nunca le he caído bien.

—¿Y a ti él?

Ella desvió la mirada, dando a entender su malestar.

—Alcázar estaba celoso del tiempo que Ricardo y yo pasábamos juntos.

—Según tengo entendido, eran buenos amigos.

—Pero la amistad, como un vaso de cristal, una vez rota, nunca es igual, aunque la reconstruyas.

—Conociendo a Ricardo, como lo afirmas, tras haber compartido tanto, ¿sabes si sufría de algún problema de salud grave?

—No.

—¿Alguna alergia peligrosa?

—No que yo sepa, pero estoy segura de que Ricardo no murió de forma natural. No, como intentan convencernos.

—¿Envenenamiento?

—No. Alguien le causó un disgusto mortal. Últimamente, sufría mucho estrés.

—Por las deudas.

—Tal vez.

—Que teníais.

—Tienen. Yo no le debo nada.

—Me alegra que no te consideres parte de ese grupo.

Sus ojos se llenaron de una mezcla de debilidad y vergüenza. Sacó otro cigarrillo, intentando encenderlo sin éxito. Leopoldo se acercó para ayudarla, protegiendo la llama del viento.

—Ahora, si no te importa —dijo ella, temblando de frío—, prefiero estar sola. Diles a los demás que pueden cenar sin mí. Parece que soy la única sin apetito.

—No te estoy acusando de nada, Isabel. Solo...

—Ya estoy acostumbrada a que hablen mal de mí. Siempre he sido “la mujer de” o “la novia de”. Al principio me molestaba, pero ahora me da igual. Tengo todo lo que quiero. No necesito justificarme.

—Entonces, ¿qué haces en esta fiesta?

Ella levantó una ceja y dio una calada al cigarrillo.

—Podría preguntarte lo mismo. No pareces el más indicado para estar aquí.

De pronto, él notó que la conversación no iba por buen puerto. Esa no era la intención por la que se había acercado a ella. Sin embargo, no podía evitar el hecho de seguir profundizando en el asunto.

—No es relevante. Según veo, soy el único que no tenía cuentas pendientes con Ricardo.

—Su sobrina no estaría de acuerdo con eso.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Nada, olvídalo. —Dio una calada y sonrió. Leopoldo no entendió aquello, pero prefirió no desviar el tema de la conversación.

—Ella tampoco está de acuerdo con que tú estés aquí.

—¡Ah! Ya veo... —dijo, con una mirada astuta—. Ella apuesta que yo he tenido algo que ver en la muerte de Ricardo, ¿no es así? ¿Es esa joven la que está esparciendo el rumor?

—Debería volver. Hace frío aquí.

—¡Espera! —exclamó ella, pero Leopoldo ya se alejaba bajo la lluvia hacia el palacete—. ¿Por qué has preguntado sobre la salud de Ricardo?

—Solo curiosidad. Desconfío de lo que pueda decir un veterinario.

—Te lo pregunto en serio, Leopoldo.

—En ningún momento he hablado en broma.

—¿Crees que alguien ha intentado hacerle daño de verdad?

Leopoldo no respondió, caminando firme hacia el interior. Reflexionaba intensamente. Si antes tenía sospechas sobre Alcázar, ahora tenía un follón tremendo en su cabeza. La sospecha sobre Alcázar, la desaparición del cadáver, el grito del piso de arriba y, para más inri, Mauro, su pistola y el abandono de ese tipo en medio de la carretera. Nada bueno podía salir de esa noche, auguró con estrés y desánimo. Necesitaba el apoyo de Marta y la cinta que probaba la culpabilidad de Alcázar para empezar a unir las piezas del rompecabezas. Poco a poco, solucionaría el resto y, con algo de suerte, la tormenta se alejaría y la policía llegaría en el momento adecuado. Pero había que ser muy optimista para pensar que se iba a librar de la desaparición de Javier Sánchez.

Cruzó el umbral, volviéndose momentáneamente para ver si la actriz seguía allí. En la oscuridad, su mirada resplandecía con un brillo siniestro, reflejando la luz del interior.

«Leopoldo, te guste o no, esta noche te has metido en un buen lío».

Cerró la puerta, acompañando el gesto con un largo suspiro de alivio. Hasta ese momento, era el único que sospechaba sobre los motivos acerca de la muerte de Ricardo Velázquez, y era preferible que así siguiera hasta que llegara el momento de revelarlos. Si se precipitaba, la situación se tornaría caótica, y eso le daría ventaja a más de un sospechoso, quien aprovecharía la coyuntura para salirse con la suya. Desafortunadamente, el tiempo apremiaba y, si la tormenta no amainaba, después de la cena llegaría el instante crítico de la noche, cuando todos se dispersarían por las estancias. Debía resolver el misterio antes de que eso ocurriese o perdería la oportunidad. La única certeza que tenía Leopoldo era que la máscara todavía no podía haber salido de la mansión, lo cual obligaba al sospechoso a permanecer en ella.

A lo lejos, escuchó el murmullo de los invitados en el comedor adyacente al salón. Apagó la luz de la entrada y se desplazó hacia un lado del pasillo, buscando un punto ciego donde poder esquivar la vigilancia de Mauro. Luego, prosiguió por el corredor que habían recorrido anteriormente y que conducía a las cocinas y a la lavandería. A medio camino, se detuvo al oír una presencia cercana. Supuso que sería aquel joven del servicio, que regresaba a la cocina para ayudar a su compañera. Al verlo de reojo, se apartó del camino, ocultándose tras una estatua de mármol con el busto de lo que parecía un emperador romano.

El muchacho avanzó en línea recta hasta detenerse a pocos centímetros de él. Gracias al busto de piedra y a su concentración en la tarea, no advirtió la presencia de Bonavista.

—¡Maldición! Te has dejado la ginebra de ese insensato... —murmuró, sacudiendo la cabeza al recordar que había olvidado completamente la bebida de Alcázar. Leopoldo contuvo la respiración por un instante, esperando a que el joven se marchase, pero no podría aguantar mucho más si este permanecía allí. Finalmente, el mozo se dio media vuelta y cambió de dirección, dirigiéndose al salón donde Velázquez guardaba las bebidas.

«Ha estado cerca...», pensó el periodista para sí. Una vez seguro de que el pasillo estaba despejado, se apresuró hacia las cocinas, antes de que el empleado volviera a aparecer.

Al llegar a la entrada, la puerta estaba abierta.

—¡Álvaro! ¿Eres tú? —preguntó en voz alta la mujer que se ocupaba de los fogones. Acto seguido, se giró para comprobar si hablaba con él. Leopoldo, impulsado por su instinto de supervivencia, se agachó y se arrastró hasta una isla de la cocina para esconderse de la cocinera —. ¿Estás ahí? ¡La cena se va a enfriar y será por tu culpa! Este chico es un despistado...

Con el corazón latiendo a mil por hora, Leopoldo intentó asomarse buscando una salida, pero su situación se había complicado aún más que antes. Desde su escondite, podía ver el pasillo por el que había venido. No obstante, si el joven o cualquier otro presente aparecía, lo descubrirían oculto en la cocina. Mientras pensaba cómo escabullirse, escuchaba el sonido de los platos apilándose en la encimera de mármol junto a los fogones, donde la mujer trabajaba con una eficiencia robótica. Al asomar la cabeza, observó los ágiles movimientos de los pies y la cintura de la empleada, quien atendía los platos con destreza. En ese instante, percibió la llegada de una mujer por el corredor. Con una rápida mirada, reconoció las elegantes piernas de Marta, quien lo vio escondido en la cocina, transmitiendo un mensaje silencioso.

«¿Cómo has acabado ahí, Leo?», parecía decirle con su expresión atónita. Mediante gestos y señas improvisadas, él le indicó que estaba atrapado y requería su ayuda, aunque Marta parecía confundida sobre cómo ayudarlo.

—¡Álvaro! ¿Dónde estará este muchacho...? —exclamó la cocinera, hasta que vio a Marta, que aparentaba haberse perdido—. ¿Se ha extraviado, señora?

—Oh, sí... más o menos —improvisó Marta.

—Si sigue parada ahí, la pondré a trabajar —bromeó la mujer—. ¿Qué busca?

Leopoldo, mientras tanto, se preparaba para escapar, asegurándose de que la cocinera estuviera lo suficientemente ocupada para no advertir su salida.

—Iba al baño. Me indicaron que estaba por aquí.

—¿El baño? —respondió la mujer, sorprendida—. No, ese está al otro lado del palacio. Aquí solo está el del servicio de la casa.

—¿Podría decirme cómo llegar?

La cocinera dudó antes de dejar los fogones y aproximarse a la entrada, bloqueando la puerta por la que Leopoldo planeaba huir.

«Genial, Marta...», pensó él, viéndose aún más atrapado. La mujer, de unos cincuenta años, vestía un uniforme de cocinera y un gorro que cubría su cabello.

—Es por allá —le indicó a Marta, señalando una dirección que solo ella entendía. Aunque Marta ganaba tiempo, de poco servía a Leopoldo mientras la señora permaneciera allí—. ¿Le ha quedado claro?

—Más o menos...

—Lo comprendo, no se preocupe —dijo la mujer con una sonrisa amigable—. Es fácil perderse aquí. Sería un problema si tuviera una urgencia, ¿no?

Marta rio nerviosamente, agradeciendo las indicaciones. Desafortunadamente, la lavandería estaba en dirección opuesta a la que la cocinera le había señalado, pero la mujer estaba esperando a que Marta se dirigiera hacia el baño, como había indicado.

—¿Está bien?

—Sí.

—No lo parece. ¿Necesita que se lo repita?

—Eh, yo...

La cocinera, visiblemente confundida por la situación, fue interrumpida por el sonido de un teléfono antiguo, cuyo timbre cortó abruptamente la conversación.

—Un momento... —le indicó a la periodista. Con evidente alarma, se volteó rápidamente hacia el sonido.

—Claro...

—¡Lo sabía! —exclamó, dejando a un lado su anterior tarea y dirigiéndose hacia la cocina, sin percatarse de la presencia de Leopoldo oculto bajo la isla de mármol. Alcanzó el teléfono colgado en la pared y contestó con prontitud—. ¿Sí? Sí, señor Torres. Enseguida, señor...

Marta, aprovechando la distracción provocada por la llamada, le indicó rápidamente a Leopoldo que era su momento de actuar y desapareció a través del umbral de la puerta. Consciente de que era probablemente su única ocasión de salir de allí sin ser detectado, no perdió el tiempo. Se arrastró rápidamente hacia la puerta, siguiendo los pasos de Marta, hasta que finalmente la alcanzó. De su ropa salía un apesoso olor a aceite de las freidoras, pero no era momento para quejarse. Sin intercambiar palabras, un murmullo de urgencia de la periodista le bastó para entender que debían apresurarse. Juntos, avanzaron velozmente por el corredor hacia el cuarto de lavandería. El aroma característico a suavizante y detergentes industriales les confirmó que habían llegado al lugar correcto. Marta abrió la puerta con cuidado y ambos se ocultaron tras ella.

En ese preciso instante, la voz de la cocinera resonó en el pasillo.

—¿Señora? ¿Se ha perdido? —preguntó, escuchando solo el eco de sus propias palabras—. ¡Qué gente! Ni siquiera dan las gracias... ¿Dónde estará ese muchacho? ¡Álvaro! Qué descarado es. El señor Torres no deja de buscarlo, ¿qué querrá? ¡Ay, este mucho me va a amargar! ¡Lo voy a estrangular...!

En su escondite, Leopoldo y Marta intercambiaron una mirada de alivio, conscientes de haber evitado por poco un encuentro potencialmente complicado. Al menos, por el momento.

La lavandería, casi desierta, estaba impregnada por el suave zumbido de las máquinas en funcionamiento. Marta, apoyada contra una lavadora, se perdía en sus pensamientos, cuando la puerta se cerró con brusquedad. La cara de Leopoldo era un reflejo de urgencia y preocupación.

—Por fin. Creí que te habías perdido otra vez... —comentó ella—. Hueles a patatas fritas.

—Lo sé, pero no hay nada que pueda hacer —dijo él, acercándose con rapidez—. Marta, tengo que hablar contigo.

Ella le dirigió una mirada escéptica y cruzó los brazos. Por alguna razón desconocida para él, la periodista alicantina se mostraba distante.

—¿Qué ocurre, Leopoldo? ¿Qué te vas a inventar ahora? Por favor, no... Estoy agotada, en serio...

Él, asegurándose de que estaban solos, se aproximó aún más.

—¿A qué viene esa actitud? Sólo te pido un poco de apoyo. Tienes que creerme... —le instó, pero la expresión de ella denotaba incredulidad, más allá del asunto principal. Algo no le olía bien, pero no tenía tiempo para hacerle un interrogatorio. Se acercó al cesto de ropa sucia y comenzó a buscar entre la ropa—. Maldición... ¡Estaba aquí!

—¿Qué estás buscando? Yo no tocaría esa ropa...

—No puede ser...

—¿Leopoldo? Pareces tan perdido como los demás. Estoy empezando a creer lo que dicen sobre este sitio...

—¡No! Es el abrigo de Velázquez, el que llevaba puesto... Ha desaparecido y era una prueba crucial. ¡Diablos! Era la única prueba válida que tenía —expresó con convicción y desolación a partes iguales, aunque no conseguía derribar el muro de escepticismo de Marta—. Tienes que creerme. Lo he visto antes, aquí, era el mismo cesto.

Marta suspiró profundamente, evidenciando su cansancio.

—No sé qué pretendes, de verdad. Si buscas llamar mi atención, o si el alcohol te ha afectado... Pero estás viendo enigmas donde no los hay, como todos en ese palacete. Esto se está

yendo de las manos y me preocupas.

—No digas chorradas, por favor. Estás actuando de un modo muy extraño conmigo y sé que esperas a que te lo saque.

—¿Yo? No sé, Leopoldo. A lo mejor eres tú el que tiene que decir algo más.

—¿A qué viene eso ahora, Marta? ¿De qué estás hablando?

De repente, unas pisadas resonaron en el techo de la lavandería, interrumpiendo brevemente la tensión del momento.

—¿Lo has oído?

—No, escúchame —insistió Leopoldo—. Algo extraño está pasando. Creo que Velázquez sigue vivo.

Marta lo miró incrédula.

—¿Vivo? Leopoldo, eso es... difícil de creer...

—Lo sé, parece absurdo, pero no te lo diría si no tuviera pruebas —interrumpió él, su voz cargada de urgencia—. ¿No has visto suficiente esta noche? Velázquez estaba como una regadera.

—Sí, pero de ahí a fingir su propia muerte.

—¿Qué?

—Está bien, está bien... Pruebas, a ver, ¿cuáles? No quiero desconfiar de ti.

—Por eso necesito que dejes de ponerme a prueba.

—Estoy intentándolo. No me hagas perder la paciencia.

—Mira, regresemos al principio. Cuando me has prestado la llave, he subido a la sala privada de Velázquez y he descubierto varios detalles que no cuadraban con lo sucedido —explicó con firmeza—. Lo primero es que bebía coñac y no vino, como todo el mundo ha supuesto.

—Gran detalle. ¿Tiene alguna importancia?

—Sí y no.

—Explícate, por favor.

—Inicialmente, he pensado que había sido envenenado con su licor favorito, pero luego he cambiado de idea...

—¿Por qué?

—Cuando he ido a su cuarto, Ricardo Velázquez no estaba en la cama donde lo habíamos dejado —prosiguió, provocando un cambio en la expresión de Marta—. Sé que es difícil de creer, pero es lo que he visto. La cama estaba deshecha, pero él ya no estaba allí.

—¿Insinúas que ha resucitado? Vaya, Bonavista, te estás superando.

—¿Qué? ¡Por supuesto que no! —exclamó, visiblemente ofendido—. ¡Escúchame, por favor! Es evidente que no estaba muerto.

—Aun así, lo habéis trasladado a la cama. ¿Es que nadie se ha dado cuenta?

—Eso es lo que intento decir. Algo no me encaja en cómo están sucediendo las cosas. Ricardo me había advertido de que algo iba a pasar esta noche y que alguien iba a traicionarlo esta noche, y eso me hace pensar que...

—Entonces, Leo, ¿dónde está? Si ha salido del dormitorio, no habría ido muy lejos. Ni siquiera vosotros lo habéis conseguido y el coche está averiado. Además, ¿quién lo traicionaría sin motivo? —preguntó Marta, cada vez más acelerada, intentando comprender la situación.

—Buena pregunta, Marta. Ahora piensa en las deudas que tiene con tantas personas. Recuerda que la máscara es su activo más valioso.

—Pero me has dicho que la máscara sigue en su lugar y que es casi imposible robarla.

—A menos que la robe alguien que conozca esta casa a la perfección —especuló Leopoldo.

—Esto es absurdo, de verdad. ¿Por qué alguien haría algo así? Intento creerte, pero si lo hago, ¡pensaré que Ricardo Velázquez y sus amistades son unos locos!

—¡Exactamente! ¿Acaso no lo son?

—Tu teoría es bastante disparatada, la verdad. Aunque, con lo que está pasando, podría creer cualquier cosa...

—¿Como qué?

—No lo sé. El caso es que la máscara no está ahí.

—¿En qué quedamos?

—Es decir, está, pero no está. No es la original.

—Hace un rato, no sabías que esa obra existía y ahora eres capaz de diferenciar la original de una réplica.

Leopoldo le clavó la mirada, con seriedad. Comenzaba a ofenderle su actitud.

—Te estoy hablando en serio.

—De acuerdo, perdona. Este asunto me pone de los nervios. ¿De quién sospechas?

—Eso es difícil de responder. ¿Y tú? —le preguntó él, buscando su opinión.

—Todos tienen motivos para odiarlo. Incluso yo estoy empezando a tener uno por la noche que nos está dando... No hace falta ser una lumbrera para darme cuenta de que Alcázar tiene muchas papeletas y conoce el lugar como la palma de su mano.

—Por eso me has advertido cuando lo he acompañado...

—Sí. No me fiaba antes y sigo sin hacerlo.

—Pensaba que te llevabas bien con él.

—Eso pensaba yo de ti. Os he visto tan unidos...

—Ha intentado matarme.

—¡Vaya!

—Nos ha mentido antes, cuando le preguntamos de dónde venía. Y me ha vuelto a mentir a solas.

—¿Y cuál es la verdad? —preguntó Marta con un tono jocoso—. ¿Viene de Egipto?

—No me estás tomando en serio... —dijo Leopoldo, frunciendo el ceño con decepción—. He encontrado pruebas de que estuvo aquí hace unas semanas y Ricardo no le quiso abrir la puerta.

—Lo entiendo, yo también lo habría hecho. Es un sabelotodo.

—Por eso desconfío de él. No ha ofrecido ayuda ni mostrado interés por la muerte de su amigo... He leído el correo de Velázquez. Hay pruebas de que Alcázar lo amenazó después de hacerle un favor. Se mueve por aquí como si esto fuera suyo, lo cual me hace sospechar que podría haber planeado esto con antelación. Después de todo, nunca se ha perdido una de las fiestas de Ricardo.

—No está mal tu teoría, aunque es un poco fantasiosa. ¿Qué pasa con el muerto?

—No estamos seguros de que lo haya.

—Por eso mismo. ¿En qué quedamos?

—Ahora mismo me debato en que haya escondido el cadáver... o que Velázquez siga vivo.

—¿Todo por una máscara?

—Todo el mundo tiene un precio, Marta. ¿Cuál es el tuyo?

Ella lo miró recelosa.

—Pero no olvides que Mauro y Diego Torres viven aquí. Y Diego tiene un romance con la sobrina de Velázquez, quien no va a recibir herencia.

—Eso complica mi hipótesis. ¿Por qué me contradices?

—Porque quiero que suenes lo más coherente posible. Así, podremos llegar a una conclusión lógica.

—Tú y la lógica complicáis mi trabajo.

—Un poco, la verdad —dijo Marta, chasqueando la lengua y guiñando el ojo derecho, sugiriendo otra hipótesis—. ¿No sospechas de la actriz? Ya lo traicionó una vez. Podría hacerlo de nuevo.

—Es una actriz, por lo que es difícil creer lo que dice, sin importar cuándo.

—¿Crees que está actuando?

—No necesariamente. Pero todos sabemos que los actores no son de fiar...

—¿Lo dices por esa exnovia tuya? —preguntó Marta, insinuante.

—¿Eh? —Leopoldo se sonrojó, claramente avergonzado—. No... ¿Cómo lo sabes?

—No tienes que justificarte. Me da igual, la verdad. Pero no pude evitar escuchar lo que dicen los demás.

El ambiente se tensó entre Leopoldo y Marta. Ella se distanció unos centímetros de él y miró hacia otro al decir aquello. Por fin había salido la razón por la que se comportaba de esa manera con él, pero no era el momento ni el lugar para darle una explicación. Pese a todo, el rostro de Marta era una expresión transparente de sus sentimientos.

—Mira, sea cierto o no lo de Velázquez, si alguien intenta robar la máscara, quedará registrado en las cintas de seguridad —afirmó Leopoldo con convicción.

—¿Otra teoría más? —preguntó Marta con cierto escepticismo.

—No es una teoría. Estoy seguro de que la verdad está en esas cintas.

—¿Qué es lo que quieres?

—Tu ayuda para conseguirlas —solicitó Leopoldo.

—¿Y por qué no lo haces tú?

—No, no es tan sencillo.

Marta sonrió de manera irónica y después lo miró fijamente, aún dudosa.

—¿Y por qué debería ayudarte?

—¿Qué demonios te pasa a ti también? Porque eres mi amiga y porque él tiene un arma —explicó Leopoldo con seriedad.

—¿Un arma? ¿De qué estás hablando, Leopoldo? —El mundo de Marta cambió, como también su percepción de la noche. En cuestión de segundos, todo lo anterior parecía habersele olvidado—. Dios mío... ¿En qué momento tenía que hacerte caso? Con lo bien que estaba yo en mi hotel.

Leopoldo la agarró de los brazos y la miró a los ojos.

—Él sabe que yo sé que tiene un arma, pero no sabe que tú lo sabes.

—¿Qué diferencia hace?

Leopoldo suspiró con frustración.

—Porque a ti no te hará daño y eres mi única esperanza... Si no hacemos nada, podríamos perder la oportunidad de evitar una catástrofe. Imagina que el robo es real y que el cuerpo de Velázquez está escondido aquí. Si nos vamos sin actuar, nadie lo hará. ¿No lo ves?

Un silencio incómodo bajó entre ellos, solo interrumpido por el ruido ocasional de las lavadoras. Marta contempló la puerta y luego volvió a mirar a Leopoldo, aún titubeante.

—Pareces haber perdido la cabeza, pero hay una cosa que has dicho y que es cierta.

—¿Solamente una?

—Sí. Soy tu única esperanza.

—Me parece justo.

—No está bien lo que voy a hacer, pero intentaré encontrar esas cintas —concedió finalmente con cautela—, aunque no te prometo nada.

Leopoldo exhaló aliviado. Se sentía exhausto tras todo ese esfuerzo.

—Eres increíble, Marta.

—Eso no significa que no esté molesta contigo —aclaró Marta—. No has sido justo conmigo.

Leopoldo asintió, su rostro reflejando tanto gratitud como preocupación.

—Gracias. Prometo compensarte cuando esto acabe.

—Ahórrate las excusas, Leo. Espero que no me estés utilizando, nada más.

Leopoldo guardó silencio, pues cualquier cosa que dijera, no haría más que empeorar su relación. Tras el aviso, se separaron, cada uno sumido en sus propias reflexiones y temores, mientras el eco de sus pasos se perdía en el zumbido constante de la lavandería.

El salón del palacete estaba lleno de murmullos y risas contenidas bajo las elegantes lámparas de araña. El alcohol, que había fluido generosamente a lo largo de la velada, empezaba a dejar su huella en las conversaciones y el comportamiento de los invitados. Leopoldo no evitó pensar en Ciudadano Kane, en las numerosas lecciones que tenía aquella película y en que la riqueza y la opulencia de una fiesta de ricos pueden ocultar los vacíos y soledades más profundos en el corazón de aquellos que la disfrutaban, demostrando que la verdadera riqueza reside en las relaciones genuinas y la autenticidad de la vida. La fiesta, que había comenzado con un tono más festivo, se había transformado en un velatorio amargo donde las rencillas personales empezaban a aflorar.

Marta y Leopoldo, aunque habían entrado juntos, pronto se separaron; ella se dirigió hacia un grupo cercano, mientras él se quedó cerca de la entrada, observando la escena.

Desde el otro lado del salón, Lucía Rivera, la sobrina de Velázquez, captó la atención del articulista. Con una sensualidad natural, se abrió paso entre la multitud hasta llegar a su lado.

—Buenas noches, Leopoldo —saludó con una voz suave y melodiosa—. Pareces absorto en tus pensamientos. ¿Quizás puedo ofrecerte alguna distracción?

Él, algo incómodo, pero manteniendo la compostura, contestó con educación:

—¿Qué hay, Lucía? Solo observaba la reunión, nada en particular.

—Son unos aburridos y unos carcamales —dijo, señalando al grupo que había al fondo—. Están todo el rato hablando del pasado...

—¿Y tú?

—Yo no. Prefiero vivir el presente.

—¿Te han dejado sola? ¿Dónde está tu acompañante habitual? —

Ella se acercó un poco más, llenando el aire con el aroma de su perfume.

—Debe ser monótono para alguien como tú, acostumbrado a la acción y a los escándalos, estar aquí, entre esta gente...

—No soy exactamente Tom Cruise. Supongo que es complicado para todos. Es tu tío el que ha fallecido.

—Lo sé. Por eso es para unos más que para otros... —replicó ella.

—¿En qué te puedo ayudar, Lucía? Pensé que no te caía bien, pero ahora tengo la sensación de que quieres algo de mí.

—A veces las primeras impresiones pueden ser engañosas —respondió con una sonrisa—. ¿Por qué no nos damos una segunda oportunidad?

—O una primera. No lo he tomado como algo personal.

—Diego me comentó que eras un admirador de Ricardo.

—Sí, lo era, lo soy y lo seguiré siendo, pese a todo...

—Quizá pueda mostrarte algo interesante de mi tío —dijo, mordiéndose el labio inferior y guiñándole el ojo derecho. Él no supo interpretar las señales, por lo que prefirió mantener la calma. Aprovechando la oportunidad para cambiar de tema, le comentó:

—Hablando de tu tío, he estado pensando en Alcázar.

Ella frunció el ceño, decepcionada.

—Creí que te interesaban las mujeres...

—No, no me refería a eso... —se apresuró a aclarar—. Es que me da la impresión de que Alcázar está algo resentido con tu tío.

—Siempre ha sido así. Un tanto rencoroso.

—Exactamente eso. ¿Crees que podría estar relacionado con lo que le ha pasado a tu tío?

Ella se mostró sorprendida y lo miró fijamente.

—¿En serio?

—Solo digo que...

—¿Estás sugiriendo que él...?

—¡No! —dijo Leopoldo, intentando calmar la situación—. Me refiero a si hay algún motivo de tensión reciente que pudiera haber afectado a tu tío. Ya sabes, el estrés, la tensión...

Lucía parecía sorprendida por el giro que había tomado la conversación. Su expresión reflejaba una mezcla de curiosidad e incertidumbre ante las preguntas de Leopoldo, pero no llegaba a contemplar ese escenario.

—Oh, tenían sus diferencias, pero eran como hermanos; en familia, todo se perdona.

—Antes me has dicho otra cosa —respondió, confundido—. Parece que cambias de opinión con las horas...

—Ya, pero estaba molesta con su actitud. Si Alcázar tuviera un motivo, sería por la máscara de porcelana.

—Ajá.

—No nos engañemos. Está obsesionado con ella desde que la perdió.

—Es una buena razón.

—Pero no sería el único aquí con esa motivación, créeme.

Mientras hablaba, con una habilidad casi teatral, Lucía aprovechó para poner celosa a su acompañante. En ese momento, Marta giró la cabeza hacia ellos, sus ojos se estrecharon ligeramente al ver la proximidad entre Leopoldo y Lucía. La joven no perdió la oportunidad de lanzarle una mirada triunfal.

Leopoldo, consciente de la situación embarazosa en la que se encontraba, intentó disimular su incomodidad con una sonrisa educada.

—¿Sabes? Mi tío Ricardo me habló de ti.

—Vaya... ¿Me lo dices ahora? Supongo que nunca es tarde.

—No he encontrado la ocasión de hablar a solas contigo.

—¿Qué te dijo? Tengo curiosidad por saber cómo llegué a sus oídos. Fue él quien me llamó.

—Dijo que conocía a una actriz que era amiga tuya... Supongo que se refería a tu exnovia, ¿no es así? La hemos mencionado antes. ¿Cómo se llamaba? Silvia, Sigfrida...

—Silvana. Su nombre es Silvana Garmendia. ¿Podríamos hablar de otra cosa?

—¿No quieres saber cómo te descubrió mi tío?

Leopoldo frunció el ceño, sorprendido por la mención.

—Sí, eso es correcto. Pero, ¿cómo...? No encuentro la relación y no me gusta hacia donde se dirige esto...

Lucía sonrió con un aire de saber algo que él no.

—Oh, pobre... Ella y mi tío... ya sabes, tuvieron un breve... ¿Cómo lo llamarías? ¿Escarceo?

—Su sonrisa se ensanchó al ver la expresión de Leopoldo—. Mientras aún estabais juntos, si no recuerdo mal, ella pasaba aquí los fines de semana o se iban juntos a un hotel, a las afueras de la ciudad.

—¿Cómo? Pero...

—¡Venga, hombre! Ahora me dirás que te creías todo sobre esos viajes de trabajo. ¿Cómo crees que sucedió? A mi tío le perdían unas piernas bonitas y siempre andaba rodeado de famosillas con trabajos volátiles en busca de un poco de estabilidad... Mira a Isabel, ahí tienes la prueba.

—Entiendo...

—No hace falta que lo entiendes, la vida es así. Ni justa, ni vil. Simplemente, es como es, no como quieres que sea, ¿verdad? No te lo tomes como algo personal, son solo negocios.

—Gracias por la lección.

—Bueno, aquí tienes la historia. Así fue cómo había oído hablar de ti. Lo que pasó después, fue magia, y su interés era puro, no te voy a engañar, pero, no olvides que, de alguna manera,

estás aquí por pena, porque ella se lo pidió. Hay quien gestiona los cuernos a su manera, para que pesen menos de lo que son.

—Todo un gesto de compasión.

Leopoldo se tensó mientras su mente intentaba procesar la información. Ese episodio estaba cerrado para él, aunque conocer la verdad le dio de lleno en las entrañas. La infidelidad es una situación difícil de imaginar, sobre todo, cuando es la parte que sufre la traición. Mencionar aquello, lo llevó a despertar algunos fantasmas del pasado que creía haber olvidado. Antes de que pudiera reaccionar, Lucía se inclinó hacia delante e intentó alcanzar el bolsillo derecho del pantalón, donde escondía la llave de la puerta.

—¡Ey! No tan deprisa... —le dijo él y evitó que se acercara, obligándola a retroceder—. No quiero que tu mayordomo piense algo que no es.

Lucía, sin darse por vencida, añadió con un tono desafiante:

—Piénsalo tú, que eres quien me interesa —susurró, alejándose con una sonrisa seductora.

La expresión de Leopoldo se endureció ligeramente. Entonces, decidió devolverle el golpe, con la esperanza de ahuyentarla por completo.

—No, gracias.

—Me refería a lo de mostrarte las curiosidades de mi tío —le dijo, guiñándole otra vez el ojo y mostrándole el muslo.

—Eso suena fascinante, pero... ¿No deberías estar junto a él, despidiéndote? Ya sabes, llorando a los pies de su cama.

Ella enfrió su postura.

—No soy creyente. Mi tío se ha marchado. Eso es todo lo que sé.

—No me sorprende —replicó con una sonrisa sardónica—. Además, escuché que planeaba dejar toda su herencia a la beneficencia. Qué generoso de su parte, ¿no crees?

La sonrisa de Lucía se desvaneció, reemplazada por un brillo de ira en sus ojos.

—¿Qué? —exclamó, su voz temblorosa de indignación—. Eso es mentira... ¡Es imposible!

—Es lo que dicen.

—¿Por qué te iba a creer?

—No es nada personal. Pregúntale a tu querido.

—Te crees muy listo, pero es una fachada —le dijo, sonriente, y le puso el dedo entre los labios—. No sabes con quién te la juegas.

—Vaya. Me asombra tu frialdad para ser tan joven. Te hacía una chica más emocional.

—Tú sigue así, guapo... y lo acabarás lamentando.

Mientras la joven se debatía con esta información, Leopoldo aprovechó el momento para retirarse discretamente. Marta, que había estado observando a la distancia, se acercó a él tan pronto como la chica se apartó. La expresión del articulista se endureció ante la revelación que la

otra le había dado. En realidad, no podía hacer más que lamerse las heridas y rebuscar sus errores del pasado, algo que le había costado mucho superar, pero no había más verdad que los hechos y debía aceptarlos. El pasado ya no podía cambiar para él. Sin embargo, el presente le podía enseñar a restarles importancia a esas cosas.

«La infidelidad, esa experiencia que te hace preguntarte si el amor es un juego de azar en el que siempre pierdes, o si simplemente te toca ser el comodín en la baraja de alguien más».

Sin dar tiempo a más palabras, Lucía se alejó, dejando a Leopoldo con una mezcla de confusión y sospecha.

—¿Estás bien? —le preguntó Marta, con una mezcla de preocupación y curiosidad—. Te noto un poco... ¿Derrotado?

—Sí, solo... ha venido a molestar —respondió él, sin perderla de vista a la otra y con la mente trabajando en descifrar qué sería lo siguiente que esa joven tenía preparado para él. Porque, si de algo estaba convencido era que Lucía no tiraría la toalla con tanta facilidad.

31

Las campanadas del reloj resonaban por el gran salón del palacete, marcando la medianoche. La cena había finalizado y el joven del servicio retiraba las últimas bandejas de la mesa. Ninguno había contemplado la posibilidad de pasar la noche en la fortaleza, todos pensaban abandonarlo antes de lo previsto. Diego Torres, precavido y atento a una tormenta que parecía interminable, distribuía las llaves de las habitaciones. Su sobriedad lo diferenciaba del resto, un detalle que no pasó inadvertido para Leopoldo.

—No me consideren paranoico, pero con esta llave podrán dormir tranquilos —les indicaba, asignando cada una de las antiguas llaves.

—¿En serio? ¿Es necesario tanto? —preguntaba Carlos Rivera, perplejo—. Somos lo suficientemente adultos como para no causar problemas, ¿no?

—Quién sabe, tal vez aparezca un hombre lobo —bromeaba Alcázar—. ¿No es así, Bonavista?

Leopoldo ignoró el comentario y observó el sutil cambio en el ambiente tras el repique del reloj antiguo. Sofía Román luchaba por ocultar su temor a dormir fuera de casa, especialmente en un lugar así. Todos mostraban una mezcla de recelo y nerviosismo.

En un rincón, Mauro, el imponente guarda de la mansión, supervisaba el reparto de las llaves. Su figura, alta y robusta, perfilada contra la luz tenue, imponía respeto. Leopoldo entendió que era el momento perfecto para distraerlo y que Marta ejecutara su parte del plan.

Se dirigió a la alicantina, que aguardaba discretamente junto a una ventana. La luz que le daba de lado iluminaba su rostro, otorgándole un aire etéreo.

—Es ahora o nunca —le susurró Leopoldo—. Mantendré a ese grandote ocupado. Mientras tanto, aprovecha y busca algo contra Alcázar.

Ella asintió, determinada en su misión, y se dirigió sigilosamente hacia la sala de seguridad. Leopoldo la observó marcharse antes de enfocarse en Mauro, quien revisaba una lista.

—Una jornada larga, ¿eh?

El hombre levantó la vista para mirarlo.

—No.

—Bueno, cuando nos retiremos, podrás descansar —intentó bromear Leopoldo, pero Mauro no reaccionó—. Oye, Mauro...

—No me distraigas.

En aquel instante, el periodista se cuestionaba el motivo de su insistente atención en el reparto. Si la mansión contaba con cámaras de seguridad, no comprendía por qué no las vigilaba desde su cabina. De este modo, contempló la posibilidad de que estuviesen averiadas.

—¿Has logrado establecer conexión telefónica?

—No. Todo sigue igual.

—¿Hay alguna novedad de...? —Leopoldo no pudo concluir su pregunta cuando los ojos amarillos se fijaron en él—. Retiro lo dicho.

A pesar de que el reparto no había terminado, Mauro comenzó a caminar hacia el arco que conducía al pasillo, y su reacción errática alertó al periodista. No podía alejarse de él mientras Marta realizaba su labor, por lo que optó por seguirle. Avanzó por el pasillo, manteniendo una distancia prudente del corpulento hombre. Estaba a punto de llamar su atención, cuando una mano se aferró a su brazo. Sorprendido, se giró y se topó cara a cara con Lucía. Su rostro, iluminado por la tenue luz que se colaba del salón, reflejaba una combinación de malicia y diversión.

—No pienso dejarte escapar tan fácilmente —declaró la joven, con una sonrisa traviesa—. Ningún hombre me rechaza.

—¿Cómo?

Sin permitirle reaccionar, Lucía lo arrastró hacia un cuarto de limpieza cercano. La puerta se cerró tras ellos con un leve clic, sumiéndolos en un espacio confinado, oscuro y silencioso.

Leopoldo se halló prensado contra la pared, con Lucía muy cerca y el miedo a la oscuridad que había experimentado durante sus años de juventud. La tensión entre ambos era evidente, un juego de miradas desafiantes y coqueteo. Pero los traumas del pasado se esconden en las sombras de nuestro cuerpo, como heridas que se niegan a cicatrizar, y aunque la mente intente ignorarlos, el cuerpo siempre recuerda, como una carga explosiva y silenciosa que llevamos encima, en cada paso que damos.

—¿Qué pretendes, Lucía? —le preguntó, incómodo, procurando mantener la serenidad, antes de sufrir un ataque de pánico.

Por mucho que se esforzara, aquellos recuerdos seguían presentes como una cicatriz en el alma, una marca que se queda para siempre.

—¿No resulta obvio? —replicó ella, acercándose aún más—. Parece que no te estés divirtiendo. En este juego de sombras y secretos, todos buscamos algo... o a alguien.

—Lamento decepcionarte, pero...

—¡No imaginas cómo me has puesto antes!

—¿Enfadada?

—¡No! ¡Me has encendido!

Leopoldo sabía que debía resistir, concentrarse en encontrar la paz interior antes de que perdiera los estribos. Pero había algo en Lucía, una fogosidad peligrosa, que lo desarmaba. Quizás fuese su juventud, esa energía que aún desprendía, o el morbo de la venganza por lo que Ricardo y su expareja le habían hecho.

—¡Hazlo ya, Leopoldo! —exclamó ella, comenzando a besarlo en el cuello—. ¡No puedo esperar más!

—¿Ni siquiera a que nos den una habitación?

—Deja de hablar y hazlo... No aceptaré otro rechazo.

La distancia entre ellos se esfumó y en un instante de flaqueza, Leopoldo se olvidó de los malos recuerdos y se dejó llevar por la pasión del momento. Los sonidos del palacete se diluyeron, quedando solo el latir de sus corazones y el suave roce de sus labios.

—Esto no está bien, Lucía. —La joven insistía en desabrocharle el cinturón mientras él se resistía—. Tú haces lo que quieras, pero yo...

—¡Deja de hablar! ¡Vas a desanimarme!

—¿Qué sucede con tu tío? ¿Qué te ha ocurrido?

Por desgracia, el momento fue fugaz. Lucía logró meter la mano en el bolsillo del pantalón de Leopoldo y la puerta se abrió de golpe, descubriendo a Marta y al asistente en el umbral del cuarto.

De repente, se instaló un silencio tan cortante y penetrante como el filo de un cuchillo de carnicero profesional. Las expresiones en sus rostros eran un entramado de sorpresa y desilusión. Poco después, el resto de los invitados se sumó a la escena. Leopoldo experimentó un remordimiento instantáneo, consciente de haber puesto en jaque no solo el plan, sino también la confianza de Marta.

—Mierda...

—¿Lucía? —preguntó Diego Torres, esforzándose por mantener la seriedad a pesar de su ridículo atuendo—. ¿Qué haces aquí?

—¿Leopoldo?

La joven fue la primera en abandonar el cuarto, reajustándose el disfraz y evitando las miradas acusadoras.

El semblante de decepción de la alicantina no tenía parangón.

—¿Cómo te atreves...?

—¡Espera, Marta! Puedo explicártelo.

—¡Déjame! —exclamó ella.

Él intentó tomarla de la mano, pero ella se zafó con un manotazo. Acto seguido, la periodista se alejó y desapareció por el pasillo. Aunque no podía verla, Leopoldo intuyó las lágrimas en su rostro.

—¿Qué hacías con él?

—No eres mi padre, Diego. Ni mi dueño.

—¿Te ha tocado este imbécil? —preguntó el asistente, colmado de celos y furia. Se dispuso a golpear al periodista, pero Mauro lo detuvo—. ¡Te juro que te mato!

—¡Diego, para!

Ella se interpuso para evitar el conflicto.

—¡Puedo explicarlo!

—¡Oh, no! Bonavista, ya basta...

—Siempre es lo mismo con él, inventando... —apuntó Sofía Román—. Eres un perverso, siempre tras las jóvenes...

—¿Podrías escucharme un momento? No hablo de eso, sino de la muerte de Ricardo...

—¿En serio? —interpeló Alcázar—. Y dale Perico al torno... ¿No te cansas de hacer el ridículo?

—¿Por qué no lo dejas ya? Esto no tiene gracia...

—¡Dejadlo hablar! —exclamó la actriz, emergiendo de la nada—. Escuchemos lo que tiene que decir.

A pesar de la situación, Leopoldo comprendió que no podía ofrecer una explicación coherente, ni mucho menos responsabilizar a la joven por lo ocurrido. En realidad, no buscaba culpables, pero las probabilidades de salir indemne eran escasas. Algunos accidentes suceden al azar y son las personas las que deciden perpetuarlos, sin meditar en las consecuencias.

—¿A qué esperas para empezar? —preguntó Rivera—. Estamos impacientes por oírte...

Leopoldo observó a todos, que lo cercaban en semicírculo, impidiéndole cualquier escape. También vio a Marta, que lo miraba decepcionada desde atrás. No sabía cómo, pero se había metido en un gran problema.

—Sé que no me vais a creer, pero esta noche, Ricardo sabía que uno de vosotros lo iba a traicionar...

—Menos mal... —dijo la periodista.

—Antes de su muerte repentina, supuestamente... he tenido la oportunidad de hablar con él.

—¡Lo sabía! —exclamó la actriz.

—¡Esperad un momento! —exclamó el artista—. ¿Por qué deberíamos confiar en lo que dice? Ninguno de nosotros lo conoce realmente.

—Eso es verdad —afirmó la sobrina—. ¿Por qué mi tío te habría confesado algo tan importante? Después de todo, eres un desconocido para nosotros.

—No lo sé, pero lo hizo, al igual que me advirtió sobre alguien que intentaría robar la máscara de porcelana —comentó, y los ojos de todos se desviaron en busca de culpables—. Al principio, pensé que desvariaba... Como bien decís, apenas conozco al señor Velázquez, más allá de lo que he leído en la prensa. No obstante, en pocas horas he logrado comprender lo que os une a él o, mejor dicho, lo que os separa...

—En ese caso, señor Bonavista —intervino el asistente, aparentemente olvidando el incidente anterior—, lo que insinúa es una acusación muy seria hacia alguno de nosotros.

—Yo no he acusado a nadie.

—¡Claro que sí lo has hecho! —exclamó la actriz, con los ojos ardientes de ira—. ¿Por qué no hablas claro de una vez, maldito embaucador? Ya llevamos demasiado tiempo aquí como para

jugar a las adivinanzas. Si realmente hay alguien entre nosotros que quiere aprovecharse de la situación con Ricardo, deberíamos averiguarlo.

—¡Exacto! —secundó la periodista.

Los ojos del articulista se posaron en Mauro, que lo observaba desde atrás, destacando entre el grupo con una mirada firme y con los brazos cruzados.

—Vamos, dígalo ya. ¿Quién cree que haría algo tan atroz? Seguro que ya tiene a uno de nosotros en mente.

—Ahora que lo mencionáis, no estoy tan seguro...

—¡Venga, hombre! Nos has estado haciendo preguntas incómodas toda la noche. Si sabes tanto, seguro que tienes algún sospechoso —le recriminó Alcázar—. No te escondas, demuestra valor.

Leopoldo examinó a la sobrina, que aguardaba su respuesta. Luego, sus ojos se dirigieron hacia el artista, que lo observaba atentamente. La actriz lo esperaba con el ceño fruncido, revelando algunas arrugas ocultas hasta ahora. El periodista retrocedió, pero se encontró con la pared. Estaba atrapado.

—¿Se ha quedado sin palabras, Bonavista? —le preguntó el artista con descaro.

En ese momento crítico, la mirada de Leopoldo se encontró con la de Alcázar, quien pasaba discretamente por detrás y comenzaba a subir las escaleras hacia la sala privada de Ricardo. Sin pensarlo, Leopoldo exclamó, captando la atención de todos.

—¡Eh! —gritó, señalando—. ¿Adónde va? ¡Alcázar está subiendo a la sala privada de Ricardo!

Sorprendidos por la acusación, todos se giraron hacia la escalera. La atención se desvió de la tensa situación en el cuarto de limpieza hacia Alcázar, quien ahora era el centro de todas las miradas.

—Eso, ¿adónde va, Alcázar? —preguntó Diego Torres, confundido—. ¡No se puede entrar en esa sala! Está cerrada con llave.

—Voy a demostrar que este tipo miente —replicó Alcázar, desafiante—. Así que hazme el favor, Diego, y abre esa maldita puerta.

El asistente frunció el ceño, sin saber qué responder.

—¿A qué esperas, hombre? He visto cómo guardabas la llave...

—Esto, yo... —empezó Torres, visiblemente avergonzado, y se giró hacia los demás al recordar que había extraviado la llave.

—No me digas que la has perdido.

—Eh...

—¿La has perdido, inútil?

Fue entonces cuando Lucía Vargas extrajo una llave del bolsillo de su disfraz.

—¿Esto es lo que buscáis? —preguntó, captando la atención de todos.

—Pero, Lucía...

La mirada de la chica permanecía fija en Bonavista.

—Estaba en el bolsillo de su pantalón —dijo, señalando al escritor y desatando una ola de miradas acusatorias—. ¿Creías que no me daría cuenta, Leopoldo? Eres tan predecible... ¡Seguro que has pensado que me he acercado a ti porque me gustabas! Hombres...

—Pero, ¿cómo, señor Bonavista? —preguntó el asistente, confundido—. ¿Me la ha robado? ¡Maldición! Qué idiota he sido al confiar en usted...

—Hombre, un poco idiota, sí que eres, todo hay que decirlo —comentó Alcázar.

—Puedo explicarlo...

—Puedo explicarlo, puedo explicarlo... —repitió la actriz, imitando su voz con burla para cambiar hacia un tono serio—. Toda la noche con la misma cantinela. Lo que yo os diga, es un embaucador.

—Nos has engañado, pretendiendo ser un buen samaritano, ayudando aquí y allá, para terminar así... —le reprochó el artista, con desilusión—. Vaya decepción.

—Si lo conocierais como yo, no os sorprendería —añadió Sofía Román—. Leopoldo Bonavista ha sido así siempre.

Leopoldo buscó el apoyo de su amiga con la mirada.

—Marta... —le susurró, buscando ayuda, pero la expresión de culpa en Marta era innegable. Ella había sido parte de su plan y ahora los habían descubierto.

—Parece que tienes mucho que explicarnos sobre lo que está pasando esta noche —dijo Alcázar—. Subámoslo y veamos si dice la verdad.

En el momento en que Mauro lo sujetó, Leopoldo sintió que todo jugaba en su contra. La situación había dado un giro repentino, poniéndolo contra las cuerdas, no solo permitiendo la escapada del verdadero culpable, sino cargándole con las acusaciones de la multitud. Temía por su destino, pues nada bueno podía esperar del grupo de excéntricos que lo retenía. Todos ascendieron hacia la sala privada de Ricardo Velázquez, siendo Leopoldo y Mauro los últimos en entrar. Pese a su resistencia, las manos del fornido guardia sujetaban sus muñecas con firmeza metálica.

—No hace falta que aprietes tanto, ¿vale? Pensé que me había ganado tu confianza.

—Mejor te callas —replicó el guardia, empujándolo hacia el interior del lugar, cual presa en un foso de depredadores. De nuevo, se hallaban en la habitación. Las puertas del dormitorio estaban cerradas y la mancha de coñac en la alfombra empezaba a secarse. Para desgracia, la máscara no estaba dentro de la urna, lo que provocó que incrementara el escepticismo sobre sus acusaciones.

Mauro lo soltó y permaneció en la entrada. De pronto, Leopoldo se encontró en el centro de la escena, con todas las miradas fijas en él.

—¿Y bien, señor Bonavista? ¿Cómo explica esto?

Leopoldo temblaba de los nervios. No entendía nada. Minutos antes, había visto la réplica ahí, donde ya no había más que una urna.

—Os juro que...

—Que ahí estaba la máscara —señaló el artista hacia la urna de cristal—. ¡La ha robado! ¿No lo veis?

—¿Hemos terminado? Vaya, la función ha durado poco... —comentó Alcázar, sin entusiasmo—. ¿Nos vas a desvelar el truco?

—No hay truco. Yo no la he tocado.

Leopoldo trataba de hablar, pero las palabras se atropellaban en su boca reseca.

—Por favor, no insistas. Todos sabemos que has aprovechado el apagón para sacarla de ahí —le acusó el artista—. ¿Por quién nos tomas?

Sin embargo, hubo un cruce de miradas entre Leopoldo, Mauro y Alcázar. El coleccionista y él sabían que habían estado juntos y que Mauro había sido el último en aparecer.

—¿Qué pretendía con todo esto, señor Bonavista? —preguntó el asistente, confundido y desilusionado—. Primero, intenta confundirnos para encontrar la ocasión perfecta y robarme la llave. Después, aprovecha la situación para irrumpir y robar delante de nuestras narices...

—Su problema es que necesita ser el centro de atención —intervino Sofía Román con aire de superioridad—. Leopoldo siempre busca llamar la atención, pero esta vez se ha equivocado. ¡Se ha excedido!

—A pesar de sus acusaciones contra mí, trataré de ser compasivo ante la desesperación de quien ha intentado inculparme de robo y, tal vez, incluso de asesinato —dijo Alcázar, dominando la conversación—. Porque, seamos sinceros, lleva toda la noche acusándome de haber provocado la muerte de Ricardo.

—¡Eso no es del todo cierto!

—Cállate, por favor. Intento ayudarte —le dijo, advirtiéndolo con la voz—. Cualquiera que conozca mínimamente a Ricardo y haya estado aquí sabe que la urna de la máscara está protegida por sensores conectados a una central. Si se intenta acceder a ella, la policía estaría aquí en minutos. Y como estamos viendo, eso no ha ocurrido.

De repente, un bullicio llenó la sala.

—Un momento. Estáis pasando por alto algo importante...

—Desafortunadamente, no ha ocurrido lo que dices, Fernando —interrumpió Rivera, impidiendo que Leopoldo se explicara—. Al igual que nadie ha intentado mover la urna y por eso seguimos aquí.

La aclaración desató reacciones entre los presentes.

—Eres un mentiroso, Bonavista.

—No, de verdad... Tan solo tenéis que mirar en...

—Un momento... —intervino la actriz—. Si eso es cierto, Fernando. ¿Por qué seguimos aquí?

—¿Qué quieres decir?

—Exactamente, eso —respondió, respirando hondo antes de continuar—. ¿Por qué demonios seguimos todavía en esta casa?

El coleccionista de arte se encogió de hombros, incapaz de responder ante la creciente histeria de la actriz. Ella parecía estar al borde de un estallido.

—¿Quién más sabe lo que acabas de decir? —preguntó, dirigiéndose a Diego Torres, que buscaba cómo esquivar su mirada—. ¿Por qué no nos has informado de esto?

—Son medidas de seguridad del señor, yo qué iba a saber.

Isabel se abrió paso entre los demás y se acercó a la urna de cristal, mientras Leopoldo se apartaba.

—¡Haz algo, Diego! —gritó la sobrina—. ¡Está descontrolada!

Alcázar sonreía ante la escena. El resto observaba, desconcertados, el próximo movimiento de la actriz. Con determinación, ella apartó a Leopoldo y miró fijamente la urna.

—No estoy loca, querida... Estoy cansada de este juego —respondió, agarrando la urna con ambas manos y lanzándola al suelo.

—¡No! —gritó Diego, el único sorprendido por el acto.

El sonido de cristales rompiéndose inundó la habitación. La urna quedó hecha añicos, y todos contemplaron la escena con expectación. Esperaban un sonido, una alarma, algo, pero lo único que rompió el silencio fue el aplauso sarcástico de Alcázar.

—¡Bravo, Isabel! ¡Este año te llevas el Óscar!

—Está desvariando... —comentó la joven.

—¿Por qué no suena la alarma?

—No lo entiendo... —dijo el asistente, confundido—. ¿Qué está pasando?

—¡Ha sido Bonavista, él la ha desconectado!

—Por favor, mirad en... —por mucho que insistía, su voz era ignorada por los demás.

—¿Cómo es posible que...? —preguntó la periodista.

Dada la situación y el comportamiento de los que le rodeaban, Leopoldo empezó a sospechar que Ricardo Velázquez jugaba con todos ellos.

En ese instante, antes de que pudieran reaccionar, alguien abrió la puerta del dormitorio.

—¡Venid rápido! No puedo creerlo —dijo Lucía Vargas, atónita ante lo que tenía delante—. Será mejor que lo veáis con vuestros propios ojos...

De inmediato, todos olvidaron el incidente de la urna y se dirigieron hacia la habitación. Leopoldo buscó a Marta con la mirada, pero ella ya no estaba.

Un silencio sepulcral inundó la estancia y se propagó por el resto del piso como un virus en el ambiente.

—¿Dónde demonios...? —murmuró, cuando las firmes manos de Mauro lo empujaron hacia el dormitorio del desaparecido—. ¡Eh! ¡Lleva cuidado!

El periodista fue empujado al dormitorio. La fuerza del grandullón provocó un tropiezo con la cama. A sus pies, podía ver las sombras del resto e imaginó lo que sentiría una bruja, antes de que la quemaran en la plaza del pueblo. En ese momento, tuvo una revelación y se dio cuenta de que las miradas que lo rodeaban no presagiaban nada bueno.

La sociedad, con su lógica aparente, se asemeja a un rompecabezas intrincado donde la locura acecha en los rincones más oscuros, y solo un observador perspicaz es capaz de desentrañar sus misterios. En este escenario, Leopoldo era ese espectador, pero también el foco de un grupo de individuos que empezaban a resquebrajarse internamente. Hasta entonces, la velada había sido enloquecedora, pero ahora alcanzaba su clímax.

—¡Os dije que esta casa está encantada! —exclamó Sofía Román, apuntando a la manta arrugada de la cama—. ¡El fantasma se ha llevado a Ricardo!

—Creo que alguien ha bebido más de la cuenta, y no he sido yo... —comentó Alcázar, tras oír a la periodista.

Isabel Mendoza se abalanzó sobre el cuello del periodista y lo sacudió por la camisa.

—¿Qué has hecho con el cadáver, Leopoldo? ¿Dónde lo has escondido?

El asistente lo apartó de un empujón y luego sacudió al periodista con furia.

—¿Cómo te atreves, Bonavista? —le inquirió, recriminándole lo sucedido—. ¿Cómo puedes ser tan despreciable?

De nuevo, Mauro intervino en la disputa, sin soltar al periodista, que se sentía como un reo en el patíbulo.

—¡Yo no lo he tocado! ¿Por qué iba a hacer algo así? —les preguntó, exhausto—. Maldita sea, eso es lo que he intentado explicar, pero no me dejáis hablar...

—¿Insinúas que Ricardo ha escapado por la ventana? —preguntó Alcázar, riendo a carcajadas—. ¿Por cuánto tiempo eres capaz de seguir con la farsa? Eres un auténtico desesperado, Bonavista. Ahora, dinos dónde lo has ocultado, en qué armario está.

—No está en ningún armario, Alcázar. De hecho, yo pensaba que tú...

—¿Yo? No me hagas reír.

—No entiendo nada... Estoy agotado —dijo el asistente—. Primero, nos engaña a todos. Luego, asevera que al señor Velázquez lo han asesinado y ahora... oculta su cadáver. ¿Cómo puede ser tan descabellado?

—¡No lo he ocultado!

—Entonces, ¿cómo ha salido de la cama? —le preguntó la actriz, señalando las sábanas—. Porque alguien lo ha tenido que mover.

—¿Por qué habríamos de creerte ahora? —preguntó el artista—. Has señalado a Alcázar como el principal sospechoso de la muerte de Velázquez, pero todo apunta a que has sido tú.

—Me agrada ser el villano, pero yo no lo he hecho —afirmó el coleccionista—. Tampoco sé por qué me has intentado responsabilizar.

—Entonces, ¿qué hacía el recibo de la tienda en la lavandería?

El coleccionista frunció el ceño.

—No sé a qué te refieres.

—Intenta confundirnos otra vez... —respondió el asistente—. No le escuchen.

—¡Está bien! Os contaré la verdad, todo lo que sé —explicó, arrinconado, buscando cómo persuadirlos—. Admito que no he actuado correctamente, pero es verídico lo que Ricardo me dijo antes de, digamos, ausentarse...

—¿Qué insinúas?

—¡No empieces de nuevo! —le gritó la actriz—. ¡La máscara no está donde debe estar! ¡El cuerpo ha desaparecido! ¿Cuántas veces vamos a tener que escuchar tus mamarrachadas? ¡Confiesa!

—¡Lo sé! No obstante, ¿acaso no tenéis todos algún tipo de deuda con él? —preguntó, provocando un silencio repentino—. Si no, ¿por qué iba a desconfiar de vosotros?

—Porque Ricardo estaba mal de la cabeza... —apuntó Alcázar—. No era un secreto, sino un tabú del que nadie quería hablar.

—Mi tío siempre ha sido un artista frustrado...

—¡No hables así de él, Lucía!

—Déjame, Diego. No eres mi padre.

—¿Para qué ha robado la llave, Bonavista? —le preguntó el asistente—. ¿Qué pretendía descubrir aquí dentro?

—La verdad.

—¡Ja! Buen intento —respondió la periodista.

—Os estoy siendo transparente. Busco la verdad. A cualquiera que no os conozca, le parecería todo esto muy extraño. Incluso a vosotros mismos.

—Habló el chico mundano... —le espetó la sobrina.

—Lo primero que me llamó la atención fue que no era vino lo que se había derramado en la moqueta, sino coñac.

—¿Y? —preguntó Alcázar.

—Sospeché que la última persona que había estado con él había disfrutado de la bebida con

él.

—¿Por eso dedujiste que era yo?

—Lamentablemente, he comprobado que tú no eres capaz de diferenciar un coñac de calidad de uno de bodega, por lo que mis sospechas se han tambaleado.

—Habló otra vez el sibarita.

—Pero eso no es todo... Al salir del dormitorio, he descubierto que el cuerpo de Ricardo ya no estaba aquí —prosiguió, pero su testimonio no resultaba convincente para los demás, que lo miraban con pena y desconcierto—. Más tarde, he encontrado el abrigo del disfraz en la lavandería. ¿Cómo había llegado allí? No tengo ni idea, pero allí estaba, os lo juro. En el suelo, había un recibo de una tienda de Alcobendas, así que, después de escuchar a Lucía hablando sobre Alcázar y su lugar de residencia, he pensado que solo alguien que vive allí...

—Sí, sí... —dijo Alcázar y todos se giraron para escuchar su explicación—. El recibo era mío, pero, si me hubieras preguntado, te habrías ahorrado este ridículo.

—¿Cómo? ¿Vas a negar lo evidente?

—¿Qué es lo evidente, zopenco? Le hice un favor a Ricardo y le alquilé el traje que me pidió. Eso es todo.

—¿Y los correos electrónicos en los que discutíais y le amenazabas?

Todos volvieron a mirarlo.

—¡Venga ya! Lo conocéis. Era un idiota cuando quería —explicó, mostrando las palmas de las manos y encogiéndose de hombros—. Los amigos están para eso. Él me pidió el favor, alegando que estaba ocupado. Le alquilé el disfraz y se lo traje, pero el muy cretino no me dejó pasar. ¡Ni siquiera me lo ha pagado! ¿Qué esperabais? Somos amigos, ¿no? ¿Qué clase de trato es ese? Le dije que me lo pagaría. Eso fue lo que le dije. Solo estaba pidiéndole lo que me correspondía, nada más.

En ese momento, el ambiente cambió y lo que antes habían sido miradas acusadoras hacia Leopoldo, cambiaron y adquirieron un tono más serio. Las bromas se habían terminado y la gravedad regresó a los rostros de los presentes, cansados de la situación, de la tormenta y de permanecer más tiempo del necesario allí dentro. Con una explicación lógica o sin ella, parecían haber encontrado un motivo para canalizar sus frustraciones. Todos avanzaron, arrinconando a Leopoldo contra la cama.

—Esperad, un momento...

—Se te acabó el tiempo, Bonavista —le dijo el asistente, mirándolo de forma diferente—. Lo que has hecho esta noche es muy grave. No dejaremos que salgas de aquí hasta que llegue la policía.

—¿Qué? De verdad, que...

—Será mejor que nos digas dónde has escondido a mi tío.

—¡Yo no lo he tocado!

—¿Quién, en su sano juicio, sería capaz de urdir un plan tan retorcido? —preguntó la actriz, mirándolo con desconfianza—. Nos has engañado a todos, incluso a mí. Por favor, termina con esta mentira. No queremos escucharte más.

—Tienes que hacerlo, Isabel...

—Por un momento, creí que tenías buenas intenciones —le dijo, acercándose y abofeteándolo sin dudarlo—. Eres un ser miserable.

—Mauro... —dijo Leopoldo, viendo cómo el grandullón se acercaba con gesto serio—. ¿Tú también? ¿En serio? Esto no me puede estar sucediendo. ¿Qué me vais a hacer?

—No vamos a hacerle nada, señor Bonavista. No somos de la misma calaña que usted. Se quedará aquí, mientras encontramos a Ricardo... —le explicó el asistente, apesadumbrado—. Si no quiere hablar y decirnos dónde lo ha llevado, está en su derecho, pero tendrá que contárselo a la policía. Esto es macabro y difícil de digerir.

—¡No! ¡Esperad!

Alcázar se aproximó a él, imponiendo respeto con su estatura.

—Tienes suerte de que estén ellos delante, Bonavista. Si fuera por mí, te enterraría vivo en el jardín de esta casa... —le dijo. Antes de que el periodista pudiera responder, Alcázar lo agarró del hombro y le propinó un puñetazo en el estómago—. Ojalá te pudras en el infierno y pagues por lo que has hecho.

Leopoldo cayó al suelo, retorciéndose de dolor. Mientras tanto, las puertas se cerraron y los cerrojos se deslizaron en las cerraduras para asegurar que no saliera de allí.

Leopoldo permanecía casi a oscuras en un rincón de la habitación, como un perro golpeado. Si no hubiese sido por la lámpara del escritorio, que se encendió en cuanto los demás se fueron, no habría resistido allí ni un minuto en la penumbra. El alboroto de los invitados se desvaneció poco a poco, alejándose de la estancia hasta convertirse en un murmullo lejano y apenas perceptible. Mientras recuperaba el aliento y se reponía, comenzaba a asimilar la gravedad del asunto. «Esto es una locura y una broma de mal gusto», reflexionaba sobre la absurda situación en la que se encontraba. En ese momento, veía mínimas sus esperanzas de salir de allí. Lamentablemente, no podía culpar a nadie más que a sí mismo. Su anhelo de llamar la atención y de ser el protagonista lo había conducido hasta allí. La lección moral había llegado en el peor momento. Una vez más, era víctima de su propio engaño. Leopoldo Bonavista no parecía aprender de sus errores pasados y confiaba en que la suerte le favorecería de nuevo. Fue entonces cuando tuvo una epifanía sobre sí mismo: creía ser distinto al resto de los invitados, pero no era así. Su necesidad de afecto, de atención, de reconocimiento, era igual a la que los había llevado a morder la manzana prohibida del engaño. «Si la hubiera escuchado con atención...», se lamentaba, arrepintiéndose de no haber prestado más atención a Marta, que ahora se convertía en su única esperanza de salir airoso de allí. «Jamás debí aceptar esa invitación», se reprendía por errores irremediables. Leopoldo solía mirar atrás cuando no debía, en lugar de enfocarse en el presente. Pensaba en ella, en todo el tiempo, sin un simple mensaje de texto, y en lo estúpido y orgulloso que había sido al pensar que ella debía dar el primer paso.

«Después de todo, era ella la que se iba a casar», se justificaba, convenciéndose de haber actuado correctamente. «¿Pero existen realmente decisiones correctas?», se cuestionaba, recordando la boda fallida.

Tal vez, si hubiese expresado sus intenciones en el momento adecuado, Marta se habría ahorrado un drama y él no habría acabado con esa actriz de televisión que lo llevó por un camino de amargura y, casualmente, a esa casa. Quizás lo suyo con Marta no hubiera funcionado, quizás era mejor dejar las cosas como estaban, pero el destino no está predeterminado, se escribe, o al

menos eso pensaba él. Se preguntaba qué pensaría ella al encontrarlo así, encerrado en un armario, y dónde se habría escondido cuando lo acusaban, y si lograría perdonarlo por aquello. Esperaba que Marta, siendo más inteligente y sensata que él, supiera diferenciar un craso error como la trampa de la joven del callejón sin salida en el que lo habían metido. Tenía fe en ella, toda la fe que no encontraba en esa habitación, esperanza en que Marta hallara la prueba que demostrara su inocencia.

«Será mejor que no pienses en ello, Leopoldo...», se advirtió, cuando comenzó a notar los temblores en las piernas y cómo el pulso se le disparaba. La oscuridad lo abrazaba lentamente y traía de vuelta esa pesadilla que no había logrado superar. «Respira, hazlo e intenta mantener la mente ocupada», se dijo, evitando el fantasma del trauma. No era la penumbra lo que le causaban los espasmos, sino la sensación de cerrado, de estar de nuevo atrapado en un agujero y ser la mofa de los que están fuera. Con esfuerzo, buscó apoyo en los pies de la cama mientras recuperaba el aliento y se reponía del golpe de Alcázar. La velada claramente no presagiaba un buen desenlace para él. Podía sentir la mano invisible que se agarraba a sus entrañas. Se esforzó por calmarse, prometiéndose a sí mismo que no era como aquellos que lo habían encerrado y trató de pensar con claridad. En su interior albergaba la certeza de que había una manera de salir de esa situación. «La policía no encontrará nada en tu contra, porque no has hecho nada», se repetía, aunque sin convencerse del todo. No había pruebas de que hubiera ocultado el cadáver de Rodrigo Velázquez, pues estaba convencido de que Velázquez no estaba muerto.

Sin embargo, empezó a contemplar, más y más, la posibilidad de estar equivocado.

Si eso fuera así, el verdadero asesino, aún en libertad, trataría de inculparlo a toda costa, manipulando las pruebas para que señalaran al periodista. Un homicida que se encontraba entre ese grupo de invitados.

Por otro lado, quedaba el misterio de la máscara. Leopoldo dudaba si la leyenda era real o un juego psicológico de Velázquez para manipularlos a todos. «Velázquez plantó la semilla en sus mentes para controlarlos. Como hizo contigo... Por eso la ha hecho desaparecer», reflexionó, pensando que tal vez ese fuera el verdadero secreto. «Basta con creer que es real para que la fantasía se materialice». Pese a todo, Leopoldo no estaba completamente convencido de esta teoría. Se cuestionó si el efecto de purpurina que había visto previamente no era otro truco de Velázquez y comenzó a suponer que la fiesta era parte de uno de sus siniestros juegos.

Un relámpago lo sacó de sus cavilaciones, recordándole que debía encontrar una salida. «Bien, Leopoldo. Piensa con claridad y olvida el lugar en el que te encuentres. Si ese sinvergüenza ha conseguido salir, tú también puedes encontrar la manera», se animó a sí mismo con más convicción que antes.

Se dirigió a la ventana, recordando que estaba abierta en su primera visita. La inspeccionó, evaluando la altura y mirando hacia arriba y abajo. «Debe haber otra forma», concluyó, dándose

cuenta de que la caída sería suficiente para causarle graves lesiones. Recordó entonces el grito que habían oído tras el apagón. ¿Habría sido él?, se cuestionó, acercándose a la respuesta. «El grito vino de arriba, así que no pudo haber saltado», dedujo, tratando de imaginar cómo habría escapado Velázquez. Pensó que podría haber sido un truco para distraer a los demás. «Un truco del que Mauro era cómplice».

Volvió a revisar el escritorio, pero esta vez no se detuvo en la correspondencia ni en las notas personales del coleccionista. Ya no creía en nada.

Consciente de que sus sospechas lo habían situado en el centro de las acusaciones, sabía que necesitaba cambiar su enfoque sobre lo que estaba sucediendo. Comenzó a considerar que todo en aquella habitación podía estar colocado deliberadamente y no por casualidad.

«¿Es otro de tus juegos de lógica, Velázquez?».

Empezó a buscar por la habitación algún mensaje oculto, una señal, algo que se asemejara a un rompecabezas. Recordando las conversaciones con los demás invitados sobre Ricardo, se dio cuenta de que su falta de relación personal con el coleccionista podría ser su mayor fortaleza. Al no estar influenciado por emociones personales, podía analizar la situación de manera objetiva. Se preguntaba si era cierto que Ricardo estaba arruinado, mientras recorría la habitación en busca de pistas. «Lo importante es que hablen de ti», reflexionó. Su mirada se fijó en la estantería. Notó libros de Nicolás Maquiavelo, Sigmund Freud y Eric Berne. «¿Qué interés tiene un coleccionista de arte en el comportamiento humano?», se preguntó, aproximándose a los libros. Velázquez poseía una colección variada, incluyendo biografías de figuras históricas y clásicos literarios como «El conde de Montecristo» de Alejandro Dumas. Al examinar este último, notó que su cubierta sobresalía ligeramente. Intrigado, intentó tirar del libro, pero este parecía fijo en la estantería.

«¿Qué demonios...?», pensó, desconcertado.

Al empujarlo, oyó un crujido, como si hubiera activado algún mecanismo, pero nada más ocurrió. Animado, empezó a palpar otros libros, pero no tuvo éxito. Decidió entonces sacarlos uno a uno, liberando las baldas. Los libros caían al suelo mientras vaciaba la estantería, no obstante, no encontraba lo que buscaba. Necesitaba una nueva estrategia. Se alejó, buscando una perspectiva más amplia de la estantería. «Piensa, Leopoldo, piensa... Seguro que tiene una artimaña...», se alentó a sí mismo, intentando rememorar algún detalle particular sobre el coleccionista, que pudiera ser la clave.

Recordando las palabras de Lucía Vargas sobre su tío, Leopoldo reflexionó sobre la firma de Ricardo Velázquez, siempre una uve mayúscula, simple pero distintiva. Recordó la frase: «La uve representa la victoria, por ende, a los privilegiados que tenemos el don de poseerla». Levantó la vista hacia el techo de la habitación, donde un fresco mostraba un triángulo con la forma de la letra.

—Caramba, menudo chiflado —murmuró, contemplando el fresco y tomando una profunda respiración. Estaba convencido de que debía haber otro libro clave en la estantería. Recordó haber apartado hacia la derecha, así que el próximo libro estaría a la izquierda. Volvió a la estantería y empezó a mover los libros hasta que encontró una copia ficticia de «El jugador» de Dostoyevski.

—Buena elección —dijo en alto, sonriendo al encontrarlo. Empujó este libro junto con el primero y escuchó dos chasquidos.

Algo estaba a punto de suceder, pero faltaba un tercer elemento.

Miró al suelo, buscando con el pie. Siguiendo la lógica de la ubicación de los otros libros, el tercer elemento debía estar cerca. Después de varios intentos, su zapato encontró en el suelo, bajo el primer estante, lo que parecía un pedal. Con un empujón simultáneo a los tres puntos, escuchó un fuerte crujido y la estantería giró, revelando un oscuro pasadizo. El olor a humedad invadió el espacio y Leopoldo se enfrentó a un pasillo que llevaba a un lugar desconocido.

La oscuridad y los espacios cerrados eran su fobia, abriendo una herida que cada vez se hacía más ancha. Con los fantasmas del pasado asomando en su mente, cerró los ojos y repitió el mantra que solía usar para enfrentar sus miedos. En ese momento, su mayor enemigo era él mismo.

Con las piernas temblorosas, tomó aire y siguió avanzando.

A continuación, se adentró en la tenebrosidad del pasadizo, dispuesto a descubrir lo que le esperaba al otro extremo.

El estrecho pasadizo era el último lugar por el que había imaginado pasar esa noche, pero, a esas alturas, cualquier cosa podía suceder. Leopoldo avanzaba despacio, con un nudo en el estómago y el corazón desbocado, mientras su cuerpo rozaba las frías paredes de piedra que dificultaban su movimiento y los latidos del corazón retumbaban en sus oídos. A medida que se adentraba, se alejaba de la apertura de la librería, y el débil resplandor de la habitación se desvanecía en la oscuridad absoluta del corredor. Leopoldo cerró los ojos, sintiendo la humedad que emanaba del pasillo. Avanzó unos metros a tientas, incapaz de ver lo que tenía delante. «¿Y si no hay nada?», dudó, inquieto por conocer el final del trayecto. Cada paso era un viaje al pasado, a su adolescencia, a aquellos momentos que creía haber dejado atrás.

De pronto, oyó pasos cercanos, intensificando su recuerdo.

«¿Habrá alguien al otro lado o estaré delirando?», se cuestionó, deteniéndose para no hacer ruido. La experiencia era tan real como angustiosa. Afortunadamente, reconoció la voz de Diego Torres, acompañado de Mauro. No era una buena señal, pero era mejor que la de escuchar voces imaginarias. No entendía lo que decían, pero percibía sus pasos, indicando que estaban cerca. Siguió caminando hasta toparse con algo que parecía un escalón.

El golpe provocó un leve ruido en el pasadizo.

—¿Has oído eso? —preguntó una voz.

—¿El qué? —respondió la otra.

Leopoldo contuvo el aliento y esperó. Si lo descubrían, no tendría escapatoria. Entonces, escuchó pasos acercándose a la pared.

—Es aquí —dijo Mauro, acompañando sus palabras con un golpe sobre la superficie—. ¿Qué hay al otro lado?

—Nada importante. Un dormitorio —contestó Torres.

El silencio retornó y Leopoldo, pese a sus esfuerzos, no podía permanecer más tiempo allí. Creyendo que las voces se habían alejado y que había logrado evadir a la pareja, superó el escalón y continuó su marcha en busca de una salida.

«Vamos, vamos, por Dios... Debe de haber algo», se animaba a sí mismo, sufriendo cada segundo. Para él, era como estar en una habitación donde el oxígeno se agotaba y las paredes lo asfixiaban lentamente. Fuera, podía notar cómo los fantasmas del pasado se acercaban, riendo a carcajadas. Si se esforzaba, sabía que podía escucharlas. Finalmente, al alejarse, notó cómo el pasadizo se estrechaba cada vez más, obligándolo a encorvarse hasta ponerse de rodillas.

—Oh, no... —exclamó, sintiendo el techo rozar su cabeza mientras gateaba. Las piernas empezaron a flaquearle y una repentina tos se apoderó de él. ¿Qué le pasaba?, se preguntó al sentir que no podía respirar. El espacio se reducía con cada centímetro que avanzaba, la claustrofobia de Leopoldo crecía, el aire escaseaba y sus pulsaciones se aceleraban. Estaba al borde de un ataque y podía adivinar cuál sería su final, atrapado en ese túnel, sin vida, sin nadie que lo encontrara. Las rodillas le fallaron y se agazapó hasta gatear con los pies y las manos. La tierra fría arañaba sus manos. Tras un esfuerzo por avanzar, estiró el brazo y encontró lo que parecía una pared falsa. Confundido y desorientado, la tocó y se percató de que no era piedra, sino de un material parecido a la madera y estaba colocada desde el exterior. Casi sin espacio para ejercer fuerza, la empujó hasta que cedió, arrastrando consigo algo más grande.

De pronto, la luz irrumpió y sus ojos volvieron a ver lo que había allí. El fulgor se apoderó de su cuerpo, devolviéndole la vitalidad en cuestión de segundos. Entonces avanzó, desesperado, sin darse cuenta de que había derribado un cuadro. Al salir del hueco que tapaba la obra, cayó al suelo, aunque el impacto no fue demasiado severo.

—Dios... —lamentó, al darse de bruces contra la moqueta del suelo. Efectivamente, había tirado un cuadro y ahora tenía el lienzo ante él, con el marco roto en varios pedazos. Era uno de esos cuadros en los que aparecía el perro del coleccionista y que estaban repartidos por todo el palacete. El pasadizo lo había conducido a una estancia desconocida hasta ahora. Aunque no creía haber recorrido una gran longitud, lo había sentido como un trayecto interminable. No muy lejos, divisó un montón de ropa en el suelo, que reconoció de inmediato. Era el disfraz de Ricardo Velázquez, o lo que quedaba de él. Identificó los pantalones, las botas y la camisa que llevaba bajo el abrigo. Sin embargo, no había rastro del coleccionista, solo un camino que llevaba a la salida.

—Maldito, desgraciado —murmuró, confirmando lo que había sospechado desde hacía horas. Ricardo Velázquez no estaba muerto y toda esa situación era una pantomima llevada al extremo. Se recuperó del golpe y se levantó para abandonar la habitación, cuando oyó las pesadas y rápidas pisadas de alguien acercándose por el otro lado de la pared. Primero, observó el enorme ventanal por el que la lluvia caía ahora con menos fuerza. Era un alivio pensar que la tormenta amainaba, lo que significaba que pronto podrían pedir ayuda. Sin embargo, estaba inmerso en un problema del que debía salir antes de que llegara la policía. Leopoldo pensó que, si demostraba su inocencia, encontrando a Ricardo Velázquez con vida, quedaría libre de toda

sospecha. Pero no era sencillo demostrarlo sin pruebas de que el coleccionista seguía vivo, y no quería ni suponer que hubiera muerto, ni siquiera accidentalmente. Cualquier hecho desafortunado justificaría su culpa. Sentía la urgencia de salir de allí, pero en ese caso debía usar la puerta y no aquel agujero por el que se prometió no volver a entrar jamás.

Con cautela, se dirigió a la puerta y la abrió con sigilo, asomándose para asegurarse de que el camino estaba despejado. Descartando la opción de saltar por la ventana, comprendió que, de todas sus opciones, esa era la mejor, aunque no necesariamente la más segura. Sus ojos recorrieron un largo pasillo que no había explorado esa noche, pero que intuyó, daría la espalda al dormitorio de Ricardo Velázquez. Siguiendo ese razonamiento, al final del pasillo divisó unas escaleras, a las que consideró su única vía de escape para eludir al guardia sin ser visto.

Desafortunadamente, Mauro no se iba a rendir con tanta facilidad. Justo cuando Leopoldo asomaba la cabeza, la imponente silueta del guardia apareció en la esquina del pasillo.

La mirada del corpulento Mauro se tornó feroz al ver a Leopoldo, sorprendido al comprobar que había escapado del dormitorio de Velázquez.

—¡Eh! ¿A dónde crees que vas? —gritó.

Leopoldo, con las suelas de sus zapatos deslizándose sobre la moqueta por la tierra que arrastraban, corrió hacia la escalera, sintiendo la brutal presencia de Mauro tras él. Tras un tropiezo, logró mantener el equilibrio, aunque sentía que las enormes manos del guardia estaban a punto de atraparlo. En un intento desesperado por capturarlo, Mauro se abalanzó sobre el periodista, pero no logró contenerlo. Leopoldo lo esquivó con habilidad, consciente de que debía tomar ventaja. Sin pensarlo, agarró un jarrón de la esquina del pasillo y lo lanzó hacia el guardia, pero sin éxito. La fuerza de Leopoldo resultó insuficiente y el jarrón de cerámica china se estrelló en el suelo.

—¡Ese jarrón vale más que tú! —exclamó el guardia.

El escritor bajó las escaleras a toda prisa, aprovechando el momento de desconcierto para aumentar la distancia entre ambos. Mauro lo siguió, aunque sus piernas no eran tan rápidas como sus manos.

Llegando al pasillo del piso inferior, Leopoldo miró a ambos lados, sintiendo la inminente presencia del otro. Los dos pasillos eran idénticos y no tenía idea de su destino exacto. Incapaz de orientarse, eligió correr hacia la izquierda, consciente de que no podía volver atrás. El caribeño, exhausto, le lanzó una segunda advertencia que Leopoldo ignoró.

—¡Detente! —le gritó, pero este, desafiante, intentó abrir la primera puerta que encontró, que estaba cerrada con llave. Fue entonces cuando vio a Mauro, apuntándole con el arma.

Tan pronto como lo vio encañonándolo en la distancia, se lanzó al suelo. Un disparo resonó en las paredes del pasillo, pero él siguió arrastrándose unos segundos más, hasta darse cuenta de que Mauro iba tras él.

«Mueve el trasero, Bonavista».

Se levantó y continuó avanzando, mientras los pasos del cazador lo seguían.

—No tienes a dónde ir. Estás en un callejón sin salida... —dijo Mauro con tono burlón.

Leopoldo intentó abrir otra puerta y luego otra, pero todas estaban atascadas. Nervioso y casi sin esperanza, avanzó por el largo pasillo, vigilado por el guardia, que parecía haberse relajado tras el disparo. En ese momento, dedujo que el otro sabía más que él y por eso estaba tan tranquilo.

«Esta casa está llena de trampas y de trucos, y él las conoce a todas. Debe de haber una salida, vamos...», se alentó al llegar a la esquina del pasillo. Al girar, se encontró con otro pasillo igual de largo, idéntico, con un número similar de puertas.

«¿Nunca se acaba esto?».

—¿Por qué no lo dejas ya, Bonavista? —escuchó la voz del grandullón, resonando en el pasillo.

Él lo intentaba una y otra vez, pero todas las puertas estaban cerradas. Comprendió que Torres y su equipo habían asegurado que nadie pudiera esconderse. Era una estrategia astuta, pero poco práctica para él, en esa circunstancia.

Finalmente, lo intentó una vez más antes de llegar a las cocinas. Si cruzaba ese umbral, volvería al salón, un punto sin salida. Con nerviosismo y poca destreza, forcejeó con la puerta.

—Vamos, joder... —murmuró, tirando y empujando con torpeza y nerviosismo.

De repente, la puerta cedió y Leopoldo tropezó hacia la oscuridad.

—¿Qué demonios? —exclamó, incapaz de ver nada.

La puerta se cerró tras él, el pestillo se corrió y, sin esperarlo, recibió un golpe en la nuca que lo dejó inconsciente de inmediato. Cayó al suelo como un saco de harina y el silencio envolvió el cobertizo.

Al otro lado de la puerta, los pasos de Mauro resonaban por el pasillo.

—¿Bonavista? ¿Dónde estás? No corras, no tienes manera de esconderte...

El guardia se alejó lentamente, silbando y con un paso relajado, dejando atrás la puerta por la que había entrado el periodista.

La sacudida había sido certera, tanto que Leopoldo cayó desmayado en el suelo y tardó unos minutos en recuperar la consciencia. Despertó por una ligera bofetada de alguien que intentaba reanimarlo. Al ver que abría los ojos, aún aturdido, la persona se alejó.

—¡Oh! Mi cabeza. Me duele...

—No hable tan alto. Pueden oírnos.

—¿Qué? —preguntó en voz alta Leopoldo, ignorando la advertencia. Aunque el tono le resultaba familiar, no lograba recordar de dónde—. ¿Qué me ha pasado? ¿Dónde estoy?

—Maldita sea, Bonavista, ¿está sordo, o es tan estúpido como piensan de usted los demás?

Estas palabras despertaron por completo al periodista. Al abrir los ojos y aclimatarse a la luz de la habitación, reconoció la figura que estaba frente a él y el lugar donde se encontraba: la sala de lavandería, la misma en la que había estado momentos antes. Y de repente, se encontraba allí, encerrado con Ricardo Velázquez disfrazado de Sherlock Holmes, aunque sin el gorro y con un rostro ligeramente cambiado.

—¿Sánchez?

—Vaya —dijo y sacó una prótesis nasal del bolsillo del abrigo. Después se la puso y se la quitó para mostrarle que no era su nariz—. ¿No me reconoce?

—¿Velázquez?

—Por fin dice algo con sentido.

—¿Ricardo Velázquez? —preguntó, intentando procesar la información. La ira comenzó a crecer en su cuerpo, un cosquilleo enérgico que se extendía de los pies a los puños—. Pero, usted...

—Sí, Bonavista. Soy yo.

—¡Estaba muerto! ¡Lo he visto!

—Por Dios, modere su tono de voz. ¿Qué le pasa?

—¿Qué me pasa? —La pregunta era retórica, pues Velázquez entendió el enfado de Leopoldo al ver su rostro. Antes de que pudiera reaccionar, Leopoldo lo empujó contra las

máquinas de lavado, agarrándolo por el cuello y estampándolo contra la puerta de una lavadora.

—¡Maldito lunático! ¡Me ha utilizado como si fuera un ratón de laboratorio!

—¡Le dije que estaba aquí por algo!

—¡Ya lo creo! ¿Quería morir? ¡Pues ahora lo conseguirá!

—¡Suélteme! No me obligue a...

—¡Me invitó para utilizarme! ¡Sé que estuvo liado con Silvana mientras estaba conmigo!

—¿Qué culpa tengo yo? Sinceramente, comencé a interesarme más por su vida que por la de ella.

—¡Miserable!

En medio de la furia, Leopoldo olvidó que Velázquez ya le había golpeado antes y que no dudaría en hacerlo de nuevo. El coleccionista le propinó un rodillazo en la entrepierna, liberándose. Luego, con la misma porra extensible que había usado anteriormente, golpeó a Leopoldo en la pierna.

—Cerdo...

—¡Pardiez, Bonavista! Compórtese, por el amor de Dios. No me obligue a hacer esto. Vamos a llamar la atención de mis invitados...

—¿Atención? Mauro me ha disparado. ¿Qué espera del resto de la velada?

—¡Bah! No sea miedoso. Es una pistola de foguero. Jamás permitiría que hubiese un arma de verdad en mi casa.

—Váyase al cuerno, Velázquez. No pienso seguir con esta farsa... ¿Quién más es cómplice de su Cluedo?

—Sólo él... y Dago, mi perro, si es que se puede considerar cómplice, claro. ¿Acaso no es el perro el mejor amigo del hombre?

—Parece ser que usted no entiende mucho de amistades. —Leopoldo se levantó e intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave. Suspiró y se giró hacia Velázquez—. ¿Pretende esconderme aquí dentro? Tarde o temprano, me encontrarán.

—¿Ya ha averiguado quién me traicionará?

Leopoldo estaba atónito ante la situación. Velázquez parecía delirar.

—¿Ha perdido la cabeza? Nadie lo va a traicionar. Todo es una patraña que se ha montado para su diversión. Sus amistades lo detestan porque es un mentiroso, un avaro, un déspota... y ha usado el poder de la amistad para su provecho.

—Muy poético todo. ¿Ha terminado?

—No entiendo por qué me ha invitado.

—Se lo dije al inicio, pero no podía revelarle la verdad. Quien me va a traicionar está aquí. Solo necesitaba retenerlos para ver sus verdaderas caras. ¿Ha visto cómo han llorado por mi pérdida? Nadie ha venido a verme, excepto usted...

«Mejor no decirle que eso no es del todo cierto».

—A ver, Velázquez... Le tenía bastante aprecio, pero debo reconocer que estoy cambiando de opinión.

—Desconfío de las opiniones volátiles.

—Mire, afuera hay un grupo de personas desquiciadas por la tormenta y su presunta muerte. Me han acusado de intentar envenenarlo para robar su máscara de porcelana, supuestamente de Casanova y con poderes mágicos, además de esconder su cadáver. Por si fuera poco, mientras intentaba exculparme, hemos descubierto que su sistema de seguridad no existe. He visto a Isabel Mendoza, su ex, romper la urna... Lamento decirlo, pero sus amigos tienen razón. Es un narcisista, sociópata, egocéntrico y malcriado.

Velázquez lo miró en silencio tras la explicación. Leopoldo se preguntó si volvería a atacarlo, pero el coleccionista comenzó a aplaudir lentamente.

—Bravo, Bonavista. Me ha descubierto.

—Se lo he dicho...

—¿Le he decepcionado?

—Sí.

—Bien.

—¿Bien?

—Porque yo también estoy decepcionado.

—¿Usted?

—Sí. Usted me ha decepcionado.

—¿Es otra broma?

—No. ¿Cómo ha pasado por alto algo tan importante?

—¿Se burla de mí? Nadie aquí quiere matarlo, señor Velázquez.

Velázquez negó con la cabeza.

—Nunca he mencionado la palabra asesinato, sino traición. ¿Qué entiende usted por eso?

—Pero...

—No hay «peros» que valgan, solo cómplices.

—Las únicas personas con acceso a su sala privada son sus empleados y su sobrina...

—¿Mi sobrina? Ni en sus sueños...

—No he dicho que lo tenga físicamente.

—¿Qué insinúa?

—A pesar de su ingenio, no ha visto lo obvio.

—No sé de qué me habla, Bonavista.

—Lucía tiene una aventura con su asistente —dijo Leopoldo, provocando sorpresa y repugnancia en Velázquez.

—¿Qué? ¡No!

—Sí.

—¿En serio? ¡Dios mío! Qué imagen mental tan desagradable me ha generado...

—Quien esté libre de pecado...

—¿Sigue con eso? No sabía que era tan rencoroso.

—No lo soy. Si alguien lo ha traicionado, es alguien de su confianza.

Los ojos de Velázquez se abrieron de par en par.

—¡Bingo, Bonavista! Sabía que lo descubriría. ¿Cómo no me he dado cuenta antes?

—Es evidente. Alcázar siempre va un paso por delante —explicó Leopoldo, apretando el puño—. Si tan solo pudiera probarlo...

—¿Fernando Alcázar? ¡No! Es incapaz de hacer daño a nadie. Y menos, a mí.

—¡Por eso mismo!

—Se equivoca.

—Leí las amenazas en sus correos.

—¿En serio? Eso es un delito... Fernando se enfada y luego se le pasa. ¿Cuántos hay como él?

—Hasta que llegan al límite.

—No, es como un hermano pequeño para mí. Nos cuidamos mutuamente y también nos odiamos cuando procede. Todo es anecdótico, eso sí.

—Él conoce mejor que nadie esta casa.

—Y tiene mucho que perder si desaparezco.

—¿Y su sobrina? Si va a donar todo a la caridad...

—¿Qué? ¡De ninguna manera!

—Usted lo ha dicho antes de desaparecer. El rumor es una noticia.

—La locura es otra cosa... y aún no la padezco. Lo he mencionado para incitar su curiosidad y para enseñarle a esa niña malcriada una lección. Sus padres creen que madurará sola, pero se ha convertido en una sanguijuela.

Leopoldo reflexionó sobre las contradicciones entre lo dicho en la sala y lo confesado por Velázquez.

—Si hablamos de histéricos, su actriz...

—Isabel es un corazón perdido, pero le dolería más perderme...

—Lo siento, pero me rindo.

—¿Cómo que se rinde? Usted lo ha mencionado hace un momento.

—He dicho tantas cosas... —En ese instante, una imagen cruzó la mente de Leopoldo.

Recordó el primer encuentro en el pasillo, la discreción de los pasos, la cortesía al acercarse a los invitados y la habilidad para pasar desapercibido ante los demás—. No...

Negó con la cabeza, pero Ricardo Velázquez ya estaba convencido por lo que veía en su mirada.

—Sí... Ese mozo, Álvaro. ¡Maldita sea! ¡Es él, no tengo dudas!

—¿Por qué? —preguntó Leopoldo, confundido.

Velázquez, adoptando un aire sherlockiano, se acercó al periodista y lo miró con la certeza de haber resuelto el misterio.

—¿Por qué no, Bonavista? Usted lo ha dicho...

—Sí, alguien de su confianza, pero...

—¿Quién más, si no, podría haber desconectado los fusibles de la casa para realizar el cambiao?

—¿Me lo dice alguien que ha fingido su muerte dos veces?

—¡Hablo en serio!

—Uno ya duda...

—¡Ese muchacho! Estoy convencido de que ha sido él. Ha estado donde yo he estado, ha accedido a todos los lugares donde he estado y ha podido estudiar cómo acceder a la máscara...

—Un momento. Entonces, la máscara que había en su sala...

—Evidentemente, es una réplica de la original —dijo Velázquez astutamente—. ¿Cree que iba a permitir que se la llevaran tan fácilmente? No me tome por idiota...

Leopoldo suspiró aliviado al confirmar lo que había visto anteriormente.

—Jamás lo haría. Pero, si es una réplica, ¿cómo un mozo de servicio consigue una copia casi idéntica de una máscara histórica como la de Casanova?

Velázquez levantó una ceja y su rostro se iluminó con una sonrisa maligna.

—Alguien con suficiente talento para fabricarla con sus manos...

—Como Carlos Rivera —sentenció Bonavista.

Se generó un silencio entre los dos, una pausa que olía a victoria y a revelación. Los ojos de Velázquez brillaban y se emparejaban con la sonrisa que dibujaba su rostro. Habían resuelto el enigma, pero no la situación.

—Lo tenemos, Leopoldo. Y ahora me ayudará a desenmascararlo en público, nunca mejor dicho.

La revelación de Velázquez dejó a Leopoldo reflexionando sobre cómo había manejado Rivera la situación a lo largo de la noche, manteniéndose discretamente en un segundo plano. El periodista recordó las palabras de Andy Warhol sobre la fama y cómo los tiempos habían cambiado, con la televisión cediendo espacio a los teléfonos móviles y las redes sociales. Rivera se había mantenido en segundo plano, evitando llamar la atención entre los invitados, probablemente consciente de que sería su última vez en una de las extravagantes celebraciones de Velázquez.

En ese ambiente de abstinencia de atención y estímulos externos, cada uno de los invitados buscaba ser el centro de la conversación.

Sin embargo, Rivera, un artista emergente cuya presencia era demandada en círculos sociales selectos, parecía ser la excepción. Había logrado que su presencia pasara desapercibida, pero, para Leopoldo, las razones eran claras: las disputas profesionales habían dañado su relación con Velázquez.

—Puede que mi situación económica no sea la mejor y que no haya sido justo con los acuerdos, pero es un artista con sed de venganza —admitió Velázquez.

—Quizás solo busca recuperar lo que le debe. No es plato de buen gusto ver que la otra parte del trato sale beneficiada.

Velázquez lo miró fríamente.

—No debo nada a nadie. He pagado cada ladrillo de esta casa con mi dinero.

—He oído lo contrario... —comentó Leopoldo, sin querer profundizar en el asunto. Aunque debía estar del lado del anfitrión, no olvidaba que él era un manipulador y que Rivera podría tener sus razones para actuar, especialmente después de enterarse de las intenciones de Velázquez de devaluar su obra y hundir su carrera.

—Esas son solo habladurías para manchar mi honor, algo que no me preocupa, excepto porque ese individuo pretende robar en mi propia casa. ¿No entiende la gravedad del asunto?

Leopoldo asintió, consciente de la complejidad de la situación. Se encontraba en medio de un juego de intrigas y venganzas, donde cada acción y cada palabra podían tener múltiples

interpretaciones. La noche prometía ser aún más larga y complicada de lo que ya había sido. El plan de Rivera era astuto y meticulosamente planeado, como si robar a Velázquez fuera un desafío a la altura de un golpe maestro. La observación del coleccionista sobre Rivera, que seguía disfrazado de Joker, reforzó la idea de que los disfraces eran reflejos de la personalidad de cada uno. Leopoldo reflexionó sobre su propio disfraz y cómo este representaba una faceta oculta de su personalidad. Cada vestimenta, consciente o inconscientemente escogida, revelaba algo íntimo de su portador.

En ese momento crítico, Leopoldo sugirió que Velázquez debía revelar la verdad en público.

—¿Ahora es usted el loco? No puedo hacer eso —respondió Velázquez, reacio a abandonar su juego.

—Déjese de juegos —insistió Leopoldo—. Ya he tenido suficiente por hoy. La fiesta ha terminado, Ricardo.

—Créame. No ha hecho más que empezar.

—En ese caso, no cuente conmigo.

—¡Ja! ¿Bromea? Me ayudará —afirmó Velázquez, seguro de sí mismo.

—No he dicho que esté dispuesto a hacerlo.

—Ya lo creo que sí —insistió Velázquez, sacando de su cintura la máscara original de porcelana. Acto seguido, se la colocó frente al rostro, simulando un antifaz, mientras emitía sonidos extraños, como si intentara hipnotizar a Leopoldo.

«Cuando creas que no puedes dar más vergüenza, recuerda que siempre hay alguien que te superará», pensó y lo observó con una profunda sensación de pena. Si Velázquez pretendía convencerlo con aquel teatro, había fallado. Sin embargo, recordó a Marta, quien todavía estaba fuera, probablemente molesta o quizá buscando demostrar su inocencia.

En sus adentros, mientras Velázquez seguía actuando como un chamán con cara de memo, reconoció que la había invitado para impresionarla, de alguna manera. Después de todo, era lo único que sabía hacer delante de las mujeres que le gustaban, creyendo que eso le ayudaría a sentirse más querido. Porque, como al resto de los que estaban allí, él también necesitaba un fuerte abrazo, algunas sesiones de terapia y un poco de cariño. El mundo de los artistas, que no del arte, y de la farándula, era un hospicio de corazones faltos de cariño y de personas con baja autoestima.

Esta situación le recordó que, a pesar de los absurdos juegos de Velázquez, había personas reales involucradas y posibles consecuencias para ellas. La urgencia de resolver el enigma y proteger a los inocentes pesaba más que el teatro ridículo de aquel tipo que tenía delante y a quien, por mucho que le pesara, había dejado de admirar.

Decidido, Leopoldo se preparó para enfrentar lo que venía, sabiendo que cada acción contaría en el desenlace de esa noche tan singular. Había llegado la hora de poner fin a la

función.

Leopoldo sabía que el tiempo era esencial. La tormenta amainaba y pronto sería posible restablecer la comunicación con el exterior. Era crucial actuar antes de que Rivera y el mozo tuvieran la oportunidad de desaparecer, lo que complicaría probar su culpabilidad y el robo. La idea de Velázquez de hacer una entrada dramática desde uno de los pasadizos secretos no convenció al articulista, quien había tenido suficiente, por lo que propuso una estrategia más directa y efectiva.

—No volveré a entrar en esos pasadizos —insistió Leopoldo—. Deberíamos enfrentar la situación de manera más directa.

—¿Quiere decir que simplemente entremos al salón como si nada hubiese pasado? —preguntó Velázquez, escéptico—. Eso no funcionará.

—Confíe en mí, sí que lo hará—aseguró Leopoldo—. Apareceré en el salón y todos se preguntarán qué ha pasado. Mientras, usted recogerá la réplica y bajará para unirse a mí antes de que la situación se torne caótica.

—Entiendo, seré rápido —respondió Velázquez.

—En ese momento, Rivera y Álvaro caerán en la cuenta de la trampa. Deberá ser astuto para avisar discretamente a Mauro y asegurar las salidas.

—Entendido. Pediré un trago para comprometer al chico y verificar su lealtad.

—Bien pensado. A continuación, los enfrentaremos a todos —añadió Leopoldo—. Pero tenga cuidado. Sus invitados podrían estar recelosos después de una noche tan tensa. Rivera tratará de desacreditarlo, así que tendrá que mostrar la máscara para que todos la vean. Solo un ladrón y un artista podrían distinguir la original, de una réplica.

—Es un plan elegante —elogió Velázquez—. ¿Pero qué pasa si no confiesan?

—Necesitamos una declaración convincente. De lo contrario, sin el consenso de los invitados, Mauro no podrá retenerlos sin incurrir en problemas legales.

—Piensa en todo, Bonavista —admiró Velázquez—. Al final, será cierto que es un tipo competente.

—No olvide que ha fingido su muerte dos veces, se ha burlado de sus invitados y me ha usado como peón en su juego en la misma noche. Sus amigos pueden no estar dispuestos a defenderlo.

—¿Y usted por qué lo haría, después de todo?

—Eso es lo de menos ahora. Cuando todo esto acabe, tendrá una deuda conmigo, que algún día cobraré.

—Trato hecho —dijo Velázquez, estrechando con firmeza la mano de Leopoldo—. Confío en usted y en su plan. Espero que tenga razón, por el bien de ambos.

Con el plan establecido, Leopoldo y Velázquez se prepararon para enfrentar la última etapa de la noche, una que podría cambiar el curso de los acontecimientos y revelar las verdaderas intenciones de todos los implicados.

Madrugada del sábado 14 de mayo de 2022.

Miraflores de la Sierra, Comunidad de Madrid, España.

Leopoldo Bonavista se dio cuenta de que la confianza de aquel hombre y el destino de la noche dependían completamente de su plan, uno ideado desde la intuición, sin prestar mucha atención a los detalles. Al salir de la lavandería y tomar rumbos distintos, el periodista sintió un hormigueo en la parte alta del estómago, consciente de que no había marcha atrás. La vida lo impulsaba hacia lo incierto, hacia el error, hacia un futuro cargado de posibilidades aún por descubrir. Respiró profundamente, disfrazado con su atuendo de Drácula, que ahora parecía más un esmoquin arrugado y manchado de tierra, falto de elegancia. Su aspecto era el de alguien que había disfrutado en exceso de una noche de carnaval, aunque no había sido exactamente así. Atravesó la alfombra roja del largo pasillo que separaba la zona de servicio del salón principal. Ricardo tomó las escaleras hacia su sala privada y Leopoldo se lanzó, acercándose a la gran puerta del salón. Como un actor de Hollywood en la gala de los Óscar, sintió el hormigueo de la adrenalina y tomó aire antes de empujar la puerta. Al cruzar el umbral, los vio a todos allí, dispersos en sofás y sillones, bajo la gran lámpara de cristal y el techo con un intento de fresco. Adormecidos por el cansancio y sumidos en una tensión de desconcierto y malestar, el sonido de la puerta los alertó y su presencia no pasó inadvertida.

—¡Tú! —exclamó Lucía Vargas al verlo. Fue la primera en reaccionar a su aparición, sacudiendo a Diego Torres, sentado en un sillón, para que se alertara—. ¡Es él!

Leopoldo sentía el corazón desbocado. Estaba desempeñando un papel secundario en una obra para la que no había ensayado, temiendo que su personaje muriera en el primer acto.

«Vamos, Ricardo, ¿dónde diablos estás...?».

—No, no puede ser... —dijo Torres sorprendido—. ¿Cómo ha escapado? Maldita sea, llamaré a Mauro ahora mismo.

—¡Espera! —exclamó Leopoldo, extendiendo la mano al frente, imitando el gesto que Ricardo Velázquez había hecho con la máscara minutos antes. Todos se quedaron inmóviles,

reconociendo el movimiento.

«Es inconcebible... No puedo creer que esto haya funcionado».

El periodista buscó con la mirada a Carlos Rivera, el artista, el enigmático personaje de la noche, con su maquillaje corrido y su predisposición por hacer reír, preparado para sorprender al público, que se encontraba sentado en un sillón, saboreando un whisky aguado, observándolo con una mezcla de inquietud y fingida tranquilidad.

—¡Oh, no! ¿Tú, de nuevo? —exclamó Alcázar, frotándose los ojos con exasperación—. Maldita sea, ¿qué tipo de seguridad tenemos aquí?

—¡Dime dónde has ocultado el cuerpo de mi tío! —demandó la joven, mirándolo con rencor, a punto de lanzarse a su cuello—. ¡Jura que no lo has enterrado!

—Bonalista, te advierto que, si no hablas, seré yo quien te arranque las palabras a puñetazos —amenazó Alcázar, con tono severo—. Se acabó el juego.

—Debéis escucharme. Esta vez, os lo pido como último amparo. Os he contado la verdad y todo tiene una explicación.

—Por favor, no otra vez... —se lamentó Isabel Mendoza, negando con la cabeza—. ¿Vais a quedaros ahí parados?

—¡Mauro! —gritó Torres al verlo entrar por la puerta—. ¡Detenlo!

—¡Espera! —exclamó Leopoldo, preguntándose por qué Velázquez aún no había aparecido.

—Te advertí que te quedaras quieto... —dijo el guarda, agarrándolo del cuello con fuerza. Leopoldo sintió la mano y los dedos cerrándose sobre él como si agarraran a un ave—. Ahora, arrodíllate.

—Mauro, soy yo... —dijo Leopoldo, sintiendo cómo la fuerza del guarda se imponía, mientras su plan se desmoronaba por la ausencia de Velázquez.

Justo antes de caer al suelo, algo inesperado sucedió. La mano de Mauro se detuvo.

—¡Mirad! —exclamó Sofía Román, saltando del sofá Chesterfield como un felino asustado y señaló detrás del fornido guardia—. ¡Oh, Dios mío! ¡Os dije que había fantasmas! ¡Es él!

La periodista se levantó de golpe y, al reconocer a Velázquez, disfrazado de nuevo de soldado napoleónico y manchado de coñac, se desmayó sobre el sofá. Todos quedaron estupefactos al verlo. Velázquez parecía más el fantasma de un barco pirata que un soldado de la armada francesa.

Torres se apresuró a socorrer a la mujer.

—Vamos, Sofía, espabile... —dijo, dándole palmadas en la cara para despertarla. Luego, dirigiéndose a su jefe—: ¿Es usted, don Ricardo?

—¡Tío Ricardo! ¿Eres tú?

—¡Vaya! ¡Mirad quién está aquí!

—¿Qué sucede, Ricardo? —preguntó la actriz, confundida.

Leopoldo todavía sentía la presión del brazo de Mauro, en espera de una orden del amo. Al percibir las botas de Velázquez, giró la cabeza para mirarlo.

—¿Dónde demonios estabas? —le susurró, esforzándose por liberarse.

Velázquez lo miró de soslayo y le guiñó el ojo.

—He reflexionado sobre lo que me has dicho, eso de actuar y luego actuar de nuevo... Necesitaba cambiar de aspecto. Nadie extrañará a aquel crítico insulso, ¿verdad? —le susurró Velázquez, haciendo un gesto a Mauro—. Suéltalo, Mauro. Y espera mi señal.

Leopoldo cayó al suelo, agotado.

«Supongo que nadie lo extrañará, teniéndote a ti aquí».

En ese momento, notó cómo Rivera se levantaba lentamente de su asiento, manteniendo su atención en Ricardo, entendiendo que el coleccionista había aguardado todo el tiempo por ese instante. Era una muestra más de su deseo por acaparar la atención. Luego, sus ojos se encontraron con los de Marta, que lo miraba confundida, preguntándose cuál sería el siguiente paso.

—Lo siento... —le dijo en silencio, moviendo apenas los labios. Ella respondió levantando el pulgar derecho.

—¡Sentaos, sentaos! Soy yo, ¿no me veis? Bien vivo y activo como un lagarto... —declaró Velázquez, lleno de energía, moviéndose por la sala como si fuera su propio escenario—. Lamento que hayáis pasado por todo esto...

—¿Otro de tus juegos, Ricardo? —preguntó Alcázar con evidente molestia—. Esta vez te has lucido.

Velázquez se aclaró la garganta y tomó aire.

—Diego, por favor, tráeme un poco de ginebra con hielo para aclarar la voz.

El asistente quedó paralizado por un instante.

—¿Estás sordo, pedazo de inútil? —exclamó la sobrina—. ¡Haz lo que mi tío te ha pedido!

—¡Claro, don Ricardo! —se apresuró a decir el arlequín, saliendo rápidamente hacia el pasillo—. ¡Álvaro! ¡Álvaro! Maldita sea...

Los pasos de Diego se perdieron en el corredor. Velázquez miró a Leopoldo, indicándole que el plan seguía en marcha.

—¿Qué significa todo esto, Ricardo? —quiso averiguar el artista, con suspicacia.

—Es otro de sus juegos, ¿no lo ves? —replicó Alcázar, visiblemente cansado de la situación—. Somos tan poco para él, que se divierte a nuestra costa.

—No puedo creerlo, Ricardo —dijo la actriz—. Prométeme que él no está diciendo la verdad. ¿En serio? Has ido demasiado lejos...

—Esperad, por favor... —trató de calmarlos Velázquez, aguardando a que el sirviente regresara—. ¿Qué os sucede a todos? Todo tiene su motivo y razón. Lamento lo que habéis

pasado esta noche... Nadie esperaba esta tormenta. Hablando de eso, ¿dónde está mi bebida, Diego? Me estoy impacientando.

Leopoldo lo escuchaba, pensando que era un imbécil. Le resultaba bochornoso cómo Velázquez se mostraba indiferente al sufrimiento causado, ajeno a cualquier responsabilidad humana.

—Entonces, ¿no está muerto? —balbuceó la periodista, recuperándose del desmayo—. ¿No eres un fantasma, Ricardo?

—Querida, tienes que dejar la bebida...

—Un poco fantasma sí que es... —comentó Alcázar con desencanto, aunque sin mostrar gran sorpresa—. Tanto vivo como muerto.

—Espera un momento... —Isabel Mendoza se adelantó hacia el grupo, dando unos pasos para observar a Ricardo Velázquez más de cerca. Leopoldo notó en su expresión un destello de entendimiento. Ella, antes que nadie, había notado un detalle revelador—. ¿Vosotros dos... estabais compinchados desde el principio?

—A ver... —intervino Leopoldo.

—Elemental, querida Isabel. ¡Qué ocurrencias tienes! —La voz de Velázquez desprendía un sarcasmo y cinismo equilibrados—. Todo era parte de un plan.

—¿Un plan? —preguntó la sobrina, confundida.

—¿Con qué fin, Ricardo? —quiso saber la periodista.

—Anótalo, Sofía, me encanta cuando citas mis palabras al pie de la letra... —respondió el anfitrión, aclarándose la garganta antes de continuar—. Veréis, queridos míos. Sé que últimamente no he sido el más amable con vosotros, pero todas las familias tienen sus problemas y se fortalecen al superarlos, ¿no es cierto?

—Por favor, corta el rollo... —replicó la sobrina, impaciente—. La única familia que tienes soy yo.

—No obstante, necesitaba asegurarme de que podía confiar en la amistad, de que no me traicionaríais en los momentos difíciles. Después de todo lo que he hecho por vosotros, solo pedía un poco de lealtad...

—Y la tienes, Ricardo. ¿A qué viene todo esto?

—Estaba convencido de que alguno de los que estáis aquí, me traicionaría esta noche, intentando arrebatar lo único que me queda para enfrentar las deudas que he acumulado —explicó, observando detenidamente a cada uno, guardando la sorpresa para el final. En ese momento, Leopoldo captó la mirada de Marta, que intentaba comunicarle algo. Ella negó con la cabeza y él se encogió de hombros, sin entender su mensaje. Marta insistió, simulando beber algo, pero el periodista no lograba descifrar su intención.

—¡Has perdido la cabeza, Ricardo! —exclamó su amigo Alcázar—. ¡Esta es la peor fiesta a

la que he asistido en años! ¿Cómo puedes ser tan egocéntrico y pesimista al pensar que uno de tus amigos, que tanto ha hecho por ti, te traicionaría en público?

—Te equivocas, Fernando... La gente puede ser muy cruel y despiadada por dinero y por motivos personales. Y muy fría y rencorosa, si me tiras de la lengua. Tendréis vuestras razones para odiarme y no las comparto, pero también quiero mostraros que hay quien estaría dispuesto a apuñalaros por la espalda sin ninguna clase de consideración.

La certeza con la que hablaba Velázquez sembró la duda entre los invitados. El ambiente cambió radicalmente y las respuestas quedaron interrumpidas, cuando Diego Torres apareció junto a Álvaro, el mozo de servicio, quien traía una bandeja con la bebida pedida.

—Disculpad la demora... —dijo Diego Torres con ironía, instando al joven a avanzar.

—¿Dónde te habías metido, muchacho?

—Aquí tiene su bebida, don Ricardo.

—Gracias... —respondió Velázquez con un tono de desdén.

En ese preciso momento, Leopoldo dirigió su mirada hacia Carlos Rivera, buscando algún indicio de complicidad con el joven sirviente. Para su sorpresa, se encontró con los ojos de Diego Torres en un encuentro tenso y breve.

«¡Oh, no!», pensó alarmado, atando cabos para completar el rompecabezas.

—¡No lo hagas! ¡Ricardo! —Leopoldo se acercó rápidamente a él y sujetó el vaso, frío y lleno de burbujas, antes de que Velázquez pudiera beber.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó, mirándolo pasmado al comprobar que le impedía beber.

Al suponer algo en el comportamiento de su aliado, Velázquez soltó el vaso. Leopoldo se giró hacia el mozo.

—Pruébalo —le ordenó.

—¿Qué? —Álvaro estaba confundido.

—¿Qué tiene que ver él en esto? —preguntó la sobrina.

Velázquez frunció el ceño, como si una conjetura se estuviera formando en su mente.

—Sí, bébelo. Quiero saber si está amargo... o demasiado amargo —dijo, mirando al mozo. Álvaro seguía sin entender la situación.

—Con el debido respeto, don Ricardo, esto me parece excesivo... —comentó Diego Torres, dubitativo.

—¡Cállate, Diego! —le ordenó Velázquez a su asistente—. ¿Prefieres probarlo tú?

—Haz lo que mi tío te ha dicho —insistió la sobrina.

El joven, resignado y confundido, tomó el vaso y bebió un sorbo.

—Bebe más, muchacho —le instó Velázquez, observándolo fijamente—. Eso no es suficiente.

Todos contemplaban cómo el joven bebía. Álvaro vació el vaso, suspiró profundamente y se lo devolvió a Velázquez. Esperaron unos segundos, pero el mozo solo parecía haberse llenado con la bebida.

Velázquez miró a Bonavista con una expresión que denotaba decepción, como si esperara que algo extraordinario sucediera.

—Primero nosotros, ahora el chico... Esto es una excentricidad —comentó Alcázar, confundido—. ¿Qué es lo siguiente?

Antes de que alguien pudiera responder, el mozo del servicio empezó a tambalearse y cayó al suelo, derribando con él la bandeja de aluminio.

—¡Oh, Dios! —exclamó Marta, visiblemente alarmada al ver caer al mozo al suelo—. ¡No!

En ese instante, Velázquez clavó su mirada en Carlos Rivera, el artista, quien se encontraba en un rincón, mostrando una preocupación inusual, sorprendido y sin escapatoria.

—¿Está muerto? —preguntó la joven, preocupada.

—No, solo está dormido —aseguró Alcázar, agachándose para comprobar el pulso del joven.

—¡Tú, maldito bastardo! —Velázquez increpó a Rivera con furia—. ¿Crees que no iba a descubrirte? Despreciable...

A pesar del disfraz de villano de Rivera, su nerviosismo y aparente arrepentimiento eran evidentes.

—¡No sé de qué hablas, Ricardo! ¡En serio! —intentó defenderse el artista.

—¿De verdad? Eres un cretino... —Velázquez se giró hacia los demás—. Carlos Rivera cree que es más astuto que todos nosotros... y esta noche ha intentado robar la única pieza de valor que, según todos, hay en esta casa.

—¿Te refieres a los cuadros de los perros? —preguntó Alcázar con sorna.

—No le hagáis caso, ha perdido la razón... —intervino Rivera, intentando desviar las acusaciones—. ¡Hace tiempo que desvaría!

—Porque, preguntaos esto: ¿quién de vosotros podría reemplazar una valiosa máscara de porcelana, sin que nadie lo notara? Solo un artesano como él, meticuloso y ambicioso. Claro, eso no basta para robarme —continuó Velázquez.

—¿Es eso cierto, Diego? —preguntó la actriz, incrédula.

En ese momento, Marta se acercó a Leopoldo para susurrarle:

—Hay algo que he descubierto.

—Ahora no, Marta. Atiende a lo que va a pasar. Ahora viene lo mejor —respondió Leopoldo, ansioso por ver el desenlace.

—Escucha... —insistió ella, pero Leopoldo no le permitió terminar, centrado en la escena.

Velázquez se acercó a Rivera y sacó una réplica de la máscara.

—¿La reconoces? —le preguntó, lanzándosela. Rivera la atrapó al vuelo, evitando que se rompiera—. Esta es la máscara que hiciste con tus propias manos, antes de convencer a Álvaro para que la intercambiara con la original.

Todos expresaron su asombro ante la revelación.

—Ricardo... —balbuceó Rivera.

—Tus preguntas sobre ella, te delataron. Sin embargo, sabías de mi riguroso control sobre las cosas, por lo que pronto te diste cuenta de que sospecharía de ti, si comenzabas a visitarme, ya que nunca lo hacías...

—¿Qué?

—Por eso elegiste al chico, ¿eh? Dos fiestas, dos años consecutivos, instruyendo al chico para que te diera un plano exacto de cada rincón de este palacete —prosiguió, sin dejar que nadie más hablara—. Sabías que no iba a mudarme de residencia, a no ser que los bancos me echaran, por lo que te tomaste el tiempo y la paciencia necesarios para figurar cómo robar sin que me diera cuenta.

—Ricardo, escucha...

—Admiro tu astucia e inteligencia para urdir un plan tan arriesgado, pero elegiste mal a tu cómplice... —Velázquez hizo una pausa, aumentando la tensión, antes de señalar a Rivera con el dedo—. ¡Tu joven cómplice es un inútil que no sabría diferenciar la plata de una lata de refresco!

En ese momento, Leopoldo comprendió lo ocurrido con la urna y por qué las alarmas no se habían activado tras el incidente de Isabel. Justo antes de fingir su muerte, Velázquez había reemplazado la máscara original por una réplica, que luego Álvaro tenía en sus manos, después del apagón. El ladrón había sido engañado, en un giro irónico de los acontecimientos.

A pesar de su frialdad y carácter retorcido, Velázquez había logrado burlar a su traidor.

—¿Estás apuntando que nos has engañado a todos desde el comienzo? —inquirió Isabel, conectando los puntos—. ¿Cómo puedes ser tan mezquino?

—Lo siento, mi querida Isabel, no era mi intención herir tus sentimientos, pero ¿creías realmente que expondría una pieza de incalculable valor a la vista de cualquiera? —respondió Velázquez con una sonrisa cínica—. La miel no se hace para la boca del asno, aunque eso es algo que nuestro amigo Rivera parece haber olvidado.

Todas las miradas se centraron en el artista, que ahora se sentía acorralado. Velázquez había narrado los hechos con tal habilidad que los acontecimientos de la noche parecían haberse borrado, dejando al artista como el único culpable.

—¿Esto era lo que querías, Carlos? —Ricardo le mostró la máscara de porcelana, que brillaba bajo la luz de la lámpara de cristales—. Pues obsérvala bien, porque será la última vez que la veas en mucho tiempo...

—¿Cómo has podido, Rivera? —le reprochó la actriz, con desdén—. Después de todo lo que

Ricardo ha hecho por ti y por tu carrera... Y nosotros íbamos a pagar por tu culpa.

—Ya os lo advertí, no os fieis de él —añadió Alcázar—. Los artistas son de palabra ligera...

—Esperad, ¿habéis olvidado lo que nos ha hecho a lo largo de estos años? —se defendió Rivera, desesperado—. ¡Qué rápido olvidáis sus canalladas!

—Entre amigos, querido, todo se perdona —le contestó Sofía Román—, pero tú has querido aprovecharte de la situación y que la pagaran los demás.

—¡Exacto! —secundó la sobrina.

—Eso, en mi pueblo, se le llama ser un hijo de...

Alcázar no logró terminar la frase. De repente, Marta agarró del brazo a Leopoldo, que estaba atónito por el repentino giro de los acontecimientos. Al sentir la presión en su manga, vio la mirada aterrorizada de la periodista y se fijó en lo que ocurría a pocos metros de ellos.

—¡Basta ya! —exclamó Diego Torres, con su disfraz de arlequín, que ya no infundía ninguna gracia. Ahora apuntaba con una pistola a la espalda de Velázquez. Mauro, frente a ellos, no mostraba intención de intervenir ante el encolerizado asistente, que parecía más un villano de cómic.

—¡Diego! —exclamó, sorprendido, Velázquez, mirándolo con arrogancia, sin temor a que le disparara—. ¿Qué estás haciendo, Diego?

—Deme la máscara, don Ricardo —exigió el otro, extendiendo la otra mano.

Velázquez se rio ante la situación.

—¿Cómo has dicho? Deja de decir tonterías, ¿qué te has tomado? —respondió con desdén—. No pienso darte nada, zopenco.

—La máscara. Ahora —insistió Diego, con la pistola aún apuntando hacia el jefe—. No me obligue a excederme.

Velázquez observó primero a Leopoldo y luego a Mauro, sin comprender lo que estaba ocurriendo. Él había organizado la fiesta, se había montado aquella obra de teatro y ahora sospechaba que su asistente se había desviado del guion previsto.

—Escucha, Diego. Ya ha terminado, no continúes haciendo el ridículo —le dijo con firmeza—. Baja el arma, ponte un trago y relájate.

—No insistiré más. Entrégume la máscara si no desea resultar perjudicado —replicó el otro. El coleccionista alzó la vista hacia el techo y exhaló un profundo suspiro.

—¡Ay, Virgen Santa! —exclamó con desesperación y se dirigió al guardia—. Mauro, haz que retroceda.

—No puedo, señor. Posee un arma.

—¡Oh! ¡Está bien! —accedió, apartando al caribeño de su camino—. Siempre tengo que resolver los problemas en esta casa. Esta situación me exaspera. Parecéis unos necios, actuando

como si tuviera una amenaza real en sus manos. Todo el mundo aquí sabe que las armas de esta casa son de fogueo...

Mientras se acercaba para bajar la pistola que sostenía el asistente, este le disparó a quemarropa y un estruendo resonó en el salón. Varias personas se agacharon y otras buscaron refugio tras los muebles. Al estruendo le siguió el grito desgarrador de Ricardo Velázquez, que cayó al suelo, herido en el muslo derecho. La incertidumbre y el pánico regreso a la sala y, sin que nadie lo hubiese esperado, ahora el coleccionista se retorció, sangrando por la pierna, mientras un desagradable olor a pólvora quemada impregnaba el aire.

Nadie vaticinó lo que estaba a punto de acontecer, ni siquiera Leopoldo, quien observaba la escena con verdadero horror. El arlequín, con el arma en mano, apuntaba a Ricardo Velázquez, tendido en el suelo, que se cubría la herida del disparo. Por fortuna, no fue un tiro mortal, y aunque la bala le había impactado en la pierna, no había perforado ninguna arteria. En medio del caos, Lucía Vargas se acercó a su tío para socorrerlo, seguida por Isabel Mendoza. Velázquez parecía disfrutar de aquel momento de atención y afecto por parte de las dos mujeres que más tiempo le dedicaban.

—Diego... —dijo Lucía, mirándolo desde el suelo, con los ojos nublados por lágrimas y rencor.

—Maldito ingrato... —exclamó Velázquez, quejándose en el suelo—. Después de todo lo que he hecho por ti, pedazo de memo. ¡Ya verás las consecuencias!

Sin embargo, Torres no bajaba la guardia y seguía apuntando a quien había sido su jefe durante mucho tiempo, el hombre que le había ofrecido una oportunidad y le había enseñado todo lo que sabía. El mismo que lo había atormentado con sus exigencias durante todo ese periodo.

—Alejaos.

—¡Diego! —exclamó la joven—. Pero, ¿por qué?

—¿Por qué? —preguntó él, rompiendo su silencio y haciendo un gesto para que se apartaran—. ¿Por qué no se lo preguntas a él? ¡Vamos, alejaos!

Las dos mujeres se retiraron unos metros y el arlequín se acercó a Velázquez. Los demás observaban, estupefactos e impotentes, temiendo ser el blanco de un disparo. Diego Torres, con la mirada perdida y consumido por sus emociones, se había vuelto impredecible. Cualquier error podría convertir a un héroe en presa de los buitres. A pesar del disparo y la situación, Ricardo Velázquez se aferraba a la máscara como si fuera su última razón para vivir. Torres se acercó y se la arrebató de las manos.

—¡No, suelta! —exclamó Velázquez al ver cómo la máscara cambiaba de dueño.

Torres giró el cañón hacia los demás, advirtiéndoles que cualquier intento de valentía sería castigado.

—No intervengan y todos saldrán ilesos... —dijo, retrocediendo lentamente hacia la salida. Los demás lo seguían con la mirada, sin moverse de sus lugares—. Me llevo lo que es mío. Han sido demasiados años aguantando lo insoportable y sin recompensa alguna.

—¡Qué insolencia! ¡Tenías tu salario! ¡Esto no te pertenece!

—Don Ricardo, el único insolente aquí es usted. Jamás ha tenido una muestra de agradecimiento por todo lo que he hecho por usted, incluso cuando he llegado a creer que ya no estaba. Sin duda, lo peor que me ha pasado ha sido cruzarme en su camino. Por lo tanto, si alguien tiene derecho a cobrarse una deuda por todo el sufrimiento emocional causado, ese soy yo.

—Te olvidas de que no eres más que un perro faldero. No llegarás muy lejos por tu cuenta. ¡No vales nada! —gritó Velázquez.

—Eso... —dijo él, esbozando una leve sonrisa—, tendremos que verlo.

Mientras retrocedía, notó que la mirada de los espectadores se dirigía hacia la entrada. Rápidamente, se giró para descubrir la causa. Al parecer, aún quedaba alguien dispuesto a luchar por el cambio. En ese instante, Alcázar lo sorprendió, golpeándolo con uno de los candelabros del salón. Aunque el golpe fue directo al rostro, no logró derribarlo. Pese a su tamaño, era un adversario formidable. Armado, se volvía aún más difícil de vencer.

—¿Qué hacemos? —le preguntó Marta a Leopoldo.

El periodista evaluó la situación y observó a los demás presentes, quienes miraban la escena con asombro y temor. De pronto, su mirada se posó en el guarda, escondido y aterrado. Leopoldo fijó su atención en el silbato que pendía de su cuello.

—¡Dame la máscara! —exclamó Alcázar, agarrando a Torres de los brazos para desarmarlo.

—¡Antes muerto! —respondió el otro, luchando ferozmente.

El arma se disparó hacia el techo, abriendo un agujero en este. La confusión favoreció a Alcázar, que no dudó en asestarle un puñetazo en el rostro y empujarlo hacia atrás. La máscara se soltó de su mano, volando varios metros antes de caer sobre la moqueta. Después, Alcázar se lanzó sobre el asistente como una fiera, desarmándolo por completo.

—¡Suéltame, inútil!

—Se acabaron tus bromas de mal gusto, arlequín.

Entonces, la máscara pasó a un segundo plano, centrándose toda la atención en la intervención heroica del amigo de Velázquez. En medio del caos, Carlos Rivera se asomó entre los sillones para recuperar la valiosa pieza de porcelana. Al tenerla en sus manos, sus ojos brillaron como los de un niño con un juguete nuevo. Acto seguido, aprovechando la confusión, se acercó a Torres y tomó la pistola, ahora sin dueño.

—¡No os mováis! —exclamó, apuntando a todos tras el espectáculo—. Ni un paso más, ¿entendido?

El nerviosismo era palpable en el salón. Tras la tormenta y eliminada la última resistencia, el artista no iba a desaprovechar la oportunidad de escapar de la casa, incluso a pie. Para cuando la policía lograra entender lo sucedido, sería tarde para encontrarlo.

—Rivera... Eres un traidor.

—Das lástima, Ricardo —dijo entre risas. Leopoldo comprendió que solo había una forma de detener a ese hombre, al menos si su plan funcionaba. Se dirigió hacia el corpulento guarda y su movimiento captó la atención del artista.

—¡Eh, Bonavista! —le dijo, apuntándole al pecho—. ¿Qué pretendes?

Leopoldo tomó el silbato del cuello de Mauro y sopló. Reinó un silencio espantoso por unos instantes. Rivera lo observaba confundido, como si hubiera perdido el rumbo, pero pronto, el sonido de unas zancadas rápidas se aproximó. Antes de que el ladrón pudiese reaccionar, Dago, el imponente pastor alemán de Velázquez, captó la tensión y olió el miedo del artista. El can reaccionó instintivamente y Rivera, al protegerse con el brazo que sostenía la máscara, cometió un error fatal, permitiendo que el perro se abalanzara sobre él.

—¡No! —gritó—. ¡Apártate!

Dago le mordió ferozmente, insistiendo hasta someterlo. El arma cayó al suelo y Mauro la recogió, entre gritos de dolor y de auxilio. Cuando Rivera dejó de resistirse, solo entonces, el grandullón se ocupó de inmovilizar al traidor.

—El perro... —comentó Marta a Leopoldo, asombrada por el desenlace—. ¿Cómo lo has sabido?

—Supongo que ha sido el instinto... —respondió él, con una sonrisa aún afectada por la situación. Aunque, realmente, no tenía una respuesta.

Porque, aunque no tuviera uno, Leopoldo sabía que el perro, ese valiente compañero de cuatro patas, seguía siendo el único fiel en un mundo humano de engaños y traiciones. Por oscuro que fuera el camino, el amo siempre podía contar con él, listo para enfrentar los peligros de la vida, ladrar y, si era necesario, morder. Y Dago no iba a ser la excepción.

Sábado 14 de mayo de 2022.

Miraflores de la Sierra, Comunidad de Madrid, España.

La gélida brisa de la sierra dispersó la tormenta, dejando paso a un cielo azul y claro que permitió al sol asomarse. Los primeros rayos del amanecer se filtraron por la ventana, horas después del fallido intento de Carlos Rivera de sustraer la valiosa máscara de porcelana. La señal telefónica se restableció y una ambulancia llegó a la mansión del coleccionista, seguida por dos patrullas policiales. Aún era temprano para asimilar todo lo acontecido esa noche, pero Leopoldo comenzó a intuir que quizá la leyenda sobre aquella pieza de colección tuviera algo de verdad, ejerciendo algún tipo de maldición o influencia sobre aquellos que buscaban usarla con fines inmorales. Esta reflexión le llevó a preguntarse por qué Velázquez parecía inmune a tal efecto, pero al observarlo rodeado de su sobrina y su expareja, entendió que, en el fondo, él también era un alma herida, todavía sin sanar, hambrienta de afecto y atención. Mito o realidad, tal vez la máscara no fuera más que un símbolo, similar al ansiado trineo del protagonista de Ciudadano Kane.

Tras una exhaustiva explicación, la policía detuvo a Diego Torres, Carlos Rivera y Álvaro. Durante el interrogatorio, el sirviente aún seguía aturdido por el somnífero que le habían administrado, aunque, afortunadamente, ajeno a toda la insólita situación. Los agentes tomaron declaración a los invitados, quienes, pese a su nerviosismo y diferencias, coincidieron en su testimonio, responsabilizando a los detenidos por el intento de robo y homicidio. Finalizada la declaración, se les permitió regresar a sus hogares. Nadie mencionó a Javier Sánchez ni al Mercedes que Mauro había estrellado contra un árbol. Leopoldo no fue la excepción y optó por pasar una página que prefería enterrar lo antes posible en sus recuerdos.

Al no poder encontrar un taxi que los recogiera en aquel lugar remoto y a esas horas matutinas, Leopoldo buscó la tarjeta del conductor que los había llevado la noche anterior, aunque con escasa esperanza de contactar con él. Para su asombro, una hora más tarde, el mismo vehículo apareció frente a la mansión de Velázquez. Agradecidos por la fortuna de ese momento,

cuando divisaron el automóvil alemán aproximándose, la pareja salió del jardín, sin despedirse de los pocos que aún quedaban en la finca, anhelando que aquel fin de semana concluyera pronto. A Leopoldo le resultaba complicado procesar todo lo acontecido en tan corto tiempo, pero decidió que no necesitaba entenderlo completamente. Lo esencial era que tanto él como Marta estaban a salvo, y eso era lo que verdaderamente importaba. Reflexionando sobre lo ocurrido, se dio cuenta de la importancia de ciertos detalles menudos, mientras que otros, en la fiesta, jamás lograrían ver más allá de lo material. «No somos conscientes del verdadero poder que alberga el ser humano, ni del peligro que representa cuando se usa contra otros», pensó mientras miraba por última vez la mansión. Ricardo Velázquez, pese a su éxito y cultura, se había evidenciado como un ser avaricioso, manipulador y de malas intenciones, incapaz de contemplar el lado positivo de las personas. Para Leopoldo, la ironía radicaba en que, lamentablemente, Velázquez tenía razón en cierto modo, llevándole a meditar sobre el dicho «Cría cuervos, y te sacarán los ojos». El relato que había construido en torno a Velázquez se desmoronaba, como un castillo de naipes ante un vendaval.

Cuando subieron al coche, el conductor expresó su sorpresa por la presencia policial en la entrada principal y observó, a través del espejo retrovisor, sus atuendos y rostros demacrados.

—Gracias por recogernos... —dijo Leopoldo al entrar—. Nos hace un gran favor.

—¿Qué ha pasado ahí dentro?

Los periodistas intercambiaron miradas.

—Un pequeño incidente... —respondió Leopoldo, exhausto y sin ánimo de conversar—, que se ha prolongado demasiado.

—Ya veo. ¿Están bien?

—Sí, claro. Solo necesitamos descansar.

—Entendido. En el camino, vi un coche estrellado contra un árbol. ¿Era de algún invitado?

Marta y Leopoldo se miraron en silencio; él se encogió de hombros.

—No estoy al tanto, pero supongo que la prensa pronto lo comunicará.

—Vaya fiesta —comentó el conductor—. ¡De las buenas! Por lo que veo.

—Sí, una que no se repetirá.

—Toda una experiencia —añadió Marta, y los tres se rieron. El coche arrancó, descendiendo hacia la ciudad.

El viaje de regreso transcurrió en silencio, acompañado por las melodías de Radio Nacional Clásica. Marta, apoyando su cabeza en el hombro de Leopoldo, intentaba dormir mientras su mano rozaba accidentalmente la del periodista, como si sus dedos quisieran comunicar algo que

ella no se atrevía a verbalizar. Leopoldo, absorto en sus pensamientos y mirando por la ventana, tardó en percibir ese gesto, pero no fue demasiado tarde para responder. Al notar su contacto, dudó inicialmente, pero una frenada brusca le hizo actuar por impulso. Sus manos se entrelazaron y él suspiró aliviado, sintiéndose finalmente en casa, ajeno a lo que sucedía afuera.

—Perdón... Esos malditos paparazzi —se disculpó el conductor, refiriéndose a los numerosos vehículos que subían hacia la mansión de Velázquez. Leopoldo observó por la ventana los coches y reporteros que se dirigían a pie hacia allí. No le sorprendió que hubieran localizado el escondite de Velázquez, y en su mente apareció el nombre de Sofía Román. Agradecido de haber salido antes de la llegada de esa multitud, el resto del viaje le resultó más ligero y monótono, hasta que el zumbido de la carretera lo sumió en un breve sueño.

Al despertar, encontró que Marta ya no estaba y se hallaba frente a la puerta de su edificio.

—¿Señor? —preguntó el conductor, al ver la confusión de Leopoldo.

—¡Oh! —exclamó él, sorprendido por la ausencia de Marta—. ¿Y la chica?

—La dejé en el hotel, como nos indicó. Me pidió que no lo despertara —explicó el conductor, percibiendo el disgusto de Leopoldo—. No se preocupe. Ella no quiso molestarlo.

—Ya veo.

—No todo está perdido, amigo —añadió el conductor con una sonrisa—. Creo que le gusta. Si no le importa, tengo que seguir...

—¡Oh, sí! Claro... —dijo Leopoldo, sacando su cartera para pagar. Entregó el billete que Velázquez le había dado, un dinero que inicialmente había despreciado, sin saber que no era para él—. Quédese con el cambio.

—Pero, es demasiado. ¿No tiene algo más pequeño?

—No, gracias por todo, de verdad. Que tenga un buen día —respondió Leopoldo, negando con la cabeza.

El conductor aceptó la generosa propina sin objeciones. Leopoldo salió del coche y sintió el calor matutino. Al pisar la calle, notó las miradas curiosas de los transeúntes, recordándole que había vuelto a la realidad, a un sábado primaveral en Madrid. Y, pese a todo, aún resultaba inusual ver a un vampiro bajo el sol.

Despertó de un golpe, al oír el timbre del teléfono móvil. El teléfono no cesó en toda la mañana, pero esa vez lo sacó de un horrible sueño del que no recordaba nada más allá que el dolor de cabeza que le había provocado. Vestido aún con el disfraz, se levantó de la cama de un impulso, como el vampiro que sale de su ataúd. No había tenido fuerzas para cambiarse, pero, al verse en el reflejo del espejo, decidió que era el momento de hacerlo y de darse una buena ducha con jabón.

Antes de entrar al cuarto de baño, decidió responder la llamada, con tal de que silenciara aquella horrible melodía.

—¿Sí?

—¡Lepoldo! ¡Leopoldo Bonavista! —exclamó Beatriz, la jefa, al aparato, como si estuviera bajo los efectos de algún estimulante. Pero él sabía que Beatriz no necesitaba sustancias para alterarse. Su cuerpo segregaba aquella clase de químicos cuando estaba ante una exclusiva que podía hacer ganar dinero a la revista—. ¡Mi cronista preferido!

—¡Sí! Dios... —lamentó al sentir la jaqueca como un taladro en pleno funcionamiento—. Te escucho...

—¿Por qué no atiendes a las llamadas?

«Tengo mil motivos para no hacerlo y ninguno para decirte la verdad».

—Perdona, jefa... Tenía el teléfono en silencio.

—Quiero que me lo cuentes todo. Y todo, es todo. Hasta lo más oscuro e íntimo.

—Lo sabía...

—Además, quiero que realices un reportaje, con detalles de todo lo que ha sucedido.

¡Maldita sea! ¿Qué demonios habéis hecho en esa casa? ¡Es como si Charles Manson hubiera pasado por allí!

«Por suerte, ningún extraño con las intenciones de Manson se había atrevido a entrar en la mansión», pensó el escritor.

—Es sábado y tengo resaca. ¿Desde cuándo se trabaja durante el fin de semana?

—Eres autónomo y no cobras si no trabajas. Recuerda que no tenéis vacaciones.

—Buen golpe. ¿Qué quieres?

—Todo. Lo quiero todo —insistió, pegada al teléfono—. Todos los reporteros de prensa están acordonando la sala, pero ninguno tiene acceso a los detalles de la detención y del disparo. Las noticias dicen que Velázquez ha salido herido de bala, pero no han querido contar nada más.

—Estoy bien, gracias por preguntar —dijo con sarcasmo.

—No seas quejica, ¿quieres? Ya sé que estás bien. No necesito hacer de madre.

—Ah, ¿sí? ¿Qué te hace pensar eso?

—Te conozco de sobra y reconozco tu tono de voz. Así que deduzco que estabas durmiendo cuando te he llamado. Y es posible que aún sigas vestido con la ropa del día anterior. De lo contrario, me habrías llamado tú.

Leopoldo se acercó a la ventana, para comprobar si lo estaba observando desde algún lado.

—Se llama educación, Beatriz. Podrías haberme preguntado por mi situación.

—No te hagas el interesante a estas alturas. Quiero saber por qué alguien ha disparado a ese ricachón. La noticia huele a dinero y el reportaje a resurrección de la revista. Sé que hay tres detenidos, pero no han querido dar nombres.

—Prométeme que no dirás nada hasta que te dé permiso.

—Por supuesto, Leo. ¿Qué cosas tienes!

«Mientes fatal, jefa», se dijo, vacilando a la hora de proporcionarle la información. Sin embargo, después pensó en Sofía Román, en cómo sacaría partido de la situación, hasta exprimirla como a una naranja, y decidió contárselo, antes de que la periodista del corazón vendiera la información al mejor postor.

—No digas que he sido yo.

—Que no... ¡Parece mentira que me conozcas!

«Eso mismo pensaba Velázquez de sus amistades».

—Carlos Rivera, el artista...

—¿Rivera, Rivera? ¿Nuestro Rivera?

—Sí... El mismo. ¿Quieres oír la versión larga o la corta?

—Primero, dame la corta. Tengo una llamada en espera.

—Está bien. Esta noche, ha intentado robar y atacar a Velázquez, junto a un muchacho del servicio que este había contratado. El disparo se lo ha pegado Diego Torres, su asistente.

Durante varios segundos, la línea se quedó en silencio. Leopoldo podía imaginar a la jefa saltando por el interior de la oficina.

—¿Sigues ahí o te ha dado un infarto?

—Sí —respondió, con voz neutra, aguantando la emoción—. Quiero una lista de los invitados.

—No puedo darte eso.

—¿Quieres seguir trabajando?

—Me pones en un aprieto, jefa.

—¿Qué te importa esa gente?

—Sé que no me vas a creer, pero me importa. Me ha costado limpiar mi reputación.

—Entonces, dame algo que el resto no sepa. Necesito una buena historia.

Leopoldo meditó la respuesta durante varios segundos y recordó un detalle que todos pasarían por alto a la hora de contarle, pero que nadie olvidaría después de escucharlo.

—El perro de Velázquez nos salvó la vida.

Domingo, 15 de mayo de 2022.

Madrid, España.

La jornada del sábado transcurrió como un día perdido, de los que no existen en el calendario. Tras el revuelo originado en la vivienda de Velázquez, los medios nacionales se apresuraron para llenar las cabeceras virtuales de artículos en busca del clic barato.

«Jornaleros de las noticias», se dijo, al comprobar la cantidad de estupideces y de bulos que publicaban aquellos que se consideraban fuentes fiables de información. Lo de usar al perro como protagonista del suceso, no había sido la mejor idea. A pesar de sus intentos por mantener la privacidad de los invitados, las redes sociales no tardaron en hacerse eco de algunos de los nombres y apellidos más famosos y de acusar a Velázquez de maltrato animal. Isabel Mendoza fue la primera víctima del acoso mediático. Los reportajes sobre su vida íntima en el pasado, el romance con el anfitrión y el idilio con aquel productor que llevó a la ruptura de la pareja, fueron algunos de los temas que la devolvieron a la fama. Lo mismo sucedió con Fernando Alcázar, que había pasado de ser un don nadie para la presa, a convertirse en el ángel rescatador y mejor amigo de Velázquez. Las malas lenguas decían que su relación iba más allá de la amistad, y Leopoldo intuyó que Sofía Román tendría algo que ver con aquella morbosa y falsa noticia. No había normas para la denigración ajena en las redes sociales, ni para la decencia. Leopoldo también salió escaldado de aquello. Su nombre no tardó en aparecer, mencionando su fastuosa carrera, su delicada situación económica y los diferentes patinazos profesionales que había dado, sacando a la palestra algunas fotografías con Silvana Garmendia, la actriz de televisión con la que había salido y a la que, a su vez, la relacionaban con el coleccionista.

A esas alturas, el columnista supuso que el resto de los invitados conocía a la garganta profunda que estaba largando toda la información. Pero, sin duda, el que peor parado salió de todos, fue Carlos Rivera. Acusado de intento de homicidio y de robo, el artista fue lanzado al foso de los cocodrilos de la opinión pública. En apenas unas horas, los bulos y chismes sobre los demás quedaron en un segundo plano, cuando la truculenta vida personal del artista se hizo

pública. No tardaron en aparecer detractores del ámbito del arte y exparejas con ganas de revancha. A ojos de la opinión, Rivera era un sádico sin talento que buscaba el éxito a cambio de pisotear a los demás. De ahí que hubiera llegado tan alto, hasta caer en la trampa de Velázquez, que no era otro que alguien como él, pero con más experiencia. Su juicio en las redes había provocado que, antes de que terminara el día, su obra careciera de valor, dejando la demanda de todo su catálogo a mínimos. Leopoldo recordó las palabras de Alcázar y su explicación sobre cómo Ricardo Velázquez iba a conseguir que el precio de las obras del artista cayera al suelo, para deshacerse de él, obligarlo a vender y, más tarde, poner su valor en alza. Sin embargo, Velázquez no vería el último acto de su ambicioso plan. Con el juicio de por medio y la horrible imagen que Rivera había generado tras su detención, era poco probable que el artista volviera a exponer en una galería.

A pesar del revuelo que la fiesta había causado en el panorama nacional y la cantidad de revistas y medios de comunicación que se habían hecho eco de los sucesos, ninguno mencionó el motivo que los había llevado a todos a acabar allí. Ni siquiera los informativos, ni los programas más serios de opinión, se molestaron en mencionar la obra de arte que Ricardo Velázquez poseía y que, de algún modo, debía de estar en un museo, en caso de ser tan valiosa como expresaba. Por desgracia, era algo que Leopoldo jamás conocería, así como la autenticidad de lo que el coleccionista le había contado. Ahora que había sido víctima de un robo y había estado cerca de enfrentarse a la muerte, Velázquez supo monetizar sus apariciones televisivas, haciendo dinero con cada frase que salía de su boca, a la vez que seguía vendiendo obras de su colección. Los problemas económicos de los que todos habían hablado en la fiesta desaparecieron con la tormenta que los había retenido en esa casa.

Por fortuna, la mañana del domingo, Leopoldo amaneció en su habitación, como si todo lo ocurrido a lo largo del sábado hubiese sido un mal sueño. El teléfono había dejado de sonar y volvía a ser el aparato silencioso de siempre. Despertó a una hora temprana, gracias a la claridad que entraba por la ventana. Preparó café y comprobó las noticias en el teléfono, mientras la cafetera hervía. Todo lo que había leído sobre esa fiesta había desaparecido, dejando paso a las noticias sin fundamento que otros famosos habían generado.

«Bendita sociedad que no se acuerda de nada», se dijo, sonriente y un poco apenado por el hecho de que hubiera durado tan poco. En efecto, el masoquismo es otro de los defectos de las personas. En el fondo, no deja de ser otro tipo de atención.

Cuando la cafetera dejó de burbujear, apagó el fuego y sirvió el líquido oscuro en un tazón que luego llevó hasta el minúsculo salón de su apartamento. Se sentó en el sofá y disfrutó del momento de silencio que la calle aún le daba: eran las diez de la mañana y la ciudad dormía, después de los excesos de la madrugada. «Bendita juventud, que aún sabe cómo divertirse»,

estimó, a pesar de que la juventud, en una ciudad como Madrid, se consideraba hasta pasados los cuarenta y tantos años.

Tomó el teléfono y comprobó el registro de llamadas. El día anterior había escrito a Marta para quedar con ella, antes de que regresara a Alicante. Ella le respondió con una negativa, excusándose en el cansancio y en la necesidad de desconectar. Leopoldo no quiso insistir más de la cuenta. En realidad, no quería mostrarse necesitado, ni culpable. De lo contrario, habría arruinado lo poco que quedaba de aquel momento en el que sus manos se tocaron. Esa mañana, mirando la pantalla del teléfono, un mensaje entró en la bandeja de la aplicación de correo.

Marta:

Mi tren sale a las 15. ¿Almorzamos juntos?

A las 13:00 horas, Leopoldo la esperaba frente a la puerta del Hotel Sardinero. El día estaba soleado, pero no hacía tanto calor como para ir en manga corta. A través de los cristales de sus gafas de sol, la vio salir, arrastrando el bolso de viaje que había traído consigo.

Afortunadamente, Marta ya no llevaba esa peluca sintética, ni el disfraz de los años veinte; en su lugar, lucía un conjunto mucho más moderno y discreto, con una blusa, vaqueros y zapatillas. Lo reconoció ella también, mientras estaba apoyado en un banco de madera, y se colocó las gafas de sol negras para protegerse del sol.

—¿Has visto las noticias? —le preguntó después de saludarse—. No me lo puedo creer. Es horrible.

—Durará poco.

—Menos mal que no aparece mi nombre...

—Tienes suerte.

—No lo sé. Eso significa que mi presencia era irrelevante.

—No fastidies, mujer.

Ella alzó las cejas y suspiró. Juntos cruzaron la acera y caminaron hasta la cafetería Santander, icónica en la plaza de Santa Bárbara, que había permanecido abierta durante años y que ahora había sido remodelada y convertida en un restaurante algo más chic. Tomaron asiento bajo una sombrilla y desde donde estaba, Leopoldo podía ver a Marta y el tráfico que llegaba desde la glorieta de San Bernardo. Después de su último encuentro, ella tenía mejor aspecto, aunque en su cabeza aún quedaban muchas incógnitas por resolver. Dada la hora y el hambre que arrastraban encima, el café iba a tener que esperar para los postres, así que pidieron dos cervezas, una ración de ensaladilla rusa y otra de croquetas de lacón y huevo cocido, más un par de empanadillas de bonito.

—Leopoldo...

—¿Qué? Si nos vamos a despedir... Al menos que sea memorable después de todo lo que ha pasado.

—No, no es eso. Solo que... —comentó ella, haciendo referencia a lo que había descubierto sobre su situación económica en las noticias. Lo cierto era que, con todo el aluvión mediático, Leopoldo no se había detenido a comprobar qué había sucedido, aunque lo más probable era que se hubiera quedado sin fondos.

—Está todo bien —le dijo, con tal de calmarla, aunque la situación se estaba poniendo algo incómoda para los dos.

—Cierto. Además, yo tengo dinero.

—No será necesario.

El camarero sirvió las dos bebidas y después la primera ración de ensaladilla. Brindaron. Él estaba expectante por conocer cuál sería la primera pregunta, el primer disparo. Y es que, aunque no había recibido el impacto de la bala, ese día llevaba un chaleco antiproyectiles personales.

—¿Has hablado con él? —le preguntó después de probar la ensaladilla—. Con Ricardo, quiero decir.

—¿Eh? No. No creo que vuelva a hacerlo.

—¿Quién sabe? De algún modo, le has salvado la vida.

—Fue su perro... —contestó y provocó una sonrisa en ella—. ¿Por qué no me avisaste cuando bajaste del coche?

Ella lo miró por encima de las gafas de sol y se limpió los labios para ganar tiempo y extender el silencio antes de su respuesta.

—No quería despertarte.

—Entiendo.

—Leo...

Antes de que ella continuara, él se adelantó.

—Lo siento, Marta. Siento haberte involucrado en esto, de verdad. En ningún momento pensé que terminaría como el Rosario de la Aurora...

—¿Por qué no me lo contaste antes? —preguntó, expectante. Por la forma en que lo miraba, él pensó que no se refería a la fiesta, sino al beso con Lucía.

—¿Cómo iba a saberlo? Esa niñata... No era mi intención.

—¿Qué? ¡No! No me refería a eso. ¡Por Dios! ¿Cuántos años tienes, Leopoldo?

—Los suficientes. Entonces, ¿de qué estás hablando?

—Hablo de tu exnovia, la actriz... Eso fue lo que me molestó, que no me lo dijeras cuando te pregunté cómo te había ido, cuando estábamos en el Café Comercial. Sinceramente, me importa muy poco lo de esa niñata... Es obvio que hace y deshace como quiere. Parece estar acostumbrada a que todos vayan detrás de ella.

Leopoldo se frotó la cara, confundido. Para él, la relación con Garmendia no tenía mucha importancia. Lo habían pasado bien, pero sabía de antemano que no iría a ninguna parte. Ella

buscaba diversión y contactos, y él una manera de mantenerse a flote. Había sido un intercambio de intereses y también de otras cosas, después de conocer la relación a dos bandas que tenía la actriz.

—No le di importancia. No ha sido ningún hito en mi vida.

—Deberías habérmelo contado.

—¿Para qué?

—Habría sabido que no era importante para ti.

—Ahora ya lo sabes.

—Ya, pero... —El camarero apareció con el resto de la comanda y ella continuó después—: Me comporté como una idiota al pensar que aún te importaba.

—Bueno, no era así. Supongo que me lo gané a pulso.

—No. Tendría que haberte apoyado, que haber confiado en ti. Me enfadé cuando esa estúpida la mencionó en voz alta.

—Entiendo... —respondió, preguntándose por qué algunas cuestiones resultaban tan simples para él y tan complejas para el resto. Una parte de su cerebro le llevó a indagar más sobre el asunto, pero decidió frenar el impulso de la curiosidad, antes de arruinar el almuerzo en un día soleado y perfecto como aquel—. Esa chica dijo muchas tonterías. Se pasó la noche bebiendo alcohol.

—Como todos... —dijo Marta y ambos rieron y notaron cómo la tensión se rebajaba nuevamente—. Pero debí haberte creído. No supe en lo que estabas involucrado hasta que te encerraron en ese cuarto.

—¿Qué hiciste después?

—Lo que me pediste.

—¿Viste las grabaciones?

Ella negó con la cabeza.

—Mucho mejor —dijo y dio un sorbo de cerveza—. No había tal cosa...

—¿Cómo?

—Cuando llegué a la sala donde supuestamente estaban los monitores de vigilancia, no encontré nada, más allá del cuarto en el que Mauro dormía la siesta. Sin embargo, cuando me acerqué a husmear, encontré algo que me llamó la atención. Mauro tenía unos sobres de sangre artificial, como la que usan en los rodajes de las películas para simular una herida.

—¿Qué? —preguntó, recordando el accidente de coche.

—Sí, lo sé. Ahora eres tú quien no me cree, pero eso cambió todo lo que había creído hasta el momento. Fue entonces cuando me arrepentí de no haberte hecho caso, pero era un poco tarde para eso...

—No, tiene sentido lo que dices —respondió, a la vez que recordaba el momento en el que

Mauro zarandeaba el cuerpo de Velázquez, para que la bolsa explotara—. Maldita sea, nos la había colado desde el principio...

—Pero eso no es todo. Hay más —prosiguió ella, gesticulando con emoción—. Confundida, salí de allí antes de que ese grandullón me sorprendiera y regresé al salón, con la mala suerte de equivocarme de camino. ¿Puedes creerlo?

—Sí. Me solidarizo contigo.

—Fue cuando vi a Diego Torres hablando con el mozo del servicio. Me escondí y me quedé quieta para que no me vieran. Torres le estaba dando indicaciones al chico para que espolvoreara un sobre que debía utilizar cuando se lo pidiera, sin excepción alguna...

—Un momento, ¿quieres decir que Torres estaba al corriente de la obra de teatro que Velázquez había montado?

—Sí. Y era consciente de que el momento iba a llegar.

—Vaya... ¿Crees que la sobrina estaba involucrada en el robo?

—No lo sé. ¿Piensas que estaban compinchados unos con otros?

—No tengo ni idea. ¿Y qué hay de la actriz? ¿A qué venían esas lágrimas de cocodrilo? ¿Acaso sabía que le iban a disparar?

—Podríamos estar así todo el día...

—Sí. Es una pena. Hay tantas preguntas a las que jamás tendremos respuesta... En fin, supongo que no todos los deseos se cumplen en esta vida.

Leopoldo asintió, lamentando no haber indagado más. Era una buena historia, sin duda, pero aún les quedaba mucho por saber sobre Velázquez, que era un personaje caleidoscópico, al fin y al cabo. Sin duda, no había nada como interrogar a la fuente original, pero, dado el contexto y la situación que habían atravesado, aceptó la derrota y asumió que no existiría tal entrevista.

Suspiró profundamente, cuando el teléfono emitió una vibración y una notificación encendió la pantalla.

—Qué extraño... —murmuró al ver que era de la aplicación móvil del banco.

—¿Ocurre algo?

Abrió la aplicación, con miedo a que hubiesen cancelado sus cuentas, hasta que vio en la pantalla un inesperado ingreso. La cantidad no era grande, pero lo suficiente como para pagar el almuerzo y un taxi que la llevara a ella a Atocha.

—Es él.

—¿Qué ocurre, Leo?

Entonces sonó el teléfono.

—¿Sí?

La voz tardó unos segundos en responder.

—Espero que la haya recibido, querido Bonavista.

—¿Velázquez?

—No. Javier Sánchez, cretino.

—¿Perdón?

El coleccionista soltó una carcajada.

—Solo bromeaba con usted —le dijo, provocándole un extraño nerviosismo que le hizo sudar las palmas de las manos—. ¿Ha recibido el dinero? Le dije que le pagaría cuando completara el caso.

—Muy generoso por su parte, Ricardo, aunque pensé que jamás cumpliría con su palabra... —le respondió con desdén. Aceptaba el ingreso, aunque, después de lo ocurrido, eso era como una propina—. ¿Cómo se encuentra?

—Bien, dentro de lo que cabe. Esos desgraciados casi me matan, pero no es tan fácil terminar conmigo, ¿sabe? Mala hierba, nunca muere.

—A usted no lo matan ni con sulfato.

—¿Cómo dice?

—Nada. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Verá, Bonavista... Se están diciendo muchas cosas de mí estos días y eso no es bueno para mi imagen.

—Entiendo.

—¿Sigue teniendo ese programa de radio?

—No es un programa de radio, es un pódcast, señor.

—Lo que sea. Lo puede escuchar cualquiera, ¿verdad?

—Sí.

—Estupendo. ¿Cuándo puedo participar en él?

En ese momento, el corazón se le detuvo y sus ojos se clavaron en los de Marta, que intentaba descifrar la conversación que tenía con su interlocutor. Simplemente, no podía creerlo. A pesar de todo lo que era, la aparición de Velázquez daría un vuelco a su audiencia, más ahora con lo sucedido.

—¿Qué es lo que quiere, realmente?

—Contar la verdad, Bonavista. Abrirme en canal a los oyentes, hablar de mi pasado, presente y futuro, y responder con total transparencia a las preguntas que me haga. A todo... Prometo que será la entrevista más honesta que he dado nunca... y también la última. Entonces, mañana, ¿dónde?

Por supuesto, aún no tenía claro si dispondría del estudio de grabación con tan poca antelación, pero Beatriz se encargaría de echarle una mano, en cuanto supiera la noticia.

Cerró la cita y guardó el teléfono. En ese momento, vio a Marta con cierta preocupación por la hora que era.

—Leo, tengo que ir a la estación.

—No.

—¿Cómo dices? Necesito salir con tiempo suficiente.

—Quédate un día más, Marta.

—No puedo hacer eso. He venido a Madrid por trabajo, no de vacaciones.

—Sí, sí que puedes. Te prometo que merecerá la pena.

Ella se rio con cierta pena en su rostro.

—Eso mismo dijiste sobre la fiesta...

Leopoldo se acercó a la mesa y la tomó de la mano, sin quitarle los ojos de encima. Ella sintió la electricidad que recorría al periodista por dentro.

—Pero, esta vez, será distinto.

—¿Qué excusa tienes para decir eso?

—En ocasiones, algunos deseos sí que se hacen realidad.

¿Te ha gustado?



La envidia puede matar...

Esta apasionante novela negra está disponible **gratis** por tiempo limitado.

Gabriel Caballero está en apuros: un asesino anda suelto en la Costa Blanca.

La rectora de la Universidad de Alicante ha muerto de un extraño modo. Las evidencias apuntan a un homicidio y a su mejor amigo. Tras negar lo que parece evidente, Caballero tendrá que averiguar la verdad para demostrar su inocencia: **su vida y carrera periodística dependen de ello.**

¿Logrará resolver el crimen antes de que sea tarde?

Suscríbete de manera gratuita a mi lista de lectores exclusiva y consigue esta novela hoy.

[DESCARGA GRATIS CABALLERO](#)

Sobre el autor



Pablo Poveda (España, 1989) es escritor, profesor y periodista. Autor de otras obras como las series Caballero, Maldonado, Rojo o Don. Vivió en Polonia durante cuatro años y actualmente reside desde hace años en Madrid, donde escribe todas las mañanas. Cree en la cultura sin ataduras y en la simplicidad de las cosas.

Autor finalista del Premio Literario Amazon 2018 y 2020 con las novelas El Doble y El Misterio de la Familia Fonseca.

Autor destacado 2022 en Amazon España.

Si te ha gustado este libro, te agradecería que dejaras un comentario en Amazon. Las reseñas mantienen vivas las novelas.

Contacto: pablo@elescritorfantasma.com

Página web: elescritorfantasma.com

Facebook: facebook.com/elescritorfant

Grupo Privado de lectores: elescritorfantasma.com/grupofb

Libros



Otros libros de Pablo Poveda

Serie Gabriel Caballero

[Caballero](#)

[La Isla del Silencio](#)

[La Maldición del Cangrejo](#)

[La Noche del Fuego](#)

[Los Crímenes del Misteri](#)

[Medianoche en Lisboa](#)

[El Doble](#)

[La Idea del Millón](#)

[La Dama del Museo](#)

[Los Cuatro Sellos](#)

[El Último Adiós](#)

[Muerte en el Mediterráneo](#)

[El arte del engaño](#)

[La playa de los muertos](#)

[El último baile](#)

[Pack Trilogía 1-3 \(Caballero, La Isla del Silencio, La Maldición del Cangrejo\)](#)

[Pack Trilogía 4-6 \(La Noche del Fuego, Los Crímenes del Misteri, Medianoche en Lisboa\)](#)

[Pack Trilogía 7-9 \(El Doble, La Idea del Millón, La Dama del Museo\)](#)

[Pack Trilogía 10-12 \(Los Cuatro Sellos, El Último Adiós, Muerte en el Mediterráneo\)](#)

Serie Don

[Odio](#)

[Don](#)

[Miedo](#)

[Furia](#)

[Silencio](#)

[Rescate](#)

[Invisible](#)

[Origen](#)

[Pack Trilogía 1-3 \(Odio, Don, Miedo\)](#)

[Pack Trilogía 4-6 \(Furia, Silencio, Rescate\)](#)

[Pack SERIE COMPLETA \(8 libros\)](#)

Serie Dana Laine

[Falsa Identidad](#)

[Asalto Internacional](#)

[Matar o Morir](#)

[Fuego Cruzado](#)

[Pack Trilogía 1-3 \(Falsa Identidad, Asalto Internacional, Matar o Morir\)](#)

Serie Rojo

[Rojo](#)

[Traición](#)

[Venganza](#)

[Desparecido](#)

[Secuestrada](#)

[El trabajo del Diablo](#)

[El juego del Diablo](#)

[Pack Rojo 1-3 \(Rojo, Traición, Venganza\)](#)

Serie Javier Maldonado (Detective Privado)

[Una Mentira Letal](#)

[Una Apuesta Mortal](#)

[Un Crimen Brillante](#)

[El Caso del Tarot](#)

[Una Amistad Peligrosa](#)

[El asesinato del casino](#)

[El crimen de Atocha](#)

[Muerte en Las Vegas](#)

[Pack novelas 1-3](#)

Trilogía El Profesor

[El Profesor](#)

[El Aprendiz](#)

[El Maestro](#)

[Pack Trilogía Completa El Profesor \(El Profesor, El Aprendiz, El Maestro\)](#)

Serie Lepoldo Bonavista

[El misterio de la familia Fonseca](#)

[El misterio de la máscara de porcelana](#)

Otros:

[El secreto de la señora Avignon](#)

[¿Quién mató a Laura Coves?](#)

[Perseguido](#)

[Motel Malibu](#)

[Sangre de Pepperoni](#)

[La Chica de las canciones](#)

[El Círculo](#)